NOCIONES

DE

HISTORIA UNIVERSAL,

ESCRITAS

PARA QUE PUEDAN SERVIR DE TEXTO

EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA

POR

D. Manuel de Góngora y Martinez

DECANO

DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Y CATEDRÁTICO DE HISTORIA UNIVERSAL

EN LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LOPEZ GUEVARA

calle de Mesones núm. 17

1880

13-1-4
1086
1-2-9
8²-21-4
4034

NOCIONES

DE

HISTORIA UNIVERSAL Y DE ESPAÑA.

NOCIONES

DE

HISTORIA UNIVERSAL Y DE ESPAÑA

ESCRITAS

PARA QUE PUEDAN SERVIR DE TEXTO

EN LOS

ESTABLECIMIENTOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA

POR

D. MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ

DECANO

DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Y CATEDRÁTICO DE HISTORIA UNIVERSAL

EN LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

R. ACADEMIA DE LA HISTORIA
BIBLIOTECA

GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LOPEZ GUEVARA

calle de Mesones, núm. 17

1879

AL SEÑOR

Don Fernando de Góngora

y del Carpio.

Hoy, sexto aniversario de tu muerte, interrumpo la atropellada redaccion de estas **NOCIONES DE HISTORIA** que proyectabas escribir, para dedicarlas á tu dulce memoria.

Consagrado al trabajo desde la niñez, nos abandonaste, hijo mio, para gozar de mejor vida, dejándonos sumidos en el dolor, aunque con la cristiana esperanza de reunirnos otra vez á tí, en el seno de Dios.

En las postrimerías de una vida tan trabajada como infecunda, navegante amenazado de próximo naufragio, publico este libro, como tabla en que se amparen los séres que tanto amamos los dos.

Sostenta tú, desde el verdadero puerto, con firme mano.

Manuel.

Granada 10 *de Setiembre de* 1879.

PRELIMINARES.

ACADEMIA BIBLIOTECA

LECCION PRELIMINAR.

HISTORIA *es la narracion de los progresos y vicisitudes de la humanidad, en el cumplimiento de su providencial destino.*

El perpétuo anhelo del alma humana, el vacío de nuestro corazon que nada llenará por completo en la tierra, revelan por sí solos la ley de la humanidad en marcha hácia un fin de mejoramiento y de progreso, por el cual camina el hombre, avanzando unas veces, retrocediendo otras, al realizar los fines providenciales, perfeccionadores, no contrarios de su libertad.

El principal objeto de la historia es dar al hombre reglas que le sirvan de guía para lo presente y lo futuro; por eso la llamó Ciceron *maestra de la vida.*

Las fuentes de la historia son: 1.° La experiencia propia: 2.° Las relaciones de los que presenciaron los hechos ó que pudieron tener conocimiento de ellos: 3.° Las tradiciones seguidas uniformemente por los pueblos: y 4.° Los monumentos, testigos inanimados de los sucesos.

Los hechos carecen completamente de significacion si no se les asigna el lugar y la fecha en que acontecieron. Realiza el primer objeto la *geografía (de geos y grafos,*

tierra, descripcion), *ciencia que trata de la descripcion de la tierra;* el segundo la *cronología (de cronos y logos,* tiempo, discurso), *que se propone fijar el tiempo en que acontecieron los sucesos.*

Crítica es el arte de distinguir ó de conjeturar lo verdadero, lo probable, lo inverosímil y lo falso. La crítica, acompañada de la duda racional y modesta, inseparable amiga de la verdad, inquiere los acontecimientos, rechaza los que repugnan á la naturaleza de las cosas, adivina lo que tienen de simbólico, los depura de lo oscuro ó repugnante, para mientes en las creencias de cada época y de cada autor, pesa la influencia del temor, de la adulacion, del espíritu de partido, y considera de la misma manera á los calumniadores que á los panegiristas.

La distribucion del tiempo en partes, coincidiendo con el movimiento de los astros, es de orígen remotísimo.

Dia natural es el espacio de tiempo durante el cual el sol está visible sobre el horizonte; *civil* el que emplea la tierra en dar una vuelta sobre su eje.

Divídense nuestras horas en anti-meridianas y post-meridianas.

Siete dias civiles constituyen una semana. La institucion de la semana se encuentra ya en el Génesis.

El espacio de tiempo en que la luna presenta sucesivamente todas sus fases se llama mes y se compone en rigor de 29 dias, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos. Llámase este mes lunar. El solar es el número de dias que, al parecer, tarda el sol con su movimiento aparente en recorrer cada uno de los 12 signos zodiacales; las lunaciones que hay en un año pasan de 12 y no llegan á 13; de modo que la correspondencia entre los años y los meses lunares no se puede lograr sino valiéndose de ficciones. Los Judíos, los Latinos, los Árabes, los Griegos y los Romanos, hasta Julio César, usaron del mes lunar. Año es el espacio de tiempo que la tierra emplea en ejecutar su

movimiento de traslacion alrededor del sol ó sean 365 dias, 5 horas, 48 minutos, 45 segundos y 30 tercios. Este es el año solar. El lunar se compone de 12 lunaciones; esto es, de 354 dias, 8 horas, 48 minutos, 38 segundos, 12 tercios. Como es de ver, entre el año solar y el lunar, hay cerca de 11 dias de diferencia, que constituyen la Epacta (edad de la luna) y cada tres años se forma con ellos una lunacion más.

Para comprender el principio, la duracion, los nombres y la correspondencia de unos meses y de unos años con otros, el historiador debe tener muy en cuenta los calendarios de los diversos pueblos y sus correcciones varias.

Olimpiada es el espacio de 4 años, lustro el de 5, indiccion el de 15 y siglo el de 100.

Ciclos son unas revoluciones de años que se renuevan tan luego como se acaban. El ciclo Caldeo comprende 600 años, el pascual 532, el hebreo 50, el solar 28 y el lunar 19.

Dáse el nombre de eras, á ciertos puntos históricos ó astronómicos de donde parte una série de años civiles que se adapta para computar los tiempos: son las más notables la Hebráica, la de las Olimpiadas, la de la fundacion de Roma, y la Cristiana que empieza con el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

La historia se divide:

1.° Por su extension, en *universal, general, provincial, municipal,* segun que trata de todo el género humano, de los diversos pueblos que constituyen una nacion, de una provincia, ó de una sola ciudad.

2.° Por su materia en *Sagrada y Profana.* La Sagrada puede ser del *Antiguo,* ó del *Nuevo Testamento. Historia sagrada del Antiguo Testamento, es la historia del pueblo Hebreo revelada por Dios á sus profetas, para anunciar á Jesucristo. Historia sagrada del Nuevo Testamento, es la historia de Jesucristo y del establecimiento de su*

Iglesia, inspirada por Dios á los Evangelistas y á los Apóstoles. Historia Eclesiástica es la que, continuando á las anteriores, tiene por objeto la propagacion, vicisitudes y estado actual de la Iglesia cristiana hasta nuestros dias.

La *profana* se divide en *política, civil, literaria, científica, militar, artística, etc.*, segun el objeto á que preferentemente se consagra.

3.° Por su forma, en *Crónicas, Anales, Décadas, Efemérides, Memorias, Epítomes, etc.* La *Crónica* se distingue por la sencillez y por el órden *cronológico:* los *Anales* se ordenan por *años:* solo abrazan las *Décadas* el espacio de *diez* años: las *Efemérides* son *apuntes* en que se consignan los sucesos por dias ó por semanas: las *Memorias* se refieren á un tiempo breve y á una persona que tomó parte en los acontecimientos que narra: la *Historia anecdótica* recoge hechos ó dichos sueltos: los *Epítomes* se ciñen á lo que parece *esencial.*

4.° Por razon del tiempo, en *Primitiva, Antigua,* de la *Edad Media, Moderna y Contemporánea.*

En la Historia, ciencia que segun lo expuesto tiene por objeto la narracion y apreciacion de las vicisitudes de la humanidad entera, es el método una condicion cuya importancia jamás se ponderará bastante.

El método puede ser *etnográfico,* que trata de cada pueblo ó nacion por separado; *tecnográfico,* que dedica distintos capítulos á las artes, las ciencias, la religion, la política, la moral; *sincronístico,* que refiere los sucesos de todos los pueblos en conjunto, siguiendo el órden de las épocas.

Período histórico es el espacio de tiempo durante el cual se han verificado ciertos sucesos que tienen íntimo enlace entre sí, que parecen los unos como consecuencia de los otros, constituyendo entre todos un órden de ideas y de cosas completo.

Bajo este aspecto se divide la *Historia Universal* en cinco períodos.

1.° *Historia primitiva,* desde la Creacion hasta la dispersion de los hijos de Noé.

2.° *Historia antigua,* desde la dispersion de los hijos de Noé hasta la ruina del imperio romano de Occidente, en el año 476 del Nacimiento de Jesucristo.

3.° *Edad Media,* desde la caida del imperio de Occidente, en 476, hasta la toma de Constantinopla por los Turcos otomanos, en 1453.

4.° *Historia moderna,* desde la toma de Constantinopla, en 1453, hasta el principio de la revolucion francesa de 1793.

5.° *Historia Contemporánea,* desde el principio de la revolucion francesa hasta nuestros dias.

Nuestra historia se divide en quince épocas. Una pertenece á la Historia primitiva; seis á la Historia antigua; cinco á la Media, y tres á la Moderna.

PRIMER PERÍODO.

HISTORIA PRIMITIVA.

DESDE LA CREACION HASTA LA DISPERSION DE LAS GENTES EN LA TORRE DE BABEL.

(4.004 á 2.233 antes de Jesucristo.)

PRIMERA ÉPOCA.

LECCION I.

La Creacion.—Adan y Eva.—
Cain y Abel.—Seth.—El Diluvio Universal.—
Dispersion de los descendientes de Noé.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra: formó al hombre á imágen y semejanza suya, y le dió por compañera una mujer, formada de los mismos huesos y de la misma carne del hombre.

Estas verdades que confirman las tradiciones de los pueblos todos, en sus circunstancias más esenciales, se demuestran, con evidencia incontestable, por las ciencias naturales, por los estudios etnográficos, por las aspiraciones del alma, que siempre corre tras de lo noble y lo grande, por el humanitario principio de la igualdad, y hasta por la dignidad de nuestra especie.

No han faltado, sin embargo, pretendidos sábios, que, arrojando lodo sobre la especie humana, con mengua de su dignidad y despojándola de su orígen divino, han contradicho verdades tan palmarias.

Prescindiendo de Volney, que supone al primer hombre arrojado por casualidad á un país desierto é inculto, huérfano, abandonado de la mano desconocida que le dió el ser, porque esto lo desmienten á la vez nuestra prolongada infancia y la necesidad de los prolijos cuidados ma-

ternos, y porque si fuera cierto que el gérmen humano se desarrolló fortuitamente, las variedades de los hombres serian infinitas, como acontece siempre en las obras del acaso; prescindiendo tambien de los delirios de Darwing y de Hœkel, nos contentaremos con decir algo de Virey y de Lamark, famosísimos maestros en estas repugnantes teorías. El primero, negando la consoladora verdad de un orígen comun en el europeo y el negro, no vacila en sospechar la fraternidad entre el desgraciado hotentote y los babuinos. Lamark va aún más allá, pues se propone nada menos que señalar los pasos por medio de los cuales ha procedido la naturaleza para ir elevando gradualmente los seres, desde una clase inferior, á la superior inmediata, estableciendo un encadenamiento de eslabones sucesivos.

Desprecio y lástima ciertamente debe merecer y no más, tan grosera urdimbre de rídículas hipótesis, cuando la historia, en miles de años de experiencia, no presenta un solo ejemplo de trasformaciones semejantes. No ha dejado la abeja de trabajar en la confeccion de sus dulces panales, desde que la describio Aristóteles, ni la laboriosa hormiga ha abandonado su vida de afanes, desde que Salomon recomendaba al hombre su ejemplo, y, sin embargo, ni en la abeja, ni en la hormiga, vemos que haya aparecido ninguna nueva facultad perceptiva, ni órgano nuevo para perfeccionar sus obras. En pinturas, en esculturas, en mómias, podemos reproducir el cuadro exactísimo de la Historia natural de hace cuatro mil años; ¿qué variaciones se han producido en ese tiempo? Al empleo de las máquinas, á la febril actividad de los tiempos presentes ¿ha seguido, por ventura, la aparicion de algun órgano nuevo, siquiera en embrion, de alguna facultad anímica que nos aparte algunas líneas más de nuestro padre el mono?

El cuadrumano macho y la hembra debieron perfeccionarse á la vez, si pudieron tener hijos; porque es falso

que sea fecundo el comercio del hombre y del mono, comercio siempre estéril entre indivíduos de razas diversas, pues solo producen seres híbridos los semejantes, que solo los de una misma raza engendran mestizos que se perpetúen.

Pero no pasemos más adelante, porque á proseguir la historia de nuestros abuelos, guiados por el hilo de esta filosofía degradante, despues de haber hecho descender al hombre de su pedestal divino, desde el mono más perfecto, encontraremos nuestros progenitores en la planta más ruda, y, descendiendo escalon á escalon, iremos por acaso á encontrar nuestro padre primero en la materia más embrionaria, perdida en el más súcio lodazal.

Pero todavia hay quien, sin profesar estas repugnantes teorías, niegue que los hombres proceden de un tronco comun, dividiéndolos para ello en razas distintas, fundándose, no en cambios típicos, sino en variedades esporádicas de forma y de color: cuando la experiencia enseña cuán variables son el color y la forma, cuando la inteligencia y la actividad son dos focos perennes de perturbacion, cuando esta depende de las costumbres, de la civilizacion, y aquel se modifica con la temperatura y bajo la influencia de otras análogas causas.

Afirmemos , pues, con entera seguridad, que venimos del Paraiso, no de los cuadrumanos, que procedemos de un padre comun, única razon de la fraternidad universal, negacion del bárbaro derecho de la esclavitud sobre seres que no pueden ser tenidos como bestias, principal fundamento de la verdad del pecado original y de la consoladora esperanza del dogma de la Redencion.

Creados el primer hombre y la primer mujer, Dios los estableció en el Paraiso, donde el ángel impuro hizo pecar á Eva y Eva á Adan; por lo cual ambos fueron lanzados de aquel encantado lugar de perpétuas delicias y condenados á comer el pan ganado con el sudor de sus

frentes, no sin que les diera Dios la consoladora esperanza de una futura Redencion.

Adan y Eva tuvieron dos hijos: Cain y Abel, de los cuales el primero mató al segundo por envidia de su virtud.

Muerto Adan, este dejó otro hijo llamado Seth, virtuoso como Abel y padre de Enós. Los decendientes de Enós se distinguieron con el nombre de *hijos de Dios* y los de Cain con el de *hijos de los hombres.*

Cain edificó la primera ciudad, y de él descienden el pastor Jabel; Jubal, hábil músico, inventor de la cítara y del órgano; Tubalcain que fundió los metales y los trabajó á martillo, y Noema que hiló y tejió la lana de sus rebaños.

Los descendientes de Seth guardaron fidelidad á los divinos preceptos; pero como al cabo se mezclasen en ilícitos enlaces con los de Cain, se cubrió la tierra de crímenes, hasta el punto de que decretase Dios borrar de la haz de la tierra á los impíos.

En medio de la universal corrupcion, vivia un hombre justo llamado Noé, á quien el Señor reveló su propósito, ordenándole que labrara un arca donde habian de entrar el mismo Noé y sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos y un par de animales de cada especie.

Durante el largo tiempo que Noé empleó en labrar el arca, no cesó de anunciar á los hombres el castigo que les preparaba el Supremo Hacedor y la necesidad de aplacar la cólera divina; pero, ciegos y desatentados, no escucharon sus palabras.

Terminada el arca y colocados en ella Noé, su familia y las parejas de animales, aconteció el Diluvio, rompiéndose las fuentes y depósitos del grande abismo de los mares, y abriéndose las cataratas del cielo, por espacio de cuarenta dias y de cuarenta noches, rebasando el agua las más altas montañas y muriendo cuanto en la tierra

tenia soplo de vida, excepto Noé y los suyos. Cuando bajaron las aguas, se detuvo el arca sobre el monte Ararat; y Noé, sus hijos y los animales que con él se salvaron, descendieron de ella, para repoblar la tierra, en cumplimiento de las órdenes de Dios.

Los descendientes de Noé crecieron rápidamente y se multiplicaron en las faldas del Ararat; y, ó porque temieran un nuevo Diluvio, ó en la necesidad de una separacion, en busca de nuevos países donde extenderse, ó como muestra de ingénita soberbia, quisieron construir una torre de desmesurada altura y grandeza, propósito que Dios castigó borrando el idioma primitivo, que hasta entonces habia sido comun, y confundiendo sus lenguas.

Los hombres entonces, roto el gran vínculo que los unia, tomaron distintas direcciones para poblar la tierra, en cumplimiento de las órdenes del Señor.

Los hijos de Cham poblaron algunas comarcas entre el Eufrates y el Tigris, la Siria y la Arabia, y, atravesando el istmo de Egipto, penetraron en el África y en las islas de los mares del Sur.

Los descendientes de Sem se estacionaron en Asia, extendiéndose por las costas del golfo Pérsico y del mar Erithreo, poblando en una parte de la Asiria y de la Arabia.

La sucesion de Jafet se encaminó hácia el Norte, y á las numerosas islas del Mediterráneo, y á Europa, *penetrando en las tiendas de sus hermanos.*

SEGUNDO PERÍODO.

HISTORIA ANTIGUA.

DESDE LA DISPERSION DE LAS GENTES EN LA TORRE DE BABEL, HASTA LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.

(Año 2.223 antes de Jesucristo, al 476 despues de Jesucristo)

SEGUNDA ÉPOCA.

(DESDE LA DISPERSION DE LAS GENTES HASTA LAS OLIMPIADAS: EN EL AÑO 776 ANTES DE JESUCRISTO.)

LECCION II.

HISTORIA DEL PUEBLO DE DIOS, DESDE ABRAHAM HASTA LA INCORPORACION DE LA JUDEA Y DE SAMÁRIA AL IMPERIO ROMANO.

Abraham, hijo de Taré (1), nieto de Nacor y descendiente de Sem, vivia en Ur, en Caldea, cuando Dios le ordenó abandonar este país, infestado de la idolatría, prometiéndole en cambio una numerosa descendencia, en la cual se conservaría la religion verdadera y de la que habria de nacer el Redentor.

Abraham se encaminó á la tierra de Chanaan, donde se estableció con los suyos, que tomaron el nombre de Hebreos, de Heber hijo de Salé, nieto de Sem.

El hijo de Taré tuvo de su esposa Sara á Isaac, heredero de las divinas promesas, y de Agar, su esclava, á

(1) En esta leccion, como en otras varias, faltaremos al órden riguroso de las *épocas*, anticipando algunos sucesos, para que no pierdan estos interés, ni se produzca confusion, inseparable siempre del excesivo fraccionamiento y del nimio respeto á las épocas, en un libro de reducido volúmen.

Ismael, de quien proceden los árabes del Desierto. Isaac tuvo dos hijos; Jacob, conocido tambien con el nombre de Israel, y Esaú, progenitor de los Idumeos que se establecieron en Edom, en la Arabia Petrea.

Doce hijos tuvo Jacob: uno de ellos, José, vendido por sus propios hermanos á ciertos mercaderes de Madian, que de suceso en suceso, vino á lograr ser ministro del rey de Egipto, en cuyo país acogió á los suyos, estableciéndolos en la tierra de Gessen, comarca situada en la parte Noroeste del Egipto.

Los hijos de Jacob, aumentados con los dos de José (Manasés y Efraim), á los que aquel adoptó, fueron cabezas de las tribus del pueblo de Dios.

Muerto José y faltos de proteccion los Israelitas, fueron tiranizados, y queriendo Dios librarlos de la esclavitud, dió vida á Moisés, de la tribu de Leví, que salvado de las aguas del Nilo por la hija del rey, fué educado en la córte egipcia. Fugitivo de ella en el país de Madian, Dios se le apareció en el monte Horeb, ordenándole que regresara á Egipto y libertara á sus hermanos.

Tras de no pocos prodigios y el castigo de las diez plagas, el monarca egipcio consintió en la marcha de los israelitas, los cuales, atravesando á pié enjuto las aguas del mar Rojo, que se cerraron al pasar las tropas del arrepentido Amenofis III, ahogándolas entre sus atropelladas ondas, se encaminaron á la Arabia Petrea, en demanda de la Tierra de Promision.

En el monte Sinaí dióles el Señor los preceptos del Decálogo.

No pocas desgracias experimentaron los israelitas en su marcha, ya luchando con distintos pueblos, ya en repetidas rebeldías, ya por último, incidiendo en la idolatría, por lo que fueron condenados á andar errantes por espacio de cuarenta años en el Desierto.

Moisés murió cuando ya, desde el monte Nebo, mos-

traba á los suyos la ansiada Tierra de Promision. Josué, que le sucedió en la direccion de los expedicionarios, atravesando el Jordan, venció al ejército de los reyes de Canaan, se apoderó del país y lo dividió entre las doce tribus.

Muerto Josué, cada tribu fué gobernada por los ancianos, que, reunidos periódicamente, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote, decidian sobre los intereses comunes; forma de gobierno que duró por espacio de treinta años.

Cayendo el pueblo de Israel en repetidas abominaciones por su contacto con los vecinos idólatras, despues de castigarlos Dios, los socorria con el auxilio de hombres de valor, que puestos á su frente los libraban de sus enemigos, y á la vez que regian los ejércitos, administraban justicia: catorce de estos, llamados jueces, se contaron en el espacio de trescientos treinta años, hasta el profeta Samuel, que venció á los Filisteos y los arrojó de Israel.

Haciéndose aborrecibles los hijos de Samuel por su crueldad y avaricia, los israelitas pidieron al Señor que les diera un rey, por lo que Samuel ungió á Saul, de la tribu de Benjamin, suceso que tuvo lugar en el año 2.903 de la Creacion.

Saul peleó durante todo su reinado contra los filisteos, y viendo perdido su ejército y muertos tres de sus hijos, se atravesó con su propia espada.

David, su sucesor, extendió sus Estados por medio de grandes victorias, y edificó á Jerusalem, cerca de Sion. Salomon, heredero de David, (1.033), engrandeció á Jerusalem; edificó el celebradísimo Templo, y ensanchó el comercio de los israelitas, facilitándoles nuevas relaciones. Muerto Salomon, sucedióle su hijo Roboam, que por su altivez fué causa de una terrible rebelion, en la que solo dos tribus, la de Judá y la de Benjamin, permanecieron fieles al Monarca, mientras las otras diez eligieron á Jeroboan, quedando por tanto el reino dividido en dos: el de Judá y el de Israel. (962)

El reino de Isreal acabó en Oseo, contra el cual encolerizado Salmanasar, rey de Asiria, marchó con un poderoso ejército, y apoderándose de Samária, se llevó consigo á las diez tribus, las dispersó en su imperio, y envió familias de sus súbditos para que poblaran el país. (718)

Sedecías fué el último rey de Judá, en cuyo tiempo Nabucodonosor destruyó á Jerusalem y llevó los judíos cautivos á Babilonia. (587)

Ciro, rey de Persia, publicó un edicto permitiendo á los judíos volver á su patria y reedificar el templo y la Ciudad santa, (536) donde fueron gobernados por el Consejo de los ancianos, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote. Despues de las desgracias sufridas por los judíos en tiempo de Artagerges Ochus, Alejandro de Macedonia los trató con benignidad, hasta que, despues de la batalla de Isso, quedaron sujetos á la dominacion de Ptolomeo I, rey de Egigto.

Los Macabeos, que devolvieron su independencia al pueblo de Dios, comprenden un período de guerras, de heroismo, de luchas religiosas, entre fariseos y saduceos, y de crímenes, que terminó, cuando Pompeyo, arrojando á Aristóbulo, estableció á Hircano II en Jerusalem, con título de Sumo Pontífice y de Príncipe, pagando tributo y reduciéndose á los límites de la Judea.

Desde Hircano II á Arquelao, hijo de Herodes, proclamado con título de Etnarca, la historia de los judios casi se reduce á la de los partidos que ensangrentaban á Roma, y á las bajezas, ambiciones y crueldades de sus hombres, hasta que por último, Augusto incorporó la Judea y la Samária á la Siria, bajo el gobierno de procónsules, entre los que es tristísimamente célebre Poncio Pilato.

Filipo, otro hijo de Herodes, quedó de Tetrarca de Galilea y la Tracónita, durante su vida; despues, estos países fueron igualmente incorporados á la Siria. (27-36)

LECCION III.

LOS GRANDES IMPERIOS ASIÁTICOS.—LA GRANDE Y LA PEQUEÑA FRIGIA.—LA LIDIA.—LA ARMENIA, LA CÓLQUIDA, LA IBERIA Y LA ALBANIA.—LOS FENICIOS Y SUS COLONIAS.

En el Asia central, cuna de las sociedades civiles, es preciso estudiar seis grandes centros de poder. Primero: la monarquía babilónica que fundó Nemrod. Segundo: la Asiria, de que fué Nino el primer rey. Tercero: la nueva monarquía Asiria que debió su orígen á Phul. Cuarto: la caldeo-babilónica de Nabonasar. Quinto: los Medos. Sexto: los Persas.

Monarquía babilónica: Nemrod, hijo de Chus y nieto de Cham, *cazador violento,* fundó un imperio al rededor de Babilonia (2.180 a. de J. C.), cuya capital, situada en las fértiles orillas del Eufrates, llegó al más alto grado de esplendor.

La dinastía de Nemrod fué derribada por los elamitas, que á su vez fueron sustituidos por una dinastía árabe.

Nabonádus es el último rey del imperio fundado por Nemrod.

Imperio Asirio: Assur, hijo de Sem, encaminándose al Tigris, fundó á Nínive, en la márgen izquierda de este rio.

Á la vez que decaia el poder de Babilonia bajo los árabes, engrandecíase Nínive.

Nino expulsa á los árabes de Babilonia; extiende su imperio; lleva á cabo felicísimas correrias en la Media, en la Persia, y en la India; ensancha á Nínive, cuyo ámbito segun el profeta Jonás, llegaba á tres jornadas de camino, y la cerca de un muro de cien piés de altura, coronado de quinientas torres de doscientos piés de elevacion. Semíramis, viuda y sucesora de Nino, reconstruye á Babilonia, la engrandece con suntuosos edificios y jardines, y funda otras muchas ciudades, hasta que, por último, muere á manos de su hijo Ninias.

Despues de estos dos esplendorosos reinados asoma un largo período de oscuridad, hasta que aparece Sardanápalo, sentina de todos los vicios, cuyo brutal sensualismo é impiedad están sumados en esta conocida inscripcion: *Pasajero, oye el consejo de Sardanápalo fundador de ciudades: come, bebe, goza; lo demás es nada.* Por último, unidos contra este miserable príncipe, Arbaces, Sátrapa de la Media, y Belésis de la Babilonia, lo sitiaron en su capital, y el tirano, reducido al último extremo, se arrojó á las llamas con sus riquezas y las mujeres de su harem.

Nueva monarquía Asiria. La monarquía asiria renace bajo de Phul, de quien fueron tributarios los israelitas.

Teglat-Falasar que acaba con el reino de Damasco (726); Salmanasar (718) que destruye á Samária y traslada sus habitantes al interior del Asia; Senaquerib, declarado enemigo de los judíos, que muere á manos de sus propios hijos; Hasar-Hadon, que debeló la Fenicia y algunos territorios de la Media, de la Persia, de la Susiana y del Asia Menor, y en cuyo tiempo el arte llegó á su más alto grado de esplendor, fueron los príncipes más notables del imperio asirio, en su renacimiento.

Imperio Caldeo-babilónico. Nabopolasar, fundador de la monarquía Caldeo-babilónica, conquista la Judea lle-

vándose prisionero á su rey Joaquin, se apodera de la Mesopotamia, de la Siria y de la Fenicia y se une en estrecha alianza con los Medos.

Este imperio llega á su mayor altura en tiempo de Nabucodonosor el Grande.

En el reinado de Baltasar termina el poder de los caldeo-babilónicos, pues unido este príncipe al rey de Lidia contra los medos, estos se apoderan de la capital de Asiria, mientras Baltasar, entregado á la crápula, profanaba en un lúbrico festin los vasos sagrados del templo de Jerusalem.

Los Medos. Madiai hijo de Japhet, estableció al Sur del mar Hircanio la monarquía de los medos que sufrió la dominacion de los asirios á las órdenes de Nino.

Diez siglos despues de la muerte de Sardanápalo, recobran los medos su independencia en tiempo de Dejoces. Sus sucesores luchan con varia fortuna contra asirios y persas, hasta que Ciajares casa á su hija Mandanae con el persa Cambises, de quien procedió Ciro el Grande, que unió la Media á la Persia.

Los Persas. La historia de los persas, tambien está envuelta en el más profundo misterio, hasta los tiempos de Ciro.

Reinaba en la Media Ciajares II, cuando lidios, babilonios y otros pueblos del Asia, se confederaron contra él. Ciajares se unió á los persas y confió el mando de sus tropas á Ciro, que conquistó el Asia Anterior y se apoderó de Babilonia, dando muerte á Baltasar.

Unidas ya la Media y la Persia, por muerte de Ciajares II (536), publicó Ciro el célebre edicto favorable á los judíos.

Sucedióle su hijo Cambises, conquistador del Egipto y de Cirene, célebre por sus crueldades y su demencia, el cual murió despues de siete años y medio de reinado.

Tras de Cambises entró á reinar Darío I hijo de Hi-

daspes, que se apoderó de Babilonia, hizo la guerra á los Escitas, durante la cual venció á Griegos y Macedonios, fijando el pié en Europa é iniciando las célebres guerras médicas.

Darío llegó con sus espediciones militares á la India.

Á la muerte de Darío I su imperio estaba limitado al Norte por el Ponto Euxino, la cordillera del Cáucaso y el mar Hircanio; al Este por el Indo; al Sur por el mar Erithreo, el golfo Pérsico y la Península Arábiga, y al Oeste por el mar Interior.

Gerjes I sucedió á su padre Darío.

Antes de hablar del Egipto, del que no se puede prescindir al historiar las antiguas monarquías asiáticas, y antes de sumariar la historia de la India y de la China, consignaremos que el Asia Anterior ó Menor, península occidental del continente asiático, limitada por el Euxino, el mar Egeo y el Interior, el Tauro y el Anti-Tauro, debió su poblacion á los Lidios, descendientes de Sem y á los Frigios, que procedian de Japhet.

En el Asia Menor florecieron la Grande y la Pequeña Frigia; la Lidia, que pasó á ser provincia del imperio persa cuando su último rey, el opulento Creso, fué vencido por Ciro en Timbrea; la Armenia, y en las faldas del Cáucaso la Cólquida, la Iberia ó Sapiria y la Albania, que cierran por el Norte esta parte del continente asiático.

Los fenicios. Es conjetura muy aceptable que la Fenicia fué poblada por gentes que, desde el golfo Arábigo, se establecieron primero en el país que se llamó antes Joppe y luego Fenicia, del nombre griego que significa palma.

Es la Fenicia una estrecha cinta de tierra, limitada por el mar Interior y la cordillera del Líbano, en la que se hallaban situadas ciudades muy florecientes.

Los pueblos fenicios no estaban reunidos en un solo Estado; cada ciudad, con su territorio, tenia régimen dis-

tinto, con reyes ó jefes propios, confederados en la paz por los intereses y el culto comun de Melcarte y en la guerra por el peligro.

Ofreciéndoles las montañas del Líbano excelentes maderas de construccion, y no pudiendo ensancharse por esta parte, contenidos por tribus guerreras, limitados al frente por las olas del mar, estos pueblos necesariamente fueron navegantes, comerciales y colonizadores. Situados casi en el punto donde más se aproximan los tres continentes del antiguo mundo, con una mano recibian los productos del Asia y del África, y con la otra los ofrecian á la Europa.

Las necesidades del comercio, las disensiones intestinas, la superabundancia de poblacion, hija de la riqueza y de la prosperidad, llevaron á los fenicios á los países más apartados que inundaron con sus colonias, derramando por tal manera en todas partes la luz de la civilizacion.

LECCION IV.

NOCIONES GEOGRÁFICAS DE LA INDIA.—PERÍODOS HISTÓRICOS.—SUPUESTA ANTIGUEDAD DE LOS MONUMENTOS INDIOS.

Al amparo de las más altas montañas del universo, regada por caudalosos rios que la fertilizan, enriquecida de numerosos puertos naturales en las extensas costas del mar Erythreo y del golfo de Oman, sembrada de elevadísimas y áridas rocas y de altas mesetas por donde jamás corre el más pobre manantial, se encuentra la India, donde crecen espontáneas las frutas más delicadas del Asia, donde las flores más bellas impregnan las brisas con sus penetrantes aromas, donde extensísimas praderas, siempre verdes, ofrecen perpétuo pasto á innumerables rebaños.

El Indo y el Ganges, corriendo de Norte á Sur y desembocando el primero en el mar Erythreo y el segundo, en el golfo Gangético, recibiendo numerosísimos afluentes, enriquecen este privilegiado país: las cumbres del Himalaya, de incomparable altura, tomando los nombres de Paropamiso y Emodo, segun que se encaminan al Oeste ó al Este, son fronteras de la Cachemira, donde se alza el monte Merú habitado por el poder de Dios.

La India termina hácia el Sur en dos grandes penínsulas, el Indostan y la Indo-China, cuyos extremos meri-

dionales baña el Océano índico, de la primera, en el cabo de Comorin, y de la segunda, en el Chersoneso de Oro.

Tal es el país donde Alejandro de Macedonia abandonó sus temerarias empresas; que inundó de sangre la ferocidad musulmana; que explotaron los portugueses, y donde la política inglesa ha fundado un vastísimo imperio.

Divídese la historia de la India en cuatro períodos. Primero: tiempos primitivos que terminan con las expediciones de Alejandro, en el año 327 antes de Jesucristo. Segundo: Desde las conquistas de Alejandro hasta el principio de la invasion de los árabes en 680. Tercero: Desde las expediciones de los árabes hasta la llegada de los portugueses en 1500. Cuarto: Desde la llegada de los portugueses hasta nuestros dias. Los dos primeros pertenecen á la Historia Antigua, el tercero á la Media y el cuarto á la Moderna.

Primer período. Como medio siglo despues de la dispersion de las gentes, ciertas tribus medas y babilónicas, siguiendo las orillas meridionales del mar de Hircania, los montes Masdoranos y el Paropamiso, penetraron en la India con el nombre de Arios y venciendo á los aborígenes, de raza chamita que redujeron á la esclavitud, se establecieron en el Penchab, comarca que recibió este nombre de su equivalente griego Pentepotamia, cinco rios, de otros tantos tributarios del Sindo.

Del viaje de aquellas tribus vencedoras, son clarísimos rastros el rio Ario, la ciudad de Ario ó Artacoana y la region Ariana limítrofe de los desiertos de la Carmania, donde el Paropamiso comienza á levantar sus cumbres.

Vencidos los primeros obstáculos, los conquistadores se extendieron por el país, siguiendo el curso del Indo y del Ganges, y fundaron varios reinos independientes bajo la direccion de jefes hereditarios y sacerdotes.

Los árabes invadieron este país, como la Asiria y el

Egipto, dominando Soac en la India como feroz tirano, é introduciendo en él la idolatría.

Rama, conquistando diversos Estados, que fundió en uno solo, al frente de los suyos se encaminó al Norte del Asia, é invadió la Tracia, la Escitia y la China.

Con Rama triunfa el poder de los Bramas de las tradiciones de los Vedas, y despues de la muerte de aquel héroe, la India se fraccionó en reinos diversos.

Ni Semíramis, ni Ciro, pudieron dominar en la India; Darío, hijo de Hidaspes, hácia el año de 509 antes de Jesucristo, se apoderó de los países situados en la márgen derecha del Indo, rio que desde entonces vino á ser el límite oriental de la monarquía persa.

Hácia el siglo décimo, antes de nuestra era, ejercíase un comercio por demás activo entre la India y los pueblos asiáticos ribereños del Mediterráneo: á la comarca del Ofir en la India, iban fenicios é israelitas en busca de las riquezas todas del Oriente.

Segundo período. Alejandro el Grande, despues de haber derribado el imperio persa, ansioso de gloria, se encaminó á la India. Taxilo, fronterizo de los persas, cuyos Estados limitaban el Indo al Oeste y el Hidaspes al Este, se alió con el héroe macedónico contra Poro, que ocupaba el bello país comprendido entre el Hidaspes, el Hidraotes y las faldas del Emodo, asiento del reino de Abisaro y de otros pueblos libres.

El hijo de Filipo, despues de haber vencido á Abisarés, rey de la floreciente Cachemira, á Poro y á los Praseos, que ocupaban ambas orillas del Ganges, cansadas sus tropas y coronado de gloria, abandonando tan arriesgadas empresas, fué á morir á Babilonia, desapareciendo con él la dominacion de los macedonios en la India.

Sandracoto fundó un poderoso reino entre el Indo y el Ganges, que heredó su hijo Asoca, en cuyo tiempo el budismo llegó á dominar en las comarcas índicas.

La religion de los bramas habia degenerado en el culto de la naturaleza y de sus fuerzas, cuando la aparicion de Buda, en el siglo V antes de Jesucristo, habia de producir terribles guerras religiosas, que postraron el país y lo dejaron inerme en manos de los Escitas, quienes, llevándolo todo á sangre y fuego, sumieron la tierra en la más profunda barbarie y la dividieron en diversos Estados.

La civilizacion india buscó un asilo en las ásperas montañas del Norte, y en sus valles, donde, 50 años antes de Jesucristo, el reino de Cachemira llegó al más alto grado de esplendor intelectual y de prosperidad material bajo el reinado de Vicramaditia y de sus sucesores; esplendor y prosperidad de que es incontestable testimonio la academia de Benarés.

El pueblo indio hallábase dividido en cuatro castas: 1.ª La de los Bramanes. 2.ª La de los Chatrias. 3.ª La de los Vasias. 4.ª La de los Sudras, entre las cuales estaban severamente prohibidos los enlaces matrimoniales, especialísimamente entre indivíduos de las tres primeras y la cuarta.

Los párias, resto de una raza conquistada, vivian en la India faltos de todo derecho.

La forma monárquica hallábase establecida en la India; pero el poder del rey estaba limitado por la casta sacerdotal, entre la cual este debia elegir su Consejo.

A la casta privilegiada pertenecia el monarca, y en el caso de que la dinastía se extinguiera, de entre la misma habian de elegir nuevo monarca los sacerdotes.

Templos gigantescos escavados en las rocas, decorados con estátuas, relieves é inscripciones, magníficos monumentos, ciudades de perímetro increible, soberbios palacios, muestran al viajero el colosal poder de las razas que en las edades pasadas dominaron en la India, dejando la incomensurable huella de su poder.

La religion primitiva de los indios fué el monoteismo.

Brama, Dios único y supremo, creó el mundo y se reveló como Brama (creador), Vishnu (conservador), y Siva (destructor).

Esta religion primitiva fué alterada por los bramanes, sustituyéndola por una grosera idolatría, de la que forman parte la metempsícosis y horribles sacrificios humanos.

Aun degeneró la religion de Brama en manos de Buda. Segun este el Dalay-Lama es la personificacion de Dios, dentro del cual este reside.

El Gran Lama recibe durante su vida, honores divinos: á su muerte, los sacerdotes eligen otro, en el cual entra el alma de Dios.

La lengua sanscrita, que ya no habla el pueblo, era la lengua antigua de los indios.

En su literatura hay que estudiar los Vedas, que contienen las doctrinas religiosas, el culto, los sacrificios, las ceremonias, himnos y oraciones: los Purannas y epopeyas, entre las que son más célebres el Ramayana y el Mahabarata: el código de Manú, que comprende los deberes para con Dios, para consigo mismo y para con los demás, las obligaciones de las castas y un tratado sobre la metempsícosis y la vida futura.

La religion y la filosofía india son generadoras naturales del misticismo abstracto y contemplativo que caracteriza al hijo de estas vastas regiones; de su indiferencia, de su tendencia al suicidio, de su eterna calma, contemplando los majestuosos rios y las altísimas montañas del Himalaya, con sus cimas inaccesibles.

LECCION V.

La China.—Primera, Segunda, y Tercera época.

Es el imperio chino un inmenso plano inclinado, desde las cumbres del Tibet al mar Amarillo, que cierran por el Este los montes Chan-Alin, el mar Houan-Hai y los mares Azul y de la China; por el Norte el rio Amor, y los montes Altai; por el Oeste la Siberia y el Turquestan, y por el Sur la cordillera del Himalaya y los reinos de Birman y de Anan.

El número de habitantes que ocupan tan vasto territorio no puede determinarse, pues mientras unos afirman que llega á trescientos treinta millones, otros aseguran que no pasa de ciento cincuenta millones.

Este pueblo no fué conocido de los antiguos, pues parece demostrado que el país de los *Seres* de que hablan Horacio y Floro, como término geográfico en su tiempo, no era la China; que segun Pomponio Mela y Plinio, *los Seres habitaban en el centro de las regiones orientales, cuyas dos extremidades ocupaban los Escitas y los Indios.* Las primeras noticias exactas de la China las debemos á las invasiones árabes de los Siglos VIII y IX. Visitaron la China los portugueses desde 1516, y sus maravillosas narraciones merecieron poco crédito; los Jesuitas admitidos por Kan-hi, dieron acerca del país nociones claras,

hasta que por último, fueron expulsados. La China ha permanecido desde entonces cerrada á los europeos, hasta que, no sin graves dificultades y peligros, van estos penetrando en el Celeste Imperio, gracias á recientes tratados.

Debe creerse que algunas familias descendientes de Sem, encaminándose á lo largo de las costas meridionales del mar Caspio y del país de los Partos, se establecieron primeramente en el Tibet, desde donde extendieron su dominacion por el país.

La historia de la China puede dividirse en nueve épocas.

Primera. Monarquía patriarcal (2200 á 1122 antes de J. C.).

Segunda. Monarquía feudal (1122 á 237).

Tercera. Monarquía absoluta (237 á 221 despues de J. C.).

Cuarta. Desmembracion de la China: guerras interiores (210 á 580).

Quinta. Restablecimiento del Imperio (580 á 1368).

Sexta. Segunda desmembracion. Conquista de los tártaros (907 á 1280).

Sétima. Los mongoles en la China (1280 á 1368).

Octava. Última dinastía indígena (1368 á 1616).

Novena. La China bajo los tártaros manchues (1616 hasta los presentes tiempos).

Primera época. Unánimes las tradiciones chinas afirman que su civilizacion procede del Occidente.

Con efecto, expedicionarios del monte Ararat, ejerciendo la profesion de pastores, vinieron al cabo á establecerse en el Tibet, desde donde se corrieron al Oriente, constituyendo una monarquía patriarcal de la que fué Yao primer monarca.

Yao gobernaba las doce provincias en que la China quedó entonces dividida, por medio de doce jefes considerados como los hijos del emperador.

Esta primera dinastía fué derrocada por el caudillo de la provincia de Cang, que á su vez fué derribado por Wouwang príncipe de Tcheou que cambió la constitucion patriarcal del estado.

Segunda época. Wouwang dividió el imperio en veintidos Estados feudatarios, número que más tarde se aumentó hasta el de ciento cincuenta y seis al terminar esta época.

Tal subdivision de autoridad produjo ambiciones que estallaron en sangrientas guerras y desórdenes que aprovecharon los Tártaros para invadir la China.

Tercera época. Chi-hoang-ti atacó y venció á los príncipes feudatarios, dividió el imperio en treinta y seis distritos, y fué tan absoluto su imperio, que mandó quemar los libros antiguos amenazando con pena de muerte al que no los entregara; conquistó el Japon, venció á los hunos, y para evitar nuevas invasiones, hizo construir una inmensa muralla en los límites del imperio.

La dinastía de Tsin fué derribada antes de la muerte de tan poderoso príncipe, siendo reemplazada por la de Han (5.ª dinastía), de la que fué el más ilustre Wouti, que hizo buscar cuanto quedaba de la antigua literatura china y escribir los anales del imperio.

Cuarta época. Por espacio de tres siglos y medio fué la China teatro de guerras asoladoras y de profundas desgracias morales y políticas. Los tártaros hicieron durante ella dos grandes invasiones: al comienzo del siglo V se fraccionó en dos imperios separados por el rio Kiang, division que no desapareció hasta que el emperador del Sur, perteneciente á la dinastía de Sout, venciendo al del Norte, volvió á reunir los antiguos estados. El culto de Buda, protegido por el emperador Wouti (502), se extendió en la China, y filósofos como Fou-Tchin enseñaron que *todo lo que sucede en el mundo es obra del acaso; que el alma perece con el cuerpo, y que nada hay despues de esta vida.*

Esta religion sumergió al pueblo en la más profunda barbarie: en vano fué el restablecimiento de la unidad del imperio: en vano fueron los esfuerzos de los misioneros cristianos: cuando se rompen los vínculos religiosos, rómpense á la par los vínculos políticos, de los cuales son aquellos única fuerza y sosten.

Reina una grande oscuridad sobre el orígen del pueblo chino, sobre sus antigüedades y sobre su historia, á pesar de que esta ciencia está en este país tan honrada que además de existir un tribunal que entiende de ella, cada emperador lleva consigo dos historiadores: uno á su derecha y otro á su izquierda, respectivamente encargados de consignar sus actos y sus palabras; historias que no se leen, segun algunos, hasta que cada emperador ha muerto, y segun otros, hasta que ha concluido su dinastía.

LECCION VI.

El Egipto.

Para acabar con esta segunda época solo nos resta ocuparnos del Egipto.

El Egipto llamado Chem (¿Cham?) por los naturales, Misrain por los hebreos y Mirs por los árabes, ocupaba la parte más Noroeste del África, y estaba limitado al Norte por el mar Mediterráneo, al Oeste por la Libia interior, al Sur por la Etiopía, y al Este por los golfos Arábigo y Horoopolito y el istmo de Suez. Dividíase en tres partes: Alto Egipto ó Tebaida, capital Tebas (Diospolis Magna); Medio Egipto ó Heptanomide, capital Menfis; y Egipto Inferior ó Delta, capital Sais.

El Nilo fecunda al Egipto con sus inundaciones periódicas.

Entre los infinitos monumentos que por todas partes llaman en este país de las maravillas la atencion del viajero, merecen citarse las pirámides, el laberinto, el lago Moeris, las catacumbas de los reyes en la cordillera Líbica y el templo de Carnac.

La Historia del Egipto, con relacion á este segundo período, se divide en seis épocas.

Primera. Desde los tiempos más remotos, hasta Se-

sostris (Ramsés III) (2259 á 1491 antes de J. C.).

Segunda. Desde Sesostris hasta Psamético (1491 á 650).

Tercera. Desde Psamético hasta la conquista del Egipto por los persas (650 á 525).

Cuarta. Desde la conquista de este país por los persas hasta su dominacion por Alejandro el Grande (525 á 332).

Quinta. Desde las conquistas de Alejandro hasta el combate de Actium (332 á 29).

Sexta. Desde el combate de Actium hasta la ruina del imperio romano de Occidente (29 antes de Jesucristo al 476 del nacimiento de J. C.).

Ciertas tribus del Asia Meridional se extendieron por la Etiopía y descendieron al Egipto cuando este se iba saneando de la inundacion del diluvio. Confirman este aserto el nombre comun de *Arábigas* dado á las costas del mar Erythreo; que Manes tiene nombre, atributos y vida análogas á las del Manú índico; que existe gran similitud entre las radicales egipcias y las sanskritas, y que, hasta estudiando los cráneos de los antiguos egipcios, se han encontrado en ellos señales de orígen etiópico y de raza indiana.

Los Cusitas, pues, que habitaron el valle de Eufrates y la península arábiga, pasando desde aquí á la contrapuesta orilla del mar Rojo, fueron los pobladores del Egipto.

La cultura de este país creció rápidamente, merced á la fertilidad de su suelo, á su rio navegable y á su posicion topográfica, como parte del África, lindante con el continente Asiático.

Esta parte del África estaba dividida en nomos, cada uno de los cuales reconocia como capital el templo de la divinidad en él dominante, de los cuales el más antiguo era el de Tebas.

Rodeado el Egipto de tribus nómadas, estas lo invadieron frecuentemente.

Los árabes beduinos inundaron el Bajo Egipto, y sus jefes llamados *hiksos* fortificaron á Pelusium y extendieron su dominacion hasta Menfis, entablando ruda guerra con los naturales que conservaban la Tebaida, hasta que Thumotsis logró expulsarlos, fundando una poderosa monarquía con los diversos estados egipcios.

La segunda época la llena Sesostris (Ramessés el Grande) con su glorioso reinado; sin embargo, á la muerte de este príncipe comenzó á decaer el Egipto arruinado por los etiopes y por la usurpacion de Sethos.

El territorio se dividió entonces en doce estados que gobernaron otros tantos príncipes independientes, hasta que Psamético, jefe de Sais, con ayuda de griegos y de carios, venciendo á los demás reyezuelos, se apoderó de todo el país.

Durante la tercera época, Necos, hijo y sucesor de Psamético, proyecta unir por medio de un canal, el mar Mediterráneo y el golfo Arábigo; realiza grandes expediciones militares al Asia, y lleva á cabo el periplo alrededor del África. La familia de Psamético acaba de reinar con Apries, vencido por Amasis que reinó espléndidamente.

Psaménito, hijo de Amasis, fué derrotado por Cambises, hijo de Ciro, rey de Persia, que convirtió al Egipto en provincia de sus poderosos estados.

Forman los reyes de Persia, en la oscura série de las dinastías egipcias, la ventisiete.

El Egipto recobra otra vez su independencia, gracias al auxilio de los espartanos, hasta que, en tiempo de Natánebis II, de la trigésima dinastía, Artagerges Ocus restablece la autoridad de los persas, que luego sucumben á manos de Alejandro el Grande.

TERCERA ÉPOCA.

(DESDE LAS OLIMPIADAS HASTA ALEJANDRO.—AÑOS DE 776 Á 323).

LECCION VII.

LÍMITES DE EUROPA Y DE GRECIA.—INVASIONES.—TIEMPOS HERÓICOS.

La Europa, principal teatro de los progresos y vicisitudes de la raza japhética, estaba limitada al Este por el mar Egeo (Archipiélago), el Helesponto (Estrecho de los Dardanelos), la Propontide (mar de Mármara), el Bósforo de Tracia (Canal de Constantinopla), el Ponto Euxino (mar Negro), el Bósforo Cimmeriano (Estrecho de Kertch), el Palus Meotides (mar de Azof) y el rio Tanais (Don), hasta los 48 grados de latitud; al Norte por los países de las nieblas perpétuas y de los frios insoportables; al Occidente por el Océano Atlántico, y al Sur por el Estrecho de Hércules (Estrecho de Gibraltar) y el mar Interior (mar Mediterráneo).

Una de sus regiones, la Grecia, de que vamos á ocuparnos, recibió el nombre de Hellada de Heleno, hijo de Deucalion, rey de la Tessalia. En tiempo de Homero dábase á sus habitantes el nombre de Danaos ó Argivos y Achivos: los latinos llamábanlos Graeti y Grætia al país.

La Grecia, en los tiempos posteriores á la guerra de Troya, estaba limitada al Este por el mar Egeo, al Norte

por la desembocadura del Peneo, los montes Cambunios, el Olimpo y la cordillera Acroceraunia (de la Chimera); al Oeste por el mar Jónico, y al Sur por el mismo mar Jónico, los golfos de Mesenia (Coron), de Laconia (de Maraton), de Argos (de Nauplia) y el Sarónico (de Egina).

Dividíase la Grecia en várias regiones: 1.ª La Septentrional ó Hæmonia, dividida más adelante en dos, la Tesalia al Este y el Epiro al Oeste. 2.ª La Central, dividida en ocho regiones, que terminaba al Sur en el istmo de Corinto, el mar de Crissa ó de Alcion (golfos de Lepanto y de Patras). 3.ª La Meridional ó Peloponeso (Morea), que comprendia otras ocho regiones y terminaba en el promontorio Taenaro (Cabo de Matapan), punto el más meridional de la Grecia. 4.ª Islas.

La Historia de la Grecia se divide en cuatro épocas.

Primera. Desde los tiempos más remotos hasta la dominacion de los Helenos (2200 á 1400 antes de J. C.).

Segunda. Edad heróica (1400 á 1180).

Tercera. Desde la invacion de los Dorios hasta el principio de las guerras médicas (1120 á 500).

Cuarta. Desde las guerras médicas hasta la batalla de Queronea (500 á 338).

Quinta Desde la dominacion de la Grecia por los macedonios hasta que es declarada provincia romana (338 á 146).

Primera época. La Grecia debe su poblacion á los pelasgos, que fundaron en ella varios Estados, y á diversas colonias extranjeras (1550 á 1350), entre las cuales fueron más notables las egipcias de Cecrops y de Danao, que se establecieron respectivamente en Atenas y en el Peloponeso, la Fenicia de Cadmo que se apoderó de la Beocia y la de Pelops que dió su nombre al Peloponeso.

Segunda época. Los helenos, descendieron de la Macedonia y la Tesalia, conquistaron la Grecia despues de varios siglos de encarnizada lucha.

Llenan este período, de cerca de trescientos años, no pocos sucesos históricos que han desfigurado de consuno las fábulas mitólogicas, el amor patrio y el génio de los grandes poetas de la antigüedad.

Son entre estos acontecimientos los más memorables las hazañas de Hércules y Teseo, la expedicion de los Argonautas, la guerra de Tébas y la de Troya.

En estos tiempos de revueltas y de desórdenes, alcanzaron justa fama ciertos hombres que hicieron cruda guerra á fieras y á malvados que asolaban la Grecia; de aquellos no ha conservado la Historia más que los nombres del Hércules dorio y del ateniense Teseo, únicos que recordó la memoria de los griegos agradecidos: de ahí los trabajos del primero y las hazañas del segundo.

Más traquila la Grecia, parte para establecer nuevas relaciones comerciales; parte para limpiar el Archipiélago de piratas; pensaron los helenos en expediciones marítimas.

Al efecto prepararon una escuadra, en la que embarcándose cincuenta y cuatro jefes griegos, con sus respectivos contingentes, á los órdenes de Jason que montaba la nave *Argos*, de que tomó nombre la empresa, hicieron rumbo hácia el desconocido Euxino en demanda de la Cólquida, donde se apoderaron del *vellocino de oro*.

Demuestra el atraso de los griegos en esta época y lo limitado de sus relaciones comerciales y de sus conocimientos geográficos, la afirmacion de que tratando el sorprendido Ætes, rey de la Cólquida, de vengar el ultraje recibido, apercibiendo sus naves y sus numerosos aliados, se colocó á la entrada del Bósforo para castigarlos y que los griegos burlaron tan grave peligro, regresando á su país por otro camino, cuando es sabido que el Euxino no tiene más vía marítima que el Bósforo Trácico.

La guerra de Tébas es ejemplo de la fuerza del desti-

no ciego, del hado que impulsa á los hombres inconscientes.

Reinaba Layo II en Tébas, el cual tuvo un hijo de su mujer Yocasta. Consultando el oráculo sobre el destino de este príncipe, por la respuesta del númen, afirmando que el niño habia de ser causa de terribles desgracias, Layo lo expuso en la vía pública, de donde fué recogido por personas compasivas.

Educado Edipo en la ignorancia de su orígen, dió muerte á su padre, se casó con su propia madre y murió de dolor al conocer los crímenes á que lo habian impulsado los hados.

De este incestuoso enlace nacieron Eteocles y Polinice, mortales enemigos desde la cuna, y habiendo Eteocles usurpado el reino de Tébas, su hermano, auxiliado por otros siete jefes, despues de haber instituido los terribles juegos Nemeos, se dirigió contra la capital de la Beocia, ante la cual los dos hermanos se dieron la muerte y perecieron todos los jefes, á excepcion de Adrasto, rey de Argos y suegro de Polinice.

La guerra de Troya es la vindicacion de la moral y del derecho internacional ultrajados.

Mediaban grandes resentimientos entre pelasgos (troyanos) y helenos: Tántalo, bisabuelo de Agamenon, habia robado al troyano Ganímedes; Hércules habia saqueado á Troya y muerto á Laomedonte, despues de robarle á su hija; Páris, hijo de Priamo, Rey de Troya, robó en represalias á Elena, esposa de Menelao.

Sediento de venganza Agamenon, convocó á los jefes de las ciudades griegas y con ellos y mil doscientos bajeles que reunió en Aulide, se dirigió al Asia Menor.

Priamo en tanto, que dominaba desde la Propontide al mar de Licia, se apercibió al frente de una confederacion de pueblos asiáticos.

En esta guerra lucharon encarnizadamente el Orien-

te y el Occidente, y en ella fueron principales actores, por parte de los griegos, los reyes de Argos y de Esparta, Ulises de Itaca, Nestor de Pilos, Idomeneo de Creta, Aquiles de Ftia, Ayax de Salamina y Diomedes de Argolida; y por la de los troyanos, Priamo, Hector y otros muchos.

Parece que la guerra concluyó con un convenio en que prometieron los griegos no inquietar á los aliados y súbditos de Priamo, y los troyanos no poner el pié en el Peloponeso, la Beocia, Creta, Itaca, Ftia y la Eubea.

Homero inmortalizó esta guerra en su incomparable Iliada, y el dulcísimo Virgilio, que tomó su argumento de Stesicoro, cantó en su Encida la expugnacion y la ruina de la ciudad asiática.

LECCION VIII.

INVASION DE LA GRECIA.—SUS CONSECUENCIAS.—ATENAS Y ESPARTA.—PISISTRATO.—HIPIAS É HIPARCO.

Como un siglo despues de la guerra de Troya, los tesalios, cayendo desde el Norte sobre la antigua Hemacia, la conquistaron, desposeyendo á dorios y á beocios y dieron su nombre al país que desde entonces se llamó Tesalia.

Este acontecimiento produjo un grande movimiento de empuje en los pueblos que habitaban las diversas comarcas griegas, lanzando los unos á los otros de sus primitivas mansiones.

Por consecuencia de estos cambios y guerras varió en la Grecia la condicion social de las personas, que por punto general se dividieron en tres clases: la de los vencedores dorios, la de los domiciliarios y la de los vencidos, reducidos á la esclavitud.

Dos grandes centros de poder se señalan al cabo en la Grecia; los dorios, dueños del Peloponeso, á cuyo frente se colocó Esparta; y los jonios, dominadores de la Grecia Central, dirigidos por Atenas.

El poder real en Esparta, se dividió entre las familias sucesoras de los dos hijos de Aristodemo que representaban Proclés y Agís.

Polidecto, descendiente de los proclidas, dejó un hijo póstumo, Carilao, en cuyo nombre gobernó á Esparta su tio Licurgo, que aceptó el cargo de legislador dado por el pueblo y que sancionó el oráculo de Delfos.

Licurgo se propuso en sus famosas leyes, más que otra cosa, hacer de Esparta un vasto campamento de soldados.

El ódio al lujo, el amor de la patria, el valor personal y la obediencia á los superiores, fueron el fin de su legislacion.

Así los reciennacidos, débiles ó contrahechos, son inhumanamente muertos; la educacion casi se reduce al desarrollo de las fuerzas físicas y el más profundo respeto á jefes, maestros y ancianos; las comidas son frugalísimas y se hacen en comun; proscríbese el comercio, el uso de los metales preciosos, los viajes al extranjero, y, fraccionado el territorio, se prohibe la venta de las tierras que son propiedad del Estado.

Licurgo dividió el poder entre los reyes, el senado, y la asamblea popular.

Ciento cincuenta años despues de la muerte de Licurgo empezaron las guerras entre los espartanos y sus colindantes los mesenios.

Estas guerras fueron tres, y, á pesar de los heróicos esfuerzos de los mesenios, terminaron con la derrota de estos, de los que, unos se quedaron en el país, reducidos á la condicion de *ilotas,* y otros emigraron á Italia y á Sicilia, estableciéndose en Zanclea á la que dieron el nombre de Mesina.

Los mesenios llevaron á Italia las luces y la civilizacion griega, cuyas comarcas recibieron por ellos el nombre de *Magna Grecia,* desde la desembocadura del Tifer-

no y del Silaro á los cabos Pachyn y Lilibeo.

En Atenas se estableció la autoridad real que fué suprimida á la muerte de Codro, instituyéndose el arcontado que ejerció su hijo Medon, continuando sus sucesores en este cargo por espacio próximamente de cuatro siglos. La autoridad de los arcontas fué restringiéndose, ya limitando su duracion al espacio de diez años, ya aumentándolos al número de nueve, elegidos cada un año. De estos nueve arcontas, tres ejercian el poder judicial, de los cuales el uno era llamado por antonomasia el *arconta ó epónimo,* que cuidaba de los negocios civiles y daba su nombre al año; el *basileo* que dirigia los asuntos religiosos, y el *polemarca* que tenia á su cargo los militares; los otros seis *(termotetas)* constituian un colegio que velaba por la conservacion del órden y la pureza de s costumbres.

Desacreditada esta forma de gobierno, encargóse al arconta Dracon la reforma de las leyes, cuyas disposiciones severísimas descontentaron á todos.

En su consecuencia estallaron guerras y desórdenes que se calmaron cuando Solon (594), descendiente de Codro, fué nombrado primer arconta.

Solon estableció leyes conciliadoras, procurando contentar á las diversas clases que entonces luchaban en Atenas.

Casi en todos los pueblos de la Grecia degeneraron los gobiernos en oligarquías, cuya conservacion en nada interesaba al pueblo; así es que cuando algun ciudadano que se hacia notable en cualquier sentido, solicitaba los votos de la asamblea, esta se los concedia.

Por tal camino, Pisistrato, pariente de Solon, se hizo dueño de los destinos de Atenas, que gobernó con gran esplendor, aunque arrojado tres veces del poder por sus contrarios, los Alcmeonidas, que recobró otras tantas, dejándolo al morir á sus dos hijos Hipias é Hiparco.

Faltos los hijos de Pisistrato de las condiciones propias para deslumbrar á las muchedumbres, cayeron ante una sublevacion dirigida por Aristogiton y Harmodio.

Hiparco fué muerto é Hipias fugitivo se refugió en los Estados de Darío Hidaspes, rey de Persia, ofendido por los griegos del Asia Menor, que con ayuda de los de Europa, habian incendiado á Sardes capital de la Lidia, y ansiando vengarse, escuchó con viva alegría á Hipias, preparándose por tal camino las famosas *Guerras Médicas.*

LECCION IX.

Guerras Médicas.

Primera guerra médica. El imperio persa habia llegado á la cumbre de su poder; y así como Ciro lo engrandeció en el continente asiático y Cambises en el africano, Darío I, sucesor de este, puso sus codiciosos ojos en Europa.

La destruccion de Sardes irritó de tal manera al monarca persa, que de su órden un sátrapa le recordaba todas las mañanas la ofensa y la necesidad de vengarla.

Darío, en efecto, puso á las órdenes de Mardonio, sátrapa de la Lidia y su yerno, una escuadra y un gran ejército; pero la escuadra fué destruida cerca del promontorio de Athos (cabo Santo) y los valerosos tracios, hicieron sufrir tan terribles pérdidas al ejército, que Mardonio tuvo que abandonar la empresa.

Este desastre irritó aún más la cólera de Darío que mandó heraldos ordenando á los griegos la entrega de la tierra y del agua, esto es, la sumision.

Darío armó una gran escuadra y un ejército comandados por Datis y Artafernes, los que, conducidos por el

rencoroso Hipias, saquearon la ciudad de Eretria en la isla de Eubea y trasladaron sus habitantes á Andérica en la Susiana.

En situacion tan desesperada, Atenas reclama el auxilio de los demás pueblos griegos. Esparta promete tropas que en vano son esperadas, y solo Platea, ciudad de la Beocia, entre el monte Citheron y el rio Asopo, manda mil hombres.

El valeroso y experto Milciades, con un ejército de diez mil soldados y algunos esclavos, toma posiciones cerca de Marathon (en la Atica) al frente de los persas que contaban con un ejército diez veces superior en número.

La victoria de los atenienses fué completa, muriendo en la batalla gran número de persas con el traidor Hipias. Los vencidos se refugiaron apresuradamente en sus naves, apoderándose los atenienses, entre los grandes despojos de tan insigne combate, de un gran trozo de mármol que aquellos llevaban consigo para erigir un trofeo á su soñada victoria, el cual fué entregado á Fidias para que esculpiera una Nemesis; erigiéronse tumbas en honor de los muertos y se colocó un cuadro en el pórtico Pecilo, en el que, por única recompensa, obtuvo Milciades el honor de ser retratado al frente de los demás generales en actitud de exhortarlos á la pelea.

Milciades, marchó con setenta naves para castigarlas islas que no habian cumplido con su deber, pero mostrándosele contraria la fortuna en Paros, fué juzgado como traidor y condenado en los gastos de la empresa. Falto de recursos, no pudo pagarlos y fué reducido á prision, donde murió víctima de la ingratitud de la plebe ateniense.

Preparaba Darío un ejército poderoso para vengar la afrenta de Marathon, cuando una sublevacion en el Egipto y á poco la muerte, estorbaron sus propósitos.

Segunda guerra médica. A Darío sucedió su hijo Jerjes, que excitado por su cuñado Mardonio, por los par-

tidarios de Hipias, por los príncipes tesalios y por su favorito el adivino Onomácrito, reunió un ejército de un millon setecientos mil infantes y cuatrocientos mil caballos, sin contar los numerosos eunucos, vagabundos, marineros y mujeres que lo seguian y que hacian sumar aquella masa de gente como á cinco millones de almas.

Florecian entonces en Grecia Arístides y Temístocles, notable el primero por su prudencia y su desinterés, y el segundo por su habilidad y su valor incomparable.

Oponiéndose Arístides á Temístocles por considerar las eminentes cualidades de este, peligrosas para la república, entablóse entre ambos una lucha en la que fué vencido el primero y condenado al ostracismo.

Construido un puente de barcas en el Helesponto, para que por él pasara el ejército persa, y habiéndolo destruido una tempestad, Jerjes mandó azotar el mar y fabricando otro nuevo, siete dias tardaron sus tropas en trasladarse al Chersoneso de Tracia.

En tan grande apuro y por indicacion del mismo Temístocles, fué Arístides llamado á su patria.

Consultado el oráculo acerca de lo que debia hacerse, contestó la pitonisa que los atenienses debian buscar su salvacion en muros de madera, por lo que trasladados los niños, mujeres y riquezas á Egina, Salamina y Tezene, trescientas naves con los hombres útiles se situaron cerca del promontorio Artemiso, en la isla de Eubea, cerrando el paso á las naves persas.

Impedido el camino del mar, encargóse á Leonidas que defendiera las Termópilas, paso estrecho y difícil entre la Tesalia y la Locrida, fortificado parte por la naturaleza, parte por el arte. El espartano no quiso llevar consigo más que trescientos de los suyos, á los que se agregaron como unos siete mil hombres.

El griego Efialtes mostró á Jerjes otro paso que facilitó al persa rodear á los griegos por todas partes.

Leonidas entonces, al frente de sus trescientos espartanos y algunos centenares de aliados, atacó heróicamente el campamento medo, hasta entrar en la propia tienda de Jerjes, donde hizo gran carnicería.

Vendido por los tébanos, rodeado por la multitud de sus enemigos, y contados los suyos á la claridad de la aurora, excepto uno, todos al fin fueron muertos (Julio de 480).

Jerjes, siguiendo adelante, se apoderó de la abandonada Atenas y la redujo á un monton de escombros.

Este desastre produjo tal espanto entre los griegos, que trataron de disolver su escuadra; por lo que, temiendo Temístocles que tal resolucion se llevara á cabo, hizo avisar secretamente al persa, anunciándole que, en este caso, le seria muy difícil vencer á los griegos, que, en su accidentado país, le opondrian muchos centros de resistencia.

Jerjes, dando crédito al aviso, acometió con sus mil doscientas siete naves, á las trescientas de los griegos, que lo esperaban en el estrecho de Salamina, donde fué completamente derrotado y forzado á huir á la Persia con el resto de su escuadra. (Setiembre de 480).

Aún quedaba Mardonio con un ejército de trescientos mil hombres, la flor de las tropas persas, que se encontraron con los griegos, mandados por Pausanias y Arístides, en los campos de Platea, donde los griegos alcanzaron la más completa victoria con muerte de Mardonio y cuarenta mil de los suyos. (Setiembre de 479).

El mismo dia de la victoria de Platea se señaló por otro hecho de armas no menos notable.

La escuadra persa, mandada por Tigranes, llegó al promontorio Micale, fué sacada á tierra, y rodeada de muros, tras de los cuales los medos se ampararon como en una plaza fortificada.

Los griegos, á las órdenes del ateniense Jantipo y del

espartano Leotiquidas, acometieron á los persas é incendiaron su escuadra.

De aquí en adelante fué ya imposible sostenerse á los persas.

Jerjes, de vuelta á Susa, murió en una conjuracion tramada por Artabano y por el eunuco Spamitres.

Terminada esta segunda parte de las célebres guerras médicas, á pesar de la oposicion de Esparta, Atenas fué reedificada, y los persas, vencidos en los campos de batalla y en el mar, se dedicaron á corromper por medio del oro á los griegos, excitando entre ellos rivalidades y vergonzosas ambiciones.

El altanero Pausanías, vanidoso con la victoria de Platea, convicto de traicion á su patria, fué condenado á muerte por los éforos, y habiéndose refugiado en el templo de Neptuno, lo encerraron en él tapiando sus puertas, donde murió de hambre.

Los ingratos atenienses dudaron de Temistocles que, citado ante los jueces, tuvo que huir, siéndole sus bienes confiscados.

El vencedor de Salamina, perseguido por el ódio de los lacedemonios, se refugió primero cerca de Adumeto, rey de los molosos, luego en Pídna y por último se embarcó para la Jonia.

Arístides murió tan pobre que la república tuvo que pagar sus funerales y alimentar á sus hijos.

Tercera guerra médica. Cimon, hijo de Milciades, sucedió á Temístocles en la direccion de los asuntos de Atenas.

Cuando Artajerjes, heredero de Jerjes, se aseguró en el trono dando muerte al parricida Artabano, envió un gran ejército y apercibió una poderosa escuadra en el Eurimedonte, rio que tributa sus aguas al mar de la Pamphilia.

El ejército persa recobró á Chipre.

Cimon destruye la escuadra meda, viste sus soldados con las ropas de los vencidos persas, cae de esta manera sobre el engañado y sorprendido ejército enemigo y lo destruye, alcanzando en un solo dia (470) dos grandes victorias, dignas de Salamina y de Platea.

Desesperanzado Artajerjes en sus luchas con los griegos, contrató una paz vergonzosa, en la cual se estipuló la libertad de las ciudades griegas del Asia Menor, que los buques persas no navegaran en el mar Egeo y que sus tropas no se acercasen á las costas griegas en distancia menor de tres jornadas; con este tratado que se conoce en la Historia con el nombre de paz de Cimon, tuvieron fin las guerras médicas (449), que duraron por espacio de cincuenta y un años.

LECCION X.

GUERRA DEL PELOPONESO.—LOS TREINTA TIRANOS.—RETIRADA DE LOS DIEZ MIL.—BATALLA DE MANTINEA.

Ya hemos visto á la celosa Esparta oponiéndose á la reedificacion de Atenas, víctima de su fidelidad á la patria comun: estos celos crecieron en vista de la prosperidad, cada vez mayor, de la Atica, que engrandecida y orgullosa con tan repetidos triunfos, imponia su dominacion á las ciudades todas de la Grecia.

Estas rivalidades habian de resolverse por medio de las armas y fueron causa de la guerra del Peloponeso.

Perícles, de ilustre nacimiento, hermoso de cuerpo, rico de ingénio, elocuente, conocedor de los hombres y de los tiempos, dotado de una irresistible elocuencia, adornado de todas las cualidades que convierten á las democracias en esclavas de un hombre, dominaba á la sazon en Atenas.

Sitiada Potidea por los atenienses, para libertarla, celebraron una conferencia en Corinto los representantes de siete repúblicas del Peloponeso y de las nueve de la Grecia Septentrional, excepto pocas ciudades que permanecieron adictas á Atenas, y por su resolucion la guerra quedó declarada.

Esta lucha en que predominaba Atenas como señora

de las fuerzas marítimas, y Esparta por su superioridad en las terrestres, habia de ser larga, empeñada y sangrienta, como toda contienda civil.

Contaba Atenas con inmensos recursos procedentes en su mayor parte de los enormes tributos impuestos sobre los aliados, los cuales habian de amenguarse con la guerra; pero las obligaciones que sobre ella pesaban eran aún mayores en razon á los gastos que le imponian sus grandes escuadras, y sobre todo, por las pretensiones de la plebe que, adulada por Pericles, vivia á cargo del Estado y por las pagas señaladas á los ciudadanos, que encontrando en ellas su subsistencia, concurrian asíduamente á los tribunales y asambleas.

Avanzaban los espartanos dirigidos por su rey Arquidamas, en tanto que las naves atenienses talaban las costas del Peloponeso: así prosiguió la guerra por espacio de tres años sin que ocurrieran trances decisivos, pero durante los cuales, devastada la Atica, sus habitantes se refugiaron en la capital, que sufrió la falta de víveres y de moradas, natural consecuencia de la afluencia extraordinaria de personas.

Una asoladora peste, que originaria de la Etiopía, despues de diezmar el Egipto, invadió la Grecia, coronó tantos males. Más de dos años duró esta calamidad, durante los cuales, solo en Atenas, y en los alistados para la guerra, mató cinco mil hombres, y de la que fué víctima el mismo Pericles.

Al fin se ajustó la llamada paz de Nicias; pero como subsistian las causas de la guerra, fácil era comprender que aquella no era más que una efímera tregua.

Alcibiades, sobrino de Pericles y gran conocedor de las pasiones del vulgo, hizo abrir de nuevo la lucha que por espacio de tres años se limitó á sucesos poco importantes hasta la batalla de Mantinea, ganada por los espartanos.

Emprendida por consejo del ambicioso Alcibiades la guerra contra Sicilia, y habiendo sufrido en ella grandes reveses los atenienses, Alcibiades, perdido el favor de la plebe y llamado para dar cuenta de su conducta, se refugió en Esparta, declarándose enemigo de su patria.

De Lacedemonia tuvo tambien que huir muy pronto, perseguido por su vergonzoso libertinaje, acogiéndose á Persia, de donde al cabo volvió llamado por sus volubles compatriotas.

Nuevamente salió Alcibiades desterrado á las costas de la Tracia con ocasion de la derrota que á los atenienses hizo sufrir el espartano Lisandro en las aguas de la isla de Samos.

Trás de la victoria alcanzada por Atenas contra los enemigos en las Arginusas, con muerte del general espartano Calicratidas, Lisandro hizo sufrir á los atenienses una terrible derrota en Egospótamos (Chersoneso de Tracia), á que siguió el terrible sitio de Atenas que acabó con un tratado en el que se acordó que fueran desmanteladas las fortificaciones del Pireo y los muros que lo unian á la ciudad; que, exceptuando ocho, los atenienses entregaran á los espartanos todas sus naves; que levantaran el destierro á los amigos del partido aristocrático; que siguieran á Esparta en toda guerra y que recibieran de su misma enemiga la forma de gobierno.

Así acabó la guerra del Peloponeso, que duró ventisiete años, que dejó á la Grecia yerma, dividida en eternos rencores, y la Atica abandonada á la tiranía de Esparta.

Desarmada Atenas, puso Lisandro al frente de ella treinta indivíduos, de los cuales era el principal Critias, los que se entregaron á tal género de atrocidades y violencias, que hán merecido que la Historia los confirme en el nombre de los treinta tiranos, con que fueron conocidos. Para apreciar la conducta de estos oligarcas basta

con la asercion de Jenofonte, quien afirma que pereció más gente en los ocho meses que tales mónstruos dominaron á Atenas que en los últimos ventisiete años de guerra.

El mismo Temístocles, arrojado de su refugio de Tracia y escondido en los dominios de Farnabazo, viéndose á punto de ser preso por las gentes del sátrapa que obedecia á las instigaciones del feroz Lisandro, murió peleando para no caer en las manos de sus implacables enemigos.

Una conjuracion tramada por setenta emigrados, dirigida por Trasíbulo, se apoderó del puerto de Pilos, luego, con el refuerzo de quinientos hombres que les envió Licias, del Pireo, y por último de Atenas, fué derribado tan odiado gobierno.

No mejoraron por eso en la Atica la moral y las costumbres públicas degradadas, pues el filósofo Sócrates fué condenado á beber la cicuta.

Reinaba en Persia Artajerjes II (Mnemon), hijo de Dario II Notho (Ocus) y gobernaba la Lidia, la Frigia y la Capadocia su hermano menor Ciro el Jóven, que deseando desposeer á Artajerjes del trono, armó cien mil guerreros y con auxilio de trece mil griegos, se sublevó contra él. Las tropas de ambos hermanos se encontraron en Cunaxa, á la márgen del Eufratres, donde Ciro fué vencido y muerto.

Diez mil hombres, resto de los auxiliares griegos despues de esta batalla, conducidos por el historiador Jenofonte, emprendieron la famosísima retirada á que su número dió nombre, y tras de mil combates, privaciones y fatigas, llegaron á Grecia, aunque reducidos al número de seis mil.

Agesilao, rey de Esparta , corrió al Asia en socorro de los suyos, donde alcanzó grandes victorias; pero en breve tuvo que regresar á su patria, que atacada por la

liga griega contra los lacedemonios, habia sido vencida por Conon (394), en el combate naval de Gnido (península Dorida).

Á poco (387) Antalcidas tuvo que estipular con Artajerjes un tratado vergonzoso para la Grecia, donde ya habia muerto el espíritu que produjo tantos héroes, durante las guerras médicas.

Por un momento pareció reanimarse este espíritu en la Beocia.

En Tébas el partido aristocrático pidió auxilio á los lacedemonios contra el democrático, y los espartanos se valieron de este pretexto para ocupar la ciudadela Cadmea, suceso que fué causa de una revolucion que obligó á abandonar su patria á más de cuatrocientos tébanos.

Á poco tiempo, los fugitivos, con el auxilio de los atenienses, se apoderaron de Tébas arrojando á la guarnicion lacedemonia.

Dirigian estos sucesos Pelopidas, de noble cuna, rico, valeroso, y Epaminondas, filósofo, pobre, modesto, esforzado y uno de los más notables hombres de guerra de la antigüedad.

La lucha entre Tébas y Esparta se hizo general, pero muerto Pelopidas en una expedicion contra Alejandro tirano de Feres, y muerto tambien Epaminondas en la batalla de Mantinea (362), terminó la guerra y el pasajero engrandecimiento de Tébas con un tratado de paz que ajustó Artajerjes rey de Persia que combatia á los griegos con el oro y las intrigas, preparando por tal manera la dominacion de los macedonios.

LECCION XI.

MACEDONIA.—FILIPO.—ALEJANDRO EL GRANDE.

La Macedonia, situada al septentrion de la Grecia, parece que estuvo regida desde sus principios por los jefes de su aristocracia militar, en cuyo tiempo se vió á punto de desaparecer luchando contra sus vecinos los tracios, los peonios y los ilirios, y que aquellos vinieron sucediéndose en el mando á título de herencia.

Amintas II dejó tres hijos, de loscuales, Alejandro que sucedió á su padre, dió en rehenes á los tébanos á su hermano Filipo, que con tal ocasion se educó en la casa y en el ejmplo de Epaminondas.

Filipo huyó á Macedonia, se apoderó del gobierno y durante los venticuatro años que ejerció su autoridad, la elevó al mayor grado de esplendor.

Valiéndose de su superior habilidad, se apoderó de Potidea, de Anfípolis y de las ricas minas del Pangeo.

Anulada la Grecia por sus eternas rivalidades, en ella puso las ojos Filipo como primer objetivo de su engradecimiento.

Caminando para ello con pasos tan astutos como seguros, expulsó á los tiranos de Feres y se apoderó de la

Tessalia, en tanto que en Macedonia organizaba la famosa falange, y elegia, dentro de la poderosa aristocracia de sus estados, una guardia que era su córte armada dentro del territorio y sus rehenes para cuando de él salia.

En un país tan degradado como la Grecia, no tardó en presentarse al macedonio ocasion de realizar sus planes de engrandecimiento.

En la Fócida, rica con el templo de Delfos, habia declarado Apolo malditos los territorios de Crisa y de Cirra que fueron condenados á perpétua esterilidad, despues de exterminados sus habitantes; pero habiendo ciertos focenses cultivado una parte de él, el consejo de los Anfictiones los declaró sacrílegos; suceso que fué causa de la llamada *Guerra Sagrada*, que concluyó por la intervencion armada de Filipo, quien logró que se excluyera de los estados coaligados á la Fócida, nombrándose en su lugar á la Macedonia, y que se quitara á los de Corinto la presidencia de los juegos píticos que se confió al mismo Filipo.

Demóstenes y Focion, conocedores de los planes del macedonio, se ocupaban en contrariarlos, pero por distinto camino.

Este, que habia mandado las tropas atenienses cuarenta y cinco veces, aconsejando siempre la paz; aquel, cobarde y pusilánime, clamaba en toda ocasion por la guerra.

Filipo, bajo pretexto de que los atenienses habian ayudado á sus enemigos, ocupó parte de la isla de Eubea; entonces los atenienses confiaron el mando de sus tropas á Focion, que hizo retirarse á los macedonios.

Habiendo los locrios de Anfisa reincidido en el sacrilegio de cultivar terrenos sagrados, se renovó la guerra, y por consejo de Esquines, rival de Demóstenes en la elocuencia y vendido al oro de Filipo, fué confiada la direccion de las tropas al macedonio.

En vano fueron los consejos de Focion; coaligáronse

Atenienses y Beocios, y marcharon contra Filipo que los venció en Cheronea, donde los cuatrocientos del batallon sagrado de Tébas perecieron todos. Focion, que habia sido excluido del mando, sostuvo los ánimos, y huyó cobarde Demóstenes arrojando vergonzosamente el escudo.

Cuando proyectaba Filipo, armando á todos los pueblos griegos, combatir á los persas, que vencidos en las guerras médicas, intervenian en todas las disensiones de los pueblos helénicos, Pausanias, tal vez instigado por el mismo rey persa, lo asesinó durante la solemnidad de las fiestas con que celebraba el casamiento de su hija, al cumplir los cuarenta y siete años de edad, y venticuatro de regir con segura mano los destinos del pueblo macedonio.

Á Filipo sucedió su hijo Alejandro.

Educado este por Aristóteles, y jóven de cuerpo aunque maduro de espíritu, creyeron los griegos que habia llegado el momento de recobrar su independencia: así celebraron el asesinato con repugnantes fiestas y alegrias.

Demóstenes se presentó al pueblo coronado de flores; propuso que se dieran gracias á los dioses y se ofrecieran coronas al asesino Pausanias. Solo Focion, prudente como siempre, dijo á los atenienses: *No hay sino un soldado menos en el ejército que nos venció en Queronea.*

Alejandro conquistó con dádivas y privilegios la voluntad de los jefes macedonios; castigó á Tracios y Getas, Tríbalos é Ilirios; reforzóse con la caballería pesada de los Tesalios y la ligera de los Agrianos, y escribió al vocinglero é imprevisor Demóstenes: *Me llamaste niño cuando estaba en el país de los tríbalos, adolescente cuando penetré en Tesalia; ya soy hombre, y espero estar dentro de pocos dias delante de Atenas.*

Y en efecto, se precipitó como un torrente sobre la Grecia sublevada.

Tebas, que habia asesinado á su guarnicion y que se

atrevió á resistir al macedonio, fué arruinada y vendidos treinta mil de sus ciudadanos, no perdonando Alejandro más que á los sacerdotes y á los descendientes del poeta Píndaro.

Comprendiendo Atenas con esta ruda leccion que no debia oir los consejos del siempre ciego Demóstenes, se apresuró á pedir la paz que le fué otorgada generosamente, y como acontece siempre en los pueblos degradados, á las vocinglerías y á los gritos de falsa independencia sobrevinieron las muestras de la más servil bajeza. El Consejo de los Anfictiones proclamó á Alejandro general de las tropas griegas; la Asamblea convocada en Corinto le confirió el mando de la expedicion contra los persas, adulábale la pitonisa de Delfos, y oradores, poetas y sofistas cayeron á sus piés.

Alejandro, despues de celebrar la fiesta de las Musas, al frente de su ejército, más fuerte por su condicion que por su número, provisto de víveres para cuarenta dias y con sesenta talentos, se dirigió con sus tropas á Sexto, en cuya poblacion halagó la vanidad griega y rindió tributo á sus aficiones clásicas postrándose ante el sepulcro de Aquiles.

En seguida atravesó el Helesponto, y en la opuesta orilla del Granico venció al numeroso ejército de Darío Codomano, con muerte de su general el rodio Memnon que lo dirigia; sometió el Asia Menor, y encontrando al valeroso Darío en Isso, lo derrotó completamente.

Proponiéndose despojar á los persas de sus costas occidentales antes de atacarlos en el centro de su imperio, se encaminó á la insular Tiro, de la que se apoderó, haciendo pasar á cuchillo á ocho mil ciudadanos, vendiendo á treinta mil y ahorcando á dos mil jóvenes que se le rindieron.

Igual conducta se prometia observar con Jérusalem, á la que al cabo perdonó, conmovido por las súplicas del

Sumo Pontífice Jadro.

Gaza, mandada por Betis, opuso obstinada resistencia que castigó Alejandro degollando á diez mil de sus ciudadanos, vendiendo á mujeres y niños y arrastrando al rededor de los muros de la ciudad á su heróico defensor, recordando por tal manera la conducta de Aquiles con el desgraciado Hector.

Hecho esto, tomó la vía del Egipto donde derribó fácilmente el aborrecido poder de los persas, y atravesando los desiertos arenales de la Libia, visitó el templo de Júpiter Ammon, de quien se proclamó hijo.

El heredero de Filipo, insistiendo todavía en sus propósitos, pasó el Eufrates y el Tígris y se enseñoreó del Asia inferior.

En Arbelas venció á Darío que luchó con heroismo y que arrastrado por sus vencidas tropas, que huian miserablemente, fué asesinado en la fuga por Beso, sátrapa de la Bactriana.

Fruto de esta victoria fueron Babilonia, Susa y Ecbatana que se rindieron al vencedor.

Alejandro, en la embriaguez de un festin, para contentar á una meretriz que lo incitaba á vengar la destruccion de Atenas por los medos, incendió á la opulenta Persépolis, cuyas llamas alumbraron la ruina del imperio de Ciro el Grande.

El macedonio, despues de castigar á Beso, recorriendo países desconocidos se dirigió á Samarcanda, pasó el Yaxartes, en cuyas márgenes, como á las orillas del Nilo, fundó la ciudad de Alejandría: por medio de un camino militar puso en comunicacion los diversos estados de la Persia y echó los cimientos de otras muchas ciudades, donde estableció colonos griegos.

Terminadas estas gigantescas empresas se dirigió al Penjab (327).

En Taxila pasó al otro lado del Indo y en las márge-

nes del Hídaspes derrotó á Poro y atravesó el Accesino y el Hidroates: más al llegar al Ifasis, negándose su ejército á seguirlo, regresó por el país de Mallos al Hidaspes y por el Indo salió al mar.

Alejandro, al regresar á Babilonia, atravesó los grandes desiertos de la Gedrosia y de la Caramania, donde esiuvo á punto de perecer con los suyos, en tanto que su almirante Nearco, desde el Indo, penetraba en el Golfo Pérsico.

Vuelto el héroe macedónico á Babilonia, una terrible fiebre, efecto tal vez de las emanaciones de los canales que se estaban limpiando, lo condujo brevemente al sepulcro.

LECCION XII.

DESMEMBRACION DEL IMPERIO MACEDONIO.—PRINCIPALES ESTADOS EN QUE SE FRACCIONÓ.

Alejandro Magno, conociendo la índole de su familia compuesta de séres débiles, imbéciles ó crueles, y el carácter de sus generales, criados en el hábito de guerras contínuas y habituados á no obedecer otra autoridad que la suya, habia dicho al morir que sus funerales serian sangrientos.

Dejaba el héroe á Roxana su esposa en cinta de un hijo, que nació tres meses despues y á quien se puso el nombre de Alejandro Egos.

Enfermo el héroe, al noveno dia, los macedonios creyéndolo muerto, golpearon con violencia las puertas tras de las que aquel agonizaba y ultrajaron de tal manera á sus más fieles amigos, que hubo necesidad de dejarlos pasar por delante de su lecho.

Á los dos dias de la muerte de Alejandro, cuando sus generales se reunian para deliberar, invadieron la asamblea soldados y pueblo.

En esta tumultuosa reunion, Perdicas, despues de dejar sobre el trono las insignias y el anillo del rey, manifestó que renunciando al poder que aquellas y este sim-

bolizaban, creia que hallándose Roxana en cinta, el hijo de Alejandro debia sin duda sucederle. El astuto Nearco aprobó la proposicion, añadiendo que era preciso nombrar un jefe para cuyo cargo propuso á Hércules, hijo de Alejandro y de la bailarina Barsine: proposicion que reprobaron ruidosamente los soldados, Ptolemeo habló de una regencia y otros de Perdicas como rey. Al fin la soldadesca, á propuesta de Meleagro, y de Atalo, impuso á Arideo hermano natural de Alejandro.

Renunciamos á describir la feroz lucha que devoró á la familia entera y á los ambiciosos generales de Alejandro, en el espacio de ventidos años que mediaron desde la muerte del héroe hasta la batalla de Ipso. (323 á 330).

Los ejércitos de Antígono y Demetrio se encontraron al cabo con los de Seleuco y Lisímaco en las cercanías de Ipso, ciudad situada entre los límites de la Grande y de la Pequeña Frigia, y vencidos aquellos, los segundos se repartieron los restos de los dominios de Alejandro, que despues de otros varios sucesos, quedaron divididos en tres grandes imperios: la Siria, el Egipto y la Macedonia.

Además, de los restos de la Siria, se formaron otros seis reinos; la Capadocia, el Ponto, la Armenia, la Galacia, Pérgamo y la Partia.

Á la vez recobraron su independencia los Tracios, los Bactrianos y los Indios; y los Gálatas ocuparon la Frigia Septentrional entre los parages en que el Halys media su curso, las fuentes del Parthenio y el Sangario.

La Siria. En paz Seleuco, despues de derrotar á Demetrio en Gaza, fundó la ciudad de Antioquía, protegió el comercio y las artes, y murió asesinado por Ptolemeo Cerauno.

Reinando los dos primeros Antíocos y el segundo y el tercer Seleuco, se realizó la independencia de Pérgamo y de los Partos.

Antíoco el Grande, vencido en Rafia, acoge en su cór-

te á Haníbal y es al cabo derrotado por Lucio Escipion y Eumenes, rey de Pergamo, quedando postrado para siempre el poder de la Siria, desangrada y empobrecida por la política romana que desmembró estos estados, que les impuso fuertes tributos, y dejó al lado del imperio de Siria, el reino de Pérgamo, pretexto para reducir más adelante los estados de Seleuco á provincia romana, como protegió á las ligas Etolia y Aquea contra los macedonios y á Masinisa contra Cártago.

Por consecuencia de la derrota de Antíoco, en la Grande y en la Pequeña Armenia se fundaron dos reinos independientes, y aquel desdichado príncipe fué asesinado al querer despojar á un templo de sus tesoros, para pagar el enorme tributo que le habian impuesto los romanos.

Los sucesores de Antíoco, desde Seleuco IV Filopator, hasta Antíoco XIII el Asiático, vieron cada vez más debilitado su reino, que por último declaró Pompeyo provincia romana.

Grecia y Macedonia. La Grecia y la Macedonia quedaron despues de la rota de Ipso, sujetas á Casandro, á quien Demetrio arrebató la Macedonia, de la que á su vez fué despojado por Pirro rey de los Epírotas, Lisímaco y Ptolemeo.

Para librar á la Grecia del yugo de la Macedonia, se fundaron las ligas etolia y aquea, cuyos mayores contrarios fueron los mismos griegos, que empequeñecidos y divididos por ambiciones, rivalidades y ódios implacables, fueron vencidos por Filipo III y por su hijo Perseo, quienes á su vez fueron derrotados: el primero en la batalla de Cinocéfalo (en la Tessalia) y el segundo en Pydna (en la Pieria, en las costas del golfo Termáico).

La victoria de Metelo sobre Andrisco, supuesto hijo de Perseo, dió pretexto á Roma para apoderarse definitivamente de la Macedonia, como la toma y el saqueo de Corinto por Mumnio, dieron ocasion para que la Grecia

fuera declarada provincia romana. (146)

El reino de Pérgamo, en el Asia Menor, vivió próspero, gracias á la grandeza de sus reyes y á la interesada proteccion de los romanos; hasta que Atalo III legó á estos su reino, los cuales, despues de vencer á Aristónico á quien correspondía (130), lo redujeron á una de sus provincias con el nombre de Asia.

La monarquía de Bitinia existía ya en tiempo de los persas, con sus reyes Didalso y Botyras: Bias y su hijo, muerto en 281, luchan contra Caranao y Lisímaco: Nicomedes I llama á los galos de la Tracia, concédeles terrenos y dá así orígen á la Galogrecia: Prusias II, que se honraba con el título de liberto de los romanos, acoge en sus estado á Haníbal, quiere luego entregarlo á los latinos y obliga al desgraciado cartaginés á suicidarse. Envuelta la Bitinia en guerras contra sus vecinos, tuvo diversos reyes hasta Nicomedes III que murió (75) dejando sus estados á Roma; suceso que dió lugar á la tercera guerra entre los romanos y Mitrídates.

La Paflagonia, gobernada por los sátrapas persas, formó parte del reino del Ponto despues de la muerte de Alejandro, y tuvo más adelante algunos reyes, hasta Pylemenés II que legó sus estados á Mitrídates V, rey del Ponto.

El Ponto fué regido por príncipes Achemenidas, siendo uno de ellos Artabaces, nieto de Hidaspes, que murió en 480. Mitrídates VI Eupator, el Grande, sucumbe ante los latinos; y por último, el Ponto es declarado provincia romana en tiempo del emperador Neron.

La Capadocia perdió su efímera independencia con su último rey Arquelao, á quien Tiberio hizo quitar la vida en Roma, á donde lo habia llamado.

La Armenia formó parte del reino de Siria hasta la derrota de Antíoco el Grande, en que sus gobernadores Artaxia y Zariadres fundaron los dos reinos de *la Gran-*

de y la Pequeña Armenia. La primera formó parte del nuevo reino de Persia en el año 412 de la era vulgar; la segunda fué declarada provincia romana en tiempo de Vespasiano.

La Partia fué provincia del imperio de los Seleucidas hasta Antioco II. En ella fundó un reino Arsaces I, dando muerte á Agotocles, gobernador por los reyes de Siria, cuyo estado existió con varia fortuna hasta que Arsaces XXX (226) fué derrotado por Artajerjes, hijo de Sasan, y formó parte del imperio de los Sasanidas.

El reino de la Bactriana fué creado por Diodato I, que se emancipó de los reyes de Siria en el año 254, y acabó en el de 126, á consecuencia de la derrota de su último rey Eucratidas II, por el persa Arsaces VI.

Con la ruina del imperio de Alejandro, la civilizacion, abandonando las comarcas donde anteriormente se habia desarrollado, levanta su vuelo, dirijiéndose más al occidente, en cumplimiento de los secretos designios de la Providencia.

CUARTA ÉPOCA.

(DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO HASTA EL FIN DE LAS GUERRAS PÚNICAS.—323 AL 140).

LECCION XIII.

NOCIONES GEOGRÁFICAS DE LA ITALIA ANTIGUA.

A la manera que el continente asiático termina hacia el Sur en las tres grandes penínsulas de la Indo-China, del Indostan y de la Arábia, así el europeo acaba tambien al Sur, en la península Griega, Italiana y Española.

La Italia estaba limitada al Este por los mares Jonio y Adriático; al Sur la separaba de Sicilia el estrecho del nombre de esta isla; al Oeste la circunscribian el mar Inferior ó Tirreno, y los Alpes, que tambien la apartaban al Norte del resto del continente europeo.

Esta península fué conocida por los griegos con los nombres de Hesperia (de Hespero, el lucero de la tarde, país occidental) y Ausonia: Saturnia y Oenotria la apellidaron los naturales: del rey Italo se llamó Italia, segun Antioco de Siracusa; pero segun Hellanico de Lesbos, Hércules le dió el nombre de Vitalia.

Dividíase en tres partes la Italia: 1.ª Septentrional ó Galia Cisalpina. 2.ª Central ó Italia propiamente dicha. 3.ª Meridional ó Magna Grecia (bajo esta denominacion se comprendia la Sicilia).

La Galia Cisalpina se subdividia en cuatro regiones, en siete la Central y en cuatro la Meridional.

Varias islas situadas en el Mar Interior, pertenecen á Italia, siendo Sicilia la más importante de todas ellas.

Ahora bien, cuenta la tradicion latina que Rea Silvia, hija de Amulio, descendiente del Troyano Eneas, despojado del trono de Alba por su hermano Numitor, obligada á consagrarse á Vesta, tuvo del Dios Marte á los dos gemelos Rómulo y Remo: que arrojados estos al Tíber, fueron conducidos por las aguas á la orilla y amamantados por una loba; y que despues, conocedores de su orígen, al frente de una colonia del Lacio, fundaron una ciudad á las márgenes del Tíber, entre las fronteras de los Latinos, de los Sabinos y de los Etruscos.

Rómulo, (754). La misma tradicion afirma que habiendo dado muerte Rómulo á Remo, para aumentar su naciente pueblo, abrió en él un asilo y un mercado, clasificó á los suyos en patricios y plebeyos, ligados por medio del patronato, los dividió en tres tribus y eligió en cada una de estas cien senadores y cien caballeros.

Refieren los latinos que, faltos de mujeres, convidaron á los Sabinos á una fiesta en la cual robaron á estos sus hijas, y que cuando romanos y sabinos estaban á punto de venir á las manos, por intervencion de las Sabinas, se unieron ambos pueblos y formaron uno solo.

Muerto el fundador de Roma, los suyos lo colocaron en el número de los dioses.

Numa Pompilio (714), sabino, introduce del Lacio las vestales, establece los sálios, los aruspices, los augures y los feciales, reforma el calendario, divide el pueblo en gremios, funda el templo de Jano, y para que todas sus disposiciones fueran respetadas, les dá la sancion religiosa, haciendo creer á los suyos, que cuanto dispone le es ordenado por la ninfa Egeria.

Tulio Hostilio (670) lucha contra los de Alba, y para

evitar la efusion de sangre, deciden ambos ejércitos, romano y albano, que combatan solos los tres hermanos Horacios y los tres Curiacios, dando la victoria al pueblo á que pertenezcan los que triunfen. Hácese así, en efecto, y habiendo sobrevivido uno de los Horacios á todos los otros combatientes, triunfa Roma, es destruida Alba y sus habitantes trasladados á la ciudad de Rómulo.

Anco Marcio (638) vence á los Fidenenses y Sabinos, domina en el Lacio, llega con sus conquistas á las orillas del mar y funda el puerto de Ostia.

Tarquino Prisco ó el Antiguo (614), de orígen griego y lucumon de Etruria, aumenta el senado con otros cien ciudadanos, construye magníficos acueductos y cloacas, engrandece á Roma edificando el circo, y comenzando el templo de Júpiter Capitolino, vence á los sabinos y tuscios, castiga á los inquietos, y muere asesinado por los hijos de Anco Marcio.

Servio Tulio (576), yerno de Tarquino Prisco, es el más notable de los reyes de Roma. Servio se pone al frente de la liga de los pueblos latinos, liga que consolidó por medio de la comunidad de los sacrificios *(communia sacra);* hace una nueva division del pueblo fundada en la propiedad; crea el censo y los comicios *(comitia centuriata);* continúa la guerra contra los etruscos; establece las ferias latinas, amuralla á Roma; fija el valor de la moneda y el de los pesos y medidas, é introduce el uso de la escritura. Al cabo muere asesinado por su yerno Tarquino; parricidio que dió en Roma nombre á la calle donde se cometió el crímen, llamada hasta hoy *Via scelerata.*

Tarquino el Soberbio, (532) que ocupa el trono por medio del crímen, concluye el Capitolio; compra los libros sibilinos que profetizaban el destino de Roma; oprime á patricios y plebeyos; en ódio á estos, anula las leyes de Servio Tulio; declara la guerra á los volscos, y se apodera de Suessa Prometia, su capital.

Mientras Tarquino sitiaba á Ardea, ciudad de los Rútulos, su hijo Sexto viola á Lucrecia, mujer de Tarquino Colatino, ocasion de que se unieran patricios y plebeyos y abolieran la monarquía estableciendo la república (509).

Tal fué el fin de la monarquía en Roma.

LECCION XIV.

El Consulado.—Guerras.—El Monte Sacro.—Creacion del Tribunado.

Ingrato Tarquino el Soberbio con la aristocracia que lo habia elevado al poder, acompañado de una guardia de extranjeros que ejecutaba ciegamente sus órdenes, se ensañó con las familias más ricas é ilustres de Roma.

Entre sus víctimas figuró su pariente Lucio, á quien dió muerte con su familia, apoderándose de su cuantiosa hacienda.

Unicamente perdonó el tirano á uno de los hijos, del mismo nombre que su padre, el cual salvó la vida fingiéndose imbécil, por lo que le dieron el sobrenombre de Bruto que le ha conservado la historia.

Junio Bruto permaneció por más de 20 años representando su estúpido papel, hasta que el ultrage hecho al honor de Lucrecia por Sexto, hijo de Tarquino, puso en sus manos la ocasion de despojarse de su máscara, de indignar al pueblo contra los reyes, de concertar á los patricios y de que se cerraran á Tarquino las puertas de Roma.

En vano Tarquino, abandonando el ejército, vuelve á

la capital cuyas puertas encuentra cerradas; en vano regresa al ejército que, dominado por los patricios, sus jefes, vuelve las armas contra el monarca: á la edad de setenta y seis años, el Soberbio busca y encuentra asilo entre los enemigos de Roma.

Derribada la Monarquía, se fundó la república y el feróz patricio tuvo que contentarse con el nombramiento de cónsul que obtuvo con Colatino, viudo de Lucrecia.

Entre tanto, los Tarquinos, recordando sus relaciones de parentesco con los lucumones de Etruria y con los enemigos de Roma, los favores hechos por los reyes á la plebe, la tiranía de los padres y el triste papel de los jóvenes patricios bajo el nuevo gobierno, que no reconocia más autoridad que la de los jefes de familia, preparaban la restauracion.

Con el objeto aparente de que se leyera en junta del pueblo una carta suplicante de Tarquino, á lo que el Senado se negó, y rogando en último término, que fueran devueltos al rey depuesto sus bienes patrimoniales ó cuando ménos los de su abuelo Tarquino Prisco, marcharon embajadores de Etruria que realmente iban á contar los parciales de la monarquía, á buscar otros nuevos y á concertarse para la contrarevolucion.

Al frente de la conjuracion se hallaban los dos hijos de Bruto, Tito y Tiberio y tres sobrinos del cónsul Colatino.

Reunidos los conspiradores, para ligarse con un juramento infernal, sacrificaron un hombre, mezclaron la sangre de la víctima con vino, bebieron este brevaje, juraron sobre las entrañas del muerto derribar la república y restablecer la monarquía y escribieron una carta á Tarquino sancionando sus promesas, que entregaron á los embajadores etruscos.

Por su desgracia escuchaba á los imprudentes conjurados un esclavo, que con el mayor secreto dió detallada cuenta de todo al patricio Valerio, quien reune á sus hi-

jos, hermanos, clientes y siervos, sale á la calle, cerca la casa donde aun permanecian los conjurados, los prende, desde allí se encamina á la morada de los embajadores, los despoja de la carta que aquellos les habian entregado y con esto llega el dia.

Reúnense apresuradamente los cónsules, ante ellos son presentados los presos, y el mismo Bruto tiene el salvaje valor de interrogar á sus propios hijos que no contestan á su terrible intimacion de que se justifiquen más que con súplicas y sollozos.

Observando Bruto que Colatino, Valerio y cuantos presenciaban tan terrible escena, daban clarísimas señales de su emocion, ordenó á los Lictores que ejecutaran la ley, y vió sin inmutarse que estos desnudaron á sus hijos, los azotaron con sus varas y les cortaron la cabeza. Hecho esto salióse del tribunal el feroz cónsul, dejando á su colega el cuidado de castigar á los otros culpados.

Más humano Colatino, concedió un dia á sus sobrinos y á los demás para que se justificaran, con ánimo de salvarlos; pero como acordara devolver á su amo al esclavo denunciador, lo cual era tanto como enviarlo á una muerte segura, habiéndose opuesto á ello Valerio, fué nuevamente llamado Bruto, quien hizo ejecutar á todos los conjurados; que por extremado respeto al derecho de gentes fueran despedidos sin castigo los embajadores etruscos; que se concediera libertad al esclavo denunciador, y que los bienes de los Tarquinos fueran confiscados.

Colatino, que se habia mostrado compasivo, fué depuesto y nombrado en su lugar Valerio, conocido con el sobrenombre de Publícola, por el amor que alardeaba profesar á la plebe.

Al fin los de Veyes tomaron las armas para restablecer á los tarquinos, y viniendo ambos pueblos á las manos, como mandara la caballería veyentana Aruncio, hijo del monarca destronado, al divisar este al feroz L. Junio

Bruto ostentando sus insignias consulares, exclamó al punto: «Ahí está el enemigo mortal de mi familia y el usurpador del trono de mi padre.»

Bruto y Aruncio se encaminaron el uno hácia el otro con igual furia, traspasándose con las lanzas y cayendo ámbos muertos.

Un sólo hombre ménos que los de Veyes perdieron los romanos en esta batalla; pero como quedaron dueños del campo, se adjudicaron la victoria.

El cadáver del cónsul recibió en Roma extraordinarios honores, y por espacio de un año vistieron los ciudadanos rigoroso luto por su muerte.

Pórsena, rey de los clusios, recogió las armas que habian caido de las manos de los veyetanos, y aunque la fortuna favoreció al etrusco, bien pronto abandonó la ciudad de Rómulo, vencido por el heroismo de Horacio Cocles, de Mucio Escévola y de Cledia.

El incansable Tarquino, unido á los pueblos del Lacio, inquieta vivamente á Roma, donde á la sazon reinaba hondo descontento, producido por la severidad de los patricios.

Descubierta una conspiracion de esclavos, el Senado la ahogó en sangre; renaciendo aquella y descubierta tambien cuando estaba á punto de entregar la ciudad á Tarquino, reunidos los conjurados, por medio de un ardid, fueron cruelísimamente exterminados.

Dura la ley contra los insolventes, que entregaba al deudor en manos de sus acreedores, quienes podian hasta dividírselo en pedazos segun la respectiva cuota de su crédito, el pueblo sobre quien pesaban cargas tan insoportables, se negó á alistarse en las legiones para hacer la guerra á los latinos. En vano fué decretar la suspension de las acciones de los acreedores hasta el fin de la guerra; en vano fueron las promesas del Senado que al cabo tuvo que acudir á un expediente, que en más de

una ocasion difícil fué salvador de la república.

Depositóse en un varon consular la facultad de nombrar los magistrados y los jefes todos del ejército; invistiósele por espacio de seis meses de una autoridad absoluta é irresponsable, y fué tal el efecto que en la muchedumbre produjo Tito Lárgio, primer dictador, que cedió el pueblo.

Tito nombró general de la caballería á Espurio Casio, que habiendo conseguido algunas ventajas sobre los enemigos, ajustó una tregua y renunció el cargo antes del tiempo señalado por la ley.

Renovada la lucha, nombrado dictador y alistado el pueblo, mediante la promesa de mejorar la suerte de los deudores, se trabó la batalla entre latinos y romanos, en el campo tusculano á orillas del lago Regilo.

Los denodados latinos, un formidable cuerpo de desertores y de desterrados que habian jurado morir ó imponerse á Roma, los tres hijos de Tarquino, valientes y desesperados, luchaban por una parte; de la otra el patriciado romano, resuelto á sucumbir antes que entregar sus hogares al gobierno de los reyes.

La lucha fué pues desesperada; buscábanse personalmente los jefes y heriánse sin piedad: todos ó casi todos fueron muertos ó heridos, contándose entre los primeros los tres hijos de Tarquino, que huyó á la Campania bajo la proteccion del tirano Aristomenes, donde murió á la edad de 90 años.

Vencidos los latinos y muerta la monarquía, siguieron los patricios oprimiendo á los plebeyos, por lo que produciéndose una nueva guerra contra los volscos, el pueblo se negó á alistarse en las legiones, pero al cabo cedió vencido por las promesas del cónsul Servilio.

Derrotados los volscos, el Senado no hizo caso de las promesas de Servilio, y como sobrevinieran nuevas guerras y el pueblo volviera á su antigua actitud, fué nom-

brado dictador Manlio Valerio, hermano de Publícola, que venció á los enemigos, como sus predecesores.

El Senado, para distraer á los plebeyos, provocó dos nuevas guerras, una contra los ecuos y otra contra los sabinos.

El ejército, apoderándose de las banderas y abandonando á sus jefes, bajo la direccion del plebeyo Silicio Belluto, se trasladó al *Monte Sagrado* más allá del *ager romanus.*

Uno de los cónsules, el inflexible Apio Severo, queria que se abandonara á la plebe; por el contrario Servilio propuso medios de transaccion.

Prevaleciendo este dictámen, pasó una comision del Senado á avistarse con los plebeyos, á los que convenció Menenio Agripa con la fábula de los miembros y el estómago, no sin que Lucio Junio, que obstentaba el sobrenombre de Bruto, tuviera que contener el generoso arranque de la plebe, dispuesta á volverse á Roma sin condiciones.

Verificóse pues un acuerdo en virtud del cual fué creada la potestad tribunicia encargada de defender los intereses del pueblo, recayendo naturalmente el nombramiento en Belluto, jefe del movimiento, y en Lucio Junio que habia llevado la voz de la plebe sublevada en aquellas disensiones.

LECCION XV.

LUCHAS ENTRE PATRICIOS Y PLEBEYOS — GUERRAS CON DIFERENTES PUEBLOS —COLONIAS.—CORIOLANO. LA LEY TERENTILA.— EL DECENVIRATO.—TRIUNFO DE LA PLEBE.

La creacion del tribunado habia de conducir á la plebe de Roma mucho más allá de sus primitivos deseos, que naturalmente se limitaban entonces á hacer menos dura su suerte. Resistian tales pretensiones los patricios, con injusta tenacidad, provocando contínuas guerras para distraer la atencion de la multitud, á la que, lejos de la proteccion de los tribunos que carecian de autoridad fuera de los muros de Roma, subyugaban sus jefes en el ejército.

Estas guerras, que terminaban generalmente con la victoria de la república y el despojo de los vencidos, arma de dos filos, aumentaban más y más la democracia en las cercanías de Roma, á donde estos se trasladaban, y por consiguiente, acababan por dar más vigor á la plebe.

Tal fué el principal propósito que animó á la república al apoyar á la confederacion de los latinos y hernicos contra volscos y ecuos, guerra que acabó con la derrota de los segundos, extendiendo Roma sus fronteras hasta la Campania.

Los pobres pedian ya participacion en el *ager romanus,* á cuya posesion iba unido el derecho de ciudadanía.

Para contrariar estas pretensiones, para satisfacer á los ambiciosos sin prevision, acudió muchas veces el senado al expediente de la fundacion de colonias, que no siempre producia el fin apetecido. Con efecto, ideando los patricios debilitar á sus enemigos y dominar á los vencidos, anuciaban la fundacion de una nueva colonia en los países de que era absoluta señora la república por derecho de conquista.

Los tribunos, segun ya hemos dicho, no tenian autoridad fuera de la ciudad, ni ostentaban el explendoroso traje de los magistrados, ni usaban lictores, ni podian penetrar en el Senado, y solo tenian á sus órdenes una especie de criado *(mensajero)*. Mas como eran inviolables y sus personas sagradas, entraron al cabo en el Senado y allí contrariaron á los patricios, sin que nadie se atreviera á ponerles encima las manos.

Distinguíase en la oposicion ardiente á los tribunos el patricio Cayo Marcio, jóven valentísimo que debia su sobrenombre de Coriolano á las victorias que habia alcanzado sobre los habitantes de la ciudad de Coriolos.

Como reinara el hambre en Roma, se proyectó una expedicion militar para adquirir víveres. Negándose el pueblo, contra toda razon, á tomar parte en ella, indignado el valiente Coriolano, se pone al frente de su familia y amigos, penetra en las tierras de los contrarios y vuelve á Roma con un expléndido botin de mantenimientos y ricos despojos.

Irritados los tribunos sorprenden á Coriolano en la plaza pública y lo condenan á ser precipitado por la roca Tarpeya, castigo de los traidores.

Pronto se rehacen los patricios que acuden en defensa de Coriolano, y hubiera terminado todo en una lucha sangrienta, si arrepentida la plebe no hubiera anulado la sentencia, convocando para nuevo juicio.

Celebrado este, en medio de una escena conmovedora,

el jóven patricio fué condenado á destierro perpétuo.

Oida la sentencia, Coriolano se dirige á su casa, despídese de Veturia y de Volumnia, su mujer y su madre, y encaminándose al país de los volscos, á quienes tantas veces habia vencido, se presenta al jefe de estos, Acio Tulo, que pone los recursos todos del país á sus órdenes, y con ellos Coriolano reduce á Roma al último extremo.

Una diputacion religiosa sale de la ciudad, con permiso del Senado; los augures, los sacerdotes, los pontífices, ostentando sus magestuosos trajes sacerdotales, se dirigen al campo de los volscos, en donde son recibidos con extremo respeto, pero que vuelven á Roma sin conseguir nada.

Valeria, hermana de Publícola, al frente de las mas distinguidas matronas romanas, haciendo que se le unan la mujer y la madre de Coriolano, toma el mismo camino, y él, no pudiendo resistir las súplicas y las lágrimas de las que tanto amaba, cede, deja libre á Roma, y á poco es asesinado por los volscos.

Distribuidas por Servio Tulio las clases con arreglo á la riqueza de cada ciudadano, acudiendo á Roma todos los depojados por las guerras, triunfantes los plebeyos en sus luchas, verdaderamente tardaba mucho en presentarse la causa final de la discordia, la guerra verdadera, la batalla entre los pobres y los ricos.

El Cónsul Casio, para vengarse de los senadores que le habian disputado los honores del triunfo, arrojó la tea ardiente de la discordia, proponiendo la ley agraria, á la que se opusieron por envidia los mismos tribunos, quienes despues consiguieron que se nombraran diez varones para que verificaran la reparticion de las tierras.

El Senado castigó al cónsul haciendo que el ingrato pueblo lo condenara á ser arrojado desde la roca Tarpeya.

Promovida una nueva guerra para no llevar á cabo la ley agraria, dejándose la plebe derrotar, los Fábios, para

vengar esta afrenta, salieron de Roma en número de 300, se batieron heróicamente contra los enemigos, y todos perecieron, salvándose solo un adolescente que perpetuó en su descendencia familia tan ilustre.

Con nada se satisfacia ya la muchedumbre en sus pretensiones incesantes; falta la ciudad de mantenimientos, comprábase trigo con los fondos públicos, que se repartia á precios moderados.

No contenta la democracia con estas previsoras medidas, encontraba aún en esto motivo para tumultos, y clamaba porque el trigo se le repartiera graciosamente.

Los tribunos hicieron morir al cónsul Menenio; los patricios mataron al tribuno Gennio; á pesar de la oposicion del cónsul Apio fué aprobada la ley de Voleron, agravio de que se vengó el cónsul castigando rudamente á los soldados que se habian dejado vencer por los enemigos, y los tribunos en cambio acusaron al cónsul, que á pesar de su valiente defensa, para evitar la ignominia del suplicio, tuvo que apelar al triste recurso del suicidio.

Acudió entonces el Senado al medio de proponer el establecimiento de colonias para repartir las tierras de los anciates, lo que rechazaron los plebeyos, que, como dice Tito Livio, preferian «*pedir tierras en Roma á poseerlas en Ancio.*» Los tribunos halagan con deslumbradoras esperanzas al pueblo hambriento y necesitado, encadenado á Roma por los juegos, los espectáculos, las asambleas, la agitacion de los negocios, las dádivas públicas y la riqueza tentadora de los patricios.

Las pretensiones de la plebe se dirigieron entonces á fines más altos y tomaron formas más violentas.

Los cónsules administraban justicia ateniéndose á los usos y costumbres tradicionales, á algunos restos de las leyes reales que se conservaban en los libros sagrados, ocultos al pueblo bajo fórmulas y ritos que solo poseian los patricios.

El tribuno Terencio pidió que los cónsules no fueran los únicos intérpretes de la ley, y que se nombrara una comision para redactar un código á que pudieran atenerse los ciudadanos para reclamar sus derechos, y los jueces para sentenciar los pleitos y causas.

Quincio Ceson que se opuso con violencia á peticion tan justa, fué procesado y hubiera pagado con la vida su temeridad sin los respetos de su padre Cincinato; pero fué condenado á una fuertísima multa, que pagó el padre vendiendo cuanto poseia, excepto una pequeña propiedad con una cabaña á donde se retiró con su familia.

Puesta Roma en gran peligro por los Sabinos, Quincio Cincinato fué elegido Dictador á quien encontraron los comisionados que fueron á notificarle su eleccion, dirigiendo la yunta con que labraba su reducida propiedad.

Vencidos los enemigos, volvióse Cincinato á su choza, que tuvo que dejar otra vez ante la noticia de que habia sido nuevamente nombrado Dictador, por consecuencia de que los volscos habian encerrado en un desfiladero al cónsul Minucio con su ejército.

Cincinato salvó otra vez á la republica, y aumentados por su consejo los tribunos desde el número de cinco al de diez, al cabo de diez y seis dias renunció el poder dictatorial que con arreglo á la ley hubiera podido conservar por espacio de seis meses.

Al fin se vió forzado el Senado á aprobar la ley Terentila, á que dió nombre el tribuno Terencio, la cual se encaminaba á dotar á Roma de un código de leyes.

Con este objeto, y de acuerdo con el dictámen del cónsul Apio, fueron elegidos diez ciudadanos dotados de facultades omnímodas.

Los decenviros, inspirándose en el código de Solon, expusieron á la aprobacion general dos tablas de leyes, así llamadas porque, cuando aun estaban en proyecto, eran gravadas en tablas de encina y cuando fueron aprobadas,

se esculpieron en columnas de bronce, como perpétuo código del derecho público y privado.

Para completar el Código de las Doce Tablas, se amplió la comision de que formaron parte tres plebeyos, y de la que era el alma Apio Cláudio.

El Decenvirato cayó por el asesinato de Sicinio Dentato y por haber atentado Apio al honor de Virginia, jóven plebeya, á la que solo pudo salvar de la lascivia del Triunviro, la muerte que ante todos le dió su propio padre.

Las leyes de las Doce Tablas fueron universalmente respetadas, porque en ellas no se estableció el triunfo de ningun partido, dictadas como estaban por un verdadero espíritu de conciliacion.

Dados por la democracia estos primeros pasos de gigante, los demás, hasta su completa victoria, fueron facilísimos y naturales, á pesar de la ardiente oposicion de los patricios.

Los plebeyos obtuvieron pronto que la ley reconociera como legítima la union entre indivíduos de ámbas clases, acuerdo que fué tan generalmente adoptado como que se vió, por ejemplo, á la opulenta familia plebeya de los Licinios unida por medio de enlaces matrimoniales á las tres gentes patricias de los Fabios, de los Cornelios y de los Manlios.

Con el objeto de velar porque cada uno de los indivíduos que componian las diversas clases en que Roma estaba dividida, cumpliera con sus deberes, fué inventada la censura, cargo que muy en breve se hizo omnipotente.

Pronto las antiguas querellas volvieron á resucitar con más violencia que nunca.

El tribuno Cayo Sicinio Estolon propuso una ley en favor de los deudores contra los intereses acumulados; otra que limitaba á quinientas yugadas la extension de la propiedad particular en el *ager romanus,* distribuyéndo-

se el exceso entre los pobres, y otra por la que se preceptuaba que uno de los dos cónsules fuera plebeyo.

A seguida los tribunos lograron que todos pudieran formar parte del colegio de los Sacerdotes Sibilinos, que los plebeyos no fueran inhábiles para desempeñar la dictadura (año 353), la pretura (350), el pontificado (354), la edilidad y la censura. El dictador Polibio hizo los plebiscitos obligatorios para todos, y, por último, un secretario de Apio Cláudio divulgó el sagrado secreto de las fórmulas jurídicas y del calendario.

Así rompió la plebe romana todas las barreras, despues de cuatro siglos de tenacísima lucha.

LECCION XVI.

Los galos en Roma.—Guerras contra los Samnitas y Etruscos.—Pirro, rey de Epiro.

Los galos, que habitaban la Galia Cisalpina, fueron conducidos por Aruncio, excitado por los celos, ante Clusio, ciudad de la Etruria, aliada de Roma, que mandó á tres hermanos Fabios cerca de Breno, jefe de los galos, para que procurasen poner en paz á unos y á otros; los cuales, lejos de hacerlo así, animaron á los clusianos contra los galos.

Irritado Breno marchó contra Roma, y los Fabios, nombrados tribunos militares, reuniendo las tropas de la república, sin reparar en la inferioridad de su número, pelearon contra los galos senones en las orillas del Allia, donde sufrieron una terrible derrota, llegando á Roma pocos fugitivos perseguidos por los senones, los cuales aumentaron hasta tal punto el terror, que los romanos ni aun cerraron las puertas de la ciudad.

Asombrado Breno, no se atrevia á penetrar en Roma, temeroso de alguna emboscada, lo que dió tiempo á los

romanos para refugiarse en las ciudades vecinas y para que, á las órdenes de Manlio, se ampararan en el Capitolio cuantos quedaban á propósito para defenderlo.

Vacilaba Breno al penetrar en la ciudad vacia, aunque precedido de fuertes destacamentos, cuando, al llegar al foro, se ofreció ante sus ojos un espectáculo extraño.

Ochenta patricios, entre los que habia varones consulares, pontífices, generales honrados con los honores del triunfo, que habian ofrecido su vida para aplacar á los dioses infernales, al tenor de una súplica dirigida por el Pontífice supremo, sentados en sus sillas curules, vestidos con sus espléndidos trajes, desafiaban la muerte con serena majestad.

Mudo de asombro, Breno creyó encontrarse ante una asamblea de dioses.

Sin embargo, habiéndose atrevido un soldado galo á pasar la mano por la barba del patricio Marco Popinio, que castigó tal insolencia descargando el baston de marfil, atributo de su dignidad, sobre el soldado, este atravesó al anciano con su espada. Los galos imitaron el ejemplo de su compañero, no dejando á vida uno solo de aquellos valerosos ancianos, incendiando despues la ciudad y asaltando, aunque inútilmente, el Capitolio.

En tanto Camilo, vencedor de Veyes y desterrado en Ardea por la ingratitud de los romanos, reunió á los fugitivos de Roma y los restos de los vencidos en Allia, última esperanza que quedaba á la república que imploró su auxilio.

Camilo exigió que los senadores encerrados en el Capitolio lo autorizaran por un decreto, lo cual realizó un jóven plebeyo, que, atravesando el campo de los enemigos, llevó á Camilo el nombramiento de dictador.

Camilo marchó entonces contra los galos, é interceptándoles los víveres, les hizo sentir los rigores del hambre

y los redujo á la condicion de sitiados, como estaban los refugiados dentro del Capitolio.

Repetia, en tanto, Breno, sus incesantes ataques á la ciudadela romana, de que sin duda se hubiera apoderado, entregados sus defensores al sueño, sino les hubieran despertado los agudos gritos de las aves consagradas á Juno, espantadas ante la presencia de los galos que trepaban por los muros, siendo rechazados por los romanos que acudieron en su defensa.

Creciendo la necesidad de los galos aterrados por los ataques de Camilo, hallándose los romanos en mayor apuro, é ignorantes de los progresos del dictador, vinieron á concierto Breno y el tribuno Sulpicio, conviniéndose en que, mediante la entrega de mil libras de oro, los galos abandonarian á Roma.

Al verificarse la entrega de la suma convenida, como advirtiera el romano que las pesas eran mayores y se quejara, poniendo Breno su espada en el platillo de las pesas exclamó: *¡Ay de los vencidos!*

Sobreviniendo en tanto Camilo, los galos fueron derrotados y la ciudad quedó libre de sus enemigos, no sin que se creara por tal motivo perdurable rencor entre galos y romanos.

Quedó la ciudad tan destruida, que muchos pensaron abandonarla para trasladarse á Veyes.

Libertada Roma, el dictador renunció su cargo, que pronto tuvo que aceptar otra vez para vencer á los vecinos, rebelados ante las desgracias de Roma.

Continuando la guerra contra los samnitas, estos encerraron al ejército que mandaba el cónsul Postumio entre unos desfiladeros, sin esperanza de salvacion, en las fronteras de la Campania y el Samnio.

Pretendian algunos jefes samnitas el exterminio del ejército romano; pero Poncio, su general, se contentó con hacerles pasar por debajo del yugo, dejándolos en libertad.

Este acontecimiento tuvo lugar cerca de Caudium, por lo que aquellos parajes recibieron el nombre de *Horcas Caudinas*.

Tamaña generosidad fué recompensada por los romanos dando muerte á Poncio, vencido despues y hecho prisionero.

Derrotados los samnitas, queriendo Roma completar su dominacion en la Italia inferior, acometió á los tarentinos que habian ofendido á sus embajadores, los cuales imploraron el auxilio de Pirro rey de Epiro, que acudió con un ejército y venció en Heráclea á los romanos, asustados por los elefantes que no conocian.

El rey de los epirotas avanzó hasta Preneste, desde cuyas alturas pudo contemplar á Roma.

Vencido el epirota por la generosidad de Fabricio, que le anunció que su propio médico le habia propuesto envenenarlo, abandonó la Italia, dos años y cuatro meses despues de haberse en ella presentado.

Pirro, despues de haber vencido á los cartagineses en Sicilia, tras de muchas y novelescas empresas, encontró fin miserable, herido por una teja que le arrojó una mujer, al acometer la ciudad de Argos.

Despues, de suceso en suceso, vencidas todas las resistencias, Roma dominó en Italia, desde el estrecho de Mesina hasta el Rubicon y el Auser.

Solo le faltaba en este tiempo, para dominar por completo en la península, enseñorearse de la Galia Cisalpina.

LECCION XVII.

CARTAGO.—PRIMERA GUERRA PÚNICA.

La tradicion conservada por Virgilio y Trogo Pompeyo afirma que Cartago debió su fundacion á Elisa ó Dido, mujer de Siqueo y hermana de Pigmalion, rey de Tiro, aunque varios sostienen que esta ciudad fué fundada por Zoro y Karchedon, y otros crean que estos no hicieron más que engrandecer la ciudad africana.

Como quiera que sea, desde la muerte de Dido, existe en la historia de Cartago un período de cerca de trescientos años, durante el cual su historia está envuelta en la más densa oscuridad.

Reinando Agatocles, ciertos aventureros que estaban á sueldo de este tirano, se enseñorearon, por traicion, de la ciudad de Mesina, en Sicilia, degollaron á una gran parte de sus desgraciados habitantes, espulsaron á los demás, y se apoderaron de sus bienes y de sus mujeres.

Igual perfidia llevó á cabo la legion romana, tambien compuesta de campanios, que mandaba Decio Jubelo, en la desventurada ciudad de Rhegio, situada frente

á Mesina *(Zanclea)* en las contrapuestas costas italianas.

Los mamertinos, amenazados por Cartago y por los sicilianos, dueños de la isla, divididos entre sí, unos entregaron la ciudadela á los cartagineses y otros imploraron el socorro de Roma.

Era de esperar que los romanos que habian castigado á los infames legionarios de Jubelo, devolviendo la ciudad de Rhegio á sus legítimos dueños, no protegieran á los bandidos de Zanclea.

Tratado el asunto en el Senado, este se dividió sin embargo en dos pareceres: pensaban unos que era indigno del pueblo que tan severamente habia castigado á los bandidos de la ciudad italiana, proteger á sus iguales de Sicilia; entendian otros que abandonados los mamertinos, pronto caería Mesina y toda la isla en manos de los cartagineses, que dueños de Cerdeña y del litoral africano, amenazaban por todas partes las costas de Italia.

El Senado, por un resto de pudor, dejó la decision al pueblo, que soliviantado por los cónsules, resolvió que los mamertinos fueran socorridos.

El cónsul Apio Cláudio atravesó felizmente el estrecho de Sicilia burlando á la escuadra cartaginesa (264 antes de J. C.); los mamertinos lanzaron de la ciudadela al general púnico y el romano venció á Hieron de Sicilia, aliado de los cartagineses, que tambien sufrieron un fuerte revés.

En el año siguiente (263) los romanos consiguieron repetidos triunfos y apartaron á Hieron de la alianza de sus enemigos.

En 262, año tercero de la primera guerra púnica, fuertes los cartagineses con el auxilio de mercenarios españoles, galos y lugures, siendo las cercanias de Agrigento su plaza de armas, despues de varios sucesos, ya adversos, ya favorables, los romanos mandados por el cónsul Postumio se apoderaron de esta ciudad.

La cuarta campaña no fué de resultados importantes, porque señores los cartagineses del mar y dominando los romanos en el interior, se equilibraban las mútuas victorias y reveses.

Los romanos, trabajando con un ardor invencible, construyeron una armada de ciento veinte galeras, que por ensalmo apareció en las costas de Italia.

El mando del ejército de tierra tocó al cónsul Duilio y el de la escuadra á Cornelio, el cual pagó su imprudencia en Lipari quedando prisionero con diez y siete naves del africano Boodes, que lo condujo á Cartago.

Duilio, dejando confiado el mando del ejército á los tribunos, se puso al frente de la escuadra, y marchando en busca del enemigo, encontró la armada de este en las aguas de Milæ, en las costas septentrionales de Sicilia donde los cartagineses fueron derrotados, perdiendo las treinta y ocho galeras de su vanguardia, entre las que se contaba la del general, de siete órdenes de remos, famosa entre los cartagineses por haberla apresado en sus guerras contra Pirro, con otras cincuenta embarcaciones que tambien perdieron.

Dulio, puesto otra vez al frente de las legiones, hizo levantar el sitio de Ægesta, y tomó por asalto á Macela.

Á su vuelta á Roma, obtuvo el cónsul extraordinarios honores, entre ellos que se levantára una estátua para conmemorar sus hazañas.

LECCION XVIII.

Primera Guerra púnica (Continuacion).

El año sexto (259) de la guerra fué desastroso para los cartagineses en Córcega y Cerdeña, y para los romanos en Sicilia.

En el sétimo (258) los romanos se apoderaron de Hippona, de Mytistrato y de otras plazas fuertes; hizo inmortal su fama el tribuno M. Calpurnio Flamma, y fueron derrotados ante Lipari: el octavo careció de importancia militar.

Preparadas ambas potencias, en el año noveno, los romanos, con una armada de trecientas treinta galeras, se trasladaron desde Mesina á Ecnomo, donde sus legiones estaban acampadas, al propio tiempo que los cartagineses con trecientas cincuenta naves, marcharon desde Lilibea á Heraclea.

Ambos enemigos se encontraron en Ecnomo (sur de Sicilia) donde los cónsules Atilio y Manlio alcanzaron una señalada victoria, echando á pique treinta bajeles cartagineses y apoderándose de sesenta y cuatro, con pérdida por su parte de veinte y cuatro galeras.

Los romanos, siguiendo el ejemplo de Agatocles, se

encaminaron al promontorio Hermeo y de aquí á Clypea, desde donde asolaron los mas bellos territorios de Cartago.

Manlio regresó á Roma, y Régulo, con título de procónsul, se quedó en Africa con cuarenta naves, quince mil infantes, y quinientos caballos.

Durante el año décimo (255), Régulo venció á los cartagineses en Adis, victoria que le hizo dueño de Túnez.

Los cartigineses pidieron á Régulo la paz, y el romano impuso tan duras condiciones que, aquellos, reducidos á la desesperacion, reunieron todas sus fuerzas para la lucha.

En tan triste situacion se hallaba Cartago cuando regresaron las naves que habian ido á Grecia en busca de mercenarios, con un importante refuerzo.

Entre los recien venidos se hallaba Xantipo de Lacedemonia, capitan acostumbrado á la austera disciplina de su patria, á quien los cartagineses, por una abnegacion de que se encuentran pocos ejemplos, pusieron al frente de sus tropas.

El griego, restableciendo la disciplina militar y cambiando la táctica, batió tan completamente á los romanos, que de estos tan solo se salvaron quinientos que se habian reunido al rededor de Régulo, que con este fueron hechos prisioneros, y dos mil que pudieron refugiarse en Clypea.

Pronto los romanos armaron otra escuadra con la que salieron contra Africa y Sicilia, la cual, despues de varios sucesos, pereció atacada por una furiosa tempestad, salvándose escasamente ochenta bajeles, de trecientos sesenta y cuatro de que se componia; desastre que los cartagineses aprovecharon destruyendo la ciudad de Agrigento.

En los años once, doce, trece y catorce (254 al 250) ocurrió la toma de Panormo (Palermo) por los romanos que vieron destruida su escuadra por una tempestad, al doblar el cabo Palinuro.

En la campaña décimaquinta (250) los cartagineses fueron derrotados ante Palermo.

El sitio de Lilibea por los romanos, los desastres mútuos al frente de esta plaza, la audacia de Hanibal el Rodio, y la habilidad de Magon, cierran esta campaña.

La décimasexta (249) se señaló por la victoria alcanzada en las aguas de Drepano por Adherbal sobre el cónsul Publio Cláudio Pulcher.

Mandaba este una de las más fuertes escuadras que los romanos habian lanzado al mar.

Pocos momentos antes de trabarse el combate, fueron á decir al cónsul que los pollos sagrados no querian salir de su jaula ni comer.

Que beban pues, toda vez que no quieren comer, dijo Pulcher, y mandó arrojarlos al mar.

Los cartagineses destruyeron la escuadra romana, é hicieron veinte mil prisioneros que condujeron á Cartago.

Esta victoria se completó aun con otra alcanzada por Cartalon sobre el cónsul Lucio Junio, ante Lylibea, y por la destruccion de otra armada romana por una tempestad en los escollos de Camarina.

En las campañas siguientes, aparece y se distingue entre todos Hamilcar Barca, uno de los más grandes hombres que ha producido el arte de la guerra. Nombrado jefe de las tropas y de las escuadras púnicas en Sicilia, salió al frente de estas, asoló las costas de Italia y volvió cargado de botin á las inmediaciones de Palermo.

Allí, con ese golpe de vista, patrimonio de los grandes génios, adivinó en Ercta una posicion inexpugnable. Ercta es una montaña á orillas del mar, sumamente escarpada, y coronada por una fertilísima meseta de cien estádios de circunferencia: en ella se estableció Hamilcar desafiando á los romanos.

Durante tres años se mantuvo en esta posicion el héroe cartaginés, asolando las costas de Sicilia y de Italia.

En el año 21 de la guerra, arrebató á los romanos la ciudad de Eryx, y los sitió en la montaña de este nombre, conservando la ciudad á pesar de la defeccion de los galos.

En la campaña siguiente (242), haciendo los romanos un último esfuerzo marítimo, reunieron una escuadra de trescientas galeras y setecientos barcos de trasporte, con la que el cónsul Lutacio se apoderó de los puertos de Drépano y Lylibea. Previendo Lutacio que no tardaria en presentarse la escuadra cartaginesa en socorro de los suyos, dió la vela para Ægusa, isla perteneciente al grupo de las Ægatas frente á Ægithalo y Lylibea, desde donde distinguió, en efecto, la armada púnica mandada por Hanon.

Navegaban los cartagineses con sus barcos, embarazados por los soldados de trasporte, cargados de municiones y de mantenimientos.

La victoria alcanzada por los romanos fué completa, echando á pique cincuenta galeras enemigas, apoderándose de setenta y haciendo diez mil prisioneros; el resto logró salvarse con el auxilio del viento que, cambiando de repente, favoreció su fuga.

Despues de la derrota de los cartagineses en las islas Ægatas, era ya imposible á Cartago sostener la guerra, por lo que dió plenos poderes á Hamilcar para ajustar la paz con los romanos.

Lutacio, para que no le despojára de la gloria de haber concluido la guerra el nuevo cónsul, intimidado por el génio de Hamilcar y recordando el ejemplo de Régulo, se apresuró á aceptar la paz bajo las siguientes condiciones: que los cartagineses abandonarian completamente la Sicilia; que no harian la guerra á Hieron; que se entregarian á los romanos, sin rescate, los prisioneros y los tránsfugas; y que pagarian en el espacio de veinte años dos mil y doscientos talentos euboicos (poco más de 40 millones de reales). Roma ratificó el tratado, adicionando úni-

camente que los cartagineses pagarian en el acto mil talentos para los gastos de la guerra; dos mil en los diez años siguientes, y que abandonarian todas las islas del Mediterráneo, exceptuando Córcega y Cerdeña.

El heróico Hamilcar Barca se retiró de Sicilia con todas sus tropas, sus armas y sus pertrechos de guerra.

A esta lucha siguió la de los *mercenarios*, que puso á Cartago en gravísimo riesgo de perderse, que duró tres años y cuatro meses, en la que alcanzó victoria definitiva el gran Hamilcar Barca.

LECCION XIX.

PRIMITIVOS POBLADORES DE ESPAÑA.

España, como Grecia y como Italia, es una de las tres grandes penínsulas en que termina por el Sur el continente europeo. Rodeada por el Mediterráneo y por el Océano hácia el Este, hácia el Sur y hácia el Norte, y separada del resto de Europa por la altísima cordillera Pirenaica, debe su existencia, como nacion, á leyes naturales; está destinada á ser perpétuo asiento de un pueblo dotado de vida propia, sin que haya jamás que temer para ella la suerte de la heróica Polonia, falta de fronteras indisputables; el inmediato destino de los Principados Danubianos, presa de poderosos vecinos, ó el que acaso aguarda á la rica Bélgica, frontera de alhedaños poderosos.

Estas condiciones de existencia natural y propia, que España debe á su conformacion geográfica, esta ley de unidad, hállase contrariada por su estructura interior, opuesta á aquel principio.

En efecto, surcada nuestra patria por altas cordilleras de montañas, atravesada por rios de curso prolongado y de cauce profundo, aquellas y estas, forman dentro de su suelo, como las naturales fronteras de diversos estados;

causas eficacísimas de su variedad, dentro de su unidad, que son, digámoslo así, como la clave de su historia.

Así, apenas comienza á alborear la luz de la que es testigo de los tiempos, vemos á la Península española ocupada por naciones diversas en orígen, idiomas, costumbres é instintos; siglos y siglos trascurren, y aún viven en ella sin confundirse; termínase la siete veces secular lucha contra los islamitas, y á ella sobreviven aquellas nacionalidades; los Reyes Católicos dan feliz remate á su obra de unidad, y, á pesar de ella, no mueren las antiguas razas; pasan sobre España el subyugador y glorioso estandarte de la casa de Austria y el poderoso nivel de la Borbónica, y á pesar de ellos, aún se conservan intactos el tipo del cántabro, del astur, del galaico, del contestano, del edetano, del batistano, del bástulo-fenicio, y de las naciones todas que ya nos pintan con gráficos colores Estrabon y los geógrafos é historiadores, así griegos como romanos.

Esta variedad y esta unidad son las que, segun hemos dicho, explican á maravilla la historia de España, tan fácil de ser invadida en los primeros momentos, como imposible de ser definitivamente sojuzgada.

Así el árabe se apodera de la península mediando escasa resistencia, y cuando debe considerarse á Europa presa definitiva del fanatismo musulman, España y Europa deben su salvacion á un puñado de no vencidos astures que, enriscados en las montañas patrias, inician la incomparable epopeya de la reconquista; y así, en los tiempos modernos, vencido uno y otro ejército español, el espíritu provincial, libra igualmente á España y á Europa de ser presa definitiva de las águilas napoleónicas.

Me atrevo á sospechar que el nombre primero de nuestra patria fué el de *Iberia* que debió á la raza ibérica, dominadora en ella por completo durante largo tiempo: paréceme que los fenicios la llamaron *Spania*, de Span,

que vale en su lengua tanto como oculto, region lejana y escondida para ellos en los extremos del Orbe: que los griegos la apellidaron *Hesperia* de Hespero, lucero de la tarde, país occidental, y los romanos *Spania,* que significa, á la vez, conejo; razon por la cual está nuestro país representado en el reverso de una conocida moneda del emperador Adriano, por cierta matrona que tiene al lado uno de estos roedores.

Dijimos al comenzar la Leccion XII, que ciertas tribus, separándose de la gran familia Arya en las faldas del Paropamiso, se encaminaron por las orillas del lago Oxio y el mar Hircano, y se establecieron en la embocadura del Daix; y que otras de la misma familia, que viajando por distintas vias, (Sur del Euxino), se habian detenido en la Sapiria y la Cólquida, unidas despues aparte de las primeras, avanzando por entre las estribaciones meridionales de los montes Bastárnicos y el Ister, fueron sucesivamente poblando la Grecia, la Italia, la Germania, las Galias y la España, donde encontraron á otras de su misma raza, que por el Asia Menor habian penetrado antes que ellas en Europa.

Clarísimos testimonios del muy prolongado viaje de estas gentes, son los nombres de *Iberus* de un rio de la Sangarida; del *Ebrus* de la Mesía; del *Hebro* de la Tracia; del *Iber* dado al Rin por Nono; del *Tíber* que guarda el mismo nombre; de la sierra de Aralar por cima de la Borunda, que recuerda las célebres montañas de la Armenia; el rio Araxes de Navarra que es el propio del Aráxes frontera de la Iberia asiática de la Media; el rio guipuzcoano Urumea que así se llama como el lago Pérsico; el Oria que antes se apellidaba Astúrias, como uno de los afluentes del Tigris; el rio Cantebras, tributario del Hidaspes, que dió nombre en España á un pueblo valiente y heróico; las ciudades asirias, Deva, Degio y Maranda que corresponden á Deva, Degio y Miranda; los pueblos Ibe-

ringos situados en la media region de la India extragangética; los taporos lusitanos como los taporos massagetas; los Asturicanos que dieron su nombre á Astúrias y los Pesicos que corresponden á las gentes avecindadas entre el lago Aral, el mar Caspio y los montes Oxios; el monte Vindio que corresponde á la cordillera divisoria de las cuéncas del Indo y del Ganges; los Concanos, Galaicos, Astures y Cántabros que conservaban, al advenimiento de los romanos, religion, trajes, usos y costumbres de massagetas y gelonos; el *svasti,* signo comun á cántabros y á pueblos de raza arya, así en la India como en Astúrias y en las más apartadas regiones del Norte á donde se alongaron germanos y escitas, que se halla, ora gravado en piedras runicas y gentílicas, ora fundido en medallas de Córduba, Acci y Cartago Nova ó al frente de las legiones en el estandarte imperial cántabro; ejemplos que se pudieran multiplicar hasta lo infinito con apelativos de torrentes, montañas, pagos, villares y nombres de cosas y de personas.

Creemos, pues, que los pueblos orientales de que hablamos en la ya citada leccion XII, despues de una estancia más ó menos larga en las faldas meridionales del Cáucaso, se separaron en dos distintas direcciones, siguiendo los unos las orillas meridionales del Euxino y comenzando á poblar la Europa por la Tracia y por la Grecia, donde dejan, entre otros recuerdos de su paso, el nombre del rio *Iberus* y el de la ciudad de *Abdera;* los otros que se subdividen entre los Carpatos y el Ister y encaminándose al occidente, pueblan tambien la Europa. Tal vez á estas gentes pertenecen los Bastieos de la Beocia; acaso sea colonia suya la ciudad de *Basta,* situada en la Mesapia, entre *Idruntum* y *Castrum Minervæ,* como los pueblos bastárnicos de la propia region, y en el término de su viaje, los *Vascitanos* de Tito Livio y el valle del Baztan en las raíces del Pirineo.

Tal vez, siguiendo aquellos pueblos la direccion Norte de la expresada cordillera, á la que dan el nombre de una de sus más poderosas tribus (Alpes Bastárnicos), gérmen de una nueva invasion en España, establécense bajo el nombre de Bassianos y Bassinianos en la primera y segunda Panonia.

Iberos pues, y otras tribus orientales, fueron los primitivos pobladores de España; pero, como entre todas, eran aquellos los más númerosos y los más adelantados en cultura, sobreponiéndose á todas, extendieron en nuestro país su maravilloso idioma y dieron su nombre á la península entera, que retuvo, sin embargo, como especial de ciertas tribus, el de algunas comarcas (los Bastitanos, los Mastienos).

Los iberos, llevando tal vez de avanzada á los bastitanos, penetraron en España por el valle del Baztan y por los afluentes del Ebro, acamparon en la orilla izquierda de este caudaloso rio, prosiguieron luego hacia el Sur, tocando en el Tader (Segura) y se fijaron desde aquí, por la desembocadura del Almanzora, hasta el Estrecho de las Columnas.

La posicion del valle del Baztan y la direccion de la Bastitania nos hacen, entre otras razones, adoptar esta hipótesis.

Diversos los bastitanos é iberos, aunque de la misma filiacion, dominaron los segundos en toda la península, salvo en lo que es hoy provincia de Múrcia y parte oriental y meridional de Andalucía, que ocuparon los bastitanos.

LECCION XX.

Primitivos pobladores de España. (Continuacion)

Cuando más sosegados se hallaban bastitanos é iberos, sobrevino otra gente que les hizo crudísima guerra.

Nos referimos á los galos, pueblo indo-scyta, como los iberos, que alcanzó gran fama en los primeros tiempos.

Procedian estas gentes de las grandes tribus que, segun dijimos, se separaron de los suyos entre el Ister y los Carpatos, y que anhelando poseer climas más templados, se establecieron en la Sarmacia Europea, entre el Tanais y el Ister, países que ya conocian, divididos en scytas reales que vivian en las orillas de este primer rio; sobre la Crimea, los nómadas, y en las márgenes del Borystenes hasta Kief, los scytas agricultores, una de cuyas ramas, los cultivadores, vivia en las fuentes del Hispanis.

Desde aquí, en diversos tiempos, llevaron sus inquietas colonias, en la forma que refiere Plutarco *(Vidas de Mario y de Camilo),* hasta los extremos de Europa.

Pero tan importante suceso no aconteció de una vez, ni á seguida, sino en diversas ocasiones, como expresamente afirma el autor de las *Vidas de los Hombres Ilustres.*

Estos pueblos eran sin duda de raza indo-scytica, como lo demuestran el nombre de *Indica* dado á la capital de los indígetas: las costumbres massagetas en muchos de ellos; que hubo persas en España segun demuestra Varron; que los Vascos (Romey 1-12 y 13) eran indo-scytas, no hay para que dudarlo, así como que poblaron en España pésicos y astures.

En nuestra península habia un promontorio escítico (Mela) y gran número de sus pueblos y de sus comarcas tienen la terminacion en *stan,* propia de las gentes y territorios persas.

Sea de ello lo que quiera, estas nuevas razas, rebasando los Pirineos, penetraron en España, siguieron el curso del Duero y aquí poblaron, especialmente á lo largo de las costas occidentales del Sur del Durio al Cúneo, desde cuyo promontorio extendieron sus conquistas hasta las costas de lo que más adelante se llamó Bastulo-fenicia, y aun más por el interior, al mismo tiempo que otras tribus, siguiendo las corrientes del Sicoris y del Ebro, luchaban con los pueblos cerca de ellas establecidos.

Todo esto acontecia como XVI siglos ántes de la era vulgar.

Los celtas, extendiendo sus conquistas por el Norte hasta las orillas del mar Cantábrico, confederáronse con los iberos en el centro de la península, recibiendo por ello este país el nombre de *Celtiberia.* La raza euskara conservóse independiente de todo contagio en ambas faldas de los Pirineos y en los países limítrofes. (Diodoro lib. 5.°, Apiano *Ibéricas.*)

Apercibíase, en tanto, un nuevo elemento de civilizacion para la Península.

Despojados los cananeos por los irraelitas de sus ciudades del interior, rebosaron de habitantes las ciudades marítimas de la Fenicia, y numerosas colonias salieron de aquellas costas en busca de nueva patria.

A ser cierta la narracion de Procopio, puede afirmarse que los más antiguos establecimientos de los fenicios en España se deben fijar entre los años 1450 y 1400 ántes de nuestra era, de cuya época datan sus primeros establecimientos en Carteya, en Abdera y en Malaca.

Así las cosas, transcurriendo los tiempos, asoma aun otro poderoso elemento de civilizacion para la Península, el cual marcha siempre en direccion contraria al fenicio, avanzando ámbos de puntos tan contrapuestos como las cercanías de Tartesso y el golfo de las Galias.

Nos referimos á los focences que hacia el año 600 ántes de J. C., fundaron á Marsella.

El establecimiento de los volsco-tectósagos en las tierras regadas por el Garona empujó á los celtas, moradores de la narbonense, las Cévenas y la Armorica, que, pasando los Pirineos, se precipitaron en España.

La marcha de esta segunda invasion céltica, que debe fijarse hácia el año 587 antes de J. C., acaso pueda señalarse desde Elusa ó Lusa, mansion en el Itinerario de Antonio, desde *Burdigala ad Summun Pirineum,* donde teniendo los nuevos celtas noticia de otros pueblos de su misma casta, establecidos de antiguo en España, se encaminaron por las raíces septentrionales del Idúbeda, en el país de los Váceos y por el curso del Duero, donde se confundieron con sus hermanos, dueños de la Lusitánia.

De esta segunda invasion quedan no pocos recuerdos en algunas de las naciones que en lo antiguo dividian á nuestra patria.

Como no podia menos de acontecer, tan extraordinarios sucesos dieron nuevo impulso al espíritu conquistador de los primitivos celtas que lucharon con las naciones ibéricas, y extendieron sus posesiones.

Distinto era, en verdad, el aspecto que presentaban las costas orientales visitadas por colonias del Asia occidental.

Efecto de este espíritu de ambicion y de conquista,

fué sin duda la contienda entre los pueblos célticos que habian avanzado hasta la Turdetania y la colonia fenicia de Gades, contienda que iba á traer á España otro pueblo de la misma genealogía que este, pero que, conservando su índole comercial, se habia contaminado con el espíritu guerrero de los libios, habitantes del Atlas. Nos referimos á los *penos* que habian fundado un imperio poderoso en Africa.

Faltos de fuerza ó de espíritu militar los emporios asiáticos de España, y acometidos por las feroces tribus que con ellos limitaban por el Occidente, llamaron en su auxilio á los cartagineses, los cuales se precipitaron armados en la península, pelearon, vencieron y, cautivados de la belleza del país, se establecieron en él, no sin hallar resistencia por parte de la metrópoli Tiria.

La llegada de los cartagineses á España puede colocarse en el siglo VI antes de J. C., entre los años del mundo 3.415 y 3.460.

Muy en breve se apoderaron los penos del cordon de ciudades que se extendian desde Cádiz hasta Málaga, tan florecientes en los tiempos de la cultura fenicia.

Tras de varios sucesos y no escaso número de años, las conquistas pusieron á los cartagineses en peligroso contacto con las colonias griegas del Mediterráneo, que por este motivo se hicieron fieles aliadas de Roma, preparando la causa de la catástrofe de los penos y la dominacion de los latinos en la península ibérica.

Tal es la hipótesis que racionalmente puede establecerse, á falta de otra mejor, sobre *los primitivos pobladores de España.*

LECCION XXIx

SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

Insistiendo Cartago en su propósito de prepararse para nuevas guerras con Roma, envió á Gades con sus mejores tropas á Hamilcar Barca.

Istolacio y su hermano que, acaudillando á los Célticos del Cuneo y á algunas tribus turdetanas, se opusieron á Hamilcar, fueron derrotados y muertos con sus principales amigos; los lusitanos y los vetones fueron igualmente vencidos por la superioridad de la táctica púnica.

Hamilcar se dirigió entonces contra Hélice.

Orison, caudillo de uno de los pueblos vecinos, aparentando que se unia á los penos, animó al cartaginés que presentó la batalla á los españoles.

Hamilcar, despues de hacer prodigios de habilidad y de valor, murió al pasar el rio cercano, derribado por su caballo.

Los restos del ejército púnico se salvaron en Acra Leuké, donde fué proclamado sucesor de Hamilcar su yerno Hasdrubal.

Nueve años habia durado el mando de Hamilcar Barca en España.

Rehaciendo Hasdrubal las tropas cartaginesas, fortificado con los auxilios de Cartago y con la admision de mercenarios, venció y dió muerte á Orison, derrotó á los Olcades y procuró atraerse voluntades en los pueblos situados al Sur de estos territorios.

Por espacio de casi ocho años estuvo Hasdrúbal rigiendo á España, al cabo de los cuales vino á morir á manos de un esclavo galo que vengó la muerte de su amo, dando de puñaladas á Hasdrúbal (222) al pié de los altares.

Hamilcar Barca habia traido consigo á España á su hijo Haníbal, de edad de nueve años, el cual dió muestra de sus talentos militares apoderándose del país de los Olcades y venciendo un ejército de cien mil hombres que estos le opusieron, con lo que, exceptuando el territorio de Sagunto, la España transibérica entera estaba bajo su dominacion.

Fuerte ya con el dominio sobre naciones tan belicosas, unido á una de las familias más pudientes de la Oretania por su enlace con Himilce, acaudalada señora de Cástulo, se decidió á ultrajar resueltamente á Roma en la más querida de sus aliadas.

Cuestionaba Sagunto con sus vecinos los de Túrbula sobre límites, cuando estos pidieron el auxilio de Haníbal, que citó ante sí á ambos contendientes.

Los saguntinos, no reconociendo el arbitraje del cartaginés, se quejaron á Roma que mandó á España á P. Valério Flacco y á Q. Bebio Tamphilo para que hablaran á Haníbal, encargándoles que si este no cesaba en sus hostilidades, demandaran en Cartago la persona del hijo de Hamilcar Barca como infractor de los tratados.

En tanto Haníbal, al frente de un poderoso ejército, atacó á Sagunto por tres puntos á la vez, usando de todos los medios que ponia á su disposicion el arte de la guerra.

Despues de ocho meses de asedio, los saguntinos, haciendo una inmensa hoguera, quemaron cuantas riquezas pudieron haber á las manos, rechazaron las condiciones del sitiador, hicieron una terrible salida en la que todos murieron matando, y las mujeres, que desde el muro contemplaban el desastre, se dieron á sí mismas la muerte de diversas maneras, matando antes á los niños que alimentaban á sus pechos.

Tras de la toma de Sagunto, Haníbal se retiró á Cartago Nova, donde despidió sus tropas, citándolas para la primavera siguiente.

En el tiempo señalado, Haníbal salió de Cartago Spartaria, para Italia, al frente de un ejército compuesto por su mayor parte de españoles.

Fué tan desastrosa la marcha del hijo de Hamilcar Barca que, á los cinco meses y medio de su salida de Cartagena, apenas quedaba la mitad de su ejército, cuyas pérdidas compensó con el auxilio de los galos.

Roma, ignorante de los propósitos del cartaginés, le opuso tres ejércitos.

P. Scipion quiso disputar á Haníbal el paso del Ródano; pero, habiendo llegado tarde para realizar este propósito, dividió su ejército, confiando una parte de él á su hermano Cneo para que se encaminase á España, y él marchó á defender el paso del Pó.

Scipion sufrió el castigo de su imprevision, siendo derrotado en las orillas del Tesino, á cuyo desastre siguió el de Sempronio junto al Trebia y el de Flaminio en las márgenes del lago Trasimeno.

Afortunadamente para Roma, fué nombrado dictador Fábio, que, excusando todo combate decisivo, debilitaba al cartaginés, no dándole punto de reposo.

Cansada la plebe romana de las dilaciones del dictador, á quien motejó con el título de *El Tardo,* entregó en otras manos los ejércitos.

Confiadas las legiones á los cónsules Paulo Emilio y Varron, este, abandonando la prudente conducta de Fábio, luchó en Cannas donde perdieron los romanos ochenta mil hombres, dos cuestores, veinte y un tribunos de las legiones, ochenta Senadores y uno de los cónsules, Paulo Emilio.

Los resultados de la derrota de Cannas fueron terribles para Roma.

LECCION XXII.

Segunda guerra púnica (Continuacion.).

Dijimos que P. Scipion, al ver que no podia disputar á Haníbal el paso del Ródano, confió la mitad de su ejército á su hermano Cneo para que sostuviera la causa de los romanos en España.

Cneo derrotó á Hanon y se apoderó de la impedimenta del ejército de Haníbal que este le habia confiado.

El Senado romano, comprendiendo cuanto le importaba debilitar el centro de los recursos de Haníbal, envió á España á P. Scipion con nuevos refuerzos.

Reunidos Cneo y Publio, se encaminaron á la heróica Sagunto, donde se apoderaron de los rehenes españoles que en esta ciudad custodiaban los cartagineses, ganándose la amistad de los siempre impresionables pueblos españoles.

Publio y Cneo, confiados en el auxilio de veinte mil celtíberos, decidieron impedir la union de tres ejércitos cartagineses, para lo que dividieron sus tropas

Publio se quedó en Cástulo con Tilo Fonteyo, mientras Cneo se encaminaba en busca de Hasdrúbal, que estaba acampado en Amtorgé

Noticioso Publio de que Indibilis, príncipe de los Ilergetes, marchaba á reforzar el campo cartaginés, decide impedirlo, y se dirige á su encuentro, aunque seguido calladamente por Masinisa, con su terrible caballería númida.

Ataca Publio á Indibilis, que reforzado por Masinisa, rechaza el ataque, muriendo el general romano atravesado el costado derecho por una lanza enemiga, y desbandándose su ejército.

Despues de esta victoria, Masinisa é Indibilis se reunen á Hasdrúbal.

En tanto, el hábil cartaginés, por medio de lisongeras promesas, habia logrado que los veinte mil celtíberos abandonasen el ejército de Cneo, que, cuando menos podia esperarlo, se vió atacado por los tres ejércitos penos, la caballería númida y los suesetanos.

Desbandadas las tropas romanas, Cneo Scipion, con muy pocos de los suyos, se refugió en una torre que rodearon los cartagineses de pinajares y retamas, á las que pegaron fuego, abrasando á cuantos se habian resguardado en ella.

Los restos de los ejércitos romanos fueron libertados por L. Márcio Séptimo que se puso al frente de ellos.

Roma envió, por de pronto, á España, con el título de pretor á Cláudio Neron (211) con un escogido ejército, quien, enterado de que Hasdrúbal regresaba de la Lusitania á la Bética, corriendo rápidamente para contrariar sus proyectos disputándole el paso de los montes Mariánicos, en un lugar á propósito, se situó entre Mentesa é Iliturgi.

Ocupadas todas las salidas, se vió el astuto cartaginés sin otra alternativa que la de entregarse ó morir, en cuyo trance mandó un caduceador al campo romano, ofreciendo á Cláudio que si lo dejaba salir con vida de aquel mal paso, le entregaría cuantas plazas conser-

vaban á su devocion los cartagineses en España.

Oyó Neron con ánimo alegre tal propuesta, y, como fuera tarde, citóse para convenir las bases del tratado el dia siguiente.

Hasdrúbal aprovechó la noche y la confianza de los romanos, haciendo salir parte de sus tropas por veredas asperísimas y solo conocidas de algunos de los españoles sus aliados.

El cartaginés hizo de manera que al dia siguiente tampoco se ultimara el concierto, aprovechando igualmente la noche, como la anterior, y así las de otros sucesivos dias.

La última noche fué utilizada por Hasdrúbal en salvar los elefantes y lo más pesado de su ejército, operacion que favoreció una espesa niebla que se prolongó hasta las diez de la mañana.

Despejada la niebla y apareciendo el sol en toda su brillantez, vió el pretor vació el campo cartaginés, y aunque quiso alcanzar á los enemigos, no pudo lograrlo.

En vista de este fracaso, Neron fué llamado á Roma y nombrado en su lugar P. Cornelio Scipion, hijo de Publio y sobrino de Cneo, que salió para España con un refuerzo de diez mil hombres y mil caballos.

El jóven general desembarcó en Tarragona (220), inspirando confianza á los cartagineses con su aparente ociosidad, pero madurando en realidad grandiosos proyectos.

Cuando ya los creyó suficientemente sazonados, salió calladamente con veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, al amparo de su teniente Lelio que navegaba con la escuadra sin apartarse de la cercana costa, y caminó tan de prisa, que al sétimo dia de su salida, él estaba al frente de Cartago Nova, y Lelio con la armada, en el puerto.

Allí supo entusiasmar á sus soldados, probándoles que

el mismo Neptuno los auxiliaba en su empresa con el reflujo del mar. Así, la ciudad fué tomada brevemente, entregándose Magon que se habia refugiado en la ciudadela, al mismo tiempo que Lelio se apoderaba de la armada púnica.

Prosiguiendo la guerra, Hasdrúbal retiróse á los lugares cercanos al Tajo, desde donde, reuniendo un crecido ejército, marchó para socorrer á su hermano Haníbal en Italia (208).

Despues de varios encuentros, avistáronse Hasdrúbal, Giscon y Scipion, en los campos de Baecula, alcanzando los romanos una gran victoria.

Era tal la rapidéz de la marcha de Hasdrúbal, hermano de Haníbal, al encaminarse á Italia, que al comenzar la primavera del año siguiente al de su derrota, habia llegado á esta península.

Eran cónsules en Roma Livio y Cláudio Neron, enemigos mortales: de estos el primero, marchó á oponerse al paso de Hasdrúbal, y el segundo al Brucio en busca de Haníbal.

El pretor Cláudio envió á Neron unos correos, por medio de los cuales le noticiaba la manera con que ambos hermanos cartagineses proyectaban reunirse.

Espantado el cónsul ante semejante riesgo, adoptó una resolucion verdaderamente heróica.

Reuniendo lo mejor de sus tropas y dejando el resto en el campamento, al mando del pretor, salió de él calladamente y caminando sin descanso, penetró en la noche del octavo dia en las tiendas de su colega, donde se alojó.

Todo esto se hizo con tanto silencio que, así como Haníbal no habia notado la partida del cónsul, Hasdrúbal no se apercibió de su llegada.

Al dia siguiente ambos generales romanos presentaron la batalla á Hasdrúbal, que con su pericia militar, notó el aumento del ejército enemigo; sospecha que confirmó

en realidad al averiguar que en el campamento del cónsul se habia dado la señal dos veces y una sola en el campo del pretor, considerando por ello evidente la reunion de Livio y de Neron y la derrota y la muerte de su hermano Haníbal.

Bajo la impresion de estos temores, Hasdrúbal se retiró á sus tiendas, y, llegada la noche, emprendió la retirada.

Siéndole el país completamente desconocido, abandonado por los guías, lo encontraron los romanos buscando un vado en las orillas del rio Metauro.

Hasdrúbal preparándose al punto para la pelea, al frente de los españoles, ocupó el ala derecha que era el lugar más avanzado, colocó á los galos á la izquierda y en el centro á los liguros con los elefantes.

La batalla estaba indecisa cuando derrotado el centro por los elefantes, asustados por los romanos, todavía sostenia Hasdrúbal el honor de sus armas; pero á la una de la tarde, cansados los galos, faltos de sueño, viéndose atacados por todos lados, se dejaron degollar sin oponer resistencia.

Aun despues de estos decisivos desastres, Hasdrúbal y sus españoles, murieron vendiendo caras sus vidas, pues los romanos tuvieron ocho mil legionarios muertos y grandísimo número de heridos.

Cláudio Neron mancilló su victoria cortando la cabeza al cadáver del heróico Hasdrúbal, para arrojarla al campamento de Haníbal.

Despues de esta derrota ya no habia esperanza para los cartagineses, que tuvieron además que abandonar á España.

Publio Cornelio Scipion se encaminó á Roma, donde instaba siempre porque se trasladara la guerra al Africa, cuyo decreto obtuvo al cabo.

Apurada Cartago por el génio de Scipion, llamó en su

auxilio á Haníbal, y ámbos ilustres generales se encontraron en los llanos de Zama, donde fué Haníbal derrotado y ganó Scipion el sobrenombre de Africano.

Entonces se ajustó la paz que puso fin á la segunda guerra púnica, en la cual se estipuló que Cartago entregaría los elefantes y las naves, excepto los triremes; que pagaria en cincuenta años diez mil talentos; que no emprenderia guerra alguna sin el consentimiento de Roma; que restituiria á Masinisa cuanto habian poseido sus predecesores y que daria á los romanos cien rehenes.

LECCION XXIII.

Guerras contra Filipo III y Perseo —Derrota de Antíoco Guerras de Viriato y de Numancia.

Dueños los latinos del Mediterráneo, postrados sus principales enemigos los cartagineses, bajo pretexto de que Filipo III rey de Macedonia, habia inquietado á Roma, esta le declaró la guerra.

Filipo fué al fin vencido en Cinoscéfalos por el cónsul Tito Q. Flaminino, quedando reducido á la condicion de tributario.

Rota más tarde la paz por Perseo, hijo de Filipo, fué este derrotado en Pydna por Paulo Emilio.

Vencidos Andrisco y otros supuestos hijos de Perseo, y en lucha Esparta con la Liga Achea, Mummio tomó á Corinto, vendió á los habitantes, y se apoderó de un inmenso botin.

La Grecia fué entonces declarada provincia romana con el nombre de Acaya.

Por estos mismos tiempos, Antíoco, rey de Siria, desoyendo los consejos de Haníbal refugiado en su córte, fué vencido en el monte Sypilo y se dió la muerte para no caer en poder de los romanos, que impusieron para otorgar la paz, onerosísimas condiciones. Muerto Antíoco, el

Senado dió parte de sus estados á Eumenes II á quien sucedió Atalo III, y muerto este sin sucesion, Pérgamo fué declarado provincia romana con el nombre de Asia.

El gobierno tiránico de los pretores romanos en España desesperó á los naturales.

Viriato, al frente de los lusitanos tomó las armas derrotando en no pocos encuentros á las legiones, hasta que al cabo, el heróico caudillo fué vilmente asesinado.

Mal apagado aun el terrible incendio de la Lusitania, los romanos declararon la guerra á los numantinos.

Hé aquí lo que dice L. Floro, describiendo la guerra y destruccion de esta inmortal ciudad.

«Numancia cuanto es superior en las riquezas á Cartago, á Capua y á Corinto, tanto es igual á todas juntas en su fama y reputacion; y si se quiere pesar en justa balanza á los hombres, es la mayor honra y timbre de la España; porque careciendo de muros y de torres, colocada en un montecillo de no grande elevacion, junto al Duero, con solos cuatro mil soldados, sin ayuda de nadie se sostuvo por espacio de catorce años contra ejércitos de cuarenta mil soldados. Y no solo se sostuvo, sino que á veces los destrozó con carnicería, y los obligó á tratados vergonzosos. Por fin, viendo que era invencible, fué necesario echar mano del mismo general que habia destruido á Cartago.»

«No se ha visto una guerra más injusta en sus motivos, si se ha de decir verdad. La causa fué el haber dado acogida á los de *Segeda,* que huyendo de los romanos, se refugiaron cerca de los numantinos, como sus socios y consanguíneos. Suplicó por ellos Numancia, y no fué escuchada su intervencion: protestó que no queria mezclarse en la guerra; y no obstante esta protesta, se mandó á los numantinos que entregasen todas sus armas, en observancia de los anteriores tratados. Esta intimacion fué oida por los bárbaros, como si se les dijera que les habian de

cortar sus manos; y asi es que al punto, poniéndose á su frente *Megara,* varon muy esforzado, se pusieron sobre las armas y destrozaron á Pompeyo. Pero, pudiéndole desarmar, quisieron contentarse con un tratado de paz. Detrás de este vino Mancino, y de tal manera lo acobardaron con frecuentes matanzas, que ya ningun romano podia mirar con serenidad á un numantino, ni oir pronunciar el nombre de *Numancia.* Aun con este, pues, prefirieron hacer un tratado, contentándose con los astiles de las armas, pudiendo haber muerto á todos sus soldados.

«No obstante, el pueblo romano, no menos avergonzado con el tratado Numantino, que con el *Caudino,* no pudiendo sufrir tal ignominía, procuró purificar la mancha, entregando á Mancino á disposicion de Numancia. Por fin, nombrado general Scipion, amaestrado en Cartago á incendiar y derribar ciudades, el ardor romano se escandesció haciéndose vengativo. Pero para esto fué necesario hacer más guerra al mismo ejército romano que á los numantinos. Se empleaba al soldado, para hacerlo fuerte, en frecuentes y penosos trabajos, que para nada más eran provechosos: llevar más número de estacas, los que ni aun podian sufrir el peso de las armas: los que no sabian manchar sus manos en sangre numantina, las manchaban en el lodo, haciendo y deshaciendo vallados. A todo esto les fueron quitadas las rameras, los criados, los equipages supérfluos: de este modo se demostró que el ejército no es otra cosa que lo que es el general.»

«Restablecida con esto la disciplina, ya se presentó el ejército en batalla, y entonces se vió por primera vez lo que nadia jamás se figuró: ver retroceder á los numantinos. Aun consentian en entregar la ciudad, si se les ofrecieran condiciones que fuesen tolerables á hombres de valor. Pero como Scipion se habia propuesto conseguir una victoria completa y sin restricciones, esto los llevó al extremo y necesidad de salir á pelear con ánimo

resuelto de morir, para lo cual se saciaban de comida, de carne medio cruda, y se acaloraban con una bebida que se hacia de cebada, y la llamaban *celia,* haciendo ántes de la pelea lo que acostumbraban cuando celebraban funerales.»

«Entendida esta desesperacion por Scipion, no les presentaba la batalla. Cuando ya se vieron cerrados con foso y estacada, y estrechados con cuatro campamentos romanos; acosados del hambre, desafiando y pidiendo la batalla para morir como hombres; cuando ya no se les atacaba, intentaron romper, y resolvieron hacer una salida: muchos murieron en ella; pero esta matanza les surtió por algun tiempo de alimento, devorando á los que habian muerto.»

«Por último, estuvieron resueltos á abrirse paso y huir: ya habian cortado las riendas á sus caballos; pero el amor de sus esposas, en este caso criminal *(summo scelere)* les retrajo de ejecutarla. Así fué que por un fin deplorable, entregados á la última cólera y furor, resolvieron morir con este género de muerte: que fué hacer una hoguera, y despues de haberse batido y herido con las espadas, y otros atosigándose con veneno, en la hoguera dieron fin á sus generales, á sí mismos y á su patria. Ciudad fué esta, vive Dios, valerosísima y aun felicísima en medio de sus desventuras! Ella salvó con su fidelidad á sus aliados los de *Segeda;* y á un pueblo como el romano, apoyado con las fuerzas de todo el orbe, con solos sus brazos lo contuvo por tan largos años. Por último, estrechada por el mayor general, no le dejó cosa de que pudiera vanagloriarse: pues que ni uno siquiera de los numantinos sobrevivió para que lo pudiera presentar en Roma, arrastrando las cadenas. El botin, como de gente pobre, fué ninguno: las armas las quemaron ellos mismos: el triunfo fué solo en el nombre.»

Hasta aquí el historiador Floro.

LECCION XXIV.

TERCERA GUERRA PÚNICA.

Triunfante Roma en todas partes, era de esperar que habia llegado el momento de la completa destruccion de Cartago.

Así, resuelta la guerra en el ánimo de Roma, en vano cometió la república africana todo género de vilezas para disculparse con su implacable enemiga, que á cada momento renovaba sus quejas, escitada por el feroz Masinisa, atizador perpétuo de los celos de los latinos.

Exitada Roma contra Cartago, Masinisa se apoderó del país cercano á la pequeña Sirte: quejóse Cartago, y los legados romanos dieron la razon al númida: tras de este despojo, Masinisa se hizo dueño de otras ciudades, y el íntegro Scipion el Africano tambien dió la razon á Masinisa. Alentado el númida, arrebató á los cartagineses hasta setenta pueblos.

Ocurre entonces la guerra macedónica y Cartago ofrece á Roma soldados, naves y bastimentos que son

rechazados; pero temiendo que los cartagineses desesperados se declararan resueltamente por Perseo, el Senado manda á Caton el Censor para que componga las diferencias y haga en todo caso justicia.

Caton se mostró desde luego tan parcial, que los cartagineses rechazaron su arbitrage; ofensa jamás perdonada por el orgulloso romano, que desde entonces fué implacable enemigo de Cartago.

Cansados ya de tanto sufrir los cartagineses, tomaron las armas y lucharon contra Masinisa, que les hizo sufrir una gran derrota.

Habia enviado Roma embajadores al Africa con el encargo de que si vencian los cartagineses, les intimaran de parte del Senado, que dejaran las armas, y que, en caso contrario, animaran á Masinisa en su obra.

Roma se declaró abiertamente en vista del resultado y notificó á Cartago que, habiendo violado la paz atacando á su aliado, se preparara para recibir el castigo.

Los cónsules L. Marco Censorino y M. Manilio Nepote partieron para Cartago con ochenta mil infantes, cuatro mil caballos, cincuenta galeras de cinco órdenes de remos, y el mandato de destruir á la rival de Roma.

Intimidados los cartagineses, autorizaron embajadores (150) sometiéndose á cuantas condiciones dictaran los romanos, con tal de que se conservara la ciudad.

Estos impusieron como preliminar que se les entregaran trescientos rehenes de las principales familias, para seguridad de que se haria cuanto ordenaran, y los rehenes fueron entregados.

Los cónsules pidieron que se abasteciera de grano al ejército: luego que se les entregaran todos los triremes: más adelante las máquinas de guera, y por último todas las armas.

Cuando ya los romanos vieron á los cartagineses completamente inermes, les intimaron que desalojaran la

ciudad que iba á ser demolida y los habitantes trasladados á tres millas de la orilla del mar; y como se quejaran los penos de que se faltaba á la palabra empeñada, contestaron los cónsules que en su idioma, la palabra *civitas* no significaba las casas, sino el conjunto de los ciudadanos.

Reducidos los cartagineses á la desesperacion, convirtieron en armas los metales más preciosos; las mujeres se cortaron las cabelleras para las ballestas, armaron los esclavos y llamaron á Hasdrúbal que acudió con veinte mil hombres é incendió la escuadra romana.

Roma socorrió á su ejército enviando á Scipion Emiliano, hijo del vencedor de Perseo, adoptado por el Africano.

Scipion salvó al ejército, próximo á sucumbir, se apoderó de la fortaleza de Megara, circunvaló la ciudad, construyó elevadas torres, desde las que veia cuanto pasaba en Cartago, y despues, usando de los ritos sagrados, profirió contra la ciudad la fórmula de imprecacion para enemistar contra ella á los dioses y consagrar á la venganza de las Furias á todo el que hiciera resistencia.

Los desesperados cartagineses, trabajando noche y dia, abrieron á través de las rocas una salida al puerto y lanzaron contra las naves romanas una escuadra construida con las maderas de sus casas; arrojáronse otros á nado con teas encendidas abrasando las máquinas de los sitiadores que huyeron espantados.

A pesar de tantos esfuerzos, Scipion penetró por asalto en Cartago, donde, luchando de barrio en barrio, de calle en calle y de casa en casa, aun se prolongó la pelea por espacio de seis dias con sus noches. Los desertores, refugiados en el templo de Esculapio, previendo su suerte, incendiaron el templo y en él perecieron. Hasdrúbal, desatentado, cuentan que se postró ante el vencedor; su esposa no queriendo sobrevivir á la ruina de su

patria, subió á lo más alto del templo, vestida con sus mejores galas y se precipitó con sus hijos en las llamas.

Scipion guió el arado al rededor de las murallas, renovó las imprecaciones rituales que debian atraer sobre Cartago la ira de los dioses, é incendió la ciudad que en el espacio de diez y siete dias fué presa de las llamas.

Cartago quedó reducida á provincia romana con el nombre de Africa.

QUINTA ÉPOCA.

GUERRAS CIVILES. (DESDE 146 A 4 AÑOS DE J. C.)

LECCION XXV.

TIBERIO Y CAYO GRACO.—GUERRAS SERVILES.

Como en las anteriores épocas hemos visto dominando en Roma el pensamiento de la guerra y de las conquistas, realizadas estas en su mayor parte, se distingue la que vamos á historiar por las convulsiones y las luchas civiles.

Tiberio Sempronio Graco, representante de una familia ecuestre, casado con Cornelia, hija de Scipion el Africano, habia dejado al morir tres hijos: Tiberio, Cayo y Sempronia, á los que educó su madre con el cuidadoso anhelo del brillante porvenir que para ellos soñaba.

Educados ambos hermanos en la escuela de la filosofía estóica, eran inaccesibles á la corrupcion.

Tiberio habia estado en España ejerciendo el cargo de cuestor en el ejército de Cayo Mancino, que sitiaba á Numancia, y era tal la confianza que los españoles tenian en su probidad, recordando la honradez de su padre cuando ejerció el cargo de pretor en la Tarraconense, que al ser sorprendido el ejército del cónsul, forzado este á capitular, los jefes enemigos exigieron, para tratar, la honrada palabra del hijo de Tiberio Sempronio, que con

efecto, autorizó el tratado, salvando la vida al ejército.

Elegido Tiberio tribuno de la plebe, unido á su suegro Pulcro, al Sumo pontífice Craso y al jurisconsulto Escévola, propuso el establecimiento de la ley Licinia, en virtud de la cual quedaba prohibido poseer más de quinientas yugadas del terreno público.

Los privilegiados acudieron á toda clase de medios para perderlo en el ánimo del pueblo. Acusáronle inúltilmente de que aspiraba á la tiranía; asesinarlo era imposible porque el pueblo custodiaba su morada, y cuando volvia de pronunciar sus arengas, le acompañaban tres ó cuatro mil de sus amigos.

Entonces se atrajeron los ricos al tribuno Octavio, que cuando Tiberio propuso la ley, opuso su terrible veto que todo lo impedia

Graco, á pesar de los privilegios de que estaba rodeada su autoridad, propuso la destitucion de su colega, que fué acordada por las tribus, dando así él mismo un golpe mortal á la potestad tribunicia.

Irritado T. Graco con la oposicion del Senado y sin poderse ya detener en la pendiente en que se habia colocado, propuso el establecimiento de la ley agraria pura y simple, que las tribus aprobaron.

Al llegar á la práctica de la ley, se vió que el beneficio que iban á recibir los proletarios era relativamente infecundo; suprimióse, pues, la indemnizacion; la investigacion fué cada vez más rigurosa é irritante, y el pueblo que vió el exíguo fruto de la reparticion, vário y mudable como siempre, empezó á murmurar de los Gracos.

Ocurrió entonces la muerte del rey de Pérgamo que dejó al pueblo romano heredero de su reino y de sus riquezas. Tiberio aprovechó la ocasion para hacer que se distribuyeran estos bienes, lo cual exasperó más los ánimos; entonces extremó el rigor de la ley Licinia, prescindiendo de toda consideracion.

Estando para terminar el tribunado de Tiberio, conociendo este los peligros á que quedaban expuestos él y su no acabada obra, propuso, contra la expresa prohibicion de la ley, su reeleccion como tribuno.

Llegada la época de los comicios, concurrieron los partidarios de Tiberio, y al par sus enemigos armados, dirigidos por Scipion Nasica, cuñado de los Gracos, y viniendo ambos partidos á las manos, Tiberio fué muerto con gran parte de los suyos y sus cadáveres arrojados al Tiber.

Las antiguas luchas entre patricios y plebeyos habian llegado á tocar sus últimos límites: era ya el implacable combate entre los ricos y los pobres.

La muerte de Tiberio no fué más que un accidente en esta lucha; lejos de atreverse el Senado á derogar la ley agraria, tuvo que nombrar un triunviro para su ejecucion, en reemplazo de Tiberio, y bajo pretexto de una comision honrosa, mandó al Asia á Scipion Nasica.

Al mismo tiempo el Senado, aparentando transigir con el partido popular, alejó de Roma á sus jefes, dándoles importantes comisiones, y de este modo Cayo Graco pasó á Cerdeña con el cargo de Cuestor.

Pasado cierto tiempo se presentó el hijo de Cornelia en Roma, donde acusado como desertor por los censores, por medio de un inimitable discurso, se hizo aclamar por el pueblo que creyó ver en él á su hermano Tiberio.

Electo Tribuno Cayo Graco (123), comenzó dirigiéndose al pueblo con sus discursos, en vez de hacerlo al Senado; exigió que se hicieran al pueblo distribuciones de trigo; que cada un año se repartieran terrenos; que á los soldados se diera el vestuario sin descontarlo de sus pagas; quiso atraerse al órden ecuestre confirmándole el derecho de administrar justicia, del que despojó al Senado y á los pueblos de Italia, proponiendo que se les confiriera el ansiado derecho de ciudadanos.

Temblando el Senado, apartó lejos de sí á tan podero-

so enemigo, mandándolo á Africa para que fundara una colonia sobre las ruinas de Cartago.

Mientras Cayo desempeñaba esta importante comision, el Senado quiso perderlo, mostrándose mucho más amigo del pueblo, por medio del tribuno Druso, que proponia leyes excesivamente populares, y haciendo recaer sobre el ausente hijo de Cornelia sospechas infames. La artera política del Senado y de su amigo no se limitó á esto, sino que, para atraerse á los soldados, decretó que los jefes no pudieran castigar corporalmente á sus subordinados; herida mortal para la república, con la que se rompió para siempre la severa disciplina romana. Así, cuando Cayo volvió de su expedicion á Cartago y solicitó el tercer tribunado, el pueblo le rechazó y eligió cónsul á Opimio, su enemigo mortal.

El cónsul, investido por el Senado con amplias facultades, ocupó con sus tropas el Capitolio, declaró á Graco enemigo de la patria, y, trabada la lucha entre los dos bandos, muerto Fabio Flaco, Cayo se refugió en el bosque de las Furias, donde se hizo matar por un esclavo (121).

Tres mil partidarios de Graco fueron muertos en el Aventino, y otros perecieron en el tormento.

La aristocracia se mostró cruel en la victoria confiscando los bienes á los vencidos, prohibiendo el luto á las viudas, despojando hasta de su dote á la de Graco, y llevando su inhumanidad hasta el sarcasmo, mandó al cónsul L. Opimio, héroe de esta feroz carnicería, elevar un templo á la Concordia.

De suceso en suceso, la ley Thoria acabó por anular todas las disposiciones de los Gracos.

Por estos tiempos ocurrieron las guerras serviles en Sicilia (134 al 131) dirigidas por Euno y Cleon; en Monte Capriano, capitaneadas por Salvio, y en Segesta y en Lilibea: guerras sembradas de traiciones y de horrores indecibles, que costaron la vida á un millon de esclavos.

LECCION XXVI.

YUGURTA.—LOS CIMBRIOS Y LOS TEUTONES.—GUERRA SOCIAL.—MARIO Y SILA.—GUERRA CONTRA MITRIDATES.—FUGA Y REGRESO DE MARIO.

Sucedió á Masinisa en el trono de la Numidia su hijo Micipsa, que al morir dejó dos hijos, Hiempsal y Hadherbal, herederos de sus estados, confiados á la proteccion del pueblo romano, al que siempre habia estado unido, ó más bien sometido, el hijo de Masinisa.

Cerca de estos príncipes vivia su primo Yugurta, valeroso, astuto, cruel, y que, conocedor profundo de la avaricia y de la corrupcion de los latinos, se propuso, desposeyendo á sus primos, reinar solo.

Al efecto, dió muerte á Hiempsal, declaró la guerra á Hadherbal, le despojó del reino y le forzó á refugiarse en Roma en demanda de proteccion.

El desgraciado príncipe se presentó al Senado, al cual recordó la inquebrantable alianza de Masinisa, la obediencia de su padre Micipsa y los crímenes de Yugurta; pero, como este habia mandado á sus emisarios tras de Hadherbal, estos, apoyándose en los amigos de Yugurta y derramando por todas partes el oro, consiguieron que, lejos de hacerse justicia á Hadherbal, se decidiera el nombramiento de comisionados para que dividieran el reino en-

tre los dos primos, hecho caso omiso del asesinato de Hiempsal.

Los comisionados, cediendo tambien á la corrupcion, adjudicaron la mejor parte á Yugurta, que, no contento aun, atacó á su primo en Cirta, su capital, emporio comercial poblado de gran número de mercaderes italianos.

Quejándose nuevamente el infeliz príncipe, el Senado mandó nueva comision, que tambien dió la razon á Yugurta; pero habiendo estrechado el sitio de Cirta y peligrando los súbditos de Roma, fué mandado á la Numidia nada menos que Scauro, presidente del Senado, autor de leyes suntuarias y hombre tenido por incorruptible.

Citado Yugurta, se presentó en Utica, y á las amenazas del *incorruptible* Scauro, contestó con razones tales, que este, vencido igualmente por el oro, se volvió á Roma justificando al usurpador.

Yugurta apretó entonces de tal manera el sitio de Cirta, que Hadherbal, cediendo á las súplicas de los mercaderes, entregó la ciudad bajo la formal promesa de que su vida y la de todos los habitantes serian respetadas; promesa que cumplió el bárbaro Yugurta degollándolos á todos.

No era ya posible, al parecer, disimular más, por lo que fué declarada la guerra al usurpador, confiándose la direccion de esta al cónsul Calpurnio, quién, comprado igualmente por Yugurta, concedió á este la paz que el Senado tuvo el cinismo de confirmar.

Prevaleciendo un resto de pudor en Roma, á instancias del tribuno Cayo Memmio, mandóse comparecer al numida, el cual hizo asesinar en la misma capital á Masiva, primo de Hadherbal, que se habia constituido en defensor de este.

A la postre se vió forzado el feroz sobrino de Masinisa á abondonar á Roma, y comenzó la lucha, aunque lentamente, vencido uno y otro general romano por el oro del

usurpador, hasta que confiada al incorruptible Quinto Cecilio Metelo, este emprendió ya contra Yugurta terrible guerra de esterminio.

Cayo Mario, lugarteniente de Metelo, habiendo obtenido el consulado, logró suplantar á su jefe y protector, se apoderó de Capsa, y degolló á sus habitantes, á pesar de haberles prometido solemnemente las vidas, sembrando por todas partes el terror, hasta el punto de que Bocco, rey de Mauritania, yerno de Yugurta, en cuyos estados este se habia refugiado, lo entregó vilmente á los romanos.

Yugurta, despues de haber adornado en Roma el triunfo de su vencedor, fué arrojado en un frio calabozo, donde murió de hambre á los seis dias, y la Numidia se dividió entre el infame Bocco y dos nietos de Masinisa.

Dos guerras extremadamente peligrosas para la república vinieron á favorecer los planes de Cayo Mario: la guerra de los esclavos y las terribles invasiones de teutones y cimbrios.

Los cimbrios ó cimmerianos, pueblos de raza germánica, despues de haber hecho sufrir sangrientas derrotas á los romanos, fueron á su vez vencidos por los celtíberos, dando así tiempo á Cayo Mario, á quien se habia confiado la direccion de esta peligrosa lucha, para que organizara sus tropas.

En el año 102, los teutones intentaron penetrar en Italia por la Provenza y los cimbrios por el Tirol; pero los primeros fueron vencidos junto á Aix (102) y los segundos en las cercanías del Pó. (32 de junio del año 101).

Mario, triunfante en estas guerras espantosas, fué aclamado tercer fundador de Roma.

No fué menos peligrosa la guerra Social ó de los Aliados (91-86), ocasionada por la tiranía de Roma y por las exitaciones de los demagogos, que incitaban á los pueblos de Italia mostrándoles la espectativa de obtener los

derechos de ciudadanía romana, para fortalecer con ellos su partido.

Los principales actores de esta cruelísima contienda fueron los Samnitas, los Marsos y los Pelignos, que formaron una gran confederacion bajo el nombre de República Italiana, al frente de la cual se puso un gobierno semejante al de Roma.

Esta guerra, que duró tres años, sembró la Italia de ruinas y de sangre. En ella alcanzaron ventajas Mario, Pompeyo y Licinio Craso, pero sobre todo Sila, que ya se habia distinguido como cuestor en la guerra yugurtina, el cual terminó esta lucha á fuerza de talento y de habilidad, desmembrando la confederacion al conceder á cada uno de los pueblos que la formaban el derecho de ciudadanos de Roma.

Descendia Sila de la familia Cornelia, y enriquecido por la cortesana Nicopolis, se puso resueltamente al frente del partido aristocrático, como Mario lo estaba á la cabeza del democrático.

La rivalidad mortal entre ambos caudillos, tuvo, como muchas otras, principal orígen en una causa, al parecer, pequeña y baladí.

Habiendo presentado Bocco en el Capitolio la ofrenda de un grupo escultural en que figuraba él mismo, entregando á Yugurta en manos de Sila, con lo que claramente despojaba á Mario de la gloria de vencedor de la Numidia, nació en el alma violenta de este un ódio que nada debia apagar.

Solo faltaba una ocasion para que esta rivalidad se convirtiera en lucha implacable y declarada, y esta ocasion no tardó en ofrecerla la guerra mitridática.

Vencedor Sila en las elecciones consulares, fué comisionado por el Senado para hacer la guerra á Mitrídates, y Mario, apoyado en el cónsul Sulpicio, aprovechando la ausencia de su rival, logró la deposicion de Sila, y que

se le invistiera á él del mando del ejército de Asia.

Sila, lejos de obedecer, volvió á Roma, penetró en ella á sangre y fuego, condenó á muerte á Sulpicio, y puso á precio la cabeza de Mario, que pudo huir difícilmente, acompañado solo de su hijo y de su yerno. El feroz caudillo de la faccion popular desembarca en Ortea, y vaga errante de cabaña en cabaña, ocultándose entre los cañaverales del Liris, hasta que fué aprisionado y conducido á Minturno, donde aterró al esclavo cimbrio mandado para darle muerte. Puesto en libertad Mario se dirijió al Africa, desde donde regresó á Italia.

LECCION XXVII.

Crueldades de Mario.—Regreso de Sila.—Proscripciones. Dictadura y muerte de Sila.

Sila, en tanto, marchó á Grecia, se apoderó de Atenas, derrotó al ejército auxiliar de Mitrídates, pasando al Asia Menor forzó al enemigo á una paz definitiva, quedando reducido su reino al Pónto y obligándose á pagar una enorme contribucion de guerra.

A la vez que esto acontecia, Cornelio Cinna, amigo de Mario, quiso restablecer el partido de este. Oponiéndosele Octavio, ambos partidos vinieron á las armas, pereciendo en las calles de Roma hasta diez mil hombres, viéndose obligado Cinna á salir de la ciudad con sus parciales y seis tribunos, reuniendo despues hasta treinta legiones, á las que se incorporó Mario, reforzado con los campesinos y los esclavos.

Mario, Cinna y Sertorio marcharon contra Roma, donde fué imposible toda resistencia; pero en la que el primero no quiso entrar, deteniéndose á sus puertas, hasta que de nuevo se le reconociera como cónsul; mas aun no habian acabado de votar todas las tribus, cuando el im-

placable plebeyo entró, mandando á una turba de esclavos que le acompañaba, dar muerte á todos aquellos á quienes no devolviera el saludo.

Para honra de la humanidad, debieran borrarse de la historia las escenas que presenciaron Roma y sus alrededores despues de la entrada de Cayo Mario.

Nadando en un lago de sangre, de la que jamás se hartaba, el cruel tribuno se entregó al vicio de la embriaguez, acaso para librarse del negro fantasma de los remordimientos, y murió en 15 de Enero del año 86 á los 70 de su edad.

Sucedióle su hijo Mario que mandó decapitar á todos los senadores y nombró cónsul á Valerio Flacco, el cual se atrajo el favor popular, mandando que los acreedores no pudieran cobrar más que la cuarta parte de sus créditos.

Entretanto, habiendo Sila ajustado la paz con Mitrídates, se dirigió á Italia y desembarcó en Brindis al frente de un ejército de veteranos acostumbrados al saqueo, y de proscriptos ávidos de venganza, siendo tal el amor que los soldados profesaban á su caudillo, que le ofrecieron la parte que les habia tocado en el riquísimo botin de la guerra mitridática; oferta que no tuvo necesidad de aprovechar, porque Verres puso á su disposicion la caja del ejército enemigo, en el que ejercía el cargo de cuestor; infamia no para olvidada, puesto que la hemos visto repetida y premiada en nuestros dias.

Muerto Cinna por sus propios soldados (84), quedaba casi sin defensa la faccion popular, pues ausente Sertorio en España, ni el cobarde Carbon, ni el estúpido Norbano, ni el jóven Cayo Mario se encontraban á la altura de las circunstancias. Asi es, que vencido el ejército de Norbano, seducido el del cónsul Scipion, vencido el hijo de Mario, derrotado el heróico Telesino, con los samnitas en las mismas puertas de Roma, Sila penetró en la capital y marchó á Preneste, para estrechar el sitio de esta plaza,

que cayó al cabo en sus manos, con muerte del jóven Mario.

Despues de las terribles ejecuciones de Preneste, volvió Sila á Roma, y el dia siguiente de su llegada se señaló por la exposicion de tablas de proscripcion, en las que estaban inscritos cuarenta de los principales senadores y mil seiscientos caballeros, á los que cualquiera podia matar, recibiendo en pago dos talentos. Los bienes de los condenados eran confiscados y declarados infames sus descendientes hasta la segunda generacion, siendo condenado á muerte todo el que intentara salvar la vida á un proscripto, aunque fuera su padre, su hijo ó su hermano.

En cada uno de los dos dias siguientes fueron expuestos los nombres de doscientos veinte proscriptos.

¡Soberbia ocasion para los malvados y para los ambiciosos, que fueron recompensados al satisfacer su rencor ó su codicia!

Así, muchos perecieron por el delito de tener palacios, casas de recreo, preciosidades artísticas.

¡Horribles dias fueron aquellos para Roma, en los que ni los templos servian de asilo á los condenados!

Harto Sila de matanza y de sangre, se retiró á una casa de campo, como para descansar de tanta fatiga, desde la cual escribió al Senado manifestándole la necesidad de nombrar un dictador; indicacion que fué obedecida como una órden, nombrándolo para esta magistratura, olvidada desde hacia ciento veinte años, sin poner límite alguno ni á la duracion ni á la extension de su poder.

Habiendo acabado con sus contrarios, durante los dos años en que Sila ejerció la dictadura (81-79), se consagró á reformar la legislacion asentando el poder de la aristocracia.

Exterminados sus enemigos, dominado el Senado por trescientos de sus miembros, hechuras suyas, pululando

en Roma diez mil Cornelios, á quienes de esclavos habia trocado en ciudadanos, esparcidos por Italia ciento veinte mil veteranos convertidos en propietarios á costa de sus enemigos y de las pobres ciudades arruinadas, habiendo convocado al pueblo *para una cosa extraordinaria,* subió Sila á la tribuna de las arengas, desde la que pintó en un enérgico discurso la triste situacion en que Roma se hallaba á su regreso de Asia. Yo conozco, dijo, que me he valido de medios violentos y que no he economizado la sangre; pero, de lo contrario, no habria hecho más que aumentar los males de la patria en vez de disminuirlos. Ahora que todo está tranquilo, añadió, esforzando la voz, renuncio á la dictadura y á la autoridad sin límites que me habeis conferido. Gobernaos por vuestras propias leyes, y venga el que quiera á tomar cuenta de mi administracion, que yo estoy pronto á satisfacerle.

Dichas estas palabras, bajó de la tribuna, despidió su guardia y sus lictores, y abriéndose paso entre la muchedumbre asombrada, se retiró al campo.

Consagrado en el retiro al estudio y á los placeres, redactó un código de leyes para los habitantes de Puzol, escribió sus Comentarios y murió víctima de una asquerosa enfermedad (178).

LECCION XXVIII.

SERTORIO EN ESPAÑA.

Entre los partidarios de Cayo Mario se distinguia Q. Sertorio, que, espantado de las feroces crueldades de su faccion, se retiró á España animado de planes grandiosos.

Descendia Sertorio de una familia distinguida de Nursia, donde se acreditó defendiendo procesos. Tomó luego parte en la guerra contra los cimbrios, durante la cual se atrevió á penetrar como espía en el campamento de estos; temeridad que le conquistó el afecto de Mario.

Terminada la guerra cimbrica, fué enviado Sertorio á España en la comitiva del pretor Didio, con el cargo de tribuno, permaneciendo en Cástulo donde el ejército invernaba.

Entregados los romanos á los placeres, como sucede á los ejércitos vencedores, perdiendo la severidad de la disciplina militar, cayeron en el desprecio de los españoles, que proyectaban matarlos. Al efecto, los castulonenses se concertaron con sus vecinos los girisenos, y una noche introdujeron en la ciudad un refuerzo de estos y degollaron gran número de romanos, descuidados en sus alojamientos. Pudo Sertorio reunir en las afueras de la ciudad

á aquellos de los suyos que habian podido salvarse, penetró con ellos en Cástulo, y pasó á cuchillo á los ciudadanos de esta ciudad y á los vecinos de Girí, hecho lo cual, vistió á sus soldados con las ropas de estos, y sin darse un punto de reposo, se dirigió con los romanos disfrazados á la ciudad vecina.

Los naturales, viendo acercarse tropas vestidas como las suyas, ni aun se cuidaron de cerrar las puertas, y salieron descuidados á oirles contar sus proezas. Sertorio dió sobre ellos, pasólos al filo de la espada, entró en la ciudad y vendió como esclavos á cuantos se rindieron sin pelear.

Nombrado cuestor Sertorio en la guerra de los Aliados, organizó brevemente un ejército y perdió un ojo en el combate; desgracia que premió Roma recibiéndolo en el teatro con aplausos estrepitosos.

Afiliado Sertorio en el partido de Mario, ejercia el cargo de pretor, cuando Sila lo comprendió en las listas de proscripcion.

Entonces fué cuando nuevamente se encaminó á España.

Nuestra heróica patria, desangrada y empobrecida por las autoridades romanas, acogió con verdadero entusiasmo al fugitivo, que, en poco tiempo, reunió un ejército de nueve mil hombres y armó en Cartago Nova un crecido número de triremes, siempre dispuestos á darse á la vela.

Noticioso Sila de este incendio, envió á su lugarteniente C. Accio con un poderoso ejército. El previsor Sertorio mandó á Livio Salinator, uno de sus capitanes, con seis mil hombres, para que cerrara el paso de los Pirineos. El general de Sila, por medio del traidor Calpurnio Lanario, dió muerte á Salinator, pasándosele gran parte de las tropas de este, y sembrando los fugitivos el espanto en el campo de Sertorio, que vió sus tropas reducidas

á tres mil hombres, frente á un ejército seis veces superior en número.

Comprendiendo lo difícil de su situacion, se encaminó con los suyos al África, y unido despues á ciertos corsarios sicilianos, con su auxilio se apoderó de la isla de Ibiza, lanzando á la guarnicion romana. Accio que se embarcó en su persecucion, logró dispersar la escuadra de Sertorio que con gran dificultad pudo desembarcar en las costas de la Bética.

Llamado por los lusitanos, burlando la vigilancia de Cota, pudo incorporarse á sus amigos, poniéndose al frente de un ejército poderoso, y encontrando al enemigo cerca del Guadalquivir, lo derrotó completamente.

Ciento veinte y ocho mil romanos, mandados por los generales más ilustres, fueron vencidos por Sertorio en estos primeros años.

Evora y Huesca eran los dos grandes centros de su poder. La primera, su predilecta residencia, recibió una organizacion igual á la de Roma.

En Huesca fundó una Universidad, en la que los jóvenes españoles aprendian las letras griegas y latinas, y en la que el mismo Sertorio presidia los exámenes, distribuyendo por su mano premios de gran valía.

Estos generosos propósitos conquistaron por completo el amor de los españoles hacia Sertorio, que pudo considerar indestructible su obra con la muerte de Sila.

En este tiempo aconteció un suceso que, por de pronto, vino á fortalecer á aquel ilustre jefe.

Durante las persecuciones de Sila, Perpena, otro de los generales de Mario, que habia estado oculto en Cerdeña, se trasladó á España, con ánimo de pelear por su cuenta, reuniendo un ejército de cerca de veinte mil hombres, con los que desembarcó en la Península. Amigos y entusiastas de Sertorio, los soldados de Perpena, al desembarcar este en España, encontrándolo todo lleno de

su grandeza y de su fama, lo aclamaron ruidosamente, y Perpena se vió en la necesidad de someterse á sus órdenes.

Á la cabeza del partido aristocrático se hallaba entonces Pompeyo, que comprendiendo la grave importancia de la guerra sertoriana se trasladó á España con grandes auxilios, reforzando á Metelo Pio, y reuniendo entre ambos un ejército de más de setenta mil hombres.

El primer encuentro, frente á los muros de Laurona, demostró la jactancia de Pompeyo, que perdió en él diez mil hombres.

Las siguientes campañas fueron notables por la derrota y muerte de Hirtuleyo, por la toma de Contrebia por Sertorio (76 a de J. C.), por las victorias de Pompeyo y Metelo sobre los tenientes de su enemigo, por la derrota de Pompeyo que no pudo definitivamente completarse á causa de la llegada de Metelo, por las batallas de Segoncia y de Calagurris Násica, y la rota de los romanos frente á Palancia y Calagurris.

Metelo acudió entonces á un medio ruin y vergonzoso, pregonando la cabeza de Sertorio, arma vil y traidora que sembró de dudas y de sospechas el corazon del caudillo de los españoles, el cual, dudando ya de los romanos, confió su guardia á un cuerpo exclusivamente compuesto de españoles.

Esto hizo que los romanos se malquistaran con su general, ocasion que creyó propicia Perpena para dar vida á los proyectos que dormian en el fondo de su alma, tramando una conjuracion para dar muerte á Sertorio.

Al efecto, unido con varios oficiales, todos romanos, supusieron la llegada de un mensagero con la noticia de una supuesta victoria, que se empeñaron en solemnizar con un festin.

A la mitad de la comida, como se destemplaran los convidados con el vino, reprendiéndoles Sertorio, viendo

que no alcanzaban fruto sus advertencias sobre hombres ébrios, se volvió de espaldas, en cuyo momento dejó caer Perpena de sus manos una copa de vino, que era la señal convenida.

Entonces Antonio, uno de los conjurados, le dió una estocada y á seguida los demás acabaron con él.

Los soldados españoles que componian la guardia de Sertorio, fieles á su juramento, se dieron la muerte, y aunque los romanos obedecieron á Perpena, este no pudo lograr el precio de su infamia, pues fué vencido y hecho prisionero por Pompeyo, que lo hizo matar con sus principales amigos.

Aun despues del asesinato de Sertorio, los heróicos españoles prolongaron la lucha.

La guerra sertoriana acabó al cabo de cerca de diez años, con la destruccion de Calagurris

LECCION XXIX.

LOS GLADIADORES.—LOS PIRATAS.—MITRÍDATES Y TIGRANES.

Viviendo el pueblo romano entre contínuas guerras, habituado al derramamiento de sangre, mirando á la humanidad entera como enemiga, en medio de la paz y de la vida de la ciudad, hallaba su más ardiente placer en el espectáculo de la muerte.

Sus más afamados generales, sus más ilustres hombres de gobierno lo habian ido, digámoslo así, educando en el refinamiento de la barbarie, borrando de su corazon los sentimientos de humanidad.

Para las fiestas del circo, para la solemnidad de los funerales, para las alegrias de los ricos, habia opulentos empresarios, que, bajo la direccion de hábiles maestros, enseñaban el arte de dar y recibir la muerte.

Comenzaba el combate en el circo acometiéndose los gladiadores con palos, que cedian pronto ante las espadas con que se embestian los combatientes.

Al caer uno de los dos, al pedir gracia el vencido levantando un dedo, gracia que podia negar el pueblo cerrando el puño y dirigiendo el pulgar hácia el combatiente; si tal acontecia, era este herido sin piedad por su

contrario, y vivo aun, arrastrado al *espoliario* donde era despojado de las armas y el vestido por el vencedor, á quien aclamaba el pueblo ébrio de alegria.

Espartaco, uno de estos desventurados, elegido para combatir en el circo, animó á sus compañeros, que rompieron sus prisiones y huyeron hácia el Vesubio.

Estos miserables, como de nadie podian esperar piedad, de ninguno la tenian, y hábiles para la pelea y desesperados, hicieron á la república guerra implacable. (73 á 71).

En breve llegó á reunir Espartaco ciento veinte mil hombres, dispuso de fortalezas, de arsenales, de almacenes, y aterró á los romanos con su audacia y sus hábiles estratagemas.

Las sucesivas derrotas de cuatro generales romanos franquearon á Espartaco el camino de los Alpes; pero la avaricia de sus hordas, que querian vengarse y saquear á Roma, le forzó á retroceder.

Confiada la direccion de esta peligrosa lucha á Licinio Craso, este, despues de varios sucesos, encerró á Espartaco en una península cerca de Reggio. En semejante situacion, oyendo el gladiador á algunos de sus parciales que le proponian rendirse, hizo crucificar á un prisionero y gritó á los suyos: *Hé ahí la suerte que os aguarda sino resistís;* y aprovechando el horror de una noche tormentosa, se abrió paso heróicamente por medio de las legiones romanas. Temiendo Craso que penetraran estos desesperados en Roma, les siguió al alcance, y trabada la lucha, en ella perecieron doce mil trescientos, heridos todos por delante, excepto solo dos.

Espartaco quiso prolongar la guerra dirigiéndose á las montañas; pero animados los suyos con una victoria de poca importancia que lograron alcanzar, clamaron por luchar con los romanos cerca de Silaro. (71).

El combate fué rudo y empeñado, y á la postre, aunque

abandonado Espartaco por los suyos, luchaba siempre con intrépido valor, á pesar de una horrible herida que lo desangraba, combatiendo de rodillas, con el escudo en una mano y la espada en la otra, haciendo morder el polvo á cuantos se le acercaban, hasta que debilitado por multitud de heridas, cayó muerto sobre un monton de cadáveres romanos.

Cinco mil fugitivos se reunieron en la Lucania, á los cuales venció Pompeyo, que dió cuenta al Senado, con su proverbial vanidad, de esta fácil victoria, despojando á Craso de parte de su gloria, creándose, por tal motivo, entre ambos, un ódio concentrado y profundo.

A la guerra de los gladiadores, sucedió la de los Piratas.

Ocupando estos las islas del Archipiélago, infestaban los mares, incendiaban y saqueaban las costas, arruinaban el comercio, y apoderándose del trigo que desde Asia iba á Roma, hicieron que en esta populosísima ciudad se sufrieran grandes necesidades.

El honor pues y la seguridad de Roma estaban interesados en acabar con estos bandidos, que llevaban su audacia hasta infestar la via Apia, robar las preciosidades de las quintas suburbanas y aliarse con Mitrídates, despues de haber alentado las esperanzas de Sertorio y de Espartaco.

Ya se les habia hecho la guerra desde el año 65; pero las victorias sobre ellos alcanzadas por P. Servilio, que le dieron el sobrenombre de Isáurico, no produjeron resultados decisivos, y el pretor M. Antonio que les atacó cerca de la isla de Creta, perdió un gran número de naves, muriendo de la tristeza que le produjo ver á sus soldados colgados de las entenas, con los mismos hierros que llevaba para aprisionar á los piratas.

El tribuno Gabinio, satélite de Pompeyo, propuso una ley ordenando el esterminio de los piratas, para lo que

se habia de conferir el mando á un general con poderes dictatoriales.

En su consecuencia se confirió á Pompeyo, durante el espacio de tres años, el proconsulado del mar hasta las columnas de Hércules, y tierra adentro hasta cuatrocientos estadios de la costa; facultósele para reclutar cuantos marineros y soldados le parecieran necesarios; para nombrar quince senadores, como sus tenientes, y dos cuestores; diéronsele quinientos bajeles, ciento veinte mil infantes, cinco mil caballos y dos mil talentos áticos.

Con tales medios facil fué á Pompeyo terminar rápidamente esta guerra.

El ídolo de la muchedumbre romana destruyó de 800 á 900 naves de los piratas, mató á diez mil de estos, hizo más de veinte mil prisioneros, se enseñoreó de ciento veinte ciudades y fortalezas, y restituyó la libertad á innumerables cautivos que por todas partes fueron pregonando las hazañas del vencedor.

La guerra de los piratas no era más que un medio para los partidarios de Pompeyo, que ansiaban despojar á Luculo de la direccion de la guerra contra Mitrídates y Tigranes.

El tribuno Manilio, aprovechándose de la embriaguez producida por la noticia de las victorias del procónsul, propuso que, llamado Luculo, se confiara la guerra á Pompeyo, extendiendo su mando á mayor número de provincias.

Como al votarse la ley Gabinia, inútil fué la oposicion de los consulares que en vano hicieron presentes los servicios de Luculo, de Glabrion y de Marcio. Apoyada la ley por César y por Ciceron, se confió la direccion de la guerra al vencedor de los piratas, que recibió en Asia el decreto con hipócrita desden.

La fortuna siguió coronando al favorito del pueblo, que durante la noche alcanzó una gran victoria cerca del Eu-

frates (66). Sometido Tigranes, Mitrídates se encamina á la Crimea, donde procura renovar la guerra, hasta que por último, la traicion de su hijo Fraatres, le obliga á darse la muerte (63).

Apoyándose Pompeyo en la democracia, logró por medio de los suyos el restablecimiento de la potestad tribunicia y un poder ilimitado en las dos últimas guerras; poder que, poniendo en las manos de un soldado de fortuna las fuerzas todas del Estado, fué causa y ocasion de que se acabara de perder en Roma el sentimiento de la libertad, y naciera la licencia; de que organizándose los partidos, los hombres dejaran de ser ciudadanos para convertirse en sicarios de este ó del otro jefe de faccion; para que los malvados salieran de sus ántros como en las horas de tempestad sale á la superficie el lodo, condenado á posar en el fondo, durante los dias de serenidad y de calma.

LECCION XXX.

CATILINA —CICERON.—PRIMER TRIUNVIRATO — MUERTE DE CÉSAR.

Mientras en Asia triunfaba Pompeyo, ocurrieron en Roma sucesos que pusieron en gran riesgo á la república.

Lucio Sergio Catilina, digno hijo de aquellos desdichados tiempos, que por medio del crímen se habia elevado á los primeros puestos, ejerciendo el cargo de cuestor, el de lugarteniente en varias guerras y hasta el de pretor en Africa, intentó enseñorearse de la república.

Conocedor profundo de los hombres entre quienes vivia, habia dicho Catilina: *Veo en la república una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; yo seré esta cabeza.*

Al efecto, reunió al rededor de sí en estrecho lazo á todos los hombres arruinados por las guerras ó por los vicios.

En el año 64, habiendo sido vencido Catilina por Ciceron en las elecciones consulares, exasperado ya, decidió resueltamente efectuar sus planes, los que fueron denunciados á Ciceron por medio de Fulvia.

Conocedor Catilina del peligro, mandó cuanto dinero pudo á Manlio, soldado de Sila, que vivia en Fiesole, co-

lonia de veteranos del difunto dictador, con los cuales formó el núcleo de un poderoso ejército.

Ciceron reveló al Senado los planes de Catilina, que abandonó la curia y la ciudad seguido de trescientos de sus cómplices, encargando á los que quedaban en Roma que llevaran á cabo sus sanguinarios planes, en tanto que él volvia de la Etruria al frente de un ejército que haria temblar á los más audaces.

El cónsul hizo prender á Lentulo y á los principales conjurados, á los cuales hizo que ejecutaran en la misma cárcel.

Catilina, en tanto, puesto al frente de las tropas de Manlio, se encaminó en demanda de la Gallia; pero cerca de Pistoya, el cónsul Q. Metelo Celer, le cerró el paso de los Apeninos, en ocasion que el procónsul M.ª Antonio llegaba por la espalda.

La lucha fué empeñada y terrible, muriendo en ella gran número de los partidarios de Catilina: el jefe de los conjurados pareció debajo de un monton de cadáveres.

Las victorias de Pompeyo en Asia habian elevado á Roma á su más alto grado de poder material; pero las costumbres públicas sufrieron un cambio profundo con estas prosperidades que introdujeron en la república el lujo de Oriente, las necesidades ficticias y la natural corrupcion de las costumbres públicas y privadas.

Entonces, el vencedor de Mitrídates, no vaciló en descender á hacer la córte á la demagogía.

Como factor en estas querellas y árbitro y Señor á la postre, se hallaba un hombre verdaderamente extraordinario.

Era este Julio César, que ejerciendo el cargo de cuestor cerca del pretor de la España ulterior Antistio Tuberon (9 a. de Cristo), habia derramado lágrimas al contemplar en el templo gaditano de Hércules el busto de Alejandro, inmortal á una edad en que él nada habia hecho.

Al volver Pompeyo de Asia, César ejercia el cargo de pretor, concluido el cual obtuvo el gobierno de la España ulterior, para donde solo pudo salir cuando el opulento Craso venció la oposicion de sus acreedores.

Ansiando satisfacer sus deudas y volver á Roma en la época de los comicios, César promovió guerras injustas en España; acuchilló á los desgraciados habitantes del Herminio, y extendió los dominios de la república.

Llegado César á Roma renunció los honores del triunfo para poder aspirar al consulado.

Eran por entonces implacables enemigos Craso y Pompeyo, á los que supo reconciliar César, formándose, en su virtud, el primer triunvirato, compuesto de estos dos personages y del mismo César.

Por consecuencia de estos arreglos, obtuvo Pompeyo el mando de España, Craso el de Siria y César el de las Galias, todos por espacio de cinco años.

La invasion de los Helvecios en el país de los Allobroges, aliados de Roma, dá motivo á César para hacer la guerra á estos pueblos (58) y á sus aliados los Suevos mandados por Ariovisto, que solo encontraron su salvacion amparándose de la impenetrable selva Hercynia.

Noticioso César de que los habitantes de la Galia Bélgica, con auxilio de sus hermanos los Britanos, habian formado una coalicion contra Roma, los derrotó en Axona, y desembarcó en la Britania, mostrando á estos intratables isleños que no impunemente se atacaba á Roma.

Vercingetorix, fué autor entre los galos (54) de una terrible sublevacion que ahogó César en sangre, realizando al cabo de diez años la conquista de estos intrépidos pueblos. (51)

Mientras tenian lugar estos sucesos, el imprudente y avaro Craso fué derrotado y muerto por los Partos en la batalla de Carrhas (53).

Esta muerte y la de Julia, hija de César, casada con

Pompeyo, hacian prever que ambos caudillos habian de colocarse el uno frente al otro.

El alejamiento de Caton, el destierro de Marco Tulio Ciceron, las violencias del impio Milon y del sacrílego Clodio, el nombramiento de Pompeyo como único cónsul, cargo que confiaba en sus manos un poder análogo al de la dictadura, el término legal del mando de César, que todos miraban como el principio de la guerra civil, que los partidos ansiaban, aunque cada uno de los dos procuraba que recayese sobre el otro la odiosidad de comenzarla, todo hacia fácil augurar que aquella era inevitable.

Ciertamente desconocia Pompeyo la índole de su enemigo, cuando al conseguir contra las protestas de los tribunos comprados por César, que el Senado mandara á este (7 de Enero del año 49) que abandonara su ejército, declarándolo, si tal no hacia, enemigo de la patria, esperaba detenerlo.

César pasó denodadamente el Rubicon, límite de los países sometidos á su autoridad, y el vanidoso Pompeyo, á la inesperada noticia de la proximidad de su enemigo, tuvo que abandonar á Roma.

Ciego Pompeyo por el humo de la adulacion y falto de esa energía inquebrantable, patrimonio de los grandes corazones, abandonó la Italia á César, ordenó á sus tenientes en España que no emprendieran combate ninguno decisivo, y él, vacilante y devorado de mortales dudas, se dirije primero á Cápua, luego á Brindis y de aquí á Dyrrachium, puerto del Epiro.

César domina completamente la Italia, Sicilia y Cerdeña, en sesenta dias: encamínase á España donde obliga á rendirse á Afranio y á Petreyo: vuelve á Italia donde es aclamado Dictador, dignidad que cambia por la del consulado: marcha á Grecia: traslada el teatro de la guerra á la Tesalia, y encontrándose al cabo ambos enemigos (20 de Junio del año 48) en los campos de Farsalia, es

vencido Pompeyo, que fujitivo, se acoje bajo la proteccion del rey de Egipto Ptolemeo XII, en donde es miserablemente muerto y presentada su cabeza á César, que iba á sus alcances.

Cuestionaban á lo sazon por el trono de Egipto Ptolemeo y su hermana Cleopatra, cuestion que César, enamorado de esta, decidió á su favor.

César despertó de su sueño de amor á la noticia de que Farnáces, rey del Ponto, habia invadido el Asia Menor.

Rápido como el rayo, marcha contra él al frente de 20.000 hombres, y Farnáces, que tenia 60.000, queda completamente derrotado. El vencedor dió cuenta de esta expedicion al Senado con estas tres célebres palabras: *veni, vidi, vici.*

Vuelto á Roma, se atrajo la voluntad de todos, perdonando hasta á sus más feroces enemigos.

En tanto Labieno, Scipion y Juba, rey de Mauritania, habian reunido un poderoso ejército en Africa, á donde tambien marchó el indomable Caton, con los restos de las legiones derrotadas en Farsalia.

César se dirigió contra ellos, quedando indecisa la victoria en la batalla de Adrumeto, pero siendo completamente derrotados los republicanos cerca de Thapso.

Scipion y Juba se dieron la muerte; ejemplo que imitó Caton, defensor de Utica, rechazando la clemencia del vencedor.

Noticioso César de que Cneo y Sexto, hijos de Pompeyo, habian reunido en España un ejército poderoso, temiendo más que á todos á este incendio, con rapidez inaudita se presentó en Obulco, donde le esperaban sus legados; campaña que terminó en la batalla de Munda, que perdieron los pompeyanos, por un error de Labieno.

Esta batalla acabó para César con todas las resistencias, convirtiéndole en señor de Roma y del Universo.

El delirio del pueblo, al volver su ídolo á la capital, no reconoció límites.

Despues de la victoria de Farsalia, se confirió á César la dictadura por un año, el consulado por cinco, el poder tribunicio, el derecho de declarar la paz y la guerra y el dominio de las provincias (48), con el poder de la censura, y en el año 45 le fué dada para siempre la suprema autoridad con el título de *imperator*.

El restablecimiento del órden, la guerra contra los partos, ocupaban sus pensamientos, cuando una tropa de conjurados, á cuyo frente se encontraban Bruto y Casio, decidió su muerte.

Al entrar el dictador en el Senado (15 Marzo, 44) salieron á recibirle los conjurados acompañándole hasta su silla. Al tomar asiento, le rodearon los republicanos, y Cimbro se hincó de rodillas ante él pidiéndole favor para un su hermano que estaba desterrado. Fatigado el dictador por las súplicas de los que le rodeaban, se levanta; sujétale Cimbro por el vestido, que era la señal convenida: *esto no es ruego sino violencia,* exclama César, y Casio le hiere levemente por la espalda. Vuélvese el dictador y hiere á su agresor en el brazo con el punzon de sus tablillas. Repuestos los conjurados, acometen á César con sus puñales, y él se defiende de todos, aunque herido ya gravemente en el pecho. Pero al ver á su ahijado Bruto que le hunde el puñal en el costado, esclama: *¡tú tambien hijo mio!,* envuelve su cabeza en el manto, concierta su ropa, recibe sin quejarse hasta 23 puñaladas, y cae muerto á los piés de la estátua de Pompeyo.

LECCION XXXI.

SEGUNDO TRIUNVIRATO.—COMBATE DE ACTIUM.

Antonio y los demás amigos y partidarios del Dictador, al morir este, se despojaron de los distintivos de sus respectivas dignidades y buscaron asilos en que guarecerse; mas apenas tuvieron noticia de que los senadores se habian ocultado, de que el pueblo habia acogido con ira y dolor la noticia del asesinato de César, y de que los conjurados se habian refugiado en el Capitolio, se rehicieron y concertaron.

M. Antonio, que ejercia el consulado, se mostró otra vez en público, y Lépido que mandaba una legion, acantonada en las cercanias, la llevó al campo de Márte.

Los conjurados enviaron diputados á Antonio, y reunido el Senado, temerosos los unos de los otros, se acordó una amnistía general.

Hecho esto, Antonio leyó públicamente el testamento de César, en el cual este nombraba sus herederos á Octávio, á Lucio Pinario y á Quinto Pedio, sus sobrinos: legaba al pueblo romano sus bellos jardines del Tíber y tres mil sextercios á cada ciudadano.

El cónsul expuso á la vista del pueblo la toga y el busto del dictador con todas sus ensangrentadas heridas.

Aquellos cariñosos recuerdos y este espectáculo, arrancaron á todos gritos de ira y de venganza.

La situacion vino á complicarse con la llegada del jóven Octavio que tuvo bastante osadia para desembarcar cerca de Brundusium, cuya guarnicion le recibió entre unánimes aclamaciones de triunfo.

Ya en Roma el sobrino de César, aceptó la herencia de su tio, y habiéndole negado Antonio la entrega del tesoro de este, no vaciló en vender sus bienes y los de sus parientes y amigos para pagar los legados que el dictador habia dejado á los ciudadanos, con lo que se atrajo la estimacion del pueblo y de los legionarios, y por consiguiente un partido que le adoraba.

Antonio, en cambio, reunió sus tropas con las que entró en Roma, abandonada por el sobrino de César, que se retiró á Rávena, desde donde tuvo habilidad bastante para sobornar dos de las legiones del cónsul, que á su vez se vió forzado á abandonar la ciudad.

Octavio, que ya habia reunido cinco legiones, se ofreció al Senado para sostener su vacilante dignidad, y este y Ciceron que lo capitaneaban, engañados por tanta moderacion, se declararon en favor del astuto Octavio.

M. T. Ciceron, estrechamente ligado al sobrino de César, pronunció en esta ocasion sus célebres *filípicas,* las cuales dieron por resultado que Antonio fuera declarado enemigo de la patria y que comenzara la guerra de Módena, cuya direccion se confió á Octavio.

Sitiaba Antonio á Módena, donde tenia encerrado á Décimo Bruto, ante cuya ciudad se presentaron Octavio y los cónsules.

En la primera batalla quedó la victoria indecisa, aunque con muerte del cónsul Pansa; en la que se dió pocos dias despues, pereció el otro cónsul y fué vencido Antonio

y forzado á levantar el sitio de la ciudad y á retirarse á la Galia Transalpina.

El Senado, que, estimando ya la guerra concluida, se creia libre de enemigos, confió el mando del ejército á Décimo Bruto y negó el consulado á Octavio, quien disimulando el agravio, se concertó secretamente con sus enemigos, considerando ya como lo más importante para él arruinar al partido del Senado.

Al efecto, por órden del mismo Octavio, su lugarteniente Ventidio se pasó á Antonio con tres legiones; ejemplo que siguieron Lepido, Polion y Planco, repasando ya Antonio los Alpes al mando de diez y siete legiones.

Espantado el Senado acudió á Octavio, pero este contestó entrando en Roma al frente de sus tropas, haciéndose elegir cónsul, apoderándose del tesoro público, persiguiendo resueltamente á los asesinos de César y marchando á la Galia Cisalpina.

Octavio, Lepido y Antonio celebraron una conferencia en una isla del rio Panaro, donde acordaron fundar un nuevo triunvirato, declarándose jefes de la República por espacio de cinco años, repartiéndose á su placer el mando de los ejércitos y de las provincias, y acordando la ruina del partido republicano, para lo que convinieron en una proscripcion y en la persecucion implacable de los asesinos del dictador (27 Noviembre 43).

Como los triunviros habian convenido en sacrificar á todos sus enemigos, como cada uno de ellos habia estado al frente de un partido, en lucha con los demás, perecieron innumerables víctimas, entre ellas el gran patricio, orador incomparable y escritor insigne M. T. Ciceron.

La marcha de los triunviros á Italia fué la señal de una horrible carnicería que comprendió á mayor número de personas que la proscripcion de Sila, que duró más tiempo, y que, obedeciendo al móvil de la más atroz venganza, reconocia á la vez como fin el de procurarse di-

nero para satisfacer las crecientes exigencias de los legionarios.

Convertida la Macedonia en teatro de la lucha, avistáronse ambos enemigos en las cercanias de Filipos.

Entusiasmó Bruto de tal manera á los suyos con su elocuencia y su actitud, que cayendo los republicanos como incontrastable tromba sobre el campamento de Octavio, lo destrozaron todo, y acribillaron de tal manera su litera, que todos le creyeron muerto.

Antonio, en tanto, reparaba la derrota de las tropas de Octavio destruyendo el cuerpo de ejército mandado por Casio, hasta el punto de que, contemplando este desde una colina la mortandad de los suyos, ignorante de la victoria de Bruto, y creyendo difinitivamente perdida la batalla, se mató.

En otro nuevo combate que Bruto no pudo escusar y en el cual se peleó con la rencorosa furia de las contiendas civiles, los republicanos fueron completamente derrotados.

En salvo Bruto, por la abnegacion de algunos de sus amigos, llegó á un valle, donde suplicó á un esclavo que lo matara; pero su íntimo Estraton, le presentó la punta de su espada, sobre la que se precipitó el general republicano.

La guerra no estaba aún terminada, pues Sexto Pompeyo reunia los fugitivos en Sicilia; Enobarbo y Estacio dominaban con sus escuadras las costas de la Macedonia y de la Jonia, mientras Cayo de Parma se encaminaba al Asia.

Para destruir pues estos poderosos centros del partido republicano, se encaminaron Octavio al Occidente y Antonio al Oriente.

Este citó ante sí á Cleopatra para que se justificara de la proteccion concedida á Craso; pero el triunviro quedó tan enamorado de los encantos de la reina de Egipto,

que no reconoció en adelante otra voluntad que la suya; mientras el astuto Octavio procuraba dominar por completo en Italia, planes á que se opuso la ambiciosa Fulvia, mujer de M. Antonio, promoviendo la guerra de Perusa (40), que obligó á Antonio á dirigirse á Italia.

Los triunviros convinieron otra vez, repartiéndose el imperio, aunque quedando la Italia proindivisa.

Orgulloso Lepido con las doce legiones y cinco mil caballos numidas que tenia á sus órdenes, quiso hacerse respetar de Octavio, el cual hizo que las mismas tropas de su colega lo aclamaran, hasta el punto de que este, viéndose solo é inerme, tuvo que implorar la clemencia del sobrino de César.

Antonio menospreciando el casto amor de su esposa, hermana de Octavio entregado completamente al de Cleopatra en Alejandría, dió á los hijos que de ella habia tenido provincias y reinos.

Esta conducta produjo en Roma honda indignacion que aprovechó Octavio acusando á su colega ante el Senado que decretó la guerra contra la reina de Egipto.

Octavio marchó en busca de Antonio que se hallaba cerca de Actium en el Epiro, donde se trabó el combate.

Peleábase por ambas partes con igual valor, cuando la reina de Egipto huyó con sus naves, siguiéndola el ciego Antonio. Así, primero la escuadra de Antonio, y luego su ejército, abandonados de su jefe (29), se rindieron al afortunado sobrino de César.

Antonio se dió la muerte para no caer en las manos de su enemigo, y Cleopatra se mató igualmente, exponiendo su brazo á la mordedura de un aspid.

Por tal manera acabó el reino de Egipto, que fué declarado provincia romana.

SEXTA ÉPOCA.

DESDE JESUCRISTO Á CONSTANTINO (4 Á 323)

LECCION XXXII.

OCTAVIO EMPERADOR.—MUERTE DE OCTAVIO.

Al regresar Octavio á Roma obtuvo tres veces los honores del triunfo, ostentando en el último á los hijos de M. Antonio y de Cleopatra y la figura de esta seductora reina de Egipto, que mostraba su brazo herido por el aspid.

El momento histórico en que el sobrino de César aparecia, despues de la batalla de Actium, no podia ser más oportuno. A todos debió parecer como enviado por los dioses para dar algunos años de paz y de respiro al mundo fatigado.

Con efecto, cansada Roma de sangrientas é implacables luchas, sin cesar renovadas, infestados los caminos de bandoleros, aterrorizada la ciudad por las gentes de mal vivir, empobrecidos los caballeros, hambrienta la plebe y esquilmadas las provincias, era llegado el instante de que, cansados todos de agitaciones, habia de ser saludado y acogido con inmensa alegria el que dotado de ciertas condiciones, exuberantes en Octavio, pudiera inspirar la confianza de que restableceria el imperio de la paz.

Advertido Augusto por el terrible ejemplo de César, quiso más bien reinar de hecho que excitar la ira de los republicanos aspirando al título de rey.

En el desempeño de esta tarea sirviéronle á maravilla sus dos consejeros Agripa y Mecenas, expertísimo general el primero, y hábil político el segundo.

Octavio afectó conservar la república, con los nombres de sus magistraturas, haciéndose adjudicar el poder de cada una de estas; excepcion hecha de la dictadura.

A este fin fuéle dado el consulado perpétuo en el año 19; la potestad tribunicia, tambien á perpetuidad, en el año 30, potestad que hizo su persona sagrada é inviolable; confiriósele en el año 31 el título de imperator que puso los ejércitos á sus órdenes; apoderóse en el año 19 de la censura, y desde el año 13 fué pontífice máximo.

De este modo, el pueblo, los ejércitos, las clases de Roma, la religion y los privilegios todos que la plebe romana en seculares luchas habia arrancado á la obstinada aristocracia, todo quedó como vinculado en la persona de Octavio.

Atento sin embargo á conservar las apariencias, aceptó el supremo poder como un depósito: primero, por espacio de diez años y luego por diez ó por cinco.

Amigo de halagar al Senado, que procuraba tener siempre propicio con repetidas expurgaciones, y aparentando concedérselo todo, cuando le daba tan poco, clasificó las provincias en senatoriales é imperiales, comprendiendo en las primeras á las más civilizadas y pacíficas y que no habian menester la estancia de tropas considerables, y en las segundas á las inquietas y fronterizas, habitual residencia de fuertes destacamentos militares. Por lo mismo, los jefes que nombraba el emperador ejercian en su nombre la potestad civil y militar, cuando los del Senado desempeñaban solo la civil.

Los sucesos militares que llenaron el reinado de Au-

gusto fueron la paz con los Partos, en consecuencia de la cual, Fraates devolvió las banderas perdidas en la desgraciada y terrible expedicion de Craso; la famosa guerra Cantábrica para la que Augusto vino á España en compañía de Agripa, y estableciendo su campo en Segisama, ciudad de los Vaccéos, dividió su ejército en tres cuerpos que asolaron el país hasta el mar, al mismo tiempo que la armada romana vigilaba las costas. Despues de varios sucesos, los valerosos Cántabros fueron vencidos por Cayo Antistio, junto á Velica y cercados y forzados á perecer de hambre en las asperezas del Medulio. Sus aliados los Astures fueron vencidos en las cercanías del Estula, perdiendo toda esperanza de victoria al apoderarse Augusto de Lancia, su plaza de armas; guerra en que adquirió gran notoriedad el legado Publio Carisio: las campañas contra los Recios, Vindelicios, Pannonios é Ilirios sojuzgados por Tiberio y Druso; la guerra contra los Germanos, en la que Varo fué vencido por los Catos y Sicambros, perdiendo tres legiones; pueblos que más adelante subyugó Druso.

Augusto procuró tambien la mejora de las costumbres, á cuyo efecto promulgó varias leyes.

Pero en lo que puso mayor cuidado Octavio, auxiliado por el profundísimo político Mecenas, fué en la proteccion á las letras y á las artes, verdadera gloria y esplendor de los imperios, apartando, por tal manera, á los romanos de la guerra y de la política, habitual ocupacion hasta entonces de los hombres de génio y de los ambiciosos; empeño que consiguió hasta el punto de ser universalmente apellidado *Siglo de Augusto* el período de mayor cultura de los romanos, período que abraza el espacio de tiempo comprendido entre la muerte de Sila y la del mismo Augusto.

Augusto fué bien desgraciado en el hogar doméstico: de Escribonia tuvo á Julia, que escandalizó á la corrom-

pida Roma con su disolucion: los dos hijos que esta tuvo de su matrimonio con Agripa, Cayo César y Lucio, que el mismo Augusto educaba con tan cariñoso esmero, murieron en la flor de su edad.

Cobarde, lascivo, cruel y supersticioso, nadie como él conocia los móviles que impulsan el corazon humano, nadie como él poseia el arte del disimulo.

Así vivió setenta y seis años, y rigió en paz los destinos del mundo por espacio de cuarenta y cuatro.

Acometido en Nola de la última enfermedad, se hizo vestir sus mejores galas, pidió un espejo, y preguntando á los que rodeaban su lecho: *¿Hé representado bien mi comedia?* se respondió así mismo: *Aplaudidme.*

Así concluyó la vida del primero de los Emperadores Romanos.

LECCION XXXIII.

TIBERIO.—CALIGULA.—CLÁUDIO.—NERON.

La democracia que venia triunfando en Roma desde mucho antes de Sila, quedó definitivamente vencedora en los campos de Farsalia.

Por espacio de cuarenta y cuatro años, Tiberio, protegido por la astucia de su madre Livia, mujer de Augusto, distinguiendo á larga distancia el trono, aunque sentado en sus gradas, apoyado en su madre, procuró acortar esta distancia por medio del disimulo y del crímen.

Muertos Cayo César y Lucio, volvió Tiberio á Roma, cerca de Augusto, que le adoptó, encontrándose á su muerte dueño del mundo, cuando contaba ya cincuenta y seis años de edad.

Fueron los primeros cuidados de Tiberio rodearse de la guardia pretoriana y asegurar la fidelidad del ejército; hecho lo cual, en su calidad de tribuno, convocó al Senado ante el cual manifestó voluntad de restablecer la república, para conocer los partidarios con que esta contaba.

El despotismo, ensayado hasta entonces con tímidos disfraces, se desenmascaró audazmente en manos del

sombrio Tiberio, ante el cual se prosternó el Senado, al que despojó del derecho de elegir los magistrados, que todavia se ejercia en los comicios, convirtiéndolo en servil tribunal, encargado de aplicar la ley de lesa majestad.

Las legiones de la Panonia contestaron á estas primeras muestras del carácter del nuevo emperador, con una sublevacion que ahogó Druso, y las establecidas en las orillas del Rin con otra, sofocada por Germánico, que en vano vengó la derrota de Varo, y que, en vano tambien, venció en la Armenia y redujo á provincias romanas la Capadocia y la Comagena; sucesos que premió el hijo de Livia haciéndolo envenenar por medio del gobernador de la Siria, Cneo Pison, que con tal objeto habia puesto á su lado.

Dominada Roma por el más espantoso terror y deseando Tiberio gozar con plena tranquilidad de la crueldad y del deleite, esos dos grandes polos del mundo pagano, se retiró á la isla de Caprea, desde donde mandaba á Roma órdenes terribles, que eran al punto ejecutadas con increible servilismo.

En este su retiro favorito, rodeado de inaccesibles escollos, dotado de suavísima temperatura, embalsamado el aire con las brisas del mar y las tibias emanaciones de los bosques de la Campania, vigilando el acceso de los navegantes en el extenso horizonte marítimo, pasaba sus dias el sucesor de Augusto.

Ministro de las crueldades del Emperador fué Elio Seyano, señor y árbitro de todo, despues que el emperador se retiró á Caprea. Seyano soñó ya en el imperio, y viendo que entre él y este se interponia Druso, hijo de Tiberio, sedujo á Livila, mujer de aquel, por medio de la cual lo envenenó.

Seyano fué desde entonces el todo en el imperio, el que disponia de los cargos públicos, el heredero de la púrpura, aquel en cuyo honor se quemaban víctimas en los

altares, cuya efigie se grababa en las banderas; pero tambien desde entonces, viéndolo tan cerca de su altura, resolvió perderlo el emperador.

Al efecto, envió Tiberio al Senado á Marron, tribuno de los pretorianos, con una carta, en la que comenzaba por apuntar algunas frases contra Seyano; pasaba en seguida á hablar de otra cosa, volvia luego á las quejas, divagaba, aludía á Seyano, ordenaba que fuesen condenados á muerte los senadores amigos del ministro; y mientras este enmudecia, espantado de tanta hipocresia y de tanta audacia, oyó que la epístola concluia con la órden de su prision.

Al punto Seyano se vió abandonado de todos, él que momentos antes era absoluto señor del imperio. Los pretores y los tribunos le impidieron huir: la guardia entró á saco en Roma; Seyano fué muerto, sus hijos horriblemente asesinados, y sus cadáveres profanados é insultados por el pueblo.

Pasado algun tiempo, mientras Tiberio recorria la Italia, supo que el Senado habia absuelto á algunos acusados por él. Creyendo por tal manera comprometida su autoridad y su vida, quiso el emperador volverse á Caprea; pero devorado de rabia y de miedo, murió en el camino (37).

Tiberio, en su testamento, instituyó heredero del imperio á Cayo César, hijo de Germánico.

Al principio se presentó Calígula inclinado á la humanidad y con buenos propósitos para el gobierno; pero en cuanto vió que estaba sólidamente asentado en el trono, dió tales muestras de brutal ferocidad, que es preciso confesar, en honra del género humano, que aquel mancebo epiléptico, vestido de púrpura, estaba realmente loco.

Así vivió Roma sujeta á semejante mónstruo, hasta que Casio Chereas, tribuno de una cohorte pretoriana,

auxiliado de algunos compañeros, le asesinó (41) cuando volvia del baño.

A pesar de todo, los soldados, los perdidos, las mujerzuelas, los esclavos, lo más abyecto de Roma, recorren las calles llorando, matan cuanto encuentran al paso, únense al Senado, claman libertad y piensan restablecer la república. Los pretorianos se oponen á esta idea; buscan un emperador, saquean el palacio, y distinguiendo dos piés debajo de la cortina que tapaba un lugar excusado, la descorren, y tras ella aparece un hombre viejo y obeso, que lleno de miedo se postra á sus plantas pidiendo misericordia.

El escondido era Cláudio, hermano de Germánico, hombre de más de cincuenta años, literato, imbécil, juguete y burla de la familia Julia: los pretorianos le aclamaron emperador, y no pudiendo él andar, embarazado por el miedo, lo elevan sobre sus hombros y lo llevan así á su campamento.

Los senadores, vacilantes, siguen soñando en el restablecimiento de la república, ideando para ello armar á los esclavos; pero como el pueblo insiste por un emperador, es reconocido Cláudio.

Cláudio se mostró al principio humano y generoso, dictando leyes prudentes: abolió el tormento de los hombres libres, en los procesos de estado; vedó á los druidas los sacrificios humanos y mejoró la condicion de los siervos; pero como estos beneficiosos preceptos no estaban en armonia con las costumbres de su tiempo, tales disposiciones no hicieron más que aumentar la nota de imbecilidad que sobre el emperador pesaba.

Asi abandonó Cláudio el cuidado de los negocios públicos á su corrompida esposa Mesalina y á favoritos inmundos; por lo cual su reinado fué tan funesto para Roma como los de Tiberio y de Calígula.

Sin embargo, aun alcanzaban victorias las armas romanas en el exterior.

La Mauritania quedó agregada al imperio: Ostorio conquistó parte de la gran Bretaña: Pompilio y Corbulon vencieron á los Germanos, y las luchas con los Armenios Iberos y Partos, ensancharon las fronteras romanas en Asia.

Muerta Mesalina por su escandaloso enlace con Silio, de que tuvo noticia el estúpido Cláudio, este se casó con Agripina, hija de Germánico, viuda de Domicio Ænobarbo, que tenia un hijo llamado Domicio, al cual adoptó el emperador, dándole el nombre de Cláudio Neron.

Agripina proyectó desde entonces elevar al imperio á Neron con perjuicio de los dos hijos de Cláudio, Británico y Octavio, y al efecto, cuando en un momento de debilidad logró que el imbécil Cláudio lo nombrara su sucesor, comprendiendo que muy en breve cambiaria de voluntad, le sirvió unas setas envenenadas que acabaron con su existencia.

Neron, que habia recibido de Aneo Séneca lecciones de elocuencia y de moral, y de arte militar del prefecto del pretorio, Afranio Burro, mostró como los demás gran moderacion al ocupar el imperio, la cual muy pronto se cambió en testimonios de la horrible perversidad de su corazon.

Principió, pues, Neron á recorrer de noche las tabernas y los lupanares vestido de esclavo, robando en las casas y acometiendo á los transeuntes pacíficos; de suerte, que Roma presentaba el aspecto de una ciudad tomada por asalto.

Neron intentó inútilmente por tres veces envenenar á su madre: convídala á las fiestas de Báhia, en un bajel preparado para que se sumergiera con Agripina, pero esta se libra á nado; hasta que por último, manda á sus sicarios que la maten. No contento aún, quiso ver el cadáver desnudo de la que le dió el ser, y ante él dió muestras de su satisfaccion, á la que se asociaron el Senado y

el pueblo romano, con comisiones, felicitaciones, fiestas y holocaustos en los altares.

Deseando Neron fundar de nuevo á Roma, la hizo incendiar; y ante el espectáculo de las llamas y de la desolacion general, acompañándose con la lira, cantó la ruina de Troya.

Descubierta la conspiracion que tramó Pison contra el emperador, se dividió Roma en dos campos: el de las víctimas y el de los delatores y verdugos; contándose entre las primeras el poeta Lucano y el mismo Séneca, en tanto que los parientes de los muertos adornaban de flores sus casas.

Tantos crímenes habian de tener al cabo un término merecido.

C. Julio Vindex, proclamó á Sulpicio Galba, Gobernador de España; pero vencido Vindex y forzado á darse la muerte por L. Virginio Rufo, el ejército vencedor proclamó á este, que rehusó el imperio.

El hambre era terrible en Roma donde se esperaban las naves que debian llegar de Egipto cargadas de víveres; llegan estas, pero en vez de trigo, traen arena para los luchadores y gladiadores; enfurécese el pueblo hambriento, derriba las estátuas de Neron y saquea su palacio. Sométese entonces el miserable á todas las bajezas y es por todos rechazado: pide que lo maten y nadie se presta á ello: corre á arrojarse al Tíber y se detiene ante las aguas del rio: vuela entonces á la quinta de su liberto Faon, y viendo que todos tratan de sustraerse con la muerte á los suplicios, hace que le caven la sepultura, mientras exclama: *¡Qué grande artista perece!;* y muere al cabo, cuando oye el rumor redoblado de las pisadas de los caballos que conducian á los mensajeros del Senado (68).

LECCION XXXIV.

GALBA.—OTON.—VITELIO.—VESPASIANO.—TITO.—DOMICIANO.—NERVA.—TRAJANO.—ADRIANO.—ANTONINO PIO.—MÁRCO AURELIO.—CÓMODO.

Sublevado Servio Sulpicio Galba, que gobernaba la España Tarraconense, contra Neron, al tener noticia de la victoria de Virginio y del suicidio de Vindex, se retiró á Clunia lleno de dudas y de vacilaciones; pero en cuanto supo la muerte de Neron se encaminó á Roma.

Galba era uno de esos hombres que valen y se distinguen en los puestos inferiores, pero que se anulan y empequeñecen al llegar por acaso á la cumbre de los destinos humanos. Septuagenario, avaro, cruel, rígido en la disciplina militar, incurrió en el general menosprecio.

Habiendo elegido para sucederle á Pison Liciniano, resintióse Oton, que tanto habia contribuido á la elevacion de Galba, y que aguardaba impaciente la púrpura.

En su consecuencia, se promueve un tumulto en el que Galba es asesinado (16 de Enero del año 69) y Oton aclamado emperador.

Las legiones de la Baja Germania, incitadas por el ejemplo, pusieron sus ojos en Aulo Vitelio, y marchando este y Oton para resolver la querella por medio de las armas, se encontraron ambos ejércitos en los campos de

Bedriacum, donde fué vencido el segundo, que se dió la muerte (25 de Mayo, año 69), con grande aparato de estoicismo.

Habiéndose trasladado Vitelio desde Cremona á Bedriacum, dió muestra en el campo de batalla de lo que habia de ser su reinado, resúmen de la crueldad y de la gula, complaciéndose en el espectáculo de los cadáveres y de los ayes de los moribundos, y bebiendo y comiendo alegremente ante ellos.

Sitiaba Vespasiano á Jerusalem, cuando sus legiones, siguiendo el ejemplo de las otras, quisieron tambien tener un emperador, y proclamaron á su jefe.

Vespasiano, dejando el cuidado de la direccion de la guerra judáica á Tito, se encaminó á Italia, consiguiendo grandes victorias.

Trataba Vitelio de abdicar el imperio, para lo cual mediaron conciertos en que terciaba Sabino, gobernador de Roma, y aunque hermano de Vespasiano, fiel al César; cuando noticioso de estos tratos el pueblo, digno de Vitelio y que por ello le adoraba, tomó las armas, asaltó é incendió el Capitolio y dió muerte á Sabino y á sus defensores.

Las tropas de Vespasiano penetraron en la ciudad al tener noticia de estos sucesos, en cuyas calles murieron cincuenta mil hombres. Vitelio trató de ocultarse; pero descubierto por la siempre movediza plebe, fué paseado por la ciudad con el traje desgarrado, una cuerda al cuello, y los brazos atados á la espalda, entre los feroces gritos de las turbas que minutos antes le adoraban, y que al cabo arrojaron al Tíber su cadáver mutilado (69).

Llegado Vespasiano á la metrópoli, restableció la disciplina militar, fortaleció el Senado, degradó á los caballeros indignos, mejoró la administracion de justicia, se esmeró en recoger documentos antiguos, maltratados y esparcidos en los anteriores tiempos; aunque afeó tan be-

llas cualidades con una insaciable avaricia. Por medio de Agripa rechazó á los Dacios; por el de Virdio Gemino castigó la sublevacion de Aniceto; fué sojuzgada la rebelion de los Galos, y arruinada Jerusalem.

Vespasiano murió tranquilamente (79) á la edad de sesenta y ocho años, y á los diez de su reinado.

Sucedióle su hijo Tito, que disminuyó las cargas públicas: abolió el uso de confirmar ó anular cada nuevo príncipe las mercedes hechas por sus antecesores: vedó á los magistrados el conocimiento de los delitos de lesa majestad: persiguió á los delatores, y cuando ascendió al Sumo Pontificado, declaró que si aceptaba tan elevado puesto, era para conservar puras sus manos. Á algunos patricios que conspiraron contra él, no solo los perdonó, sino que los sentó á su mesa.

Durante el año primero de su imperio, una espantosa erupcion del Vesubio, en la que murió el naturalista Plinio, devoró á Herculano, á Pompeya y á otras ciudades de la Campania. Tito acumuló fondos, envió dos consulares para que repararan los daños y distribuyeran socorros, y al año siguiente fué él mismo para aumentarlos. Aun no habia regresado á Roma, cuando un incendio que se prolongó por espacio de tres dias, devoró el Capitolio, el Panteon, la Biblioteca de Augusto y otros muchos edificios, que el emperador mandó reedificar á sus expensas, vendiendo para ello las más preciadas alhajas de su palacio. A este incendio siguió una peste cruelísima, durante la cual se mostró Tito como verdadero padre de los romanos.

Murió tan excelente príncipe (81), llorado de todos, á la edad de cuarenta y un años.

Sospechose que Domiciano, sucesor de su hermano Tito, envenenó á este para sucederle.

Fué Domiciano un desenfrenado déspota, que restableció los procesos de lesa majestad, premió á los delatores, y gozaba en el suplicio de sus víctimas.

Este indigno hijo de Vespasiano fundó su despotismo en la fuerza militar, para lo cual aumentó en una cuarta parte la paga de los soldados, y para no verse forzado á disminuirla, multiplicó las acusaciones y los procesos de muerte.

Las victorias de Agrícola en la Gran Bretaña excitaron las iras del emperador, el cual le mandó que regresara á Roma y que entrara en ella de noche. Recibiólo con extremada frialdad, y el ilustre general se retiró á su casa de campo, donde murió envenenado por Domiciano.

Decebalo, rey de los Dacios, atacó á los romanos; complicándose este hecho con la rebelion que promovieron sus vecinos los Marcomanos, las Cuados y los Jázigios (86 á 90), guerra en la cual los romanos fueron vencidos y obligados á comprar la paz mediante un tributo anual.

Y sin embargo, este miserable reinó por espacio de quince años.

Un acaso puso en manos de la emperatriz cierta lista de sospechosos, y aterrorizada al ver en ella su nombre, se convinó con varios magnates para anticiparse á su marido.

Fartenes, introdujo en la cámara imperial al liberto Estéban, que llevando un brazo suspendido al cuello, como si estubiera herido, presentó á Domiciano una supuesta lista de conspiradores, y le acometió mientras la leia.

Defendióse el emperador, y Estéban fué muerto por la servidumbre; pero acudiendo los conjurados remataron á Domiciano (96).

El Senado anuló los actos de este emperador, mandó demoler los monumentos construidos durante su reinado, derribó sus estátuas y borró su nombre de las inscripciones: el pueblo permaneció indiferente, y los soldados le lloraron más que á Vespasiano y á Tito.

Tras el corto reinado de Nerva (96 á 98), que ascendió al imperio contando setenta años de edad, sobrevino el

de M. Ulpio Trajano, adoptado por aquel. Trajano fué el primer extranjero que ocupó el trono de los Césares.

Era este príncipe natural de Itálica, colonia cuyas ruinas parecen cerca de Sevilla (Santiponce), y se habia distinguido en la guerra durante los anteriores reinados.

Este magnánimo emperador devolvió sus derechos á los comicios; al Senado la consideracion; á los magistrados la dignidad; engrandeció á España, abriendo en ella grandes vias militares, ó reparando las antiguas, construyendo puentes y otros monumentos, y concediendo derechos á sus pueblos; engrandeció el puerto de Ostia; exornó á Roma con costosos edificios; protegió las ciencias, las artes y las letras; fué gran favorecedor de Plinio, de Plutarco y de Tácito.

Ilustre en las armas, sostuvo dos guerras contra los Dacios, librando en la primera á Roma del vergonzoso tributo de Domiciano, reduciendo en la segunda la Dacia á provincia romana, y venció á los Partos, extendiendo las fronteras del imperio hasta el Tigris.

Trajano murió (117) en Selinunte de Cilicia.

Publio Elio Adriano, si no nacido en España, como algunos quieren, hijo de padres españoles, por su padre Adriano Afer, natural de Itálica, y por su madre Domicia Paulina, de Gades, era hombre en quien se adunaban las condiciones más contradictorias, y por demás notable en las letras, en las ciencias y en las artes. Adriano sembró el imperio de expléndidos monumentos.

Contrariando la política de su predecesor, abandonó Adriano las conquistas lejanas, señalando el Eufrates como frontera del imperio en Oriente.

Este emperador fué viajero incesante.

Cansado ya de expediciones lejanas y atacado de hidropesia, se retiró Adriano á la deliciosa Tívoli, donde murió (86), á la edad de sesenta y dos años.

Tras de Adriano ocupó el imperio Tito Antonino, ge-

neroso, modesto, amigo de la paz, conocido con el sobrenombre de Pio, aunque desgraciado en el hogar doméstico por la lascivia de su esposa Faustina.

Atacado de fiebre en Lorium, á doce millas de Roma, murió (161) despues de confirmar la adopcion de Márco Aurelio, á quien habia dado su hija por esposa, al cual nombró Augusto, y su colega á L. Vero, su hermano, fastuoso y disoluto.

Educado M. Aurelio por Antonino Pio con el mayor esmero, se distinguió por su modestia, por su virtud, y sobre todo, por sus conocimientos y su amor á la filosofía, que le mereció el sobrenombre de *El Filósofo.*

Los incendios, los terremotos, las inundaciones, el hambre y las epidemias entristecieron el reinado de M. Aurelio, el cual reanimaba el abatido espíritu público, llevando á todas partes consuelos y socorros.

A todos estos males se añadieron cruelísimas guerras.

Lucio Vero murió peleando en Altino, y Marco Aurelio, despues de haber rechazado á los bárbaros, á los que trató con gran generosidad, vencida la insurreccion de Avidio Casio, acabó sus dias (180) en Vindobona (Viena).

Cómodo, más bien que hijo de M. Aurelio el *Filósofo,* debia serlo de algun auriga ó gladiador de los que frecuentemente elevaba Faustina al tálamo imperial, desde la ensangrentada arena del circo.

Apenas Cómodo subió al trono, contrató una paz vergonzosa con los germanos, á los que devolvió las tierras que se les habian conquistado, y se obligó á pagarles un tributo.

A la sangre derramada por el emperador y á sus lascivias, contestaron pronto las conspiraciones.

La primera, urdida por su misma hermana Lucila, armó el brazo de Quinciano, que penetró en la habitacion de Cómodo, y diciéndole: *mira lo que el Senado te envia,* sacó la espada para matarlo. El emperador evitó el golpe,

llegó la guardia y Quinciano, Lucila y todos sus cómplices perecieron.

Parecia que á cada momento crecia y se redoblaba la feroz crueldad del indigno hijo de Márco Aurelio: su mujer la emperatriz Crispina, los dos hermanos Quintilios y Máximo y Condiano, todos fueron muertos.

Al cabo, Marcia, concubina del emperador, Leto, capitan de su guardia y Ecleto, su mayordomo, sabiendo que estaban condenados á muerte, decidieron anticipársele.

Al efecto, Marcia, seduciendo al emperador con grandes halagos, lo convidó á cenar y le dió un veneno; pero como vieran los conjurados que este obraba con demasiada lentitud sobre la hercúlea naturaleza del emperador, un atleta, que formaba parte de la conspiracion, lo ahogó entre sus manos (183).

LECCION XXXV.

PERTINAX.—DE DIDIO JULIANO Á ALEJANDRO SEVERO.

Muerto Cómodo, los conjurados ofrecieron el imperio á Helvio Pertinax.

Apenas habian pasado ochenta y seis dias de la eleccion de Pertinax, cuando irritados los pretorianos por los esfuerzos del emperador en pró de la disciplina militar, se dirigieron en tumulto al palacio, cuyas puertas les franquearon los guardias.

El emperador se presentó á los amotinados reprendiéndoles su conducta, y estos envainaban ya las espadas, cuando un batavo lo atravesó con su venablo; ejemplo que imitaron muchos.

Pertinax rogó al cielo que le vengara, cubrióse la cabeza con la toga y espiró: los pretorianos pasearon su cadáver por la ciudad.

Despues de este hecho, los sediciosos proclamaron cínicamente, *que darian el imperio á quien pagase por él mayor cantidad de dinero.*

Esta vergonzosa subasta tuvo dos postores: Sulpiciano, suegro de Pertinax, y Didio Juliano, que obtuvo el imperio mediante la suma de 6.250 dracmas que prometió pagar á cada pretoriano.

El pueblo acogió con tanto desprecio al nuevo emperador, que un dia, en los juegos públicos que el mismo Didio presidia, proclamó á Pescenio Niger, al propio tiempo que las legiones de Iliria ofrecian el imperio á su general Septimio Severo, que se apoderó de Roma sin resistencia.

El Senado condenó á muerte á Juliano, que reinó por espacio de cuatro meses (193).

El nuevo emperador ordenó á los pretorianos que se le presentaran sin armas, condenó á muerte á cuantos habian tomado parte en el asesinato de Pertinax, condenó á los demás á perpétuo destierro y creó una nueva guardia compuesta de cuarenta mil hombres.

A seguida pensó Severo en sus competidores: Albino en Occidente y Pescenio Niger en Oriente.

Al primero se lo atrajo asociándolo al imperio con título de César, y marchando contra Niger, le batió en el Asia Menor, le persiguió en la Siria, le mató y anuló al partido que por él se habia declarado.

A poco buscó un pretexto para romper con Albino, que fué batido en las cercanias de Lyon y obligado á matarse (196).

Vuelto á Roma, envió Septimio á los senadores la cabeza de Albino, intimándoles que haria lo propio con todos sus enemigos; amenaza que cumplió acabando con los últimos restos de la aristocracia.

En guerra con los Partos, marchó al Eufrates (198), arrasó un gran número de ciudades; no dejó hombre á vida, y vendió como esclavos á cien mil mujeres y niños: dominó una insurreccion en la Gran Bretaña, y limitó á los Caledonios con una segunda muralla edificada más al septentrion que la de Adriano.

Septimio Severo murió á la edad de sesenta y seis años (211) aconsejando á sus dos hijos y sucesores, Caracalla y Geta, la concordia; que procuraran conciliarse el afecto de los soldados y no se cuidáran de lo demás.

Apenas muerto el emperador, Caracalla y Geta se encaminaron á Roma, donde vivian ambos sin verse más que para insultarse y amenazarse.

Intentaron reconciliarlos el Senado y su pobre madre, la infeliz Julia.

Caracalla quiso varias veces asesinar ó envenenar á su hermano; pero frustrados estos intentos, mostró deseos de reconciliarse, á cuyo fin lo citó á la cámara de su madre, en la cual, se arrojó sobre él con la espada desnuda y lo mató en el mismo regazo materno, á donde Geta se habia refugiado, quedando á la vez herida la desventurada Julia, que quiso ampararle con su cuerpo.

Tras este horrible fratricidio, preséntase Caracalla á la guardia, acusa á su hermano de haberle querido asesinar, y renovando la acusacion ante el Senado, se jacta de haber imitado á Rómulo.

En un viaje que hizo Caracalla de Edesa á Cárras, lo asesinó el pretoriano Marcial (217).

Marco Aurelio Macrino se hizo aclamar emperador y dió á su hijo el título de César. Hábil en la administracion, reparó las faltas de Caracalla; pero inepto para la guerra, compró á los enemigos la paz y se atrajo el desprecio de los soldados; por lo que se rebelaron contra él las legiones de Siria y lo mataron con su hijo (218).

Mesa, cuñada de Septimio Severo, tuvo dos hijas casadas con altos dignatarios del imperio. Sœmis, la mayor, fué madre de Vario Avito Basiano, que consagrado al Sol, ascendió á la dignidad de gran sacerdote y fué conocido con el nombre de Heliogábalo.

El lujo, la crueldad y la disolucion, llenan el reinado de este increible niño.

Al cabo se promovió una sedicion contra él, en la que los soldados mataron al hijo y á la madre (222).

LECCION XXXVI.

De Alejandro Severo á Diocleciano.

Alejandro Severo, educado por su madre Mammea, al ascender al imperio, creó un consejo compuesto de diez y seis indivíduos, entre los cuales se contaban Ulpiano, Paulo y otros célebres jurisconsultos.

Reorganizó Alejandro el ejército restableciendo el espíritu militar, cuando uno de sus oficiales, comandante de un cuerpo de Panonios, hijo de padre godo y de madre alana, y pastor en su primera edad, tramó una conspiracion, en la que, como Heliogábalo, el emperador fué degollado con su madre (235).

Julio Vero Maximino, seguro del ejército que mandaba, se hizo declarar Augusto y se asoció á su hijo en calidad de César.

Descubierta una conspiracion urdida contra el emperador, este hizo perecer á cuatro mil personas de distincion; pero en tanto que Maximino se ocupaba en hacer la guerra á los germanos, las legiones de Africa proclamaron á Gordiano y á su hijo. El Senado, sostenido por el pueblo de Roma, que odiaba á Maximino, ratificó la eleccion, los pretorianos cargaron al pueblo que opuso

enérgica resistencia, mientras que Capeliano, intendente de la Mauritania y enemigo de los Gordianos, mató al hijo en el campo de batalla, y obligó al padre á suicidarse.

Aterrado el Senado con la noticia de que Maximino se habia puesto en marcha para Roma, y no pudiendo ya retroceder, proclamó á Máximo Pupieno y á Balbino, á los cuales fué asociado Gordiano III, nieto y sobrino de los emperadores del mismo nombre.

Llegado Maximino á Aquilea, como encontrara en esta ciudad una resistencia que no esperaba, enfurecido con ella, y atribuyéndola á cobardia, quiso purgar el ejército con ejemplos de gran severidad.

Entonces, sublevándose los soldados, mataron al tirano, á su hijo y á muchos de sus partidarios (238).

Cuando llegó á Roma la noticia de estos sucesos, desesperados los pretorianos, invadieron el palacio imperial y dieron muerte á Pupieno y á Balbino.

De esta manera, á la edad de catorce años, quedó Gordiano III dueño del imperio, y sus excelentes cualidades, dirigidas por Misiteo, prefecto del pretorio, hicieron concebir grandes esperanzas.

Con efecto, lleváronse á cabo bajo Gordiano útiles reformas, y los Godos, Sármatas y Alanos fueron vencidos; pero muerto Misiteo, se asoció Gordiano á un árabe llamado Filipo, hijo de un jefe de banda, que lo asesinó para sucederle (244).

Escasas son las noticias que quedan del emperador Filipo, contra el cual, despues de algunos años de reinado, se sublevaron las legiones de la Mesia, á cuya cabeza se puso Trajano Décio, y Filipo fué asesinado en Verona (249).

Reinando Décio, los Godos, establecidos en las orillas del Danubio, invadieron el imperio. Décio y su hijo Herennio fueron derrotados y muertos en la Tracia, y proclamado Treboniano Galo, que nombró César á su hijo

Volusiano y se deshizo de Hostiliano, segundo hijo de Décio.

Treboniano compró la paz á los Godos, por lo que incurrió en el desprecio de las legiones, que le derrotaron, (253), proclamando á Emilio Emiliano, que no tardó en sufrir igual suerte, atacado por las tropas de las Galias, que sostenian á su jefe Licinio Valeriano, el cual tuvo la mala fortuna de ser vencido y hecho prisionero en la Mesopotamia por el persa Sapor, que lo retuvo hasta su muerte en mísera esclavitud (259).

Bajo P. Licinio Galieno, hijo y asociado de Valeriano, el imperio estuvo á punto de disolverse acometido por los bárbaros, en todas partes vencedores; así en el Oriente por los Persas, como en el Occidente por los Germanos, al mismo tiempo que los jefes de las legiones, despreciando á Galieno, se proclamaban emperadores á sí mismos y Césares á sus hijos, contándose hasta diez y nueve de aquellos y no pocos de estos; circunstancia que ha dado lugar á que se apellide á esta época la de los treinta tiranos.

Galieño murió ante Milan en guerra contra el usurpador Aureolo, que á su vez, sucumbió vencido por M. Aurelio Cláudio II, que rechazó á los Alemanes, venció á los Godos cerca de Nisa y murió de peste en Sirmio (269).

Muerto Quintilo, hermano de Cláudio, fué proclamado Domicio Aureliano, que rechazó á Godos y Germanos, invasores de la Umbria, venció á Zenobia, reina de la opulenta Palmira que se habia apoderado de la Siria, del Egipto y de gran parte del Asia Menor, y reincorporó al imperio la Galia, la Bretaña y la España que se hallaban bajo el dominio de Tétrico.

Cuando Aureliano se preparaba á vengar la derrota de Valeriano, llevando la guerra á la Persia, su liberto y secretario Mnesteo, amenazado de ser castigado por ciertas exacciones, mostró á los principales oficiales del ejér-

cito una lista falsa de condenados á muerte, entre los cuales ellos se encontraban. En su consecuencia, Aureliano fué muerto entre Heraclea y Bizancio (265); pero descubierta la falsedad de la lista, Mnesteo fué arrojado á las fieras.

Por espacio de seis meses estuvo vacante la dignidad imperial, hasta que el Senado nombró á Cláudio Tácito, que murió en una campaña contra los Godos (276). Entonces, el ejército de Siria aclamó á M. Aurelio Probo.

Floriano, hermano de Tácito, reconocido por el Senado, fué muerto por sus propios soldados.

Probo, que poseía todas las buenas dotes de un gran príncipe, fué asesinado por sus propios soldados, los cuales proclamaron Augusto al prefecto del pretorio M. Aurelio Caro, que nombró Césares á sus dos hijos Carino y Numeriano.

Caro derrotó á los Godos, y murió herido por un rayo cuando marchaba contra los Persas (283).

Numeriano fué muerto (284) por su suegro Arrio Aper, prefecto del pretorio, que á su vez acabó á manos de Diocleciano.

LECCION XXXVII.

Desde Diocleciano á la muerte de Licinio.

Vencido y muerto por Diocleciano el César Carino, aquel asoció al imperio, con título de Augusto, á Maximiano Hercúleo, que luchaba en las orillas del Rin contra los Germanos y los Borgoñones, en tanto que Diocleciano peleaba contra los Persas en Asia.

Invadidas por los bárbaros las fronteras del imperio y en la imposibilidad de acudir á todas partes, decidieron ambos Augustos asociarse á generales experimentados, en consecuencia de lo cual, Diocleciano dió el título de César á C. Galerio, y Maximiano á Constancio, apellidado Cloro.

Los dos Augustos y los dos Césares se dividieron el imperio del mundo (292).

Vencida la sublevacion de Carausio en Bretaña, los dos Augustos se avistaron en Milan para acordar los medios de contener á los bárbaros, lo cual lograron despues de grandes esfuerzos, siendo además vencido Juliano

(293) en Africa (296); Alecto en Bretaña y Aquileo (296) en Egipto; extendiéndose las fronteras del imperio hasta el Tígris, por consecuencia de las victorias de Galerio sobre los Persas.

Viajando por las provincias Ilíricas, contrajo Diocleciano una enfermedad que le tuvo á punto de morir, y al recobrar la salud, no sintiéndose con fuerzas bastantes para regir el imperio, en una llanura, cerca de Nicomedia, renunció al supremo poder (305) ante el ejército y el pueblo congregados, nombrando Césares á Maximino y á Severo, al mismo tiempo que Maximiano en Milan, abdicaba igualmente, cumpliendo el juramento que habia hecho á su colega.

Por consecuencia de la abdicacion de Diocleciano ascendieron á Augustos los dos Césares, y se hizo un nuevo repartimiento del imperio, en el que obtuvo Constancio la Galia, la España y la Bretaña; Maximino el Egipto y la Siria; Severo la Italia y el Africa, y Galerio las provincias del Asia.

Constancio Cloro tuvo de su esposa Elena á Constantino, que se hizo amar de todos por sus hermosas cualidades, excitando el ódio de Galerio, que aconsejó al Augusto la eleccion de los dos Césares, prescindiendo de Constantino.

El hijo de Constancio, perseguido por Galerio, solo pudo salvar la vida huyendo al lado de su padre.

Muerto Cloro, (306), Constantino fué aclamado emperador, al cual reconoció como César Galerio y no como Augusto, título que dió á Severo.

Es por extremo confusa la historia de los siete primeros años (306 á 313) del reinado de Constantino.

Majencio, hijo de Maximiano, colega que fué de Diocleciano, tomó el título de Augusto, asociado á su padre; de suerte que hubo entonces seis competidores y aspirantes al supremo poder: Galerio, Constantino, Severo, Ma-

ximino, Majencio y Maximiano.

Habiendo Severo declarado la guerra á Majencio, abandonado de los suyos, se vió forzado á entregarse á Maximiano en Rávena, el cual lo condenó á muerte (507). Galerio nombró en su lugar Augusto á C. Valerio Licinio, al propio tiempo que Maximino recibió este mismo título de sus tropas en Asia. Maximiano, en lucha con su propio hijo, se refugió al lado de Constantino; pero infiel á este, fué preso y muerto en Marsella (310).

Galerio, entregado á los placeres y á la crueldad, que no se saciaba con la sangre de los cristianos, se extremó en sus rigores contra todos. Lleno de úlceras vergonzosas, oprimido por crueles remordimientos y atribuyendo sus males á la persecucion contra los cristianos, la suspendió por un edicto, y murió en Sárdica, el año de 310.

Gobernaba Magencio la Italia y el Africa, ganándose el título de *tirano* con que le conoce la historia, en tanto que Constantino se hacia amar de los suyos.

Bajo pretexto de vengar á su padre, reunió Majencio un ejército poderoso, pero animado Constantino, al ver aparecer en el cielo la Cruz, con la inscripcion IN HOC SIGNO VINCES, venció á su rival en las llanuras del Duria.

Habiendo reunido Majencio un nuevo ejército, se encontró con Constantino á nueve millas de Roma, donde, habiendo sido completamente derrotado, murió ahogado en el Tíber, al que cayó precipitado, al pasar el puente Milvio (28 de Octubre del año 312).

Vencido Maximino por Licinio, tuvo que huir á la Capadocia, muriendo en Tarso este implacable enemigo de los cristianos (313).

Constantino venció á Licinio en la Panonia y en la Tracia y le concedió la paz; aun otra vez lo derrotó cerca de Andrinópolis y otra vez se concertó con él. Noticioso Constantino de que Licinio apercibia nuevas fuerzas y que llamaba en su auxilio á los Bárbaros, lo derrotó de tal

manera, que este cayó á sus piés renunciando la púrpura.

Constantino perdonó á su rival y lo mandó á Tesalónica, rodeándolo de las mayores consideraciones; pero poco despues, se vió forzado á condenar á muerte á su turbulento colega (323).

De este modo volvió á quedar unido el imperio romano bajo la potente autoridad del hijo de Constancio Cloro.

SÉTIMA ÉPOCA.

DESDE CONSTANTINO Á LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE (323 Á 476).

LECCION XXXVIII.

CONSTANTINO.—CONSTANCIO II.—JULIANO EL APÓSTATA.—JOVIANO.—VALENTINIANO Y VALENTE.—GRACIANO —VALENTINIANO II.

Proponiéndose Constantino plantear una nueva política, no le era posible vivir en Roma con su turbulenta plebe, acostumbrada á los costosos espectáculos públicos, á las liberalidades imperiales y á disponer de la púrpura.

Resuelto á cambiar la religion del imperio, el verdadero culto se ahogaba en Roma, Metrópoli del politeismo, sentina inmunda de todos los vicios, ciudad en la que las glorias públicas y las de las familias estaban íntimamente ligadas al culto gentílico.

Convencido Constantino de estas verdades, decidió cambiar la capitalidad del imperio; y al efecto, puso sus ojos en uno de los extremos orientales de Europa, á la entrada del Bósforo Trácico, donde fundó á Constantinopla.

Este emperador mejoró la legislacion, fué gran protector de la agricultura, fomentó las ciencias y las artes, y amó la gloria militar, haciéndose respetar de los Bárbaros.

Constantino enfermó en Nicomedia, y viéndose próximo á la muerte, pidió el bautismo y espiró (337), diciendo que la vida en que entraba era la única verdadera.

Los hijos de Constantino el Grande, Constancio, Constante y Constantino, se dividieron el imperio.

De ellos, Constantino II pereció en una emboscada al invadir la Italia; Constante fué muerto por Magnencio, y Constancio quedó único señor del imperio.

Al espirar Constantino el Grande, habian sido muertos muchos indivíduos de su familia, salvándose Galo y Juliano, que fueron educados en el destierro.

Mas cuando Constancio II marchó al encuentro de los pretendientes al imperio, dió á Galo el título de César y lo estableció en Antioquía, con cargo de gobernar las cinco diócesis de Oriente.

Galo se mostró violento y cruel, y habiéndose rebelado contra su protector, este le atrajo á Milan, donde sometido á un proceso en el que confesando sus delitos y su rebeldia fué condenado á muerte.

Juliano marchó desterrado á Milan, é interesándose vivamente por él la emperatriz Eusebia, logró esta que su marido diera á Juliano el título de César con la mano de su hermana Elena y el mando de los países situados allende los Alpes.

Habiendo llegado á su campo de Reims, despues de haber vencido á los Germanos, derrotó á los Francos; por medio de sus lugartenientes, sujetó á los Pictos y Caledonios y fijó sus cuarteles de invierno en París.

Pacificadas las Galias y arreciando el peligro en Oriente, ordenó Constancio á Juliano que le enviara parte de sus tropas; y como entre estas hubiera muchos soldados

que se habian alistado solo para la guerra de las Galias, y á quienes dolia abandonar su patria y sus familias, procuró mañosamente Juliano que la órden se extendiera por el campamento, produciendo hondo descontento, mientras finjia someterse á la voluntad imperial; y en fin, inflamó de tal manera á los suyos, que el ejército en completa rebelion, le aclamó Augusto.

En vista de este resultado, Juliano se prepara para la guerra contra su bienhechor, marchando de victoria en victoria, hasta las cercanias de Adrianópolis.

Encaminábase hacia Europa Constancio en busca de Juliano, cuando una fiebre lenta que le consumia, acabó con su vida en Mopsucrene (361).

Apenas subió al trono Juliano, abjuró la religion cristiana y se declaró celoso protector del politeismo.

Resuelto á hacer la guerra á los Persas, al comenzar la primavera del año trecientos setenta y tres, marchó á Hierapolis y pasó el rio Chavoras en la Mesopotamia.

Rompiendo los Asirios los canales que fertilizaban este país, lo convirtieron en un inmenso pantano que hizo por extremo embarazosa la marcha de las legiones.

Sin embargo, Juliano siguió adelante y atacó á Ctsifonte.

Un persa se presentó al emperador y le indujo á que prendiendo fuego á sus almacenes y á su escuadra, buscara al ejército de Sapor en las provincias del interior.

Hízolo así Juliano, que no encontró ya más que pueblos incendiados, campiñas desoladas, y por todas partes la muerte.

Abandonado de su pérfido guía, falto completamente de provisiones, decidió regresar al Tígris.

Los Persas, fraccionados hasta entonces en pequeñas partidas, se reunieron formando un poderoso ejército, impidiendo la retirada de los romanos.

En tan desesperada situacion, no pudiendo evitar el

combate, trábase este, y cuando Juliano, animado por el éxito del primer choque, corre tras los Persas, arrojan estos una lluvia de dardos y venablos, uno de los cuales se clava en su pecho.

Conducido á su tienda y conociendo que la herida era mortal, aspirando á acabar como habia vivido, perpétuo cómico, disertó sobre la naturaleza del alma, dijo que pronto la suya se reuniría á las estrellas de que habia emanado, y espiró (363).

Muerto Juliano, el ejército eligió en su lugar á Flavio Joviano.

Estrechado Joviano por los Persas, oprimido por el hambre de su ejército, y limitado por las rugientes aguas del Tígris, se vió forzado á celebrar un convenio, en virtud del cual cedió á los Persas las cinco provincias Transtigritanas con otras muchas fortalezas, y se obligó á no socorrer al rey de Armenia.

Aun despues del tratado, los romanos sufrieron terribles pérdidas al atravesar el Tígris, las llanuras de la Mesopotamia y el inacabable desierto de setenta millas.

El lábaro, puesto otra vez al frente de las legiones, anunció que se habia restablecido el culto del Dios verdadero.

El reinado de Joviano fué por extremo breve, pues murió á los siete meses y veinte dias de haber sido elevado al imperio (364).

A la muerte de Joviano fué proclamado Valentiniano I, que partió la púrpura con su hermano Valente, dándole el gobierno de las provincias orientales.

Valentiniano venció á los Germanos, pasó el Rin, penetró en el valle del Nicer y derrotó á los Borgoñones. Su lugarteniente Teodosio salvó la Gran Bretaña de una invasion de los Pictos y Caledonios, desbaratándolos completamente y obligándolos á refugiarse en sus selvas, en tanto que Valente, cobarde y cruel, se enajenaba todas

las voluntades en el Oriente y que sus generales vencian á los Godos y á los Hunos.

Valentiniano, valeroso capitan y hábil político, marchó contra los Cuados; pidiéronle estos la paz, y como expusieran ante el emperador sus quejas contra los gobernadores romanos, en términos tal vez mas sinceros que comedidos, ardiendo en ira el emperador, les amenazó, y con aquel impulso de cólera, rompiósele una vena del pecho, que en breves momentos le hizo perder la sangre y la vida (375).

Graciano sucedió á su padre Valentiniano; pero como el ejército de Italia proclamase á su hermano Valentiniano, para evitar la guerra civil, lo reconoció y se declaró su tutor.

Acaso el único acto de injusticia que cometió Graciano, fué mandar que se diera muerte á Teodosio, el libertador de la Britania, engañado por las sujestiones de pérfidos ministros; pero apenas comprendió su yerro, procuró remediarlo, y al morir Valente á manos de los Godos en la sangrienta batalla de Adrianópolis (378), dió á su hijo Teodosio el imperio de Oriente.

Sublevado Máximo contra Graciano, se dirigia este desde París y Lyon hacia Italia, cuando fué muerto en una emboscada, á los veinte y cuatro años de su edad (383).

Valentiniano II no gozó largo tiempo del imperio, pues sublevado contra él el Franco Arbogasto, este le asesinó y proclamó en su lugar á Eugenio, su secretario y regente de una escuela.

Arbogasto y Eugenio fueron vencidos en Aquileya: preso el desdichado Eugenio fué condenado á muerte, y Arbogasto evitó la suya suicidándose.

LECCION XXXIX.

Teodosio el Grande.—Honorio.—Desde Honorio á Rómulo Augustulo.—Fin del imperio de Occidente.

Despues de vengar Teodosio la muerte de sus colegas, quedó único señor del imperio.

Durante el décimo año de su reinado, promovióse en Antioquía un gran tumulto, durante el cual el pueblo derribó y arrastró las estátuas del emperador y de su familia.

La ciudad fué condenada por este delito á un terrible castigo, que perdonó Teodosio por la intercesion del obispo Flaviano, por los ruegos de Macedonio, de los monges, de los anacoretas y de la elocuencia de San Juan Crisóstomo.

No fué tan afortunada Tesalónica.

Habiendo sido ultrajado en esta ciudad cierto esclavo de Boterico, general que mandaba la guarnicion, por un conductor del circo, fué este preso de órden del general.

Ofendido el pueblo, atacó á Boterico, le dió muerte y arrastró su cadáver por las calles.

Teodosio, que tuvo noticia de estos sucesos en Milan, lleno de cólera, mandó que los Bárbaros castigaran á los ciudadanos de Tesalónica. Al efecto, fueron estos invita-

dos para los juegos del circo, y cuando este estuvo lleno de espectadores, acudieron los soldados y hubo tres horas de indescriptible matanza.

Estremecióse de horror San Ambrosio al tener noticia de esta bárbara hecatombe, y se retiró al campo, desde donde dirigió una enérgica carta á Teodosio, exhortándole á que hiciese penitencia y no se atreviera á acercarse al altar del Dios de las misericordias, con las manos tintas en sangre.

El emperador abrió sus ojos á la luz ante estas reconvenciones, y se encaminó á la basílica de Milan para hacer penitencia. Pero cuando iba á entrar en ella, se le interpuso en el vestíbulo el severo S. Ambrosio, diciéndole, que ya que habia sido público el delito, debia satisfacer públicamente á la justicia divina, y no le quiso recibir hasta que Teodosio declaró que estaba dispuesto á cumplir la penitencia canónica. Así pues, despojado de las insignias de la suprema potestad, se presentó suplicante, en medio de la Iglesia, confesándose culpado; con lo cual volvió á la comunion.

Habia dividido Teodosio el imperio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, dando al primero, de edad de diez y ocho años, el Oriente; y al segundo, de once, el Occidente.

Habiendo llamado á Honorio para que recibiera las insignias en Milan, celebrose este suceso con expléndidas fiestas, á las que asistió Teodosio, el cual murió súbitamente durante la noche (395).

Débiles de cuerpo y de espíritu los dos hijos de Teodosio, habian nacido para vivir en perpétua tutela, que el previsor padre encomendó á Rufino, (Gascon de nacimiento, que habia merecido su confianza por su habilidad en los negocios), dándole la de Arcadio; y á Estilicon, experto general, Vándalo de orígen, la de Honorio; encareciendo á ambos tutores, que consideraran como uno solo ambos imperios.

Arcadio fijó su córte en Constantinopla y Honorio en Milan.

Las desavenencias entre Rufino y Estilicon no tardaron en manifestarse, cuando perdida por aquel la esperanza de casar á su hija con el emperador, incitó secretamente á los Hunos y á los Godos para que invadieran el imperio, como lo hicieron, bajo las órdenes de Alarico, asolando la Grecia, á cuyo socorro voló Estilicon. Mas habiendo mandado Arcadio, por consejo de Rufino, que el Vándalo se retirara á sus estados y que le enviara las tropas de Oriente que tenia con las suyas, hízolo así Estilicon; pero poniendo los soldados de Arcadio á las órdenes de Gainas, oficial godo de su confianza. Al llegar estos cerca de Constantinopla, como salieran á recibirlos el emperador y Rufino, á una señal de Gainas, cayeron los soldados sobre este y lo despedazaron.

A Rufino sucedió en el favor imperial el eunuco Eutropio, que muy en breve se mostró cual era: avaro, cruel é ingrato para con sus bienhechores.

En lucha Eutropio con Estilicon, y extraño aquel al arte de la guerra, se vió en la necesidad de dar el mando de las tropas á Gainas, el cual hizo que fuera muerto Eutropio.

Ya hemos dicho que Alarico, incitado por Rufino, habia invadido la Grecia. Este desgraciado país volvió á ser asolado segunda y tercera vez por el Bárbaro, unido á Radagaiso jefe de los Hunos.

Alarico volvió á penetrar en los estados de Honorio, que se retiró á Rávena, resuelto á abandonar la Italia; pero el denodado Estilicon venció al Godo en la batalla de Polencia (403), haciendo prisionera á su familia y forzándolo á retirarse despues de hacerle sufrir una y otra derrota.

No por esto habia desaparecido el peligro, porque Radagaiso, al frente de cuatrocientos mil Vándalos, Suevos

y Borgoñones, avanzando hácia las márgenes del Báltico, y reforzado con ginetes Alanos, Godos y gentes de todas las naciones, sembrando por todas partes la desolacion y el espanto, se presentó en las orillas del Danubio.

Radagaiso dividió la inmensa multitud de los suyos en tres cuerpos, y poniéndose al frente de uno de ellos, arrasó la Panonia, franqueó los Alpes y el Pó, devastó las más bellas ciudades de la Etruria y puso sitio á Florencia, en cuyas cercanías encontró á Estilicon que le venció y dió muerte (405).

De los dos ejércitos, fraccionados de las hordas de Radagaiso, el mandado por Gundecaro, rey de los Borgoñones, arruinó la Galia Oriental; el dirigido por Godigisilo, fortalecido con los restos del muerto Radagaiso, fué dominado por los Francos, que á su vez sucumbieron á mano de los Alanos, á los que sucedieron en la obra de asolar á las desdichadas Galias, los Borgoñones y los Germanos.

Aprovechando estas desgracias, los aventureros aclamaban á uno ú otro tirano como Márco y Constantino.

En medio de estas circunstancias murió Arcadio (408), dejando un hijo llamado Teodosio, que aun estaba en la infancia.

Mientras acontecian estos desórdenes, reapareció el bárbaro Alarico exigiendo que se le diera una de las provincias occidentales.

Olimpio, olvidando los favores recibidos de Estilicon, se apoderó del ánimo de Honorio, encendiendo en su menguado ánimo la sospecha de que el Vándalo queria reemplazarlo colocando en el trono á su hijo Eustaquio, y por consecuencia, fué despiadadamente muerto Estilicon, única salvaguardia del imperio.

Alarico, falto ya de todo miramiento, penetró en Italia y llegó ante la indefensa Roma, que diputó al senador Basilio y á Juan, tribuno de los notarios, para implorar la piedad del vencedor.

Despues de imponer terribles condiciones, el Godo levantó el sitió y se retiró á Toscana.

Jovio, prefecto del pretorio, sucedió á Olimpio en el menguado favor imperial.

Puesto Alarico otra vez en movimiento, obligó al Senado á que, depuesto Honorio, fuese elevado al imperio Atalo. Pero muy pronto cambió la fortuna, con un socorro del imperio de Oriente; hasta que, irritado Alarico, se presentó por tercera vez ante Roma (110), en la que entró por la traicion de los esclavos, entregándose los suyos á los más grandes excesos, y no dejando la ciudad hasta el sexto dia, hartos los suyos de botin y de muertes.

Alarico murió (412) en las cercanías de Cosenza y le sucedió su cuñado Ataulfo, que ocupó la Galia, se unió á Gala Placidia, hija de Teodosio, y despues fué asesinado por Sigerico.

Honorio murió en 15 de Agosto del año 423.

Valentiniano III, hijo de Placidia, ocupó el trono de Occidente, bajo la tutela de su madre. Defendian el imperio contra las invasiones de los Bárbaros los dos generales Aecio y Bonifacio, gobernador de Africa; pero, enemistados ambos y no sintiéndose bastante fuerte el segundo para luchar contra Aecio, llamó en su auxilio á los Vándalos, que se trasladaron al Africa, dirigidos por Genserico, y la desolaron.

Atila, jefe de los Hunos, despues de haber sojuzgado á los Gepidos, Ostrogodos, Suevos, Alanos, Cuados y Marcomanos, y de matar á su colega y hermano Bleda, vencido por él el mundo bárbaro, se dirigió contra el civilizado.

Al frente de sus innumerables hordas, taló Atila los países comprendidos desde el Euxino al mar Jonio, y no destruyó á Constantinopla porque Teodosio se sometió á las mas vergonzosas condiciones.

Abandonada Constantinopla, se dirigió Atila hacia el

Occidente y puso sitio á Orleans, que levantó á la aproximacion de Aecio, el cual, al frente de las tropas Romanas y auxiliado por Meroveo, rey de los Francos y por Teodorico, rey de los Visigodos, venia á pelear con los Bárbaros, fanatizados por el *Azote de Dios.*

El combate se verificó en los campos Cataláunicos, á orillas del rio Marne, en el que fué derrotado Atila y pereció Teoderico, quedando el campo cubierto con ciento cincuenta mil cadáveres.

Recogiendo Atila el resto de sus fuerzas, volvió á pasar el Rin, y costeando el Danubio, regresó á la Panonia.

Al llegar la primavera siguiente, el jefe de los Hunos se puso en marcha para Italia, sembrando por todas partes el terror y el espanto; y ya en ella, se encaminó resueltamente á la indefensa Roma, que se salvó á ruegos del Papa San Leon.

Vuelto Atila á sus estados, murió (453), y su fin fué el acabamiento de su imperio y del predominio de sus feroces hordas.

Libre ya Roma de este inmenso peligro, el mismo Valentiniano III dió muerte á Aecio, el salvador del imperio.

Habiendo despues ofendido el emperador en su honra al rico senador Petronio Máximo, este lo hizo degollar (455), y fué aclamado emperador. Pero obligando Máximo á que se casara con él á la viuda de Valentiniano, esta llamó en su auxilio al terrible Genserico, que, con su ejército de Vándalos y Alanos, se presentó en la desembocadura del Tíber. Máximo que quiso huir, fué apedreado por el pueblo y su cadáver arrojado al rio (455).

Genserico penetró en la indefensa Roma, donde permaneció quince dias entregado al saqueo con sus Vándalos y Alanos, y despues, cargado en sus naves el botin, entre el cual se contaba á la misma emperatriz y á sus hijas reducidas á la esclavitud, regresó á sus estados de Africa.

Á Máximo sucedió Avito en el imperio, el cual fué despojado por Ricimero, que colocó en su lugar á Mayoriano que murió á manos del ejército sublevado (461), al cual sustituyó Ricimero con Livio Severo (461); á este con Antemio, igualmente protegido por el omnipotente Ricimero, hasta que desavenido tambien con él, le mató y proclamó á Olibrio.

A Olibrio sucedió Glicerio, que fué despojado por Julio Nepos, anulado á su vez por Orestes, secretario que fué de Atila, el cual, no queriendo para sí el imperio, lo dió á su hijo Rómulo Augustulo.

Sublevados los Bárbaros, á sueldo de Roma, pidieron á Orestes la tercera parte de las tierras de Italia. Negada la peticion, encontró esta apoyo en Odoacro, que hizo prisionero á Orestes en Pavia, y que, compadeciéndose del imbécil Rómulo Augustulo, le señaló una pension y un retiro en el promontorio Miseno.

Así acabó el imperio Romano de Occidente (476), en las débiles manos de un niño, que, por mofa sangrienta del destino, adunaba en sí los nombres de los fundadores de Roma y del Imperio.

LECCION XL.

El Cristianismo.—Las Persecuciones.

Durante el duodécimo consulado de Augusto, cerrado el templo de Jano en señal de la paz universal, y con ocasion del empadronamiento general que se hacia en Judea, llegaron á Bethlehem María y su esposo José, carpintero que vivia en Nazareth.

Tan grande era el número de viageros que aquella noche se hospedaba en la pequeña ciudad, que el jóven matrimonio no halló más abrigo que un establo, en el cual, durante la noche del 25 de Diciembre, dió á luz la Santísima Vírgen un niño que recibió, ocho dias despues, en la ceremonia de la circuncision, el nombre de Jesús.

Alarmado Herodes con la profecía que anunciaba el nacimiento de un Rey de los Judios, mandó degollar á todos los varones recien nacidos en el distrito de Bethlehem; cruel decreto que el santísimo matrimonio burló huyendo á Egipto, donde permaneció hasta la muerte del déspota, que tuvo lugar en aquel año mismo.

Llevado Jesús á Jerusalem, á los doce años, durante

la celebracion de la Pascua, estuvo por espacio de tres dias en el templo, oyendo, preguntando á los doctores y asombrando á todos con su prodigiosa sabiduría.

Al comenzar el año decimoquinto del imperio de Tiberio (29), anunció el Bautista que era llegado el tiempo del Mesias, y al siguiente bautizó el Precursor á Jesús en las aguas del Jordan y comenzó este á cumplir su mision divina, que continuó durante los tres siguientes años, predicando y enseñando en muchos pueblos de la Judea, justificando su divinidad y su doctrina con milagros infinitos.

Jesús eligió entre las clases más humildes doce Apóstoles, para que, despues de su muerte, predicaran el Evangelio.

La Buena Nueva, esparcida entre el pueblo, atrajo á Jesús el ódio de los Fariseos y sectarios de la antigua ley, que conspiraron contra él.

Vendido Nuestro Señor por Júdas, uno de los doce Apóstoles, fué ignominiosamente conducido ante el gran sacerdote Caifás, acusado por medio de testigos falsos y declarado reo de pena capital, como blasfemo, corruptor del pueblo y promovedor de rebelion contra el César. Mas como el derecho de vida y muerte residia en Poncio Pilato, gobernador de Judea, fué enviado Jesús ante este, que, despues de vestirle un harapo de púrpura, coronarle de espinas y ponerle en las manos un cetro de caña, como á rey de burlas, débil ante la presion del populacho, lo condenó á muerte.

Conducido Jesús al Calvario, fué crucificado entre dos ladrones, á las doce de la mañana del dia tres de Abril del año treinta y tres, y expuesto en la cruz hasta las tres de la tarde en que espiró.

Cicuenta dias despues de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo, iluminados los Apóstoles por el Espíritu Santo, comenzaron la Obra Apostólica, y San Pedro y San

Juan convirtieron, en una sola predicacion, á tres mil Judios.

Poco tiempo despues se dispersaron los Apóstoles, distribuyéndose el mundo para la predicacion de la Doctrina del Maestro que produjo desde luego abundantísimos frutos.

Rompiendo los nuevos cristianos con las viejas preocupaciones del mundo antiguo, viviendo bajo la ley de la fraternidad, de la caridad y del amor, juntaban sus bienes y vivian en comun bajo la direccion de sus padres espirituales, constituyéndose en Iglesias ó asambleas, siendo la primera la de Jerusalem, á la que siguió la Patriarcal de Antioquía, que al trasladarse á la metrópoli del mundo antiguo, fundó la iglesia de Roma, cuyo Pastor es Jefe y Cabeza de la Iglesia Universal y Padre comun de la familia cristiana, como sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

Eran los primeros cristianos por extremo sumisos á las leyes y puros é inocentes en su vida privada, lo cual formaba tal contraste con la depravacion de los gentiles, que estos, en su ódio, los calumniaban frecuentemente, atribuyéndoles toda clase de crímenes. Como, además, sus doctrinas se oponian á la religion del imperio, fueron condenados á los más atroces suplicios, si no renegaban de sus creencias y sacrificaban á los ídolos.

De aquí las persecuciones en que los cristianos, atestiguando la santidad de su fé, lo arrostraban todo antes que quebrantarla.

Trece fueron las persecuciones que sufrieron los cristianos, hasta que el edicto de Constantino el Grande (313), restituyó la paz á la Iglesia.

1.ª Que tuvo lugar en Jerusalem, poco tiempo despues de la Resurreccion, promovida por Saulo, despues S. Pablo. En ella pereció apedreado el protomártir S. Estéban, y fué S. Pedro aprisionado. Renovóse, algunos años despues, esta persecucion por Herodes Agrippa, restaurado en el trono de Judea por Cláudio.

2.ª En Roma, en tiempo del emperador Neron (64 á 68). Despues de haber incendiado parte de la ciudad, este bárbaro hijo de Agripina, acusó á los cristianos de tal crímen y los persiguió cruelísimamente. En ella murieron S. Pedro, crucificado, y decapitado S. Pablo, en consideracion á su calidad de ciudadano de Roma.

3.ª En los dias de Domiciano que persiguió á cristianos y judíos (90 á 66). Entre otras víctimas sin cuento, fué sumergido el Evangelista S. Juan en una tina llena de aceite hirviendo, de la que se salvó milagrosamente, y relegado á la isla de Pathmos, donde escribió el Apocalipsis. Flavia Domitila, sobrina de uno de los cónsules romanos, padeció entonces por la Fé.

4.ª Imperando Trajano (97 á 116), durante la cual, Plinio el Jóven, procónsul de la Bitinia, escribió una carta al emperador en la que justificaba á los cristianos, y fueron martirizados S. Ignacio, obispo de Antioquía, y S. Simon, que, á la edad de ciento veinte años, regía la Iglesia de Jurusalem.

5.ª En tiempo de Adriano (118 á 129).

6.ª En el reinado de Antonino Pio; con motivo de la cual S. Justino escribió su primera Apología, en defensa de los cristianos.

7.ª En tiempo de Márco Aurelio el Filósofo (161 á 174). Fueron durante esta persecucion víctimas ilustres S. Justino, S. Policarpo, S. Potino, los mártires de Lyon en la Galia Céltica y las africanas Perpétua y Felicitas.

8.ª Bajo Septimio Severo (199 á 211), la persecucion fué durísima, especialmente en Africa; en ella fué martirizado S. Ireneo, obispo de Lyon, en la Galia, con gran parte de su fiel rebaño.

9.ª Que se verificó imperando Maximino, el cual deseaba exterminar la familia de Alejandro Severo, que contaba en su seno muchos cristianos (235 á 238).

10.ª Bajo Decio (249 á 251), en que un poeta fanáti-

co se presentó en público, deplorando el abandono de la religion, á que contestó el vulgo pidiendo que se reparara el mal con la *sangre de los impíos.* Los magistrados, adulando á la multitud, persiguieron á los cristianos.

11.ª Al fin de su reinado, Valeriano, por instigaciones del prefecto Macriano, persiguió á los fieles.

Contáronse entonces ilustres víctimas como Cipriano, los Papas Estéban y Sixto y S. Lorenzo.

12.ª En tiempo de Aureliano (272 á 273), la cual fué corta, pero muy sangrienta.

13.ª Bajo Diocleciano, ferocísima y terrible, conocida con el nombre de *Era de los Mártires,* durante la cual las Iglesias fueron demolidas, robados los vasos sagrados, despedazados los ornamentos de los templos, é incendiados los libros litúrgicos. Comenzó en Nicomedia el dia de las fiestas terminales, y fué durísima en África y en España, encomendada al feróz Diaciano. Durante esta persecucion, la legion Tebea, compuesta de cristianos, antes que renegar su fé ó volver sus armas contra el emperador, se dejó matar; ejemplo que jamás pudo dar el paganismo.

TERCER PERÍODO.

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

DESDE LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE, EN 476, HASTA LA TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS OTOMANOS, EN 1453,

OCTAVA ÉPOCA.

LOS BÁRBAROS. (DE 476 Á 622.)

LECCION XLI.

FILIACION Y COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS BÁRBAROS.

En el siglo primero de la era cristiana estaba la Germania ocupada: al Norte, por los Cheruscos; por los Suevos al Sudoeste y por los Marcomanos al Sudeste.

En la segunda centuria, encontramos dominada esta vasta comarca por pueblos divididos en grandes confederaciones: la de los Alemanes, la de los Francos, y las de los Sajones, Godos, Alanos y Vándalos.

Los Alemanes no procedian de un solo pueblo, pues estaban constituidos por la confederacion de tribus diversas que habitaban entre los Alpes y el Mein. Eran verdaderamente notables los Alemanes por su caballería mezclada con los infantes más ágiles y robustos que acompañaban á aquella y que en ciertos momentos presentaban al enemigo una infanteria improvisada.

Al Norte de los Alemanes, entre el Rin, el Mein y el Weser, parece, en el mapa Peutingeriano, levantado en tiempo de Teodosio ó de su hijo Honorio, un país señalado con el nombre de Francia, y debajo de este nombre, denominacion genérica de la comarca, léese: Chauci, Amsibarii, Cherusci, Chamavi qui *et Franci*. Los Francos

eran una de esas ligas formadas con ocasion de las contínuas guerras de los Bárbaros contra los Romanos. Varias tribus errantes de esas comarcas, como los Bructeros, los Catos, Atuarianos y Sicambros, parece que formaron parte de la confederacion de los Francos. Sin embargo, la fecha exacta de la formacion de esta liga, es desconocida, pues unos la señalan despues de las guerras de Civilis, mientras la fijan otros despues de las expediciones de Maximino (235 á 238); bien que el nombre de Franco no se halla en los escritores latinos hasta mediado el siglo XI.

Al espirar la tercera centuria, encuéntrase al Norte de los Francos la confederacion de los Sajones, que desde la península Cimbrica y las islas cercanas, se extendieron hasta la frontera de los Cheruscos y el país de los Francos. Estrechados por estos, se embarcaron para talar las costas de las Galias y de la Bretaña, que habia dejado indefensas el imperio Romano. Maximiano, colega de Diocleciano, confia á Caraucio una flota contra los Sajones, primera vez que se menciona á tan terribles piratas.

Por estos mismos tiempos suenan establecidas al Este de la Germania, varias gentes, como los Godos, Vándalos, y Alanos.

En el año doscientos once parecen ya sobre el Danubio inferior los Godos. Estos pueblos, segun Jornandes, proceden de la Escandinavia, de donde descendieron hacia el Sur, como los Cimbrios y los Teutones, encontrándose ya en el siglo I, lindando al Este con los Marcomanos.

Asi se establecieron los Godos en las comarcas situadas sobre el Ister, que llegaron á dominar desde el Báltico al Euxino, reemplazando á los Dacios, dominados por Trajano, como los Francos y los Alemanes habian sucedido á la liga de los Cheruscos y de los Suevos.

Entre las márgenes del Oder y las costas de la Pome-

rania y el Meklemburgo, vivian los Vándalos, al Oeste de los Godos, con los que los confunden Plinio y Procopio. Los Herulos, los Borgoñones y los Longobardos formaron parte de la familia Vándala.

Parece que los Alanos eran un pueblo originario del Asia, morador por espacio de largo tiempo en el Cáucaso, y al que las emigraciones de las tribus asiáticas habian empujado hacia la Germania.

Tales eran las gentes que en el siglo III poblaban el Este y el Oeste de la Germania. En el centro vivian los restos de la confederacion de los Suevos, que unidos con aquellos, marcharon á derribar el mundo Romano.

Los pueblos de raza Germánica no edificaban ciudades. Cada familia se establecia en el paraje que estimaba más conveniente, y la reunion de muchas de estas constituia un canton que regía un jefe elegido por la tribu.

Los negocios graves se decidian por la Asamblea general que se reunia en el plenilunio ó en el novilunio. En ella proponia los asuntos el rey ó alguno de los principales jefes, y la asamblea aprobaba blandiendo las armas ó desechaba con murmullos. Entre estos pueblos habia familias sagradas, de donde salian los reyes ó jefes superiores, como entre los Godos los Amalos y los Baltos, y entre los Francos los Merovingios.

El consejo de la tribu fallaba las causas capitales, aunque en la asamblea general se nombraba á algunos jefes para que administraran justicia, acompañados de cien asesores sacados de cada pueblo, para que los acusados fueran juzgados por sus iguales.

Establecíase el tribunal en una eminencia, al pié de una roca ó de un árbol. Necesitaba probar su acusacion el ofendido por medio de juramento y de testigos: acudíase á la prueba del fuego ó del combate singular: pagaba el homicida ó el autor de heridas cierta cantidad (wehrgeld) á que estaba solidariamente obligada su familia, y

si aquel resultaba insolvente, era arrojado del Canton (Vargus). La traicion y la desercion eran castigadas con la horca: el cobarde era condenado á morir ahogado en el cieno.

Iban las tribus, en las expediciones militares, á las órdenes de sus jefes, que velaban cuidadosamente por sus subordinados y estos, en cambio, morian por defenderlos. Asi es que, como Tácito afirma, los príncipes y los caudillos trabajaban por la victoria y los suyos por su jefe que los mantenia en la guerra; esbozo del sistema feudal de la Edad Media.

El órden predilecto de batalla entre los Germanos era la cuña, en cuyo vértice se colocaban los más esforzados; aunque tambien combatian en filas extensas y se exitaban con los cantos bélicos que tanto espanto causaron en las tropas de Mario.

El que más se distinguia en cada familia por su fuerza ó su valor, tenia sobre ella, como cabeza y jefe, un poder ilimitado: todos los hijos tenian parte en la herencia del padre: dedicados los hombres á la guerra, las mujeres cultivaban la tierra, sin perjuicio de acompañar á sus maridos en los combates: estimaban en mucho á sus mujeres los Germanos, en las que creian que habia algo de divino, por lo que tenian en grande aprecio sus consejos y las consideraban como á sus iguales: los esclavos, entre estos pueblos, dedicados á la labor, eran benignamente tratados y considerados como colonos.

Más allá del vasto imperio Romano estaban los bosques de la Germania, las dilatadas llanuras de la Sarmacia, las apartadas regiones Asiáticas y los desiertos Africanos.

Desde estos ignotos países se lanzaron los Bárbaros sobre el enervado imperio Romano, y mientras que los Germanos derrumbaban el de Occidente, los Eslavos y los Arabes despojaban al de Oriente

Roma debió su salvacion al Pontificado que enarboló en ella el estandarte de la fé católica, y Constantinopla á sus altas murallas y á su situacion extrema, colocada fuera de las corrientes invasoras, que siguieron hasta el fin de la Edad Media, de Este á Oeste, el curso del Danubio, desde el Volga hasta el Loira, con Atila; y desde el Himalaya hasta el Pirineo, con el islamismo, á lo largo del Mediterráneo.

Los Eslavos, originarios de la India y descendientes de los antiguos Sarmatas, aparecieron en Europa muchos siglos antes de Jesucristo, y de ellos haremos mencion, como de los Arabes, en sus lugares oportunos.

LECCION XLII.

Sucesos del imperio de Oriente, desde Teodosio II, hasta la muerte de Teodosio III.

Teodosio II, de edad de siete años, ocupó el trono de Constantinopla, por muerte de su padre Arcadio (408), bajo la tutela del honrado Antemio, que la cedió á Pulqueria, hermana del emperador, al cumplir esta los diez y seis años.

Dirigido el indolente Teodosio por Antemio, por su esposa Eudoxia (Atenaida) y sobre todo por Pulqueria, gozó Constantinopla de paz profunda, durante su largo reinado.

Muerto Teodosio (450), y sucediéndole Pulqueria, dió esta su mano á Marciano, que se mostró digno de este honor defendiendo el imperio contra los Sarracenos y obligando á retirarse á los Hunos.

Acabada la descendencia de Teodosio el Grande con la muerte de Pulqueria, ocupó el trono Leon I, el Tracio, al que sucedió su nieto Leon II que imperó once meses, bajo la tutela de su padre Zenon, el cual entró á reinar apoyado en la guardia Isáurica, de la que era jefe, y que, por tal manera, comenzó á desempeñar en Constantinopla el mismo papel que la pretoriana en Roma.

Intrigas palaciegas, heregías, guerras y rebeliones, llenaron el reinado de Zenon, que fué destronado por los Ostrogodos de la Panonia, mandados por Teodorico, príncipe que se habia educado en la córte de Constantinopla, y que, en premio de sus servicios, obtuvo licencia para dirigirse contra los Herulos que ocupaban la Italia.

Muerto Zenon, su viuda Ariadna se casó con Anastasio, que ocupó el imperio (491) y murió despues de un reinado de veinte y siete años, conturbado por las sublevaciones de la guardia Isáurica, por las invasiones de los bárbaros, y por las heregías.

Tras de Anastasio reinó Justino (518), que se habia elevado por su mérito al puesto de prefecto del pretorio, el cual venció á los Búlgaros y á los Hunos, puso término á las contiendas teológicas y adoptó á su sobrino Justiniano (527).

Casado este con la actriz Teodora, tomó demasiada parte en las facciones de los Verdes y de los Azules, por lo que, en el año quinto de su reinado, se promovió una sedicion en Constantinopla, contra la que pudo sostenerse por la firmeza de la emperatriz.

Belisario recibió el encargo de hacer la guerra á los Vándalos, la que llevó á cabo apoderándose de su capital, entrando sin resistencia en Cartago y venciendo á Gelimero en Tricameron. En seguida el afortunado general marchó á Italia y comenzó la conquista de este país, que no pudo completar, porque habiendo acometido Cosroes I los dominios del imperio, le fué confiada esta empresa, en la que el caudillo de Justiniano obligó al persa á pedirle la paz.

Durante estas guerras, las rivalidades de los visigodos devolvieron al imperio casi toda la parte Oriental de España.

Comprendida por el emperador la necesidad de recopilar las leyes Romanas, encargó esta comision al cuestor

Treboniano, que en union de los más célebres jurisconsultos, reunió en un solo cuerpo las leyes contenidas en los códigos Gregoriano y Teodosiano. Tal fué el orígen del llamado *Codex repetitæ prelectionis;* á cuyos trabajos siguió una compilacion de las sentencias de los más célebres jurisconsultos de la Roma imperial, que se tituló *Digestum, sive Pandectæ.* Estos trabajos legislativos terminaron con las *Institutiones* y las *Novelæ constitutiones.*

Muerto Justiniano, entró á sucederle (565) Justino II, en cuyo tiempo la Italia cayó en poder de los lombardos. Tiberio II se hizo amar de sus súbditos durante su breve reinado de cuatro años. Sucedió á Tiberio, Mauricio (582), que obtuvo de Cosroes II una paz beneficiosa, interviniendo, como mediador, en la guerra civil de los Sasanidas.

Habiendo los ávaros invadido el imperio, á pesar de las derrotas que les hizo sufrir Mauricio, repuestos aquellos por la indisciplina de los soldados imperiales, volvieron á acometerle. El gefe de los ávaros ofreció entregar doce mil prisioneros que tenia en su poder, mediante cierto rescate, y habiéndose negado á ello el emperador, les dió cruelísima muerte. Este suceso produjo tanta indignacion contra Mauricio, que las tropas se sublevaron aclamando á Focas, (602) y el emperador fué muerto con toda su familia. El reinado del tosco y grosero Focas acabó (610) por la rebelion de los Verdes y de Heraclio, hijo del Exarca de Africa.

Cuando Heraclio ascendió al imperio, muchas de las provincias del Norte hallábanse invadidas por el feroz Cosroes II, que trataba de exterminar el nombre cristiano.

Así, en el asalto de Jerusalem perecieron noventa mil de sus habitantes, fueron abrasados los templos y robado el sagrado madero de la Cruz, que el persa se llevó á sus estados.

Débil al principio el emperador, excitado por el Patriarca y el clero, libró al Asia Menor y á la Siria y persiguió al vencido Cosroes en sus mismos estados, donde este fué asesinado por sus súbditos. Concertado Heraclio con Siroes, hijo de Cosroes, regresó á Constantinopla llevando en triunfo la sagrada Cruz que habia rescatado.

Despues de estas insignes victorias recayó el emperador en su habitual indolencia, en tanto que los árabes se apoderaban de la Persia, hundiendo la dinastía de los Sasanidas é invadiendo el imperio griego, al que arrebataron el Egipto, la Siria y la Palestina (638).

Sucedieron á Heraclio siete emperadores que mancillaron el trono, más que con sangre, con sus crímenes.

Envenenado aquel por su suegra Martina, hizo esta coronar á su hijo Heracleonas (641), que fué mutilado y cortada la lengua á su madre (641); Constante II murió asesinado en Siracusa; Constantino II, Pogonato, hizo arrancar los ojos á sus hermanos y dejó el imperio á su hijo Justiniano II, que mandó degollar á los habitantes de Constantinopla y fué mutilado por el usurpador Leoncio. A Justiniano II sucede Filépico Bardanes que cae destronado por su secretario Artemio, el cual impera con el nombre de Anastasio II, y se refugia entre los búlgaros forzado por una insurreccion de la escuadra que aclama á Teodosio III, el cual abdica (717), entrando por tal manera á ocupar trono tan envilecido, Leon III, tronco de la dinastía Isauriana.

LECCION XLIII.

Los Ostrogodos y los Lombardos en Italia.

Efímero fué el poder fundado en Italia por Odoacro y sus hérulos sobre las ruinas del imperio romano.

Los ostrogodos, obligados á seguir á Atila en sus expediciones, no recobraron su independencia hasta la muerte del jefe de los hunos, que se establecieron en la Mesia y la Panonia.

Teodorico, su rey, obtenido del Emperador de Oriente Zenon, el permiso de conquistar la Italia, seguido de las gentes de raza gótica, atravesó los Alpes Julianos, y venció y dió muerte á Odoacro.

Venturosas empresas militares pusieron bajo la autoridad de Teodorico los países situados desde el Danubio á la isla de Sicilia, y desde la Macedonia al estrecho de Gibraltar, afianzando en España la autoridad de su nieto Amalarico.

El Gobierno de Teodorico fué más humano y justo de lo que podia esperarse de un jefe godo, apoderado de tan extensos países por derecho de conquista.

El célebre *Edicto de Teodorico* muestra los deseos de este príncipe por armonizar las costumbres de sus súbdi-

tos, bárbaros ó romanos, *salvo el respeto al derecho público de cada uno.*

Cuestiones en materia de religion le llevaron hasta la tirania.

Boecio fué condenado á muerte, que sufrió en medio de tormentos horribles.

Un crímen es por lo comun generador de otro crímen: Simaco fué igualmente muerto; pero los remordimientos se apoderaron tan violentamente del corazon del monarca godo, que, viendo en todas partes la imágen de su ministro, murió al cabo de tres dias en su palacio de Rávena.

Á Teodorico sucedió su nieto Atalarico bajo la tutela de su madre Amalasunta, que empeñada en fovorecer á los romanos, escitó de tal manera contra sí la mala voluntad de los godos, que la despojaron del trono, el cual dieron á Atalarico.

Muerto este á los nueve años, por consejo de Amalasunta fué nombrado Teodato, que pagó á su bienhechora haciéndola morir en el lago de Bolsena, concitándose con tan negra ingratitud el desprecio de godos y romanos.

El emperador de Oriente, Justiniano, aprovechó tan hermosa ocasion de recobrar la Italia presentándose como vengador de Amalasunta, á cuyo efecto envió contra los godos á Belisario, ilustre vencedor de los vándalos. El cobarde Teodato fué depuesto por los suyos que eligieron á Vitiges, el cual fué hecho prisionero en Rávena.

Á Vitiges sucedió Totila, que fué muerto en la batalla de Nocera (552), con la que acabó la dominacion de los ostrogodos.

Narses gobernó la Italia con título de Exarca por espacio de quince años.

Justino sustituyó á Narses con Longino, por lo que, irritado el eunuco, incitó á los lombardos á la conquista de la Italia, que la invadieron y fundaron la Lombardia, empeñándose en largas y porfiadas guerras que conti-

nuaron hasta que Astolfo, apoderándose de Rávena, dió fin al Exarcado y á la Pentápolis.

Queriendo Astolfo enseñorearse de Roma, los papas solicitaron el auxilio de los francos.

Al efecto pasó á Italia Pipino (754) y obligó al lombardo á ceder al Papa Estéban II, no solo el ducado de Roma, sino el antiguo Exarcado y la Pentápolis.

Algunos años despues, impetrando el Papa Adriano el auxilio de Carlomagno contra Desiderio, el rey franco pasó á Italia, destronó á este y dió fin al reino de los lombardos (774), cuyos estados pasaron á los Carlovingios, con excepcion de parte de la Toscana y el ducado de Perusa que engrandecieron los estados de la Iglesia.

LECCION XLIV.

Los Francos, desde su establecimiento en las orillas del Rin, hasta el fin de la dinastía Merovingia.

Las tribus germánicas formaron, al otro lado del Rin, cuatro confederaciones: la de los francos, la de los alanos, la de los turingios y la de los sajones.

Otros muchos pueblos francos estaban establecidos al comenzar el siglo V, en la márgen izquierda del Rin, los cuales pelearon al lado de los romanos contra los vándalos, suevos y alanos, que invadieron las Galias.

En la márgen opuesta del Rin vivian los francos cabelludos que atravesaron las fronteras romanas y asolaron el Bravante: Faramundo es tenido como el fundador de la monarquía franca. Otro de estos caudillos, Clodion, arrebató Cambrai y Amiens á los romanos, y extendió sus conquistas hasta el Soma, á la vez que los bagaudas, con el nombre de liga Armorica, se insurreccionaban en la Galia occidental.

En tan críticas circunstancias, Aeccio, general de Valentiniano III, salvó el imperio venciendo á los bagaudas, recobrando á Amiens y forzando á Clodion á retirarse á Cambrai (447). Preparábase el romano para atacar á Meroveo, sucesor de Clodion, cuando apareciendo el ferocí-

simo Atila, obligó á que se unieran francos, visigodos y romanos contra el comun peligro.

Muerto Meroveo en los campos Cataláunicos, le heredó su hijo Childerico.

Á Childerico sucedió Clodoveo, que derrotando á Siagrio en Soissons, dió fin á la dominacion de los romanos en la Galia. Dirigiéndose en seguida contra los alemanes, prometió á su esposa Clotilde hacerse cristiano, si su Dios le daba la victoria.

Vencidos los alemanes en Tolbiac, Clodoveo recibió las sagradas aguas del bautismo (496).

En su nueva calidad de príncipe católico, atacó y venció Clodoveo á los visigodos arrianos, con muerte de su rey Alarico II.

Muerto Clodoveo en París, se dividieron sus estados entre sus cuatro hijos, los cuales, á pesar de sus disensiones, conquistaron la Borgoña; conquista que su padre habia preparado haciendo á sus reyes tributarios.

Los hijos y descendientes de Clodoveo se despedazaron en guerras fratricidas que terminaron en la batalla de Testry.

El vencedor Pipino de Heristal, mayordomo mayor de palacio en la Austrasia (687), hizo reconocer al vencido Tierry III, rey de Neustria, como rey de Austrasia.

La autoridad de los mayordomos de palacio fué creciendo hasta convertirse los que la ejercian en verdaderos jefes del Estado.

Generadoras de este hecho fueron las guerras entre la Austrasia y la Neustria, y las feroces rivalidades entre Fredegunda y Brunequilda que engrandecieron el poder de la aristocracia militar, en los dias del mayordomo de Austrasia Pipino de Heristal, á quien heredó su hijo bastardo Cárlos Martel, que derrotando en la batalla de Tours (732) al ejército árabe de Abderraman, libró á Europa de caer bajo el yugo de los árabes.

Cárlos Martel, al morir, dispuso de la gobernacion de los estados francos dejando á Carloman al frente de la Austrasia y á Pipino el Breve de la Neustria.

En tanto, ocupaban los estados francos algunos príncipes degradados, conocidos en la historia con el nombre de *reyes holgazanes,* hasta Childerico III, último de la dinastía merovingia, en cuya época, convocada en Soissons la asamblea de los obispos y de los nobles, fué depuesto Childerico y proclamado Pipino (752), cuya eleccion confirmó el Papa Estéban II que consagró al fundador de la dinastía Carlovingia.

LECCION XLV.

ESPAÑA, DESDE LA INVASION DE LOS BÁRBAROS, HASTA LA RUINA DE LA MONARQUÍA VISIGODA.

En el año 409 invadieron á España innumerables hordas de cruelísimos bárbaros, en lucha incesante entre sí mismos y con los naturales.

Primero, los francos desvastaron el país estableciéndose en la Mauritania; luego los suevos, regidos por Hermerico, los vándalos de Gunderico y los alanos con sus feroces caudillos.

Al fin, estas gentes se detuvieron, quedándose los suevos en Castilla y Galicia; en Andalucía los vándalos, y los alanos en Portugal; amen de los romanos que conservaban el resto de la península. Más adelante los suevos lanzaron á los vándalos al África.

En 414, Ataulfo, unido á Placidia, hermana del emperador Honorio, vino á España y en breve tiempo se apoderó de las comarcas catalanas y aragonesas y estableció su córte en Barcelona; pero, afecto á la cultura romana, escitó Ataulfo los celos de los suyos que lo asesinaron, colocando en su lugar á Sigerico.

Walia celebró un tratado con Honorio en consecuencia del cual le restituyó á Placidia, y en cambio, el empe-

rador, lo reconoció como rey de los godos. Á este príncipe sucedió en el trono su pariente Teodoredo ó Teodorico (419), que se empeñó en prolongadas guerras con los generales romanos Aecio y Litorio, venciendo al último ante los muros de Tolosa y haciéndolo prisionero.

Teodorico murió en los campos Cataláunicos, donde peleó unido á Meroveo y á Aecio, contra Atila (451).

Á Teodoredo heredó su hijo Turismundo á quien asesinó su hermano Teodorico, que venció á los suevos en la batalla de Urbico y murió como habia subido al trono, asesinado por su hermano Eurico.

Este monarca, legislador de los godos, extendió sus dominios á costa de los suevos y de los romanos, y fijó alternativamente su córte en Toledo y Arlés, donde murió (474).

Muy jóven era Alarico II cuando sucedió á su padre Eurico. Este monarca, para robustecer su poder, se alió con Teodorico, rey de los ostrogodos de Italia, con cuya hija se casó. Al cabo encendióse cruda guerra entre los francos católicos y los godo-arrianos, que terminó con una terrible batalla cerca de Poitiers (507), en la que, vencido Alarico, murió á manos del mismo Clodoveo, que recobró las más importantes ciudades de la Galia meridional; con lo cual, la residencia de los monarcas godos se trasladó á España. Débese á Alarico el código de leyes redactado por Goyarico, conocido con el nombre de *Breviario de Aniano.*

Despojado del trono Amalarico por Gesaleico su hermano bastardo, fué en él restablecido por su abuelo Teodorico que encargó á Teudis del gobierno. Amalarico, para asegurar la paz de sus estados, se casó con Clotilde, hija de Clodoveo, con lo que, en vez de apaciguar, encendió más y más las causas de los disturbios entre visigodos y francos, pues, no entendiéndose el nuevo matrimonio, Childeberto, rey de París y hermano de Clotilde,

invadió la España, y Amalarico fué vencido y muerto (531) cerca de Barcelona.

El ostrogodo Teudis, ayo de Amalarico, sucedió á este en el trono, el cual fijó su córte en Barcelona, y murió asesinado.

Teudiselo fué muerto á los diez y ocho meses de reinar, por su libertinaje y violencia; Agila fué destronado por Atanagildo, con auxilio de los griegos, el cual dió en matrimonio sus dos hijas, Brunequilda y Gosvinda, á los reyes francos Sigeberto de Metz y Chilperico de Soissons. Divididos los magnates á la muerte de este, Liuva I reinó en la Septimania y su hermano Leovigildo en España, el que, muerto aquel, volvió á reunir los estados visigóticos.

Leovigildo guerreó con los griegos, á los que despojó de Córdoba; debeló á los cántabros; reformó la disciplina militar; debilitó el poder de los magnates, é introdujo grandes economias en los gastos públicos.

Habia tenido Leovigildo de Teodosia, su primera mujer, á Hermenegildo y á Recaredo, educados en la fé ortodoxa.

Este gran rey, estuvo dominado por su segunda muger, Gosvinda, arriana endurecida en el error, que se empeñó en hacer apostatar el cristianismo á Hermenegildo que persistió en la fé. Contrariada así la política unitaria de Leovigildo, Gosvinda supo envenenar el corazon de su esposo contra el hijastro, empeñar al padre y al hijo en una guerra civil, y hacer, por último, caer la cabeza de Hermenegildo á los golpes del verdugo (586).

En los primeros dias de Mayo del año 589, Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo y hermano de Hermenegildo, reunió en Toledo á casi todos los obispos de la península y de la Galia gótica, para repetir la incomparable escena del Concilio de Nicea. El Constantino de España adjuró solemnemente el arrianismo, cuyo ejemplo siguieron los

obispos, presbíteros y diáconos de esta profesion, y multitud de individuos de la nobleza goda.

Liuva II, heredero de su padre Recaredo (601), fué asesinado por el arriano Witerico, que obtuvo igual fin que su predecesor, y al que sucedió el católico Gundemaro, vencedor de bizantinos y vascos.

Á la muerte de este príncipe, ocupó el trono por eleccion (612), el ilustre Sisebuto, que se apoderó de casi todos los territorios que conservaban los romanos en las orillas del Mediterráneo. Igualmente afortunado en la guerra de Africa, conquistó la Mauritania Tingitana.

Tras de Sisebuto imperó Recaredo II; muerto este al cabo de tres meses, reinó el licencioso Suintila, luego Sisenando y despues Chintila y Tulga.

Bajo Chindasvinto y su hijo Recesvinto, se dictaron importantes reformas legislativas encaminadas á unificar las razas vencedora y vencida, goda é ibero-romana.

Wamba, unánimemente señalado por los próceres y los obispos, entró á reinar (672), no sin que hubiera necesidad de obligarle á ello por medio de la violencia. Este príncipe luchó con los vascos sublevados, sugetó el alzamiento de la Galia Gótica, y reformó la legislacion.

Ervigio, nieto de San Hermenegildo, hizo cortar la cabellera á Wamba, con lo que lo inhabilitó para reinar, ocupó el trono, y fué sustituido en el poder por Egica (688), reformador, como su predecesor, de la legislacion en el XIV Concilio Toledano.

El cruel y licencioso Witiza, hijo de Egica, ocupó el trono á la muerte de su padre. Este príncipe fué causa de la ruina y perdicion de España, que inerme entonces y degradada por semejante rey, fué invadida por los sarracenos. El Senado condenó al miserable monarca, y no queriendo que ni sus indignos hijos ni sus míseros hermanos dirigiesen el timon del Estado, negó el trono á Olmundo, Rómulo y Ardobasto, sus hijos y á D. Oppas y Sis-

berto sus hermanos, y reuniéndose con la brevedad que tan gran peligro exigia, en primero de Enero del año 711, eligieron á D. Rodrigo, hijo de Teodofredo y nieto de Recesvinto.

Despues de varios sucesos, vuela el nuevo rey á detener la terrible invasion de los sarracenos, que acaudillados por Muza, despues de asolar la Tingitania y de desbaratar á Rechila, dúque de la provincia, sitiaban á Céuta, defendida por el conde Julian. Resiste Céuta, pero Julian echa sus cuentas y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando á los árabes con provechosas condiciones para él, su familia y amigos, é ir á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma. Pónelo así por obra. Taric, lugarteniente de Muza, exige del conde, para darle crédito, que se declare en abierta rebelion contra Witiza, y hácia el otoño de 709 atraviesa Julian el Estrecho, lleva la desolacion y la muerte á las comarcas de Algeciras, y repasa luego el mar con muy rica presa y gran número de cautivos. Asímismo Taric y Muza, envian, en Julio del año siguiente, sobre la que por ello se denominó Tarifa, otra expedicion, confiada á Tarif Abu Zara, que vuelve á Céuta con opimos despojos.

Entre tanto, ocupado D. Rodrigo en hacer la guerra á los jamás domados vascones, y noticioso de la invasion sarracénica, envia contra ella á su sobrino Sancho, que muere en la demanda; y el rey tiene que abandonar la guerra del Norte para acudir á la más temible del Mediodia. Comete la imprudencia de confiar varios cuerpos del ejército á los pérfidos hijos y hermanos de Witiza, los cuales se pasan á la hueste del invasor, en el decisivo trance de la batalla. Duró esta por espacio de ocho dias, en las cercanías del Guadalete, desde el Domingo 19 al 26 de Julio de 711.

De seis á siete meses habia durado el reinado del infelíz D. Rodrigo.

LECCION XLVI.

La Britania, desde su abandono por los romanos, hasta Alfredo el Grande.

Acometido el imperio romano por los bárbaros, vióse forzado á llamar las legiones que ocupaban los países distantes. Entre los territorios abandonados por los imperiales se contó la Britania, ocasion que aprovecharon los pictos y los escotos para abandonar las rocas inaccesibles, tras de las cuales habian conservado su independencia, para invadir las feraces llanuras.

Los britanos pidieron auxilio á Aecio, general romano que mandaba en las Galias, y habiéndoselo negado este, restableciendo el gobierno de los clanes, lucharon con los enemigos.

Vortigerno trató de unir las voluntades de los jefes de las tribus para resistir á los invasores; pero, en la imposibilidad de lograrlo, acudió á los extranjeros para que protegieran el país.

Por aquel tiempo habian desembarcado en las costas británicas tres naves de sajones, y á ellos acudió Vortigerno demandándoles auxilio.

Los atrevidos piratas, convocando á los suyos, acudieron con diez y siete naves y mil quinientos hombres.

Como siempre acontece, los auxiliares convirtiéronse al cabo en amos, y recibiendo refuerzos, trataron de hacer suyo el país que habian sido llamados á defender.

Puesto Vortimero al frente de los desesperados naturales, atacó á los sajones matando á Horsa y obligando á Engisto á reembarcarse; pero al poco tiempo, regresó este á la isla con grandes fuerzas, ante las que sucumbieron los britanos. El caudillo germánico asoló gran parte de la isla, y fundó el reino de Kent.

Facilitado el camino, la Germania no cesó de arrojar sus tribus sobre la Britania, y como Engisto estableció el reino de Kent, otros caudillos sajones fundaron los de Sussex, Westsex y Essex.

Los britanos, acosados por todas partes, unos se enriscaron en las montañas de Gales y de Cornuailles, y otros se establecieron en la Armórica.

La fortuna de los sajones tentó á otros pueblos, los anglos, que invadieron tambien la Britania fundando los reinos de Northumberland, Estanglia y Mercia, que con los cuatro de los primeros invasores, formaron la Heptarquia anglo-sajona.

El sanguinario culto de Odino que los conquistadores importaron de la Germania, mantuvo entre ellos costumbres feroces y desordenadas; pero habiéndose casado el rey de Kent (597) con la cristiana Berta, hija de Cariberto, rey de París, impuso este, como condicion del matrimonio, que aquella no habia de ser inquietada en el libre ejercicio de su culto. Berta, pues, fué á Kent acompañada de un obispo que dispuso favorablemente los ánimos hácia el cristianismo. Sabido esto por el Papa Gregorio el Grande, mandó cuarenta misioneros que convirtieron al rey de Kent, con la mayor parte de sus súbditos. La hija de Berta, casada con el rey de Northumberland, logró otro tanto de su marido y de sus vasallos; ejemplo que siguieron el rey de Mercia y el de Westsex.

Entre estos diversos estados y caudillos sobrevinieron más adelante guerras crueles: los reinos de Estanglia, Essex y Sussex desaparecieron luego: el de Westsex comenzó á dominarlos á todos, en el reinado de Ina, á quien heredó su sobrino Egberto (800).

Este príncipe, era simpático á los anglo-sajones, como último vástago de las primeras dinastías, el cual, en guerra con los usurpadores, sojuzgó todos los estados de la antigua Heptarquia y formó de ellos uno solo.

El reinado de Egberto hubiera sido fecundísimo para la cultura británica sin las invasiones de los piratas daneses.

Estos bárbaros, de idéntico orígen que los anglo-sajones, invadieron el país y derrotaron á Egberto, que se vió envuelto con sus sucesores en una guerra interminable, pues los daneses no cesaban de invadir el país, robándolo, talándolo y regresando al suyo cargados de despojos.

No contentos los invasores con estas pasajeras empresas decidieron (861) establecerse definitivamente en la Britania.

A este fin hicieron cruelísima guerra, apoderándose de casi todo el territorio, y por último, invadieron el país de Westsex y vencieron y dieron muerte á Etehlredo, rey de esta comarca.

En tan desesperadas circunstancias los anglo-sajones pusieron sus ojos en Alfredo, hermano del rey difunto, para que salvara la pátria que sucumbia ante el furor de los piratas.

NOVENA ÉPOCA.

MAHOMA. (DE 622 Á 800).

LECCION XLVIII.

Mahoma.—Los Califas, hasta la toma de Bagdad por los Mongoles.

La Arabia estuvo poblada en tiempos remotísimos por diversas tribus, hasta que en el siglo VIII antes de Jesucristo dominan los jectanidas, entre cuyos reyes debe mencionarse á Hymiar, tronco de la familia hymiarita que reinó en el Yemen, hasta su conquista por los abisinios (522), los cuales introdujeron el cristianismo en la Arabia Feliz y en parte del Hedjaz, y fueron lanzados más tarde (597) por los antiguos habitantes del país, con el auxilio de los pérsas.

El Hedjaz fué invadido por Senaquerib, asolado por Nabucodonosor, sustituyendo á los jectanidas la tribu de los Coraitas y á esta la de Coreise, de que procedia Mahoma.

Huérfano de padre á los dos meses (569) y de madre á los seis años, dedicóse el futuro innovador al comercio y entró más adelante al servicio de la viuda Jadicha, que al cabo lo hizo su esposo.

Despues de quince años de casado, comenzó Mahoma su mision diciendo que era enviado de Dios para extirpar la idolatría y restablecer el gobierno patriarcal; for-

mulando la nueva fé en estas sencillas palabras: *No hay más que un solo Dios y Mahoma es su Profeta.*

Sus parientes y amigos fueron sus primeros sectarios: pero encontrando émulos dentro de su propia tribu, se vió obligado á huir á Yatrib, (Medina) que como rival de la Meca, acogió favorablemente al fugitivo. La entrada de Mahoma en Yatrib (16 de Julio de 622), señala el principio de la era de los musulmanes (Egira ó fuga).

Mahoma atrajo á todos los disidentes de las demás religiones y estuvo en guerra con sus parientes los Corechitas, hasta que entró triunfante en la Meca, donde abolió el culto de los ídolos, y se hizo proclamar primer conductor del pueblo árabe y Soberano Pontífice de la nueva religion.

En guerra con otras tribus, al cabo de diez años de la Egira, dominaba en la Arabia, habia invadido las provincias griegas, y forzado á no pocos reyes á aceptar el islamismo.

El profeta falleció en Medina (6 de Junio de 632) á los sesenta y tres años de edad.

Muerto Mahoma, vacilaron los suyos en la persona de su sucesor, fijándose, por último, en Abu Beker padre de Aija, una de las mujeres del profeta.

A este primer califa se debe la publicacion del Coran.

No sabiendo escribir Mahoma, reunieron sus sectarios sus inspiraciones y sentencias, que coleccionó Abu Beker en capítulos, dando el texto auténtico.

Hállanse mezcladas en el Coran las tradiciones sobre los primitivos pueblos arábigos y los patriarcas hebreos, las visiones de Mahoma sobre los fundamentos de su religion y gobierno, y gran número de preceptos morales.

Alí, marido de Fatima, hija del profeta y de su primera mujer, descontento de la eleccion de Abu Beker, se retiró con sus parciales dando orígen al cisma que aún tiene divididos á los musulmanes.

Abu Beker dió la señal de la guerra santa invadiendo la Siria y la Mesopotámia, y haciéndose dueños sus generales de Palmira, de Bosrra y de Damasco.

Omar (364) se apoderó de la Fenicia, de la Palestina, del Egipto y de la Pérsia y murió asesinado por un esclavo.

A Omar sucedió Othman que acabó de someter el Egipto, mientras que Abdallah derrotaba ante Trípoli al prefecto Gregorio. Moavia, gobernador de Siria, invadió las islas de Ródas y de Chipre, y Said la Pérsia, destruyendo el imperio de los Sasanidas, mientras que otros caudillos asolaban el Asia Menor y la Armenia.

Othman murió asesinado (655).

Alí, que ocupó el califato, luchó primero con la faccion de Aija y á seguida contra una insurreccion preparada por Mohavia, pereciendo á poco á manos de un asesino.

Mohavia tomó el título de Jefe de los Creyentes que hizo hereditario en su familia; trasladó la sede del imperio á Damasco, envió sus flotas contra Constantinopla que las rechazó por medio *del fuego griego,* y ensanchó sus dominios en Africa.

Muerto Mohavia se vió el imperio musulman devorado por la anarquía durante tres reinados, triunfando al cabo los Omeyas (785).

Con Abd-el-Malec, comenzó un nuevo período de gloria y de conquistas para el califato.

Imperando Gualid I, quinto de los Omeyas, vióse invadida y casi conquistada España.

El imperio de los árabes llegó á ser entonces tan extenso que era imposible su gobierno bajo la autoridad de un solo hombre.

Los sucesores de Gualid, déspotas, indolentes y sanguinarios, se hicieron aborrecibles de sus pueblos; los príncipes descendientes del profeta conspiraron en favor de Abul-Abbas, y Mervan II, último de los Omeyas de Orien-

te, fué muerto en una batalla (705) y exterminada su familia.

Abul-Abbas, murió al cabo de cuatro años y tuvo por sucesor á su hermano Almanzor, que fundó á Bagad, ciudad que en tiempo de sus sucesores llegó á ser la más rica y culta del mundo.

El reinado de Mahdí, tercer Abasida, se hizo notable por las expediciones contra los griegos dirigidas por el jóven Harum-ar-Rachid, que más adelante llegó á ser califa. Este cultísimo príncipe atrajo á su córte con grandes recompensas á los sábios de todos los países y de todas las regiones, é hizo verter al árabe los más afamados libros de la culta Grecia.

Apasionados los califas, sucesores de Harum, por las cuestiones religiosas, el desventurado Al-Mamun sufrió las consecuencias de estas reyertas. Motasen, su sucesor, (841) cometió la gravísima falta de admitir para su guardia esclavos turcos, que al cabo dispusieron del supremo mando.

El débil Rhadí, concedió á uno de sus oficiales turcos el honor de Supremo Emir, reservándose el Pontificado.

La autoridad religiosa de los Abasidas se conservó hasta el año 1258 en que apoderándose los mongoles de Bagdad, acabaron con el califato.

LECCION XLVIII.

Los árabes en España desde la batalla de Guadalete á la fundacion del califato de Córdoba.

Despues de la batalla de Guadalete, Taric dividió su ejército en tres cuerpos, con órden de reunirse en Jaen. Mugeit el Rumí que mandaba uno de ellos, se apoderó de Córdoba; Taric arruinó á la Guardia, cerca de Jaen, y venció á Teodomiro; Zaide se encaminó con los suyos á Iliberis, y contando con los habitantes de Garnata, poblacion compuesta de judíos, armó á estos y les concedió el mando de Iliberis; Toledo abrió sus puertas al afortunado Taric, que concedió una capitulacion honrosa.

Muza y Abdalasis extendieron la dominacion árabe, y apercibido el último de que los judíos y españoles amigos se hallaban oprimidos por Teodomiro y los suyos, se encaminó en busca de este, que noticioso de las intenciones del hijo de Muza, quiso continuar la guerra al abrigo de los montes de Cástulo y de Segura, viniendo tras varios sucesos á capitular paces con él en Orihuela.

Hecho esto, Abdalasis pasó con sus huestes á las comarcas de la sierra de Segura, y entró en Baza, Guadix, Jaen, Iliberis y Garnata, que como ya hemos dicho tenian los judíos, y se apoderó de Antequera y de Málaga sin hallar resistencia.

Entre tanto, los desdichados náufragos del Guadalete se acogieron al Pirineo entre los heróicos vascones.

Asesinado Abdalasis, Ayub trasladó la residencia de los emires desde Sevilla á Córdoba.

¿Qué suerte cupo á los cristianos españoles durante la dominacion de los infieles?

Muy al principio de la conquista, Alhorr, hizo pesar sobre todos la más violenta tiranía; Ambisa, repartiendo tierras á sus soldados y atrayendo con su generosidad nuevos colonos del África, vulneró el derecho de los cristianos, y solo el nombre de Alhaitan era emblema de terror en nuestro país.

Abuljatar-ben-Dirar, despues de repartir á sus árabes y sirios las casas y las tierras, tras de haber roto el pacto celebrado con Teodomiro, despojando á los naturales, asignó á los suyos por via de alimentos la tercera parte líquida del producto de los bienes que quedaban á los cristianos, dejando á los árabes baledíes de la primera gente, con lo que tenian en su poder de sus bienes, que no se les privó de nada de ello.

¿Cuáles habian de ser las consecuencias de tantas guerras, de tan repetidas expoliaciones? La desesperacion de los cristianos, el abandono de los campos y el hambre.

Entre tanto, desde los dos opuestos límites de la cordillera que corre desde el Mediterráneo al Cantábrico, dos civilizaciones distintas pelean por la independencia cristiana bajo la enseña de la religion. La primera desciende desde Cangas hasta Toledo. poniendo sucesivamente sus piés en Oviedo, Leon y Búrgos, cual peldaños de esta difícil escala; la otra, menos organizada y más tardía, toma á Pamplona, Jaca y Huesca, y amenaza á Zaragoza, supliendo con su teson y dureza el número y las fuerzas que le faltan.

Más de veinte emires dependientes del Califa de Da-

masco gobernaron á España hasta la fundacion del Califato de Córdoba.

La revolucion que levantó á los abasidas rompió los vínculos que unian á los emires españoles con los califas.

El emir Omeya negose á entregar el mando al abasida que lo sustituia, cuando en medio de estos desórdenes los árabes españoles pusieron sus ojos en el jóven Omeya, Abderraman, que habiendo escapado de la matanza de los suyos, penetró en España (755), donde fué universalmente aclamado.

Abderraman junta un ejército poderoso, encamínase primero á Sevilla y luego á Córdoba, vence al Emir Yusuf que sostenía la causa de los abasidas, y funda el Califato de Córdoba.

LECCION XLIX.

El Bajo Imperio.—Emperadores desde Leon III á Alejo I.

Leon III, tronco de la dinastía Isauriana, hizo cruda guerra á las sagradas imágenes.

Al efecto, publicó un decreto (726) condenando su culto, el cual excitó la ira general, suponiéndolo el vulgo inspirado por mahometanos y judíos.

El patriarca Germano protestó contra semejante órden, y escribió al Papa y á los Obispos, mientras que el Emperador rechazó la protesta con la fuerza, á que contestaba el pueblo con diarios motines.

Leon mandó derribar una imágen de Jesucristo que estaba colocada en las escaleras del palacio, profanacion á que se opusieron las mujeres con súplicas y lágrimas; pero como estas no bastaran, arrojaron por las escaleras al ejecutor del decreto.

Leon apagó el tumulto con sangre y desterró al Patriarca.

Contrariado el pueblo en sus creencias, murmuraba en todas partes y gritaba contra el Iconoclasta (rompe imágenes): Leon contestó á todos con suplicios y amenazas.

Muerto Leon III (741), ascendió al trono su hijo, al cual sucedió Leon IV, ambos persistentes en la heregía, hasta que en tiempo de la emperatriz Irene, aquella fué condenada en el sétimo concilio ecuménico.

Tutora y gobernadora la emperatriz Irene durante la menor edad de su hijo Constantino V, Porfirogénito, conspiró contra él. Habiéndose apoderado del emperador ciertos soldados, cuando huía de Constantinopla, fué privado de la vista, de tan ruda manera, que murió á los pocos dias. Dos tios suyos que se refugiaron en Santa Sofía fueron desterrados á Atenas, y asesinados luego en un tumulto, acabando con ellos la estirpe de Leon III el Iconoclasta.

Carlomagno envió á Irene una embajada anunciándole su coronacion como emperador de Occidente (800), y proponiéndole unir ambos imperios dándole su mano. Agradó á la emperatriz la propuesta; pero corriendo la noticia de que el imperio de Oriente iba á quedar sujeto al de Occidente, perdiendo Bizancio su capitalidad, alterados los ánimos del vulgo, el palacio fué atacado y presa la emperatriz.

Los revoltosos, triunfantes, condujeron al patricio Nicéforo á Santa Sofía, donde le fué ceñida la corona (802).

El ingrato Nicéforo, derrotado por Harum-al-Raschid, pereció con su ejército peleando contra Crum, rey de los búlgaros: Miguel Curopalata fué vencido en Andrinópolis y se retiró (814) á un convento: Leon renovó la heregía de los iconoclastas y fué asesinado por los parciales de Miguel el Tartamudo, que fué elevado al trono: Teófilo, hijo del bárbaro Miguel, valeroso y expléndido, opuesto á su padre en todo, al tener noticia de que el califa Mostasem se habia apoderado de Amorio, en el Asia Menor, falleció presa de tristeza invencible.

Miguel el Beodo fué muerto por Basilio, que dió principio al código de leyes publicado por Constantino con título de *Basílicas*.

Leon el Filósofo, que sustituyó (886) á Basilio, se distinguió por su lascivia y su cobardía: Constantino VII, Porfirogénito, se vió obligado á asociarse á Romano I, (916) y á los tres hijos de este, Cristóbal, Estéban y Constantino, de los cuales, el último encerró á su padre y hermanos en un monasterio.

Constantino VII, que era artista, literato, músico y poeta, mientras se consagraba á sus aficiones, dejó que su mujer Elena mancillara el imperio.

Teofana, hija de un tabernero y mujer de Romano, hijo del emperador, hizo que aquel envenenara á su padre.

Romano II vivió entregado á la molicie, y al morir, fueron proclamados sus dos hijos, que aun estaban en la infancia, Basilio II y Constantino IX.

Nicéforo Focas, notable general de Romano II, destronó á los dos emperadores niños, conquistó á los árabes la isla de Chipre, la Cilicia y la Siria, llegó con sus armas victoriosas hasta la inmortal ciudad de Nisibe, y fué degollado de órden de su mujer Teofana, que elevó al imperio á su amante Juan Zimisces, el cual hizo olvidar el orígen de su poder con su amor á la justicia y sus increibles victorias contra rusos y árabes, y murió envenenado por su chambelan Basilio.

Entonces fueron llamados al imperio los dos hijos de Romano II, que aumentaron los dominios del imperio, destruyendo el primero el reino de los cazaros.

Muertos los dos emperadores, Zoe, hija de Constantino, se casó con Romano III; pero enamorada de Miguel el Paflagonio, hizo ahogar á su marido en el baño. Enfermo Miguel, renuncia la púrpura en su sobrino Miguel el Calafate, que excitó por su ingratitud y sus vicios el furor popular, hasta el punto de que, abandonando el palacio al estallar un motin, se refugió en un convento, de donde lo arrancaron y le sacaron los ojos, proclamando á Zoe y á su hermana Teodora.

La sexagenaria y liviana Zoe dió su mano á Constantino Monomaco (X), que fué destronado por Teodora, con la cual acabó la descendencia de Basilio el Macedonio.

Despues de pasar rápidamente por el imperio Miguel Estratiotico, vistió la púrpura Isaac Comneno (1057) que la abdicó á los dos años en Constantino XI, á quien sucedieron sus tres hijos, bajo la tutela de su madre Eudoxia, que se casó con Romano Diógenes, el cual fué proclamado emperador (Romano IV). Vencido este por Alp-Arslan, los griegos proclamaron á Miguel Paropinacio y arrancaron los ojos á Romano, que se retiró á un monasterio. A Miguel sucedió Niceforo Botoniates, y á este Alejo Comneno.

Cuando Alejo ascendió al trono, hallábase el imperio combatido por todas partes y amenazado de inminente ruina, no solo por los enemigos exteriores, sino por los interiores, entre los que se contaban las heregías, eterno cáncer de Bizancio.

En tales circunstancias ocupó el patriarcado de Constantinopla San Ignacio, hijo del Emperador Miguel I.

Cuando César Bardas se apoderó de la voluntad de Miguel III, San Ignacio fué perseguido, y elevado el lego Focio á la cabeza de la Iglesia de Oriente.

Focio notificó su eleccion al Papa Nicolás 1, que declaró nulo el nombramiento del intruso.

Irritado el emperador negó la competencia del Pontífice, y Focio por su parte excomulgó al *Obispo de Roma.*

A Miguel III sucedió Basilio el Macedonio (867) que depuso al intruso y restituyó en su sede á San Ignacio.

Adriano II, heredero de Nicolás en el Pontificado, degradó á Focio.

Trascurrido algun tiempo, á fuerza de astucias y de bajas adulaciones, logró Focio atraerse la voluntad del emperador, de tal menera, que á la muerte de San Ignacio lo volvió al patriarcado.

Focio abjuró sus errores ante un Sínodo; el emperador pidió la confirmacion del nombramiento y el Papa Juan VIII envió sus legados para proceder con conocimiento de causa, los cuales encontraron á Focio pertinaz en su heregía, por lo que el Soberano Pontífice anatematizó á todo el que no lo tuviera por excomulgado.

Leon el Filósofo depuso al pretendido patriarca, poniendo en su lugar á su propio hermano Estéban.

La armonía entre las dos Iglesias se conservó hasta los tiempos de Miguel Cerulario, en que el obispo de Trani insultó á la Iglesia Latina; replicó el Papa Leon IX y se agigantó la querella.

Los legados pontificios colocaron sobre el altar de Santa Sofía la condenacion de Focio, sacudieron el polvo de sus piés y esclamaron: *Mire el Señor y júzgue.*

Desde entonces quedaron definitivamente separadas las Iglesias Latina y Griega.

LECCION L.

Los francos desde Pipino el Breve hasta Carlomagno.

La Iglesia cristiana.

Los Francos. Sus dos expediciones contra los lombardos que produjeron el engrandecimiento de los francos y del poder temporal de los papas, y las interminables contiendas entre la Austrasia y la Neustria, llenan el memorable reinado de Pipino el Breve, que al morir dejó en paz sus estados á sus dos hijos, Cárlos y Carloman.

Muerto Carloman á los tres años, la asamblea tenida en las Ardenas confirió la herencia del difunto á Cárlos, que por tal manera se vió dueño de todos los estados de su padre.

Los hechos militares de este gran príncipe, pueden resumirse en sus luchas con los sajones, contra los árabes españoles y contra los lombardos.

En guerra con los sajones penetró Carlomagno en la Westfalia (772), los venció en Osnabruch y destruyó la estátua de Irminsúl, su ídolo nacional.

Insurreccionados otra vez estos pueblos por Witikind, que refugiado en los estados del rey de Dinamarca habia atravesado el Elba degollando á los misioneros cristianos, fueron al fin vencidos en dos memorables batallas que

produjeron la sumision del terrible caudillo y su conversion á la fé cristiana. Estas guerras continuaron, sin embargo, hasta la batalla de Saltz (803) en que se realizó la completa sumision de los sajones.

Las empresas de Carlomagno en España reconocieron por orígen, que habiéndosele presentado ciertos emires y caudillos árabes descontentos, pintándole como fácil empresa la conquista de este país, aquel atravesó los Pirineos, dividió su ejército en dos cuerpos y se apoderó de Pamplona, aunque sin poder vencer la resistencia de Zaragoza; empresa que tuvo que abandonar, noticioso de la sublevacion de los sajones.

Durante la retirada de los francos y mientras atravesaban las escarpadas gargantas de Roncesvalles, fueron atacados por vascos y navarros, que dieron muerte á los más valientes adalides de Carlomagno, entre ellos á Roldan, héroe de los poemas caballerescos.

Más adelante, Ludovico Pio, á quien su padre Carlomagno habia dado el reino de Aquitania, en seis expediciones completó la *Marca Hispánica* que se extendia por los países comprendidos entre los Pirineos y el Ebro.

Fué causa de las luchas de Carlomagno contra los lombardos, haber repudiado aquel á Hermengarda, hija de Desiderio, su rey; afrenta á que contestó Desiderio proclamando los supuestos derechos de los dos huérfanos de Carloman, que con su madre, se habian refugiado en sus estados, y requiriendo al Papa Adriano I que los ungiera reyes de los francos.

La negativa del pontífice encolerizó á Desiderio, que ocupando diversas ciudades de la Pentápolis y bloqueando á Rávena, se encaminó á Roma.

Adriano impetró el auxilio de Carlomagno, el cual forzando el paso de los Alpes, penetró victorioso en Italia y se apoderó de Desiderio que se habia refugiado en Pavía con su familia, á los cuales condujo á Francia, encerran-

do al rey lombardo en el monasterio de Corbia, donde acabó su accidentada vida.

El victorioso Carlomagno, recibido en Roma en medio de la universal alegria, confirmó y aumentó las donaciones de Pipino en favor de la Iglesia, cuya acta fué colocada en el sepulcro de San Pedro.

Así concluyó el reino de los lombardos en Italia, que habia durado por espacio de más de tres siglos, odiado de los vencidos peninsulares.

Muerto Adriano I, los ambiciosos promovieron tumultos en Roma y atentaron contra Leon III, su sucesor, en cuyo auxilio marchó Carlomagno, que llegó á Italia al comenzar el invierno.

Llegadas las fiestas de Navidad (año de 800, segun el cómputo moderno 799), asistiendo á ellas el héroe Carlovingio, cuando inclinaba su frente sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles, el Pontífice se acercó á él y ciñó sus sienes con una diadema de oro, mientras el pueblo gritaba con voces unánimes: *Vida y victoria á Cárlos, grande y pacífico emperador romano, coronado por la voluntad de Dios.*

Carlomagno dió mayor solemnidad é importancia á las célebres asambleas francas; mejoró la legislacion con sus inolvidables *Capitulares*, y procuró llevar á todas las instituciones el anhelo por el bien, propio de su espíritu recto, inspirado en la sávia del cristianismo.

Anticipacion portentosa, en medio de un siglo de general ignorancia. Fué protector de las letras y de las ciencias, por lo que se rodeó de los hombres más sábios, y fundó en su palacio una escuela, dirigida por el célebre Alcuino, á la que el mismo emperador asistía con toda su familia. Soldado y conquistador amó la paz; Bárbaro, veneró la sabiduría romana y conservó sus restos; erudito, no despreció los idiomas del Norte; religioso, sostuvo los derechos del clero, sabiendo respetarlos en su justa

medida; y conociendo que se estaba operando una revolucion en las costumbres y en las ideas, lejos de oponerse á ella la encauzó, colocándose á su frente y dándole vigoroso impulso, dentro del límite de lo racional y de lo justo.

Carlomagno murió en Aquisgran el dia 27 del año 814, á los setenta y dos de su edad.

La Iglesia. A la caida del imperio de Occidente, perteneció Roma sucesivamente á los hérulos, á los ostrogodos, á los exarcas de Rávena y fué cabeza de uno de los ducados en que se dividió la Italia al ser recobrada por los emperadores de Oriente en tiempo de Justiniano.

Las donaciones de los fieles; la voluntaria sumision de no pocas ciudades; la tiranía de los emperadores de Oriente; la ferocidad de los lombardos; las donaciones de Pipino y de Carlomagno, que engrandecieron el poder temporal de los papas, son títulos tan legítimos como el mejor que puedan ostentar el más legítimo de los imperios ó los particulares, sobre sus reinos y propiedades.

Al terminar el siglo IV, los bárbaros de procedencia germánica, con excepcion de los sajones, que eran idólatras, profesaban la heregía de Arrio, y el cristianismo habia menguado en Alemania é Inglaterra.

La conversion de Clodoveo comunicó nuevo vigor á la predicacion del cristianismo, cuyos misioneros comenzaron á extenderse con ardentísima fé por los países del Norte.

Los monasterios, lugares de asilo en aquellos agitados tiempos, se multiplicaron á maravilla, adquiriendo una grande influencia moral, útil á la civilizacion y á la paz de los estados.

Durante estos tiempos sufrieron los cristianos terribles persecuciones, de las que solo mencionaremos la de Cosroes II (613), la de los vándalos en África en el siglo V, y las que promovieron los emperadores de Oriente empeñados en sostener las heregías.

Con objeto de combatir la pravedad herética y de establecer reglas de disciplina, reuniéronse los Concilios, entre los cuales hallamos cinco Generales y Ecuménicos: 1.° El de Efeso (431) contra Nestorio. 2.° El de Calcenonia (451) contra Nestorio y Eutiques. 3.° El de Constantinopla (553) que confirmó las decisiones de los anteriores contra varias heregías. 4.° El segundo de Constantinopla (680) contra los Monotelistas. 5.° El de Nicea (787) contra los Iconoclastas.

El desórden de los tiempos era poco favorable para el cultivo de las letras que no hallaban asilo fuera de los monasterios.

Durante los siglos V y VI contó el Bajo Imperio con algunos buenos poetas y varios prosistas como Sinesio y Stobeo é historiadores como Sócrates, Sozomeno y Teodoredo, así como en Occidente merecen ser leidos Sulpicio Severo, Sidonio Apolinar, Casiodoro, Gregorio Turonense, Jornandes y Paulo Diacono.

Las artes sufrieron un rudísimo golpe con la heregía de los Iconoclastas que destruyeron los buenos modelos.

En tiempo de Justiniano, el arquitecto Isidoro edificó el magnífico templo de Sta. Sofía. España, Italia y Francia, inspirándose en las buenas tradiciones, levantaron magníficas iglesias y monasterios.

S. Gregorio estableció el *Canto Gregoriano* que despertó en Europa la aficion á la buena música.

En medio de la necesaria decadencia de las artes, de las letras y de las ciencias, sobresalen como gigantes inconmensurables los Padres de la Iglesia.

DÉCIMA ÉPOCA.

LOS CARLOVINGIOS (800 Á 1095.)

LECCION LI.

SUCESORES DE CARLOMAGNO.

Ludovico Pio, á poco de comenzar su reinado, dividió sus estados (817) entre sus hijos, asociando al imperio á Lotario, dando la Aquitania á Pipino y á Luis la Baviera.

Encolerizado por esta division Bernardo, sobrino natural de Ludovico, á quien este benignamente habia dejado que continuara siendo rey de Italia y que contra toda razon aspiraba al imperio, se alzó contra su protector y fué vencido y muerto.

Viudo de Hermengarda, casóse Ludovico con Judith de Baviera, de la que tuvo á Cárlos el Calvo. Inspirándose en la justicia, no quiso Ludovico que fuera Cárlos de peor condicion que sus hermanos; así, con el consentimiento de Lotario, segregó de los estados de este la Alsacia, la Suabia, la Retia y la Borgoña Helvética, que dió á aquel con título de rey.

Descontento luego Lotario, se reveló con sus herma-

nos contra su padre, el cual fué depuesto por sus desnaturalizados hijos.

Rehecha la opinion en favor de Ludovico, volvió este á ocupar el trono (834), tras de lo cual, Luis y Pipino regresaron á sus estados. Vencido Lotario fué perdonado por su siempre generoso padre.

Muerto Pipino, Ludovico hizo nueva division de los estados, lo cual irritó á Luis, al mismo tiempo que los aquitanos proclamaban á un hijo de Pipino, por lo que se encendió la guerra, en medio de la cual murió (840) Ludovico en la isla del Rin, cerca de Maguncia.

Manifestando Lotario su intencion de apoderarse de todos los estados de Carlomagno, unieron sus fuerzas Luis y Cárlos, que se encontraron con las de Lotario en Fontenoy (841), donde el último fué vencido.

Continuó esta sangrienta y fratricida lucha hasta que por mediacion de los obispos y de los grandes, se celebró el tratado de Verdun (843) que sancionó la definitiva particion del imperio de Carlomagno, obteniendo Cárlos el Calvo la Francia propiamente dicha (la Neustria y la Aquitania); Luis la Alemania, y Lotario, con la dignidad imperial, la Italia, la Provenza, el Lionés, la Borgoña, el Franco Condado y la Austrasia.

Luis Balbo, hijo de Cárlos el Calvo, sucedió á este en el reino de Francia, y habiendo tenido dos hijos, Luis y Carloman, casó despues con una princesa á quien dejó viuda y próxima á ser madre de Cárlos el Simple. Luis y Carloman, que despojaron á Cárlos, murieron muy en breve y les sucedió Cárlos el Craso, que fué depuesto por su cobardía.

Los señores franceses eligieron á Eudo, hijo del conde de Autum, Roberto el Fuerte, que derrotó á los temibles normandos, á quien por muerte de este, sucedió Cárlos el Simple, vencido en Soissons por Roberto, hermano de Eudo.

Tras de Raul de Borgoña reinó Luis IV el Ultramarino, hijo de Cárlos el Simple (936), á quien heredó su hijo Lotario y á este Luis V.

Desconociendo los señores feudales, á la muerte de Luis, los derechos de Cárlos de Lorena, hijo de Luis el Ultramarino, eligieron á Hugo Capeto (987), hijo de Hugo el Grande.

LECCION LII.

El Califato de Córdoba.

Los primeros años del califato de Abderraman I trascurrieron entre contínuas guerras, ya contra los representantes y delegados de los abasidas, ya domeñando las tríbus musulmanas, mal avenidas con su autoridad y acostumbradas á la desobediencia.

Visitando los pueblos, combatiendo, castigando á unos, premiando á otros, perdonando á los más, trascurrió la vida del fundador del califato, que por consecuencia de estas luchas, ocupado en dominarlas, no pudo impedir que Carlomagno se apoderara de algunos países situados entre los Pirineos y el Ebro.

Abderraman impuso un tributo á los cristianos que vivian en sus dominios; engrandeció á la capital con suntuosos establecimientos de enseñanza; comenzó la edificacion de la gran mezquita; protegió la agricultura, el comercio y las artes, y atrajo á su córte á los hombres más distinguidos en las ciencias y en las letras.

Muerto Abderraman I (778) le sucedió su hijo Hixem, el cual pregonó la guerra contra los cristianos, durante la cual, invadió los territorios de Galicia y de la Galia Narbonense, de donde volvió con infinitos despojos, y dió fin y remate á la obra de la gran mezquita.

En otra expedicion contra Galicia (784) fueron derrotadas las tropas de Hixem cuando volvian victoriosas.

Á este príncipe sucedió Alhakem, que tuvo que luchar

con sus dos inquietos y turbulentos tios, de los cuales, Suleiman fué muerto en una batalla y Abdalá perdonado; pero no pudo impedir que Barcelona cayera en poder de Ludovico Pio.

Alhakem imperó por espacio de más de ventiseis años.

Á su muerte entró á regir el califato (822) Abderraman II.

Abdalá, siempre rebelde, se alzó al punto contra el nuevo califa, que lo venció y perdonó generosamente.

Este príncipe sostuvo tenaces guerras con los francos; engrandeció á Córdoba, y llegó á tanto su fama, que el emperador de Constantinopla, Miguel el Tartamudo, le envió una ostentosísima embajada solicitando su amistad.

Abderraman II se ensañó contra los cristianos que vivian en Córdoba al amparo de los conciertos, fieles súbditos de los califas, y contra los cuales se habia iniciado anteriormente ruda y cruel persecucion.

En medio de estas luchas murió Abderraman II (825).

Mahomet, continuador de la política de su padre, persiguió tenacísimamente á los cristianos.

Las luchas contra Muza, contra su propio hijo y contra Omar-ben-Hafsun, completan el reinado de este califa.

Á Mahomet sucedió Almondir (886), que como su hermano Abdalá (888), vivió entre inacabables guerras civiles.

El imperio mahometano de Córdoba estaba á punto de hundirse, cuando Abderraman III, sobrino de Abdalá, ascendió al califato (912).

Este príncipe apaciguó sus estados, luchó contra Ordoño, que lo venció en S. Estéban de Gormaz; sometió al rebelde Azomor; acudió en defensa de sus estados atacados por Ramiro II y Fernan Gonzalez; intervino en las guerras africanas, y fué vencido en Simancas.

Al par de algunas derrotas alcanza Abderraman no-

tables victorias sobre los cristianos, como en Valdejunquera.

Á este príncipe sucede (961) su hijo Alhakem II, que aprovechándose de las desavenencias de los cristianos, impera tranquilo, y contrata paces con el rey de Leon, D. Sancho el Craso.

En los tiempos de Alhakem II llega el califato á su más alto grado de esplendor.

Entonces, un providencial suceso que parecia deber dar aliento á los defensores de la Cruz, se trueca en su mayor desconcierto.

Es el esfuerzo de la llama próxima á extinguirse.

En el sólio de los Omeyas siéntase un niño condenado á no parecer hombre jamás; el imbécil Hixem II (976). Pero su madre confiere el título de Agib á Mahomed-ben-Abi-Amir, y con su poderoso brazo, este bravo adalid levanta el abatido estandarte de los Omeyas, reduciendo á los cristianos casi al miserable estado de los primeros dias de la reconquista. Zamora, Barcelona, Pamplona, Santiago, son destruidas y esclavos ó pasados á cuchillo sus habitantes: Leon queda convertida en inmenso monton de cenizas, llegando la desolacion y la guerra á Galicia y Portugal.

Pero cuando el poder de Almanzor alcanzaba su mayor altura, cuando habia crecido su invencible pujanza con el fuerte socorro de ginetes africanos que acababa de recibir, cayó humillado en Calatañazor, vencido por los reyes de Leon y de Navarra y el conde de Castilla, muriendo de vergüenza en Medinaceli, sepultado bajo el polvo de sus cincuenta y siete victorias.

El imbécil Hixem proclamado y destronado; su vuelta al poder; su nueva renuncia, y la elevacion de algunos ambiciosos vulgares, llenan este tristísimo período de veintitres años de anarquía, en el que tuvo fin (1031) el califato de Córdoba.

LECCION LIII.

Principios de la reconquista.—Reinos de Astúrias y Leon.

En tanto que los árabes procuraban completar la victoria de Guadalete, rehacíanse los cristianos y comenzaba la terrible lucha que no habia de acabar sino al cabo de siete siglos, en la hermosa vega de Granada.

Ibero-romanos y godos unidos, proclamaron por su jefe á D. Pelayo.

El hecho de armas que inició esta guerra es la célebre batalla de Santa María de Covadonga, ganada por D. Pelayo contra los árabes; victoria cuyas consecuencias fueron extenderse los dominios cristianos hasta el rio Deva, los montes Herbáceos, el Eo y el mar.

D. Pelayo murió dejando asegurado el trono á su hijo D. Favila, que falleció á los tres años devorado por un oso.

A Favila sucedió Alfonso I (739), que extendió sus estados desde el Cantábrico al Duero. Su hijo y heredero don Fruela guerreó con los vascos, venció en diversos encuentros á los moros y fundó á Oviedo. Pero habiendo dado muerte á su hermano Bimarano, pereció en una suble-

vacion de los gallegos y cántabros indignados contra el fratricida.

Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo I el Diácono (768 á 791), nada hicieron por ilustrar sus nombres.

Habiendo Bermudo I renunciado la corona, entró á reinar D. Alfonso II el *Casto,* hijo de D. Fruela.

D. Alfonso venció á los infieles en la terrible batalla de Lucus (Lugo), y en medio siglo de combates adelantó las fronteras de sus estados hasta las orillas del Tajo.

Al morir D. Alfonso, dejó la corona á Ramiro I, hijo de Bermudo el Diácono (842), cuyo reinado fué una série no interrumpida de rebeliones, victorias y desastres. Vencido Nepociano, Conde de Astúrias, Abderraman II invadió los estados cristianos, y segun la tradicion cuenta, D. Ramiro alcanzó la victoria de Clavijo con ayuda del Apóstol Santiago. Despues de vencer á los normandos que habian desembarcado en las costas de Galicia, murió Ramiro dejando el trono á su hijo Ordoño I, que en sus luchas con los sarracenos reconquistó á Salamanca y á Soria, y reedificó á Tuy, Leon y Astorga.

Muerto D. Ordoño, entró á reinar su hijo Alfonso III el Grande (866).

En sus principios fué el imperio de este príncipe por extremo glorioso, pues de victoria en victoria extendió sus fronteras hasta el Tajo y el Guadiana. Mas despues surgieron grandes revueltas en Galicia, y cuando ya sofocadas estas pensaba reinar tranquilamente, se sublevó en Zamora su hijo García, aconsejado por su propia madre y ayudado de sus hermanos.

D. Alfonso abdicó el reino para no dar pávulo á una guerra civil, obteniendo D. García á Leon, D. Ordoño II á Galicia, y D. Fruela á Oviedo.

A la muerte de D. Alfonso (912), enojado D. García con la particion hecha por su padre, se preparó para despojar á D. Ordoño; pero por mediacion de su madre doña

Jimena y de sus otros hermanos, se llegó á una reconciliacion.

Muerto D. García, último rey de Astúrias, le sucedió su hermano D. Ordoño II (913), que fijó definitivamente su córte en Leon, ganó á Abderraman III la célebre batalla de S. Estéban de Gormaz, acudió en auxilio de D. Sancho de Navarra contra los mahometanos de Córdoba y Zaragoza, y fué vencido en Valdejunquera.

Ordoño II dejó (923) dos hijos, D. Alfonso y D. Ramiro.

D. Fruela II se apresuró á apoderarse de la corona á pesar de que los principales de la córte estaban resueltos por D. Alfonso. Fruela reinó poco más de un año y murió devorado de lepra.

Alfonso IV abdicó la corona en su hermano D. Ramiro y se retiró al monasterio de Sahagun.

Ramiro II salió de Leon resuelto á pelear contra Abderraman; pero noticioso en Zamora de que su hermano se habia fortalecido en Leon, decidido á reinar otra vez, volvióse atrás, y enseñoreándose de la ciudad se apoderó de su hermano y de los hijos de su tio D. Fruela que lo habian auxiliado; privó á todos de la vista y los encerró en un monasterio.

En paz el reino, Ramiro II se encaminó á Toledo, sojuzgó á Madrid, taló la tierra de Alcalá y regresó á Leon rico de despojos.

Habiendo invadido Abderraman los estados del conde de Castilla Fernan Gonzalez, voló en su auxilio D. Ramiro, y ambos derrotaron al cordobés cerca de Osma. Dos años despues, reforzado Abderraman con auxilios de Africa y unido al rey moro de Zaragoza, fué igualmente vencido por leoneses y castellanos en Simancas.

Muerto D. Ramiro fué aclamado su hijo Ordoño III, al cual reclamó parte del reino su medio hermano D. Sancho, instigado por el conde Fernan Gonzalez y por D. García, rey de Navarra, que invadieron los estados de Leon.

Retirados los aliados á causa de sus desavenencias y resentido Ordoño de la conducta del conde, su suegro, repudió á la hija de este, y se casó con D.ª Elvira, principalísima señora en Galicia; tras de lo cual asoló los territorios de Lamego, Viseo y Coimbra; llegó á Lisboa, la sitió, tomó y saqueó, y regresó á su ciudad de Leon.

Resuelto á castigar al conde Fernan Gonzalez, reunió un poderoso ejército; pero, anticipándosele el conde, buscó este mediadores y se presentó al rey que lo recibió generosamente.

Ya reconciliados, venció Fernan Gonzalez á los infieles, auxiliado por respetables fuerzas leonesas.

Poco tiempo despues murió D. Ordoño en Leon.

D. Sancho I, apenas supo la muerte de su hermano se apresuró á apoderarse de la corona, pero una conspiracion le obligó á refugiarse en Navarra.

El conde Fernan Gonzalez se declaró por D. Ordoño, hijo de Alfonso IV, á quien casó con su hija D.ª Urraca, repudiada de Ordoño III, y ocupó el reino de Leon.

Sancho I, apellidado el Gordo, se refugió en Córdoba.

Asegurado así Fernan Gonzalez de los navarros y leoneses, atacó á los demás condes de Castilla despojándolos de sus estados.

Habiendo obtenido D. Sancho tropas de Abderraman para recobrar sus estados, entró en Leon (959) y obligó á Ordoño á refugiarse en Astúrias, de donde fué lanzado, así como de Castilla, muriendo al fin miserable y despreciado, en los estados mahometanos.

Pacificado el reino de Leon, D. Sancho ajustó paces con Alhakem, hijo de Abderraman III. Al cabo de cinco años de tranquilidad, se reveló contra él D. Gonzalo, conde de una parte de Galicia. Abandonado D. Gonzalo de los suyos pidió humildemente perdon al rey. D. Sancho recibió del gallego, en pago de su generosidad, un veneno que le causó la muerte en 967.

A los dos años de reinar el niño D. Ramiro III, los normandos invadieron á Galicia y fueron derrotados por el conde Gonzalo Sanchez.

Durante la menor edad de D. Ramiro, fallecieron el rey de Navarra, D. García, el conde Fernan Gonzalez y el califa de Córdoba Alhakem, á quien sucedió Hixem II, bajo la tutela del célebre Almanzor, el cual atacó al conde Garci Fernandez, que, unido á D. Sancho II de Navarra, peleó y venció al cordobés en Gormaz.

Muerto D. Ramiro (982) ocupó el trono de Leon Bermudo II, que se vió al borde del abismo acometido por el terrible Almanzor.

Aflijido Bermudo por tantos desastres y atacado de cruelísima gota, murió en 999 dejando en el trono á su hijo de edad de cinco años.

Los disturbios que ocurrieron en Castilla á la menor edad de D. Alfonso V el Noble, y las guerras del rey de Navarra D. Sancho el Magno, ocupado con las conquistas de Sobrarve, Ribagorza y Boyl, impidieron que los cristianos se aprovecharan de la debilidad y de las discordias ocurridas en el califato de Córdoba despues de la muerte de Almanzor.

Llegado Don Alfonso á los quince años de su edad, invadió á Portugal y sitió á Viseo. Prolongándose el asedio, quiso reconocer los muros, desde los cuales le arrojaron un dardo que le hirió de muerte.

Bermudo III, hijo de D. Alfonso V, entró á reinar (1027) bajo la tutela de su cuñado Sancho el Mayor, rey de Navarra.

Bermudo sostuvo empeñadas guerras con D. Sancho, en las que fué vencido y obligado á refugiarse en Galicia.

Ajustada la paz entre ambos monarcas, la hermana de D. Bermudo casó con D. Fernando, hijo de D. Sancho de Navarra.

D. Sancho murió luego dejando divididos los estados entre sus cuatro hijos, de los cuales D. Fernando obtuvo á Castilla, D. García la Navarra, D. Ramiro á Aragon y D. Gonzalo el Sobrarve y Ribagorza.

Ofendido García III, rey de Navarra, de esta particion, despojó de su herencia de Aragon á D. Ramiro y atacó á D. Fernando. Este propuso la paz al navarro, paz que aquel rechazó con altaneria. Empeñada la guerra quedó prisionero D. García, que encerrado en la fortaleza de Cea, de ella pudo fugarse, y reuniendo á los suyos, ambos hermanos se encontraron en el valle de Atapuerca, donde murió Don García atravesado por una lanza.

Casado D. Fernando con D.ª Sancha, heredera del reino de Leon, reunió los antiguos reinos de Astúrias y Leon al novísimo de Castilla.

LECCION LIX.

Los reinos de Navarra y de Aragon.—Los condados de Barcelona y de Castilla.

Navarra.—El orígen del noble reino de Navarra se pierde en la noche de los tiempos.

Estos montañeses indomables, fijándose en el invicto Iñigo Arista, convinieron en elegirle rey.

La soberanía continuó en la familia de este caudillo hasta que se extinguió su raza.

D. García Iñiguez y Fortun Garcés, sostuvieron crueles guerras con los árabes.

En tiempo del sucesor de Fortun Garcés, Sancho I, Barcelona cayó en poder de los francos y los mahometanos sitiaron á Pamplona.

Sancho III, el Mayor (1000), hijo de D. García el Trémulo, sostuvo los derechos de su mujer al condado de Castilla, que unió á Navarra.

A la muerte de este ilustre príncipe fueron divididos sus estados, quedándose únicamente con Navarra su hijo D. García IV, que murio en la batalla de Atapuerca.

Asesinado Sancho IV por su hermano D. Ramon (1076), los navarros se unieron á D. Sancho I de Aragon, á cuya monarquía permanecieron unidos hasta la muerte de don

Alonso el Batallador, en cuyo tiempo (1034), eligieron á D. García Ramirez IV, que guerreó con barceloneses y castellanos: su hijo Sancho mereció el nombre de Sábio: D. Sancho el Fuerte, dejó sus estados á D. Jáime el Conquistador, rey de Aragon, despues de cuyo reinado, los navarros eligieron á Teobaldo conde de Champaña.

A la casa de Champaña (1234 á 1284) pertenecen Teobaldo I y II, Enrique I y Juan I; á la de Francia (1284, 1322) Felipe el Hermoso, casado con Juana I, Cárlos I y D.ª Juana, hijos de Juana I.

Casada Juana con Felipe de Evreux, tocan á esta dinastía Cárlos II el Malo y Cárlos III el Noble, que unió á su hija D.ª Blanca con D. Juan, rey de Aragon, y á la de Aragon D. Juan I de Navarra casado con D.ª Blanca.

Del matrimonio de D. Juan y D.ª Blanca nacieron tres hijos: el príncipe de Viana D. Cárlos, D.ª Blanca, repudiada por D. Enrique IV de Castilla y D.ª Leonor.

Muerta la esposa de D. Juan I, pertenecia la corona al príncipe de Viana; este falleció desastrosamente, dejando en su testamento heredero de sus derechos á su hermana D.ª Blanca, que el cruel D. Juan I entregó á Gaston de Foix, el cual recluyó á esta infelíz princesa en la fortaleza de Ortex, donde acabó envenenada.

Al morir D. Juan I, logró al fin reinar su hija D.ª Leonor, á la cual heredó Francisco Febo, y á este su hermana Catalina, casada con Juan de Albrit, destronados por don Fernando el Católico, que incorporó la Navarra al reino de Castilla (1512).

Aragon.—D. Sancho el Grande dividió sus estados entre sus cuatro hijos, correspondiendo Aragon á Ramiro, que á los cuatro años heredó los estados de Sobrarve y de Rivagorza.

Navarra y Aragon se unieron (1076) bajo Sancho Ramirez I, que ensanchó sus estados con la conquista de Monzon, y murió en el asedio de Huesca.

Habiendo fallecido D. Pedro sin sucesion, entró á reinar su hermano D. Alfonso.

El infelíz matrimonio de este príncipe con D.ª Urraca, heredera de Castilla, que debió haber anticipado la reconquista, fué por el contrario causa de males sin cuento y de luchas entre los estados de ambos cónyujes

Alfonso I, conocido con el nombre de el Batallador, vivió setenta años, reinó treinta, se apoderó de Zaragoza que hizo cabeza de su reino, ganó á los infieles ventinueve batallas campales y murió (1134) en el sitio de Fraga, instituyendo herederos de su reino á los Templarios.

Las córtes de Monzon, desentendiéndose del extraño capricho de D. Alfonso, elevaron á su hermano D. Ramiro II, que la historia conoce con el sobrenombre de el Monge.

Este príncipe que abdicó el reino en su hija D.ª Petronila, concertó el matrimonio de esta con Ramon Berenguer, conde de Barcelona, y se retiró á Huesca.

Así quedaron unidos Aragon y Cataluña para no separarse jamás.

Esta union, la conquista de Lérida, Tortosa, Montalban y Teruel, arrebatadas á los mahometanos, la adquisicion del Rosellon y otros féudos franceses, y la creacion de una marina respetable, llenan el reinado de Ramon Berenguer y de su hijo Pedro II, que engrandeció á la monarquía aragonesa.

Pedro II el Católico tomó parte en la batalla de las Navas de Tolosa, persiguió á los herejes Valdenses, y sin embargo, murió en Muret (1213) peleando contra Simon de Monforte.

D. Jaime I el Conquistador elevó las glorias de Aragon apoderándose de las Baleares, del reino de Valencia y parte del de Múrcia, que arrebató á los infieles.

D. Pedro III (1276), hijo del Conquistador, heredó los estados de su padre, con excepcion de la Isla de Mallorca

que el Conquistador dió á su segundo hijo D. Jáime, y se apoderó de Sicilia, mediante las llamadas Vísperas Sicilianas.

En guerra con Francia por la posesion de Sicilia, y con Castilla por favorecer, contra D. Sancho IV el Bravo, las pretensiones de los infantes de la Cerda, pudo sin embargo, Alfonso III el Liberal (1285), conquistar á los moros las islas Baleares.

En tiempo de D. Jáime II la isla de Cerdeña entró á formar parte de los estados de Aragon, causa de las empeñadas guerras con la república de Génova, que llenaron el reinado de Alfonso IV el Benigno.

Pedro IV, empeñado en que, contra lo dispuesto por las leyes del reino, le sucediera su hija D.ª Constanza, fué causa de que la Hermandad de la Union, capitaneada, primero por el infante D. Jáime y despues por D. Fernando, se alzara contra él.

Muerto D. Juan I, le sucedió su hermano D. Martin que tampoco dejó hijos y fué el último de la dinastía barcelonesa.

Seis fueron los pretendientes al trono que con tal ocasion se presentaron apoyados por distintos monarcas.

Entonces se convino en nombrar nueve compromisarios, que adjudicarian la corona á quien correspondiera de derecho.

Los compromisarios, reunidos en el castillo de Caspe, se decidieron (1412), por el infante D. Fernando, hijo segundo del monarca de Castilla D. Juan I y de D.ª Leonor que lo era de D. Pedro IV de Aragon.

D. Fernando (el de Antequera) solo reinó cuatro años; tras él imperó su hijo Alfonso V.

Este príncipe aumentó sus estados con el reino de Nápoles, fué ardiente protector de las letras y de las artes, y mereció el título de Magnánimo con que se le distingue.

Al morir Alfonso V dejó el reino de Nápoles á su hijo natural D. Fernando, y el de Aragon á su hermano don Juan II de Navarra, al cual heredó D. Fernando el Católico (1379), que por su casamiento con D.ª Isabel I, unió las coronas de Castilla y de Aragon.

Condado de Barcelona.—Las conquistas de Carlomagno y de Ludovico Pio en los países situados entre el Ebro y los Pirineos, prudujeron la Marca Hispánica que erigió Ludovico en ducado, del que fué capital Barcelona.

Cárlos el Calvo partió este estado en dos condados de los que hizo cabezas respectivamente á Narbona y á Barcelona.

Los primeros condes de Barcelona fueron vasallos del monarca francés, hasta que los catalanes se declararon independientes (864) proclamando á Wifredo el Velloso. A Wifredo heredaron sucesivamente Borrell I (898) y Suniario (912), y á este Borrell II y Miron, sus hijos, que reinaron juntos (917).

En tiempo de Borrell II, aconteció la terrible invasion de Almanzor que se apoderó de Barcelona.

Despues de haber recobrado la capital de sus estados, murió Borrell, dejando el condado de Barcelona á D. Ramon Borrell, y el de Urgel á D. Armengol, sus hijos.

D. Ramon Berenguer I (1018) vivió contrariado por su madre Ermesinda, empeñada en tenerlo en perpétua tutela.

En tiempo de Ramon Berenguer II el Viejo (1025), se publicaron los célebres Usajes de Cataluña, y lo heredaron sus dos hijos, D. Berenguer y D. Ramon Berenguer III, que reinaron á la vez.

En guerra ambos hermanos, el segundo fué asesinado por el primero, que no pudo alcanzar el fruto del fratricidio, pues los catalanes aclamaron á D. Ramon Berenguer IV, hijo del difunto, el cual, por su casamiento

con D.ª Dulce, adquirió el condado de Provenza, y obligó á que le pagaran tributo á los reyes infieles de Tortosa y de Lérida.

A su muerte (1131), heredó sus estados su hijo D. Ramon Berenguer V, que casándose con Petronila, hija de Ramiro II de Aragon, unió á Aragon y Cataluña.

Castilla.—Parece ser que en los primeros tiempos de la reconquista, varios guerreros, adelantándose á los monarcas asturianos, luchaban por su cuenta contra los moros, adelantando las fronteras cristianas, y que los reyes de Astúrias los dejaban en la posesion de los terrenos conquistados, con título de condes ó gobernadores.

La muerte de algunos de estos magnates en la cita de Tejares, fué causa de que los castellanos establecieran el gobierno de los Jueces (922), de los cuales fueron los primeros Nuño Rasura y Lain Calvo; forma de autoridad que debió ser poco duradera, pues en 930 aparece ya Fernan Gonzalez como conde de Castilla.

A Sancho García sucedió su hijo D. García, cuyos estados heredó D.ª Elvira, mujer del rey de Navarra Sancho el Mayor, que tomó posesion de ellos en nombre de su mujer.

A esta señora heredó su hijo D. Fernando I, que unió los estados de Castilla, Leon y Astúrias, por su casamiento con D.ª Sancha, hermana de Bermudo III, rey de Leon.

LECCION LV.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA BIBLIOTECA

Castilla y Leon reunidos.—Castilla desde D. Sancho III, á D. Fernando IV.

Con Fernando I y D.ª Sancha (1037), comienza en Castilla la dinastía de la casa de Navarra.

Antes de morir D. Fernando (1065), reunió las córtes del reino, dando Castilla á D. Sancho, Leon á D. Alfonso, Galicia á D. García, dejando á D.ª Urraca la soberanía de la ciudad de Zamora, y á D.ª Elvira la de Toro.

Muertos sus padres y no dispuesto D. Sancho II el Fuerte (1065) á respetar la voluntad de D. Fernando, acometió á su hermano D. Alfonso de Leon, que vencido en Llantada y Volpejar, fué preso y conducido á Búrgos y de aqui á Sahagun, para hacerse monje; pero por fortuna pudo huir y refugiarse bajo la proteccion del rey moro de Toledo.

En seguida, D. Sancho desposeyó de sus estados de Galicia á D. García.

Hecho esto, se dirigió D. Sancho sobre Zamora para apoderarse del patrimonio de su hermana D.ª Urraca; donde un desertor, Vellido Dolfos, le asesinó vilmente (1072).

Noticioso D. Alfonso de la muerte de D. Sancho, reco-

bró sus estados de Leon, y no se apoderó de Castilla, sinó despues de haber jurado en Santa Gadea, en manos del Cid, no haber tenido parte en el asesinato de su hermano.

Muerto el rey de Toledo, protector de Alfonso VI, y su hijo y sucesor Hixem, resolvió apoderarse de estos estados, como lo consiguió (1082); victoria que le valió el título de Conquistador. El reinado de este monarca es el de la España caballeresca, pues que durante él, florecieron el Cid Rodrigo Diaz de Vivar y otros inolvidables caudillos.

Alfonso VI, imaginó apoderarse pacíficamente del reino de Sevilla, á cuyo efecto se casó con Zaida, hija de Aben-Abed su monarca.

Temblando los infieles españoles, vuelven sus ojos al Africa, donde Juzef-ben-Taxfin regía un poderoso imperio. Gobernaba por entonces estos estados Alí, que desembarcó en España al frente de sus almoravides.

Impedido Alfonso VI por sus achaques, puso al frente de sus tropas al jóven D. Sancho, su hijo único, bajo la direccion de su ayo el conde de Cabra, y de otros seis condes, soldados todos de gran nombradía.

Los dos ejércitos se encontraron en los campos de Uclés (1108), donde venció Alí, con muerte del jóven don Sancho, del de Cabra y de los otros seis condes.

Alfonso VI falleció en Toledo (1109), dejando sus estados de Castilla y de Leon á su hija D.ª Urraca.

Casada la heredera del trono castellano con Alfonso I, rey de Aragon, este enlace, fué causa de gravísimos males, pues desavenidos ambos esposos, D.ª Urraca, abandonando la córte de Aragon, se refugió en Castilla, y alzados en armas ambos reinos, Alfonso I alcanzó una señalada victoria junto á Sepúlveda; pero, rehechos los castellanos, derrotaron á D. Alfonso. Estas luchas terminaron con la declaracion de nulidad del matrimonio de los dos altaneros cónyuges.

Estuvo unida D.ª Urraca en primeras nupcias con el conde D. Ramon de Borgoña; de ellas procedió D. Alfonso VII, que entró á reinar en Castilla, y resuelto á pelear contra los moros, conquistó á Calatrava, Andújar, Baeza y Almería.

En 1157, al morir el emperador D. Alfonso, heredó la corona de Castilla D. Sancho III el Deseado, y la de Leon D. Fernando II.

El reinado de D. Sancho duró doce meses.

Alfonso VIII tenia tres años de edad cuando sucedió á su padre. La niñez de este monarca se vió agitada por las facciones de los Laras y los Castros, hasta que en 1170, fué declarado mayor de edad.

Luchaban en España almoravides y almohades, y dominando al cabo los segundos, reuniendo sus fuerzas, marcharon contra Alfonso VIII, al que encontraron en los campos de Alarcos.

Abandonado el castellano por los monarcas de Galicia, de Aragon y de Navarra, sufrió una terrible derrota.

Noticioso D. Alfonso de que el almohade hacia inmensos preparativos en Africa para acabar de un solo golpe con el cristianismo, impetró el auxilio de los príncipes sus correligionarios.

Reunido en Toledo el ejército cristiano, encontróse con el musulman en las Navas de Tolosa, al pié de Sierra Morena, en 16 de Julio de 1212.

Alfonso VIII obtuvo en las Navas una memorable victoria que postró para siempre el poder de los infieles, y que solemniza la Iglesia con la gran festividad titulada el *Triunfo de la Santa Cruz.*

El rey de Castilla sobrevivió poco á esta victoria; sucedióle (1214) su hijo D. Enrique I, bajo la tutela de Doña Berenguela, su hermana.

El rey niño acabó desgraciadamente (6 de Junio de 1217).

D. Fernando III entró á reinar (1217) en Castilla por renuncia de su madre Doña Berenguela, y en Leon por muerte de su padre D. Alfonso.

Unido D. Fernando III á D. Jáime el Conquistador, ambos se propusieron acabar con la dominacion musulmana.

Al efecto, habiéndose enseñoreado de varias plazas el ilustre caudillo D. Álvaro Perez de Cástro, estas victorias pusieron á D. Fernando frente á Córdoba, de la cual se apoderó por fuerza de armas.

La pérdida de Córdoba, capital de los musulmanes, fué para estos un golpe mortal.

Lejos, sin embargo, de cesar en sus querellas, los infieles se fraccionaron y se dividieron aún más.

Mahomed Alhamar, nacido en Arjona, concibió el proyecto de agrupar cerca de sí los restos del imperio musulman, y al efecto, fundó el reino de Granada.

Pero los infieles, desacordados siempre, crearon diferentes reinos, y obligaron á Alhamar á concertar con don Fernando III una paz vergonzosa, en la que aquel hizo homenaje de su nuevo estado, obligándose á pagar tributo; entregó la ciudad de Jaen, y se comprometió á ayudarle en la conquista de Sevilla.

Legislador, encomendó Fernando III á su hijo la reforma de las leyes que él no pudo llevar á cabo; protector de las letras, fundó y dotó la célebre universidad Salmaticense; amigo de las artes, engrandeció la catedral de Toledo; ilustre guerrero, ensanchó los dominios cristianos; espejo de todas las virtudes, merece que la Iglesia le cuente en el número de sus Santos.

Cuando Fernando III meditaba llevar la guerra al Africa, Dios lo llamó á mejor vida (1252), en Sevilla, donde se conservan sus reliquias.

Á D. Fernando III sucedió su hijo Alfonso X, durante cuyo reinado, aterrados los muzlimes con las derrotas

anteriores, permanecieron sumisos, devorados por intestinas querellas.

Este monarca alcanzó el título de Sábio, con el que es conocido, pues fué notabilísimo historiador, legislador, astrónomo, filósofo, poeta y moralista.

Durante el reinado de D. Sancho IV ocurrieron en Castilla grandes disturbios.

Muerto D. Fernando, hijo mayor de Alfonso X, durante cierta ausencia de su padre, se encargó de la direccion de los negocios el infante D. Sancho que aprovechó la ocasion para conciliarse voluntades, hasta el punto de que, á la vuelta del rey muchos instaron vivamente á este que declarara á D. Sancho inmediato heredero de sus estados.

Consultado el Consejo, resolvió que era mejor el derecho del vivo que el de los hermanos del muerto, por lo cual D. Sancho fué jurado como sucesor á la corona en las córtes de Segovia.

Los infantes de la Cerda, hijos de D. Fernando, no conformes con este hecho, encontraron protectores en el rey de Aragon, que los habia acogido en sus estados; en el de Francia, obligado á sostener sus derechos por ser la madre de los infantes hija de S. Luis, y en no pocos hidalgos castellanos amigos de desórdenes y revueltas; á todo lo cual se agregaba como fuente de disturbios, la pretension de D. Juan á la ciudad de Sevilla. Llegaron las cosas á punto de que el infante D. Juan, con auxilio del marroquí, sitió la ciudad de Tarifa, defendida por D. Alonso Perez de Guzman *(el Bueno)*. Prolongándose el asedio, logró apoderarse D. Juan de un niño, hijo de D. Alonso, que presentó al padre, intimándole que lo mataría sino le rendía la plaza. Arrebatado D. Alonso, arrojó desde la muralla su puñal, y D. Juan consumó su amenaza, sin que se rindiera el ánimo heróico del defensor de Tarifa.

En medio de estas turbulencias trascurrió el reinado

del valeroso D. Sancho, que murió (1295), dejando á su hijo D. Fernando de edad de nueve años.

D.ª María de Molina, madre, regenta del reino y tutora de D. Fernando IV, al ver el reino encendido en guerras y parcialidades, confió al infante D. Enrique el gobierno del estado, reservándose ella la educacion del rey.

Los infantes de la Cerda renovaron entonces sus pretensiones, resueltamente apoyados por Francia, Aragon, Portugal y el infante D. Juan, proclamando á D. Alfonso en Sahagun, é invadiendo los estados de Castilla.

La prudentísima D.ª María casó á su hijo con doña Constanza, hija del rey de Portugal; concedió á D. Juan la vuelta á sus estados de Leon; á D. Fernando de la Cerda el título de infante de Castilla, y á su hermano, el pretendiente D. Alfonso, una crecida renta; con lo que aplacó un tanto los ánimos.

Declarado D. Fernando IV mayor de edad, conquistó á los moros la plaza de Gibraltar.

Cuéntase, que habiendo hecho precipitar el rey desde la peña de Mártos á los dos hermanos Carvajales, en castigo de un delito que sin fundamento se les atribuía, estos citaron al rey para ante el tribunal de Dios, en el término de treinta dias; plazo en que murió D. Fernando IV, que por tal motivo, dicen, es conocido con el sobrenombre del Emplazado.

LECCION LVI.

Reyes de Castilla y de Leon desde D. Alfonso XI, hasta D. Enrique IV.

Un año y veintiseis dias de edad contaba D. Alfonso XI, cuando la muerte de su padre D. Enrique lo llamó á la herencia de las coronas de Castilla y de Leon.

Dos partidos poderosos aspiraban á la tutela del rey niño y á la gobernacion del estado.

Conferida la tutela y el gobierno á los infantes D. Pedro y D. Juan, al morir estos, en una accion contra los moros en la vega de Granada, renacieron los pretendientes y los facciosos, capitaneados por D. Juan Manuel, don Felipe, D. Juan el Tuerto y D. Fernando de la Cerda.

Llegado el rey á la edad de catorce años, se hizo declarar mayor de edad.

D. Juan Manuel y D. Juan el Tuerto renovaron su amistad, que procuró el rey anular casándose con la hija del primero, y dando muerte al segundo en las mismas puertas de su palacio de Toro. Llamado D. Juan Manuel para que tomara parte en la guerra, y no presentándose, el rey contestó á esta rebeldía repudiando á su hija y casándose con D.ª María de Portugal.

Por consiguiente, no hubo ya esperanza de concor-

dia, haciéndose los rebeldes y el rey implacable y cruelísima guerra.

Exasperado D. Alfonso por la pérdida de Gibraltar, que habian ganado los moros, hizo guerra de esterminio á los rebeldes, hasta el punto de que, aterrados estos, impetraran su piedad, y no en vano, que fueron perdonados por D. Alfonso.

Hecho esto, el rey volvió sus ojos á la envalentonada morísma que sitiaba la plaza de Tarifa.

Encontráronse ambos ejércitos, el de los benimerines y granadinos, y el castellano y portugués, cerca del rio Salado (1340), en donde D. Alfonso consiguió una completa victoria.

Tal fué la nombradía que dieron á D. Alfonso estas hazañas y su noble generosidad, que las tres provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, fiadas en su lealtad, le eligieron por su señor feudal, bajo ciertas condiciones que el leal D. Alfonso juró guardar por sí y en nombre de sus sucesores.

Las Siete Partidas, cuyas disposiciones vieron la luz como consejo en tiempo de D. Sancho el Bravo, escitando tantas rebeldías, fueron sancionadas definitivamente como leyes en las córtes de Alcalá (1348) y pacíficamente acogidas; que tal es siempre el fruto de los gobiernos sábios y fuertes.

D. Pedro I, es diversamente tratado por los historiadores, pues mientras unos le apellidan el *Cruel*, otros le llaman el *Justiciero*. Para juzgar á este príncipe es preciso no olvidar que su historia ha sido escrita por sus implacables enemigos; que D. Pedro, durante su agitadísimo reinado, comprendiendo á precio de dolorosísimas experiencias que el cáncer devorador de Castilla estaba en la anarquía feudal, que su eficaz remedio era poner coto á las mercedes y desmembramiento de la autoridad soberana, aumentándola á toda costa; en destruir la pre-

potencia de los grandes; en mantener en justicia al pueblo, desarrollando en él el espíritu comercial, agricultor é industrial, combatió la tiranía del monopolio; fomentó la marina; alivió de gabelas injustas á los pueblos; concedió á judíos y mudejares el derecho de nombrar sus propios jueces; estableció la manera de residenciar anualmente á adelantados, merinos y escribanos, para todo lo cual él mismo recibia en audiencia pública dos veces cada semana.

Muerto D. Pedro en Montiel, asesinado por su hermano bastardo D. Enrique, no ascendió este en paz al trono (1369).

Disputáronle la corona el portugués D. Fernando, biznieto de D. Sancho el Bravo; el duque de Alencaster, casado con D.ª Constanza, hija de D. Pedro y de D.ª María de Padilla, é inquietaron sus estados el rey de Aragon, el de Navarra y el moro de Granada.

D. Enrique, al recompensar expléndidamente á los que le habian auxiliado en derrocar del trono á su hermano, dejó exhausta é inerme la monarquía en manos de los grandes señores.

D. Juan I sucedió á su padre (1379), y sostuvo guerras contra el duque de Alencaster, que renovó sus pretensiones á la corona de Castilla, unido al rey de Portugal.

El heredero de Enrique II contrajo matrimonio con D.ª Beatriz, hija del portugués, acordándose que si este fallecía sin dejar hijo varon, le sucedería en el trono D.ª Beatriz; pero reservándose el gobierno del estado la reina viuda su madre, hasta que D.ª Beatriz tuviera un hijo ó hija mayor de catorce años.

Muerto á los pocos meses el rey de Portugal, como no dejara hijos, D. Juan quiso hacer valer los derechos de su mujer, cuyo cumplimiento le fué negado.

Invadió, pues, el Portugal; pero una epidemia que diezmó su ejército, le hizo abandonar la empresa, que

renovó despues (1385), siendo completamente derrotado su ejército en Aljubarrota.

Alentado el duque de Alencaster con estos desastres, renovó sus pretensiones á la corona, con las que tuvo que transigir D. Juan, casando á su hijo el infante heredero D. Enrique, con Catalina, hija del duque de Alencaster.

D. Juan falleció á los trienta y tres años de su edad, por consecuencia de la caida de un caballo (1390).

La menor edad de D. Enrique III el Doliente, fué no poco agitada por los ambiciosos.

En las córtes de Búrgos (1393) manifestó el rey su firme resolucion de gobernar por sí solo, y al efecto contrató paces con los moros granadinos, introdujo grandes economías, dando él mismo el ejemplo en su casa, y anuló no pocas de las mercedes de su predecesor Enrique II.

La falta de salud del rey fué causa de que, con su temprana muerte (1406), se destruyeran en flor tan risueñas esperanzas,

Veintidos meses de edad contaba D. Juan II cuando ascendió al trono bajo la tutela de su madre D.ª Catalina y de su tio el infante D. Fernando, el cual ganó la plaza de Antequera que le dió sobrenombre.

Llamado D. Fernando á reinar en Aragon, y muerta su madre, quedó D. Juan rodeado de ambiciosos que agitaron su reinado.

Llénase la vida de este príncipe con la privanza de Don Alvaro de Luna.

Las armas cristianas vencieron en tiempo de D. Juan á los moros granadinos en la batalla de la Higueruela; pero á nada más pudo acudir el favorito que á dominar á los grandes. Venciólos el rey en Olmedo, donde aprisionó á muchos, aunque quedando herido el infante D. Enrique.

Pero al cabo, el favorito fué preso de órden del débil

monarca, juzgado atropelladamente y degollado en Valladolid.

D. Juan II, devorado de tristeza, murió (1454) á los tres meses de ocurrir este suceso.

En el reinado de D. Enrique IV crecieron más y más los escándalos y los desórdenes.

Alzada en armas la nobleza, se negó á reconocer como heredera de la corona á D.ª Juana, afirmando la impotencia del rey, y que la infanta era hija de D. Beltran de la Cueva.

Los sublevados alzaron en las cercanías de Avila un tablado, y sobre él despojaron de las insignias reales á un maniquí que representaba al monarca, al cual declararon incapacitado para gobernar, proclamaron al infante D. Alonso y lucharon con las tropas reales en Olmedo, cuya victoria quedó indecisa.

Muerto el infante D. Alfonso, los rebeldes propusieron la corona á D.ª Isabel, que se negó resueltamente á aceptarla en vida de su hermano.

LECCION LVII.

PORTUGAL HASTA ALFONSO V.

Ya dijimos que Alfonso VI de Castilla y de Leon casó á su hija D.ª Teresa (1095) con Enrique de Borgoña dándole en dote las tierras que habia conquistado y pudiera conquistar en Portugal, con título de conde feudatario.

De este matrimonio nació Alfonso Enriquez que ganó á los moros la memorabilísima batalla de Ourique y en ella el título de Conquistador, siendo proclamado rey en el mismo campo de batalla; eleccion que confirmaron las Córtes de Lamego (1145). Durante su largo reinado, este príncipe conquistó á los mahometanos, entre otras ciudades, á Lisboa, Santaren, Evora y Badajóz.

Sancho I (1185), se apoderó del Alentejo: Alfonso II vió sus estados puestos en entredicho por el Papa: Sancho II hizo con su conducta que el Pontífice Inocencio IV lo depusiera en el concilio de Leon de Francia: Alfonso III (1279), fué un excelente príncipe que ensanchó sus dominios con la conquista de los Algarbes: D. Dionisio imitó á su padre y fundó la célebre universidad de Coimbra. Casado este monarca con Santa Isabel tuvo un hijo

que le hizo cruda guerra, á pesar de las lágrimas de su madre y de los ruegos del Soberano Pontífice.

El turbulento D. Alfonso IV el Bravo, sucedió á su padre. Este príncipe declaró la guerra y confiscó los bienes á su hermano D. Alfonso Sanchez y mandó matar á D.ª Inés de Castro, casada en secreto con su hijo D. Pedro.

D. Pedro I, á quien unos llaman Cruel y Justiciero otros, al heredar á su padre, castigó á cuantos intervinieron en la muerte de su madre, vindicó la memoria de esta señora y arregló los gastos del Estado haciendo grandes economías.

Su hijo D. Fernando (1367) fué el último rey de la casa de Borgoña.

Con arreglo á lo estipulado al casarse D.ª Beatriz, hija de D. Fernando, con D. Juan I de Castilla, reclamó este, al morir D. Fernando, la herencia de su esposa; negativa que fué causa de la batalla de Aljubarrota y de la proclamacion del Maestre de Avis D. Juan, hijo bastardo de Pedro I.

D. Juan I dirigió sus armas al Africa, donde conquistó á Céuta y dejó sus estados (1433) á su hijo D. Duarte.

Alfonso V (1438), llevó á cabo tres expediciones al Africa: en la primera conquistó á Alcázar Ceguer sufriendo grandes pérdidas, entre ellas la del infante D. Enrique: en la segunda padeció gran descalabro, y en la tercera se apoderó de Arcila y de Tánger.

Casado con D.ª Juana la Beltraneja, disputó la corona de Castilla á D.ª Isabel I y fué vencido en la batalla de Toro.

Este príncipe abdicó la corona y se encaminó á la Tierra Santa.

Dotado Portugal de extensas costas y limitado por los estados españoles, puso sus ojos en Africa, donde llevó á cabo no pocas expediciones, en las que perfeccionó su marina.

Comprendiendo los verdaderos intereses de su país el infante D. Enrique, establecido en las cercanías del cabo de San Vicente, excitaba á los suyos y los mandaba al Océano para acometer grandes empresas.

En 1418 los portugueses descubrieron la isla de Madera: en los reinados de D. Duarte y D. Alfonso V, concedieron los Papas á los portugueses el señorío de cuanto descubrieran desde el cabo Bojador á las Indias Orientales.

Así aportaron á Cabo Núñez en 1432, reconoció Cabral las Azores (1442, á 1450), llegaron á Cabo Blanco en 1440, á Cabo Verde en 1447, y pasando el Ecuador, doblaron el Cabo de Buena Esperanza en 1486, preparando así el jigantesco virreinato de las Indias Orientales.

LECCION LVIII.

Los daneses y los normandos en Inglaterra.

Alfredo no se hizo amar de sus súbditos en los primeros tiempos de su reinado (871).

Habiendo tenido ocasion, en dos viajes que hizo á Roma, de apreciar una civilizacion más adelantada, despreciaba los usos y costumbres anglo-sajonas, que quiso reformar con poco acuerdo.

Así, cuando los daneses atacaron sus estados, vióse abandonado de todos, salvando difícilmente su vida en las fronteras de Cornwal, donde, acogiéndose á la choza de un pastor, ganó su sustento á precio de los servicios más humildes.

Por medio de algunos amigos, tuvo cabal noticia del estado de la patria, oprimida por los daneses, en la que se suspiraba por la restauracion.

Reuniendo pues á los espíritus más varoniles, logró al fin librar á su patria de las dominaciones extranjeras, á costa de cincuenta y seis batallas.

En los escasos intervalos que le dejaba la guerra dedicábase Alfredo á extender en su país las luces de la civilizacion.

La nacion agradecida, atribuyó á Alfredo el Grande todas las mejoras legislativas, como á Arturo todas las proezas militares; hecho que acontece en todos los tiempos y países con los tipos ideales.

Alfredo dejó el trono (900) á su hijo Eduardo, el cual, despues de luchar con el pretendiente Etelredo y con los daneses, fué heredado por Athlestan.

Edmundo, su hermano y sucesor, socorrió á Malcom I, rey de Escocia, por lo que este príncipe le reconoció como su señor feudal.

Despues de Edmundo, reinaron (946 á 955) Edredo y Eduwico; tras de este el reformador y pacífico Edgar (957 á 975), y despues Eduardo II, dirigido por San Dustan. Elfrida, madrastra del rey, hizo asesinar á este monarca en una partida de caza, para elevar á su propio hijo Etelredo II (978), bajo cuyo débil reinado invadieron el país los daneses, recibiendo en cambio dinero de manos del cobarde Etelredo, por lo que, aun más altivos los piratas, desembarcaron á las órdenes de Suenon, rey de Dinamarca, y de Olao de Noruega, que hicieron huir á Etelredo.

La indignacion contra los piratas, que ultrajando la religion y las costumbres se entregaban á los mayores actos de ferocidad, exaltó de tal manera á los anglo-sajones, que levantándose en masa degollaron á los daneses.

Reuniendo Suenon una gran escuadra, asoló el país y se tituló rey.

Tan dura y tan violenta fué la dominacion de los invasores, que los ingleses pusieron sus ojos en Etelredo, fugitivo en Normandía, bajo la proteccion del duque Ricardo, su cuñado.

Habiendo desembarcado este príncipe, acudió contra él Canuto, heredero de Suenon. Pero muerto aquel, le sucedió su hijo Edmundo, que fué asesinado, quedando Canuto en posesion de toda la isla.

Canuto (1017), se concilió el amor general, inspirándose en las virtudes propias del cristianismo. Así trató de igual manera á sajones y daneses; restableció las costumbres anglo-sajonas, y reformó la legislacion, respetando, sin embargo, las leyes propias de cada estado.

Habiendo muerto Canuto, sus hijos se envolvieron en guerras fatricidas, que terminaron con la elevacion de Eduardo III (1041), hijo de Etelredo.

Educado el nuevo rey en Normandía, quiso establecer en Inglaterra las costumbres normandas, preparando así la conquista del país por sus antiguos favorecedores.

Eduardo III murió recomendando á los suyos que eligieran á Haroldo, hijo del conde Godwin.

Guillermo, duque de Normandía, reuniendo un ejército de setenta mil hombres escogidos, desembarcó en Sussex, y propuso á Haroldo someter la cuestion al arbitraje del Papa, ó al de Dios en un duelo.

Rechazadas ambas proposiciones, lucharon normandos y anglo-sajones en los campos de Hastings, donde fueron estos derrotados, con muerte de Haroldo y de sus principales caudillos.

El vencedor, lejos de procurar la unificacion de vencedores y vencidos, hizo cruda guerra de esterminio á estos.

LECCION LIX.

Los Normandos en Italia.

Ya hemos hablado de la península italiana, en cuanto se relaciona con el imperio de Carlomagno: ahora nos toca ocuparnos de otros centros de poder que en ella existian por estos tiempos.

Venecia, Génova, Florencia, Pisa, los Principados de Luca, Mántua, Parma y Regio; el gran ducado de Benevento, la Pulla y la Calabria, que poseían los griegos, no pocas ciudades marítimas, como Nápoles, Gaeta y Amalfi, que se habian erigido en repúblicas, constituian estados independientes.

Los sarracenos aglabitas de Africa, señores de Sicilia desde el año 827, llamados por la república de Nápoles contra los lombardos, y luego por las facciones del ducado de Benevento, apoderáronse de Bári, de Tarento y de Cumas, asolando por espacio de más de un siglo las ciudades griegas y lombardas y las cercanías de Roma, se establecieron en la Calabria, anunciando la creacion de un imperio poderoso en la Italia Meridional; establecimiento que vino á malograr un suceso, al parecer insignificante, como tan vulgar, en esta época de extraordinarias aventuras.

Cuarenta peregrinos normandos que habian salido de su patria para ir á Jerusalem en los primeros años del siglo XI, al regresar, en naves de Amalfi, abordaron á Salerno, cuando esta ciudad, sitiada por los sarracenos, acababa de capitular mediante el pago de un fuerte rescate.

Los peregrinos que hallaron á los salernitanos ocupados en reunir el precio de su rescate, y á los invasores tranquilos y seguros en su campamento, reprocharon á los primeros su cobardía, escitáronlos á que volvieran á empuñar las armas y les ofrecieron pelear en su auxilio.

Cerrada la noche, normandos y salernitanos cayeron sobre el campamento de los enemigos, les obligaron á reembarcarse, y enriquecidos con el despojo de los bárbaros y el reconocimiento de los italianos, regresaron los primeros á su patria contando maravillas.

Excitados por el ejemplo, el normando Drengot, sus cuatro hermanos y algunos fieles servidores, pasaron á Italia y entraron al servicio de Melo, que despues de obtener algunas victorias sobre los griegos, fué al fin vencido (1019) en los Campos de Cannas.

Llamados despues en socorro de Nápoles, sitiada por el príncipe de Cápua, fueron legitimados en la posesion del castillo y territorio de Aversa, de que se habian apoderado, por el duque de Nápoles, que erigió este distrito en condado (1026) á favor de Rainulfo, hermano de Drengot.

Este fué el orígen del reino de las Sicilias.

Trascurrido escaso tiempo de estos sucesos, llegaron á Italia Guillermo Fierabrás, Drogon y Humfredo, tres hijos de Tancredo de Hauteville y con favor de sus paisanos de Aversa, auxiliaron á los griegos contra los árabes, dando muerte Guillermo al general sarraceno.

El bizantino, ingrato para con sus amigos, rehusó par-

tir con ellos el botin, fruto de la victoria; por lo que los normandos, á pesar de no contar más que con quinientos infantes y setecientos caballos, derrotaron á los sesenta mil hombres que componian el ejército griego.

Así fundaron los normandos en la Pulla una república feudal de que fueron sucesivamente jefes Guillermo, Drogon (1046) y Humfredo (1047 á 1057).

Una liga de los griegos, del emperador Enrique III y del Papa Leon IX, fué deshecha por Roberto Guiscardo, hermano de Humfredo y por Ricardo conde de Aversa.

A Humfredo sucedió Roberto Guiscardo que se hizo declarar duque de Pulla, de Calabria y de Sicilia, por el Papa Nicolás II.

En este tiempo estaba ocupada la isla de Sicilia por multitud de emires árabes que no reconocian la autoridad de los soberanos de Africa y que habian dividido la isla en pequeños principados.

Rogerio, tambien hijo de Tancredo, desembarcó en Sicilia, se apoderó de Mesina y luego de Palermo, con auxilio de Roberto Guiscardo y los pisanos. Rogerio se enseñoreó de toda la isla despues de treinta años de combates (1061 á 1090) y tomó el título de gran conde de Sicilia.

Roberto Guiscardo, señor de Nápoles, se hizo dueño de Salerno, de Otranto, de Tarento y de los estados griegos de la Italia meridional.

Hecho esto, pensando derribar el imperio de Oriente, se embarcó en Durazo, de cuya ciudad se apoderó, llegando hasta Tesalónica.

Temblaba la cobarde Constantinopla ante los invasores, cuando Roberto se vió obligado á defender sus propios estados atacados por el emperador de Alemania.

Otra vez más volvió á invadir la Grecia el valiente Roberto, matando trece mil bizantinos en un combate naval, cuando le sorprendió la muerte en Cefalonia, á los setenta años de su edad (1085).

A Roberto Guiscardo heredó su hijo Rogerio; á este Guillermo II, y á Guillermo Rogerio II (1127), que reunió á sus posesiones de Sicilia la Pulla y la Calabria y se tituló rey de la Italia Meridional y de Sicilia. En guerra Rogerio II con el príncipe de Cápua, fué auxiliado este por Lotario emperador de Alemania y perdió todos los países de la Italia Meridional, refugiándose en Sicilia.

Habiéndose rehecho Rogerio, atacó á los sarracenos en la misma Africa, y á seguida al imperio griego, saqueando á Atenas, Tébas y Corinto, y por último, sus normandos, por medio de un tratado con el emperador de Constantinopla, adquirieron la posesion de las ciudades griegas en Italia.

Muerto Rogerio II entraron sucesivamente á reinar Guillermo I (1154) y Guillermo II el Bueno (1166), con cuya muerte quedó extinguida la línea legítima de Tancredo de Hauteville.

Casada Costanza, hija de Rogerio II, con Enrique VI, emperador de Alemania, este quiso hacer valer sus derechos al reino de las dos Sicilias (1189).

Los isleños y los italianos opusieron al emperador á Tancredo, nieto legítimo de Rogerio. que por espacio de cuatro años luchó contra los alemanes, hasta que por último, vencido Tancredo y muerto el nuevo pretendiente Guillermo III, el reino de las dos Sicilias formó parte de los dominios de la casa de Suabia.

LECCION LX.

ALEMANIA DESDE CONRADO I Á ENRIQUE V.—LAS INVESTIDURAS.

A la muerte de Luis V el Niño, convenidos los señores alemanes, ofrecieron la corona á Oton el Ilustre, que la rehusó, aconsejándoles que eligieran á Conrado de Franconia.

Conrado murió sin poder reducir la Lorena á su obediencia, ni contener á los húngaros.

Enrique I el Cazador, debió este sobrenombre á que cuando Everardo, hermano de Conrado, fué á presentarle las insignias imperiales (919), lo encontró con el halcon en la mano.

Este príncipe sometió la Lorena, derrotó á los húngaros, conquistó á los bohemios la ciudad de Praga, obligó al rey de los Jutos á abolir la idolatría y los sacrificios humanos, y murió (936) á los sesenta años de su edad.

Electo Oton el Grande en la dieta de Aquisgran, sometió á los grandes vasallos descontentos, y habiendo solicitado su auxilio contra el duque de Istria y ofrecídole en cambio su mano la princesa Adelaida, que reinaba en Lombardía, en tres expediciones que Oton hizo á Italia adquirió aquel reino y el título de emperador para Alema-

nia, cuya investidura recibió del Papa Juan XII con el protectorado de Roma.

Oton II (972 á 983) luchó con vario éxito contra los señores alemanes enemigos de la unidad del imperio y contra los francos, sarracenos y griegos.

Oton III ascendió al imperio de edad de seis años, y fué discípulo del famoso Geberto, pasmo de su edad, que ascendió al pontificado con el nombre de Silvestre II.

Este reinado fué presa de grandes agitaciones, producidas por las guerras de los grandes feudatarios y por las invasiones de eslavos y dinamarqueses.

Afanoso por restablecer su autoridad en Italia, sitió en la Mole Adriana á Crescencio, nombrado cónsul por los alborotadores romanos; se apoderó de él y le hizo cortar la cabeza con doce de sus principales oficiales.

Oton III murió de edad de ventidos años.

Enrique II, duque de Baviera, acupó el imperio (1002) y, como sus predecesores, luchó con los príncipes feudatarios, con el lombardo Harduino, con Boleslao, rey de Polonia, á quien quitó la Bohemia, y adquirió la Borgoña por cesion de Rodolfo III.

Este emperador fué el último de la casa de Sajonia, á la cual vino á suceder en el imperio la de Franconia, en la persona de Conrado.

Conrado II el Sálico (1024), pasó á Italia, donde despues de sojuzgar al duque de Aquitania, fué coronado emperador y recibió el homenaje de los señores de Benevento, de Cápua y de Bári. Vuelto á Alemania venció al conde Wolf y á Ernesto de Suabia, conquistó la Polonia y la Bohemia, y alcanzó victorias en Italia.

A la muerte de Conrado (1039) fué proclamado Enrique III, apellidado el Negro.

Enrique sostuvo diversas guerras con el duque de Bohemia, en una de las cuales fué vencido; pero al año siguiente, el duque se vió obligado á prestarle juramento

de fidelidad en Ratisbona. Unido al margrave de Austria derrotó á los húngaros.

Hemos visto á los emperadores recibiendo de manos de los Pontífices la investidura de su alto poder, mezclándose en cambio en los asuntos de Italia, é interviniendo en la eleccion de los Papas; á los fieles enriqueciendo á la Iglesia con inmensas propiedades territoriales; á los segundones de las casas ilustres aspirando á los primeros cargos eclesiásticos, conducidos por miras mundanas, y, por consecuencia de todo, la eleccion de los Pontífices cohibida por poderosas voluntades láicas; á altos dignatarios eclesiásticos convertidos en duros guerreros; y por último, la simonía, el concubinato y la degradacion de las costumbres de clérigos y legos.

Preciso era, pues, devolver al Papa la integridad de su sagrado poder; contener á los emperadores en su ambicion; acabar con la compra-venta de los cargos eclesiásticos; restituir al clero su pristina pureza; que cada cual se contuviera dentro de los límites de lo prudente y de lo justo.

Ahora bien, el que emprendiera la árdua empresa de romper el triple nudo de la riqueza, de la familia, de la autoridad con que el clero se hallaba enlazado á la sociedad, el que intentara despojar á los reyes de los privilegios que los engrandecian, debia estar adornado de una virtud á toda prueba, de una voluntad inquebrantable, de las virtudes propias de los mártires.

Del seno mismo de aquel pueblo vejado y oprimido, iba á surgir como tantas otras veces, el gigantesco médico destinado á sajar y á cauterizar las terribles llagas de aquella sociedad corrompida.

En el monasterio de Cluni florecia el monge Hildebrando, hijo de un pobre carpintero de Saona, notable por su erudicion sagrada y profana, por sus irreprochables costumbres, por su corazon recto y por su entendimiento.

Habiéndose trasladado á Roma, á la muerte de Alejandro II, á quien él mismo habia sostenido contra el antipapa Cadolao, obispo de Parma, fué electo Hildebrando que tomó el nombre de Gregorio VII.

Elevado ya á la silla de San Pedro, renovó los decretos de sus predecesores, y un concilio celebrado en Roma (1074), condenó la simonía; y otro, celebrado en el siguiente año, declaró que la investidura de los bienes eclesiásticos no pertenecia á los seglares.

Imperaba entonces en Alemania Enrique IV.

Las grandes cualidades de que sin duda la Providencia adornó á este príncipe, torcidas por una educacion viciosa, lo habian prontamente sumido en la tiranía y en los vicios.

Fueron ya tantas y tan justas las quejas, que el Papa ordenó á Enrique IV que se presentara en Roma para justificarse ante el Concilio.

Lejos de obedecer el emperador á esta intimacion, contestó con una grosera epístola, mandando á Gregorio VII que compareciera ante él para ser juzgado.

Dada lectura en el Concilio de esta insolente misiva, los Padres declararon excomulgado al emperador, y el Papa le destituyó de sus Estados, relevó á sus súbditos del juramento de fidelidad, y suspendió á los Obispos reunidos en Worms.

Estos decretos fueron acogidos con inmensa alegría por todos los oprimidos, y los señores se reunieron en Tribur para deponer al tirano.

Más razonable el emperador ante la inminencia del peligro, convino en la tregua de un año, durante la cual habia de obtener la bendicion del Papa, ó someterse á la decision de la Dieta de Augsburgo. En tanto, encaminose á Italia acompañado de su hijo y de su buena esposa Berta.

Encontrábase Gregorio VII en el castillo de Canosa, y

conociendo que, no la conviccion, sino la fuerza, llevaban al emperador á Italia, negóse á recibirlo para evitar mayores males á la cristiandad. Pero no queriendo despues que su negativa se interpretara por soberbia, lo admitió á su presencia, y lo restableció en la Comunion de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Sabiendo todos en Alemania é Italia que el emperador mentía, consideraron su sumision como bajeza, lo menospreciaron, y él, ciego siempre, se arrojó resueltamente en brazos de los enemigos de la Iglesia.

Los señores alemanes congregados en Forchein, depusieron al emperador como contumáz, y nombraron en su lugar á Rodulfo, duque de Suavia.

El emperador reunió un conciliábulo, depuso nuevamente al Papa, hizo elegir á Guiberto con nombre de Clemente II, y apercibiendo sus tropas, luchó con varia fortuna, hasta que, muerto Rodulfo, marchó á Roma con su antipapa, por el que se hizo consagrar emperador.

Para que el triunfo del mal no fuera completo, quiso la Providencia que por aquellos dias, retirándose Roberto Guiscardo el normando del sitio de Durazzo, llegara á Roma y salvara á Gregorio VII, sitiado en el castillo de Sant Angelo, llevándolo al de Letran, desde el cual el Pontífice excomulgó al emperador y al antipapa.

Despues, Gregorio VII, murió en la ciudad de Salerno exclamando: *He amado la justicia y he odiado la iniquidad, por eso muero en el destierro.*

La verdad y la justicia son inmortales: así que la causa de la indepencia de la Iglesia no acabó con la vida del Pontífice, ni Enrique IV vivió tranquilo, antes bien, esperimentó el terrible dolor de ver que su propio hijo Conrado se le sublevara, y que despues de la muerte de este se revelara igualmente Enrique, su otro hijo, ante el que se vió forzado á huir.

Cuando Enrique IV se preparaba para luchar contra

el rebelde, le sorprendió la muerte en Lieja, á los sesenta y seis años de su edad.

Enrique V renovó en un principio las pretensiones de su predecesor; pero al fin, excomulgado por el Papa y viéndose amenazado de igual fin que su padre, poniéndodose de acuerdo con los barones confederados, firmó en Wurzburgo la paz.

La Dieta de Worms (1122) confirmó el Concordato por el cual el emperador renunció al pretendido derecho de las investiduras; dejó á la Iglesia la libertad de eleccion y prometió devolver las regalías usurpadas al estallar la guerra. Por su parte el Papa consintió en que los prelados de Alemania fueran elegidos en presencia del emperador, aunque sin violencia ni simonía; que despues de la eleccion aceptasen del Imperio las temporalidades, mediante el cetro y le prestasen los servicios que le eran debidos.

El primer concilio general de Letran confirmó en el año siguiente estas decisiones, y desde entonces perteneció al cónclave de cardenales el derecho de elegir á los Soberanos Pontífices.

LECCION LXIx

Francia desde Hugo Capeto á San Luis.

Oorganizado el sistema feudal en Francia, hallábase Hugo Capeto, al comenzar su reinado (987), rodeado de los señores sus iguales, pudiendo únicamente disponer de su ducado de Francia, cuya capital era París.

En estas circunstancias propúsose el nuevo rey emancipar la corona de la tutela de los feudatarios, engrandecidos en los miserables tiempos de los últimos Carlovingios; reconstituir la clase de hombres libres que habia sucumbido con la autoridad real; comenzar, en fin, la lucha que habia de terminar con la ruina del poder feudal y el engrandecimiento de la monarquía.

Roberto y Enrique (996 á 1060), sucesores de Hugo, se distinguieron por su piedad; Felipe se hizo detestable por su tiranía.

El reinado de Luis VI el Gordo (1108), se resume en sus guerras con Inglaterra y en el engrandecimiento del poder real á costa de los señores feudales: Luis VII el Jóven (1137) tomó parte en la segunda Cruzada y repudió á la princesa Leonor, cuyos estados, por su union con Enrique II de Inglaterra, fueron á engrandecer el poder de

este príncipe en Francia. Sin embargo prosiguió la política de su padre concediendo carta de emancipacion á las ciudades.

En tiempo de Felipe II Augusto, decayó más y más el poder feudal.

Este príncipe citó ante el tribunal de los Pares al rey de Inglaterra, Juan Sintierra, por haber dado muerte á su sobrino Arturo, y, no compareciendo el inglés, lo hizo condenar á muerte y á la pérdida de todos sus señoríos y feudos en Francia.

Alemania, Inglaterra, Flandes y Lorena, declararon la guerra á Felipe Augusto, que, apoyándose en las milicias de los Comunes, derrotó á los coaligados en Bovines (1214), ganando con esta victoria el primer lugar entre los reyes de su siglo.

A Luis VIII sucedió Luis IX.

Durante la menor edad de este rey creyeron los grandes señores que habia llegado el momento de reponerse de los quebrantos sufridos en los reinados anteriores; pero D.ª Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII, madre del rey, disolvió la Liga, en cuya ocasion mostráronse los Comunes muy leales á la causa del monarca.

Llegado Luis á la mayor edad, se formó contra él otra Liga de los grandes vasallos, apoyada por Enrique III de Inglaterra, la cual deshizo el Santo rey, ganando las batallas de Taillebourg y de Saintes, despues de las cuales se mostró con los rebeldes clemente y generoso.

Luis IX reformó la legislacion publicando el código de leyes conocido con el nombre de *Establecimientos de San Luis*, tomó parte en las dos últimas Cruzadas, y murió frente á Túnez en 25 de Agosto de 1270.

UNDÉCIMA ÉPOCA.

LAS CRUZADAS. LOS MUNICIPIOS. (800 Á 1095).

LECCION LXII.

Las Cruzadas.

Siguiendo el curso de la Historia, en la segunda mitad de la Edad Media, vemos predominar el sentimiento religioso, que naturalmente se fijó en los Lugares donde se habia realizado la Redencion del género humano.

Pero, como ya hemos visto anteriormente, de entre la confusion política y religiosa del Asia habia salido un hombre, fundador de una nueva religion y un nuevo imperio, que amenazó en breve á la Europa, cayendo al cabo Jerusalem en manos de Omar.

La invasion de los turcos, dando al Oriente nuevos dueños, habia de dar tambien á los cristianos de la Tierra Santa nuevos opresores. Mas esa inmensa muchedumbre de enemigos de la Cruz no encontraba indiferente á la Europa.

En el año de mil noventa y tres, Pedro el Ermitaño, visitó los Santos Lugares de Jerusalem, conquistada por Omar.

A la vista del Calvario y del Sepúlcro de Jesucristo se sobrescitó su corazon, gimiendo de dolor al contemplar los padecimientos de sus hermanos.

Pedro se dirigió á Italia, y con su imaginacion meridional pintó á Urbano II lo que habia visto en la Ciudad Santa.

Desde allí, el Ermitaño recorrió la Europa comunicando á todos su santo celo por librar la Palestina.

Así fué, que en el Concilio de Claramonte fué acogida con lágrimas la elocuencia de Pedro el Ermitaño, tomando la muchedumbre, al grito de *Dios lo quiere,* el estandarte de la libertad cristiana, y poniendo todos sobre sus vestidos la enseña de la humanidad rescatada, para luchar con la nacion que del Este de Asia habia llegado á dar nuevo aliento á los secuaces del Profeta.

El ejército del pueblo, sin esperar la llegada del tiempo convenido, á las órdenes de Pedro y de Gualberto, emprendió el camino, y pereció en Hungria y en el Asia Menor.

El de los caballeros, mandado por Godofredo de Buillon, se apoderó de Nicea, de Edesa, de Antioquía y de Jerusalem, que fué tomada por asalto (1099), despues de cuarenta dias de sitio. Godofredo fué el primer rey de la ciudad Santa.

El gran movimiento ocasionado por la primera Cruzada, heló de espanto á los sectarios del Islam, prontos ya á invadir la Europa.

Fué causa de la segunda Cruzada la caida de Edesa en poder de los infieles, y tuvo por jefes á Luis VII de Francia, y á Conrado III, emperador de Alemania.

En ella, excitados intereses mundanos con las grandezas obtenidas por los héroes de la primera, apenas hallaremos más que desastres, volviéndose todo contra los expedicionarios.

La indisciplina, propia del feudalismo, acrecentada

por las rivalidades y la sed de riquezas; la sobrada confianza del heróico Luis VII; la vanidad del emperador Conrado, produjeron la ruina de esta empresa.

Vencido y prisionero Guido de Lusiñan en la sangrienta batalla de Tiberiades, Jerusalem cayó en poder de Saladino (1187).

Predicó la tercera Cruzada Guillermo de Tiro, y se pusieron al frente de ella el emperador de Alemania Federico Barbarroja, Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra.

La tercera Cruzada comienza con una inmensa catástrofe en la Cilicia, cuando el rio Cydno arrojó ante los soldados de la Cruz el cadáver de Federico Barbarroja, cuyo nombre y cuyas hazañas habian espantado al Asia. Posteriormente, esta empresa se resume en el heróico valor del rey de Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon; en la nobleza y generosidad de Saladino, bien pocas veces desmentida; en la conquista de Tolemaida; en la ruina de Ascalon, y en la fundacion del reino de Chipre.

En la cuarta Cruzada vemos que á la voz del mismo Pontífice que habia empujado hácia la Tierra Santa á Federico I, á Ricardo Corazon de Leon y á Felipe Augusto, marcharon á Oriente dos ejércitos á las órdenes de los duques de Sajonia y de Brabante, del Obispo de Maguncia y del conde del Limbourg, y que despues emprendió el camino de Oriente el emperador Enrique VI. Pero los primeros, á su llegada, encontraron oposicion á la guerra por parte de los cristianos establecidos en Siria, y el emperador se aprovechó de todos los medios que la cristiandad habia puesto en sus manos para promover una lucha impía en Nápoles y en Sicilia; viéndose entonces el extraño espectáculo de una Cruzada dirigida por un príncipe excomulgado, y á los soldados de la Cruz, vencedores, huyendo de sus enemigos vencidos.

En las precedentes empresas dominaba el sentimiento

religioso sobre el político: en la cuarta Cruzada, las miras políticas se sobreponen á las religiosas.

Por eso vemos estrellarse todos los esfuerzos del imperio germánico contra un despreciable fuerte situado en el Líbano, y á los vencidos de Thoron, en el campo cristiano, para entregar la fortaleza, pidiéndo solo la libertad y la vida, volviéndose sin hallar con quien entenderse entre sus enemigos

La quinta Cruzada venga á los latinos de la perfidia bizantina. Pasma, en verdad, ver al pequeño ejército de los cristianos marchando contra un país en el que, realmente, con nadie contaban, que les podia oponer innumerables defensores, y que lleva á cabo asombrosas hazañas, plantando sus estandartes en los muros de Bizancio, que es entregada á todos los horrores de la guerra.

Fué consecuencia de esta Cruzada la fundacion del imperio latino en Constantinopla.

Cuando el gran Pontífice Inocencio III intentaba reanimar la cristiandad con sus incansables predicaciones, le sorprendió la muerte, y entró á sucederle Honorio, cuyo primer pensamiento fué para la cautiva Sion, para excitar y promover la sexta Cruzada; empero sin resultado. Andrés II se volvió muy en breve á sus estados de Hungría, y la toma de Damieta y el heróico valor de los Occidentales, quedaron impotentes ante las inundaciones del Nilo.

Posteriormente, Federico II, emprendió el camino de Jerusalem, que abandonó bien pronto, renovándose entonces el tristísimo espectáculo de una guerra entre la Santa Sede y el jefe del imperio, salvándose milagrosamente las colonias cristianas por la lucha entre los descendientes de Saladino y de Malek Adel.

Muy luego asombróse de indignacion el mundo cristiano cuando Federico se apoderó de la Ciudad Santa, dejando el culto del Islam frente al sepulcro del Salvador.

Despues, un rey, modelo de resignacion y de nobleza, despierta el interés de las Cruzadas, que alumbra con los tranquilos resplandores de su diadema de Santo.

Al comenzar la centuria decima tercera, desde la mesa central del Asia, los Tártaros Mogoles atravesaron el Volga, destruyendo los países bañados por el Vístula y el Danubio, sembrando el espanto en Italia y en Alemania.

En vano se quiso oponer contra esta invasion una Cruzada; en vano se enviaron embajadores á aquellas bárbaras tribus; en vano se ensayó cerca de ellas la pacífica predicacion de los hijos de San Francisco y de Santo Domingo: á pesar del comun peligro, nadie salió al encuentro de los invasores.

Cuando aquellos pueblos se apoderaron de los fundados sobre las ruinas de los Seldjiucidas, Jerusalem fué presa de estos conquistadores, que esterminaron al pueblo fiel.

Tantas desgracias, sin embargo, no hallaron eco en Europa; el espantado Occidente habria olvidado á los cristianos de la Palestina, si Luis IX de Francia no se hubiera puesto á la cabeza de la sétima Cruzada proclamada por la Iglesia.

Pero despues de las victorias conseguidas sobre los musulmanes, tras la toma de Damieta, los triunfos alcanzados en Mansourah, debilitaron más y más á los cristianos diezmados por el hambre y las enfermedades, terminando con la cautividad de San Luis, con un inmenso desastre ante la asombrada Europa, que todo lo esperaba de los primeros felicísimos sucesos de esta expedicion.

Sin embargo de tamañas desventuras, el rey de Francia volvió engrandecido del Egipto, purificado por los sufrimientos y la desgracia.

De aquí en adelante la historia de los Cristianos en Oriente no es más que la narracion de continuados desastres.

Nazaret, Cesárea, Jaffa y Antioquía cayeron en poder del feroz Bibars.

El Imperio latino acabó en medio de una breve existencia que se resume en la historia de su agonía. Para mostrar á cuán profunda degradacion habia llegado aquel estado de cosas, diremos, que sólo se sabe de las postreras escenas de este misterioso drama, que los griegos se apoderaron de Bizancio, entrando por una cloaca en la ciudad de Constantino.

Otra vez vióse en Occidente al Emperador griego demandando el amparo de los Cruzados, al mismo tiempo que el Arzobispo de Tiro y los grandes Maestres de las Órdenes pedian socorro para la Tierra Santa.

Sin embargo, sólo un Monarca existía en Europa empeñado nuevamente en la causa cristiana; pero en la octava Cruzada, San Luis tuvo que comprometerse á pagar los gastos de la guerra, tomando á sueldo los expedicionarios.

Hízose, pues, el último esfuerzo: la expedicion de Luis IX se dirigió contra los países donde floreció Cartago.

Pero la ardiente Libia opuso al valor heróico de los Cruzados los rigores de su abrasado clima y sus fiebres contagiosas, que diezmaron las tropas de San Luis, el cual, en vez de los laureles del conquistador, alcanzó en África la santa palma del mártir.

Al espirar aquel cristiano Monarca, velóse el ángel de las Cruzadas, elevándose al cielo con el alma purísima del hijo de D.ª Blanca de Castilla, astro que alumbra con sus santos y tranquilos resplandores los últimos tiempos de la Edad Media.

Trípoli, Tolemaida, Sidon, Beyrut, las ciudades cristianas de las costas de la Siria, vieron tremolar sobre sus muros el estandarte del Profeta, y á sus pobladores degollados, ó conducidos entre cadenas á Egipto.

Las Cruzadas fueron orígen de la institucion de las Órdenes Militares.

Para defender á los peregrinos, creáronse en Jerusalem las órdenes de los Hospitalarios, de los Templarios y de los Teutónicos. Los Hospitalarios (1100) de San Juan de Jerusalem, y hoy de Malta, permanecieron en la Palestina hasta las conquistas de Saladino; luego se establecieron en Rodas y despues en Malta.

Los Templarios fueron instituidos por Balduino, y suprimidos por Felipe IV de Francia y Clemente V.

El Órden Teutónico, fundacion de ciertos caballeros de Bremen y de Lubbek, fué aprobado por Celestino III, y engrandecido en Prusia por el emperador Federico II.

España, que sostenia su Cruzada siete veces secular, ostenta análogas instituciones. A fines del reinado de Don Alfonso VII el Emperador, tuvo orígen la Órden de Alcántara, antes llamada de San Julian del Pereiro, por el sitio en que la fundaron (1156) dos salamanquinos, D. Suero y D. Gomez. Protegióla D. Fernando II de Leon, la aprobó Alejandro III, y Julio I la agregó á la monástica del Cister.

Calatrava debe su orígen á los monges cistercienses Fray Raimundo, abad de Fitero, y Fray Diego Velazquez que se ofrecieron á D. Sancho III de Castilla (1158) para encargarse de la defensa de Calatrava, amenazada por los musulmanes. El Papa Alejandro III sancionó esta órden (1161), y el mismo Alejandro III confirmó la de Santiago (1175).

La de Montesa se fundó en el reino de Valencia por D. Jáime III de Aragon (1317). Todas ellas tienen como sus análogas de la Tierra Santa, gloriosa historia en la heróica empresa de la Reconquista española.

LECCION LXIII.

ALEMANIA DESDE LOTARIO II Á FEDERICO III.— LA CONFEDERACION HELVÉTICA.

A la muerte de Enrique V, sobrevino una eleccion borrascosa (1125), en que triunfó Lotario II, que pasó á Italia y sostuvo al Papa Inocencio II contra el antipapa Anacleto II.

A la muerte de Lotario (1137), Enrique de Baviera y Conrado de Franconia, lucharon por el imperio, venciendo el último; en cuya ocasion se oyeron por vez primera los nombres de Guelfos y Gibelinos.

A Conrado III sucedió Federico de Suabia (Barbarroja (1152).

Aprovechando las guerras entre el sacerdocio y el imperio, muchas ciudades lombardas se habian constituido en democracias.

Reflejo de la situacion de la Lombardia era Roma, donde la faccion de Arnaldo de Brescia se habia constituido en república. Federico Barbarroja pasó á Italia auxiliando al Pontífice Eugenio III, y en dos expediciones venció á los rebeldes lombardos y á los partidarios de Arnaldo de Brescia, que fué quemado vivo.

Enrique VI casó con Constanza, heredera del trono de las Dos Sicilias, y al morir (1197) dejó el imperio á su hijo Federico, niño de corta edad, que lo ocupó, sostenido por el inmortal Pontífice Inocencio III, su tutor.

Federico II tomó parte en las Cruzadas y asoló las ciudades lombardas.

Estas luchas obligaron al Papa Inocencio IV, sucesor de Gregorio IX, á refugiarse en Lion, donde convocó un Concilio que excomulgó á Federico, el cual murió entre estas guerras (1250). Durante las mismas, se formó la gran confederacion de las ciudades Anseáticas.

Conrado IV, hijo de Federico II, murió envenenado por su hermano natural, Manfredo, usurpador del reino de las Dos Sicilias, dejando un hijo de corta edad encomendado al Papa Inocencio IV (1254). Guillermo de Holanda, sucesor de Conrado, murió a los dos años.

Divididos entonces los electores fueron simultáneamente nombrados Alfonso X de Castilla y Ricardo de Cornwall, hijo de Juan Sintierra.

Esta doble eleccion y los desórdenes subsiguientes, fueron causa del período conocido con el nombre de *el Grande Interregno,* en medio del cual aconteció un trágico suceso que conmovió á la Europa.

Manfredo habia usurpado la Sicilia, con pretexto de conservarla para su sobrino Conradino, hijo de Conrado IV.

El Papa Urbano IV, reivindicando los derechos de la Santa Sede sobre aquel reino, excomulgó á Manfredo y dió la corona á Cárlos de Anjou, hermano de San Luis de Francia, que dió muerte á Manfredo.

Conradino disputó el trono á Cárlos, que, despues de haberlo vencido, manchó su victoria haciendo ejecutar en un cadalso al desgraciado príncipe.

El Grande Interregno terminó con la eleccion de Rodolfo I, de la casa de Habsburgo, que siguió una política

contraria á la de Hohenstaufen en las cuestiones de Italia. Rodolfo murió (1291) sin lograr que le sucediera su hijo Alberto, lo que alcanzó este despues de dar muerte al electo conde de Nasau.

Alberto I sostuvo diversas guerras sin éxito, y fué causa, con sus pretenciones, de la formacion de la Liga Helvética.

Con efecto, muerto el intendente Gessler por Guillermo Tell (1307), Alberto quiso sojuzgar á los suizos, y murió asesinado al pasar el rio Rus.

Enrique VII renovó las pretenciones de los emperadores en Italia, y con ayuda de los Gibelinos, se apoderó de Milan y de Roma, muriendo cuando acometia á Nápoles (1313).

Luchando Luis V de Baviera, y Federico, duque de Austria, venció el primero que invadió la Italia sosteniendo al antipapa Nicolás V. En medio de estas luchas falleció Luis dejando en posesion de la soberanía á Cárlos IV, nieto de Enrique VII.

Wenceslao heredó á su padre Cárlos IV, y fué depuesto en la dieta de Francfort, que dió el imperio á Federico de Brunswik, y despues á Roberto, conde Palatino (1410).

Wenceslao, despues de un reinado por extremo borrascoso, renunció en su hermano Sigismundo.

Citado ante el Concilio de Constanza (1414) el hereje Juan Hus, no compareció, y fué quemado vivo con su amigo Jerónimo de Praga.

A Sigismundo sucedió Alberto II (1417), y á este, Federico III, duque de Austria, con el que comenzó el engrandecimiento de esta casa.

Dijimos que Alberto I, queriendo sojuzgar á los suizos, fué muerto al pasar el Rus.

Leopoldo I fué vencido por aquellos heróicos montañeses en Morgarten (1315), y en virtud de estos hechos

se formó la Confederacion Suiza.

Renovada la guerra en tiempo de Leopoldo III, encuéntranse las tropas de este con los sublevados en Sempach, cerca de Lucerna, donde sufrieron los imperiales una gran derrota, á que siguió, dos años despues, la victoria de Naefels (1388) ganada por los suizos contra el Austria, que hubo al fin de reconocer la independencia de la Confederacion Helvética.

LECCION LXIV.

Los Estados Italianos.—Inglaterra desde Guillermo el Conquistador hasta Eduardo II.

Los Estados Italianos. Durante las luchas de los emperadores en Italia, muchos pueblos de la península recobraron su independencia.

Las ciudades situadas en el interior, como Milan, Ferrara, Luca, Florencia y Siena, debieron su engrandecimiento á su riqueza territorial ó al progreso de sus industrias; las marítimas como Nápoles, Gaeta y Amalfi, á la actividad de su comercio. Venecia, Génova y Pisa, se convirtieron en verdaderas potencias durante las Cruzadas.

Felipe IV de Francia, enemigo del Sumo Pontífice Bonifacio VIII, pudo lograr á la muerte de este, que fuera elegido Bertrando de Got (Clemente V.), Arzobispo de Burdeos (1305), el cual trasladó la Santa Sede á Aviñon.

A la voz de Nicolás Rienci (1345), alzóse la demagogia romana, cuyo menguado héroe desapareció en breve, víctima de un motin popular.

En el espacio de setenta años (1106 á 1370) que la Santa Sede permaneció en Aviñon, vióse ocupada por siete Pontífices, hasta que Gregorio XI la reinstaló en Roma.

A la muerte de Gregorio XI, fué electo Urbano VI; eleccion contrariada por algunos cardenales que nombraron á Clemente VII, doble eleccion generadora del

Gran Cisma de Occidente, que dividió á la cristiandad en dos grandes partidos, hasta que en 1409, reunidos en Pisa los cardenales y prelados de ambas obediencias, depusieron á Gregorio XII y Benedicto XIII, y eligieron á Alejandro V, y despues á Juan XXIII, en tanto que protestaban los depuestos.

El Concilio de Constanza colocó la tiara en la cabeza de Martino V; pero la calma no se restableció hasta la eleccion de Nicolás V.

Hemos visto que por consecuencia de la derrota de Manfredo, y por la muerte del desgraciado Conradino, quedó Cárlos Anjou árbitro de los reinos de las dos Sicilias.

Juan de Prócida, caballero napolitano refugiado en los estados de Pedro III de Aragon, marido de Constanza, hija de Monfredo, resuelto á librar á su patria, fué el alma de la terrible conjuracion que dió por resultado las *Vísperas Sicilianas.*

Con efecto; al toque de vísperas del lunes de Páscua, 30 de Marzo de 1282, los sicilianos mataron á más de ocho mil franceses y proclamaron á Pedro III rey de Aragon; hecho que fué causa de prolongada lucha entre aragoneses y angevinos.

Inquietada Juana II de Nápoles, por Luis de Anjou, pidió y obtuvo el auxilio de Alfonso V de Aragon, instituyendo á este en cambio heredero de sus estados.

Ingrata y voluble Juana, revocó la adopcion, que volvió á restablecer y á derogar, dejando á la postre el trono á Renato, hermano de Luis de Anjou.

Alfonso V se apoderó de Nápoles (1299), reuniendo así la triple corona de Aragon, Nápoles y Sicilia.

Asegurada la independencia de Milan por el tratado de Constanza (1183) lucharon en ella los Visconti y los Torriani.

Juan Galeas Visconti, duque de Milan, extendió su

autoridad sobre la Lombardía, apoyado por los condotieros los cuales se hicieron tan temibles que Felipe María Visconti tuvo que casar á su hija con Francisco Sforcia, jefe de estos, que se hizo proclamar duque de Milan, contra Alfonso V de Aragon y I de Nápoles.

Emancipada Florencia del poder de las familias patricias, se engrandeció con la cesion que los genoveses le hicieron del puerto de Liorna (1421), elevándose á una gran altura bajo el gobierno de los Médicis.

Venecia prosperó rápidamente gracias á las Cruzadas.

Al caer Constantinopla en poder de los Turcos Otomanos (1453), arruinóse el inmenso poder de Venecia y de Génova.

Inglaterra. Al morir Guillermo el Conquistador dejó sus Estados del continente á su hijo mayor Roberto de Normandía, y la corona de Inglaterra á su otro hijo Guillermo II el Rojo (1087).

Muerto Guillermo II (1100) sin hijos y ausente Roberto en la Palestina, fué proclamado Enrique I, hijo tercero del Conquistador. Enrique falleció dejando la corona á su hija Matilde, casada con Godofredo Plantagenet, á la que heredó Enrique II (1154) hijo de Matilde, que dió la metropolitana de Cantorbery á su favorito Tomás Beket.

Al contrario de lo que el monarca esperaba, Tomás desplegó grande energía en la defensa de los derechos de la Iglesia, en cuyo conflicto con el rey fué asesinado al pié de los altares.

Enrique II conquistó á Irlanda y subyugó la Escocia; pero habiéndose revelado sus cuatro hijos con el consejo de su madre Leonor de Guyena y los auxilios de Felipe Augusto, lucharon ambos ejércitos y fué la victoria del rey, muriendo en la pelea dos de sus rebeldes hijos.

Ricardo Corazon de Leon, que sucedió á su padre (1189), tomó parte en las Cruzadas, y á su vuelta se apoderó de él su enemigo el duque de Austria, no consi-

guiendo la libertad sino á precio de un fuerte rescate.

Poco tiempo despues, el héroe de la tercera Cruzada murió oscuramente combatiendo el castillo de Chalux (1199).

Juan Sintierra ocupó el trono asesinando á Arturo de Bretaña, legítimo heredero de la corona, y su sobrino.

En estas circunstancias, los barones obligaron al rey á que confirmara las franquicias concedidas en las Cartas de Enrique I y de Estéban de Blois; lo que hubo de hacer, asegurando al clero su libertad y á los barones sus franquicias, sancionando la *Gran Carta.*

Juan Sintierra murió en un acceso de furor (1216).

Durante la menor edad de Enrique II, aumentó el poder de los grandes señores, menguando la autoridad del rey hasta el punto de que la nobleza inferior se puso del lado del monarca para contrariar á aquellos.

Crecieron más y más las revueltas, hasta que viniendo ambos partidos á las manos, el rey y su familia quedaron prisioneros del conde de Leicester. Temeroso el conde de que lo abandonaran los barones, buscando el apoyo del pueblo, convocó el Parlamento, al que asistieron por vez primera representantes de las ciudades y de las campiñas. Pero el jóven Eduardo, hijo de Enrique III, venció y dió muerte á Leicester.

Eduardo I colocó en el trono de Escocia á Juan Baillot, contra Roberto Bruce, á quien sostenia Felipe IV el Hermoso. Roberto fué vencido con sus escoceses, hasta que por último, ganó la corona el conde de Carrik.

Eduardo II (1307) vivió supeditado á sus favoritos Gabeston y Spencer, y fué tan débil en la guerra como en el gobierno.

Los barones, sublevados contra él, le hicieron abdicar la corona y le encerraron en el castillo de Berkley, donde murió asesinado.

DUODÉCIMA ÉPOCA.

CAIDA DEL IMPERIO DE ORIENTE (1270 A 1453).

LECCION LXV.

FRANCIA DESDE FELIPE III HASTA CÁRLOS IV.— FRANCIA É INGLATERRA. — GUERRA DE LOS CIEN AÑOS. — GUERRA DE LAS DOS ROSAS.

Á San Luis sucedió en el trono de Francia Felipe III el Atrevido, y á este Felipe IV el Hermoso (1285).

Habiendo causado daños en las costas de Francia ciertos marineros ingleses, y no obteniendo Felipe reparacion, citó á Eduardo I de Inglaterra ante el tribunal de los Pares. No habiendo comparecido el inglés, lo declaró reo de lesa majestad, y perdidos cuantos dominios tenia en Francia.

En medio de la guerra que siguió á estos hechos, el Papa Bonifacio VIII intimó la paz á los contendientes en bien de la cristiandad, á lo que contestó Felipe con insolente altaneria.

Para sostener estas guerras acudió el rey de Francia á todo género de vejaciones contra el clero, por lo que el

Papa Bonifacio VIII comisionó al obispo de Pamiers para que presentara sus reclamaciones al monarca francés; este mandó arrestarlo.

Bonifacio puso á la Francia en entredicho, y por su parte Felipe convocó los Estados Generales, llamando al clero, á la nobleza y al tercer Estado, que por vez primera iba á presentarse en la escena política (1302).

Preparándose Felipe el Hermoso contra el Papa, transijió las cuestiones pendientes, cedió la disputada Guyena al inglés, y Nogaret publicó una infame proclama y marchó á Roma, donde maltrató á Bonifacio, que murió ultrajado de obra y de palabra por los agentes de Felipe.

Á la muerte del Pontífice, la Santa Sede fué trasladada á Aviñon.

La insaciable avaricia de Felipe IV se fijó entonces en la Órden del Temple.

Jacobo de Molay, Gran Maestre de la Órden, fué preso con cuantos caballeros se hallaban en Francia.

Por de pronto y para sembrar el espanto en los que aún se atrevian á textificar en favor de los encarcelados, fueron quemados á fuego lento cincuenta y cuatro caballeros, y á seguida otros nueve.

El Gran Maestre y otros tres más eran ya los únicos que sobrevivian en las cárceles, de los cuales, al serles notificada la sentencia de reclusion perpétua, Molay y uno de los caballeros protextaron la inocencia de la Órden, por lo cual fueron quemados vivos.

Afírmase que, en los últimos momentos, Felipe de Molay citó al rey para ante el tribunal de Dios.

Felipe el Hermoso se apoderó definitivamente de los inmensos caudales de que eran dueños en Francia los Templarios.

Tras de Felipe IV reinaron sucesivamente sus tres hijos, Luis X, Felipe V y Cárlos IV (1314 á 1328), último descendiente directo de Hugo Capeto.

Muerto Cárlos IV, con arreglo á la ley sálica, entró á reinar Felipe VI, primero de la casa de Valois. Eduardo III de Inglaterra, pariente más cercano del difunto rey, aunque por línea femenina, alegó derecho preferente á la corona de Francia, lo cual dió lugar á la guerra de los Cien Años.

Comenzada esta, obtuvieron los franceses algunas victorias terrestres, pero fueron vencidos en el combate naval de Eclusa (1340).

Ocupados ambos monarcas en sus propios estados, volvió despues á renovarse la guerra, encontrándose en Crescy. Eduardo contaba con treinta y dos mil hombres, y como Felipe VI estaba al frente de fuerzas mucho más considerables, atacó al inglés con tan poca precaucion, que sufrió una terrible derrota, quedando él mismo herido en el trance.

Despues de esta memorable victoria, Eduardo III se apoderó de la importante plaza de Calais.

Fué el reinado de Felipe VI una rehabilitacion del feudalismo, reanimado con estos desórdenes.

Su hijo y heredero Juan el Bueno, vió su reino agitado por las disensiones de la alta nobleza y por las intrigas de Cárlos el Malo, rey de Navarra.

Recorrian los ingleses el Poitou á las órdenes del príncipe Negro, hijo de Eduardo III, y para contenerlos, Juan fué contra ellos, encontrándolos cerca de Poitiers (1356), donde, cometiendo las mismas faltas que su padre en Crescy, fué completamente derrotado, hecho prisionero con su hijo menor, y ambos conducidos á Inglaterra.

Durante la prision del rey ejerció la regencia su hijo mayor Cárlos.

Muerto en Inglaterra Juan el Bueno (1364), entró á reinar su hijo Cárlos V, apellidado el Sábio, que dirigió sus fuerzas contra Cárlos el Malo, perpétuo agitador de las desdichas de la Francia, derrotó en la Rochela por

medio de la marina castellana á la inglesa, y al ejército enemigo sus tropas, que dirigia el afamado Condestable Duguesclin.

Durante la menor edad de Cárlos VI el Bien Amado (1380), ocurrieron grandes desórdenes en París, que no se calmaron hasta que se vigorizó la autoridad monárquica con la gran victoria alcanzada por las tropas reales sobre los flamencos en Rosebeeq (1382).

Llegado Cárlos VI á la mayor edad, se rodeó de los buenos consejeros de su padre, y todo anunciaba un reinado próspero y feliz, cuando el rey perdió la razon (1391), sumiendo á la Francia en espantosa anarquía.

Los Estados Generales dieron la tutela del monarca y la regencia al duque de Orleans que la hubo de compartir con los de Berry y de Borgoña.

Rivales el de Orleans, y el de Borgoña, fueron cabeza de los dos grandes partidos de Armañaques y Borgoñones.

En semejante situacion desembarcó en Normandía Enrique V de Inglaterra, derrotando en Azincourt al condestable Albret.

El pueblo de París que atribuia este desastre á los armañaques, dió muerte al condestable y á otros muchos de este partido.

Triunfando el Duque de Borgoña fué atraido para una conferencia al puente de Montereau, donde lo mató Tannegui Duchatel.

Irritados los armañaques con este acontecimiento, declararon al Delfin Cárlos, privado de todos los derechos y obligaron al desgraciado Cárlos VI á dar en matrimonio su hija Catalina á Enrique V de Inglaterra, instituyendo á este, por el tratado de Troyes, heredero del reino de Francia y regente del reino durante la vida de Cárlos VI.

Dos años despues de este tratado murieron Cárlos VI en París (1422) y Enrique V en Vincennes. Los ingleses y borgoñones, lejos de aprovechar estas circunstancias

con un golpe decisivo, dejaron pasar cuatro años hasta que el duque de Bedfort, regente de Francia por el rey de Inglaterra, reuniendo sus tropas, sitió la plaza de Orleans.

Hallábase Cárlos VII punto menos que desesperado, cuando Juana de Arc (la Doncella de Orleans) se presentó á él pidiéndole ponerse al frente de las tropas y salvarlas; como en efecto lo hizo, obligando á los ingleses, al cabo de dos meses, á levantar el asedio y haciendo prisioneros á Suffolk y Talbot, principales caudillos ingleses.

Cárlos VII fué consagrado en Reims: la Doncella quiso retirarse, pero cediendo á las instancias del monarca, fué hecha prisionera por los borgoñones, que la entregaron á los ingleses, los cuales mancillaron su nombre haciéndola quemar en Ruan por hechicera (1431). De aquí en adelante todo fué prosperidades para Cárlos, no quedando á los ingleses en el continente más que la plaza de Calais.

Cárlos VII mereció el sobrenombre de el Victorioso, bajo el que es conocido.

Durante estos acontecimientos, no era más feliz el estado interior de Inglaterra.

Eduardo III, que sucedió en el trono (1327) á Eduardo II, venció á los escoceses y pretendió, como ya hemos dicho, la corona de Francia.

Ricardo II, ocupó el trono (1377) por muerte de su abuelo Eduardo III, bajo la tutela de sus tios los duques de Lancaster, de Yok y de Glocester. Irritado el pueblo con los crecientes tributos y excitado por la doctrina anárquica de los discípulos de Wiclef, promovió una insurreccion que vencieron los regentes.

Estos desórdenes fueron dominados por el rey, hasta que poniéndose al frente de un ejército poderoso el duque de Lancaster, convocó al Parlamento que declaró la destitucion del monarca. Prisionero Ricardo, murió encerrado en un castillo (1399).

Enrique IV, primero de la casa de Lancaster, reinó en medio de grandes conmociones.

Enrique V vió su reino agitado por la heregía político-religiosa de los Lollards que pretendian borrar toda distincion social, y bajo pretesto de fraternidad evangélica ansiaban establecer la igualdad absoluta.

Ricardo, duque de York, puesto al frente de la faccion popular, disputó la corona á Enrique VI, alegando sus derechos como descendiente del hijo segundo de Eduardo III.

Los partidarios de la casa de Lancaster se distinguian en estas contiendas por una rosa encarnada, como los de York ostentaban una rosa blanca.

Muerto Ricardo en Wakefield, triunfa la rosa blanca con Eduardo IV de Yok, que afirma su poder con las victorias de Towton, de Exham, de Barnet, y de Tewkesbury.

Eduardo V fué destronado por Ricardo III, que á su vez fué vencido y muerto en la batalla de Bosworth (1485) por Enrique Tudor, último descendiente varon de la familia de Lancaster; el cual, casándose con Isabel, hija de Eduardo IV, confundió los derechos de las casas de York y de Lancaster, dando fin á la guerra de las dos rosas, que duró por espacio de treinta años, que costó la vida á ochenta príncipes y acabó con la nobleza inglesa.

LECCION LXVI.

El Imperio Otomano.—Ruina del Imperio de Oriente.

El imperio de Othman, engrandecido sobre las ruinas del califato de Bagdad y del imperio de Oriente, tomó mayores proporciones bajo Orkan y Amurates I (1360).

Bayaceto I hizo sufrir á los cristianos la terrible derrota de Nicopolis (1393), y bloqueó á Constantinopla, cuya poblacion degradada hubiera sucumbido sin la llegada de Tamerlan (Timur-Lenk), que despues de haber sembrado de sangre y de ruinas el Asia, marchaba en busca del otomano.

Ambos rivales se encontraron en Ancira, donde Bayaceto fué vencido y hecho prisionero.

Lejos de aprovecharse Manuel Paleologo, emperador de Oriente, de los desórdenes que sobrevinieron entre los hijos de Bayaceto, dió tiempo para que Mahomet I, deshaciéndose de todos sus hermanos, recogiera por completo la herencia de su padre.

A Mahomet I sucedió Amurates II que, despues de apoderarse de Tesalónica, se encaminó á Hungria y acordó paces con los cristianos, paces que estos rompieron mandados por Ladislao I rey de Hungria y de Polonia, el cual pe-

reció en la batalla de Varna (1444), y venció á Juan Huniades, vaivoda de la Transilvania, en los campos de Merles (1448).

En tanto, Juan Paleologo, cediendo las ciudades del litoral y pagando un fuerte tributo, prolongaba la miserable vida del imperio.

A Amurates sucedió su hijo Mahomet II, príncipe dotado de una grande instruccion, valeroso, cruel y enemigo implacable del nombre cristiano.

El emperador Juan, despues de haber recorrido la Italia en demanda de recursos, y trás de grandes conatos de union de la Iglesia griega á la latina, en el Concilio de Florencia (1439), murió dejando la corona á Constantino XII (1448) destinado á ser el héroe desventurado del Bajo Imperio.

Con efecto, en el mes de Abril de 1453, Mahomet se presentó ante los muros de Constantinopla al frente de un ejército de trescientos mil hombres y trescientas naves, cuando Constantino no contaba más que con cuatro mil novecientos setenta romanos y dos mil genoveses y venecianos para defender una ciudad de diez y seis millas de circuito, coronada por débiles muros construidos para resistir las catapultas, pero inútiles contra las enormes piezas de artillería de sitio fundidas bajo la direccion del húngaro Orban.

No pudiendo Mahomet forzar la cadena del puerto, trsaladó á él en una noche, por tierra, ochenta galeras y abrió grandes brechas en los muros de la ciudad, donde, si escaseaban las municiones y los demás medios de defensa, hervian las discordias religiosas y políticas.

Solo Constantino XII, auxiliado por el genovés Juan Giustiniani que mandaba la plaza, mostraba el sereno valor y la previsora prudencia, patrimonio de los grandes héroes.

Mahomet, consultados los oráculos, y hallando que el

dia 29 de Mayo era el favorable para el asalto, preparó á los suyos con ayunos y abluciones, prometió extraordinarias recompensas á los animosos, amenazó con la muerte á los débiles y se preparó para el asalto.

En tanto, los escasos defensores de Constantinopla, llevaban en procesion á la Santísima Vírgen, recibian el Viático y juraban morir con la patria.

El ataque comenzó á la una de la madrugada, y á las ocho, gran parte de la ciudad se hallaba en poder de Mahomet.

En situacion tan desesperada, Constantino que peleaba á caballo al frente de los suyos, arrojándose en medio de los turcos, no tardó en hallar heróica muerte.

Huyeron entonces cuantos sobrevivian, y los sitiadores dueños de la ciudad, se entregaron al degüello y al saqueo.

Una poblacion entera, en que la esclavitud habia confundido y nivelado las clases, llenaba el aire con sus alaridos; y más de setenta mil, entre ricos, pobres, vírgenes, matronas, monjas y sacerdotes, fueron llevados á los bajeles turcos, vendidos ó abandonados á la brutalidad del vencedor. Los buques italianos, despues de haber dado pruebas de valor y de caridad, se pusieron en salvo, conduciendo á su bordo á algunos de aquellos infelices que suplicaban desde la orilla. Multitud de estátuas, de cuadros y de lienzos fueron derribados, quemados y pisoteados, é igual suerte cupo á las bibliotecas donde se conservaba intacto el depósito del saber antiguo.

La cabeza del heróico emperador, cuyo infortunio es más glorioso que los triunfos de muchos, fué clavada en la columna de pórfido erigida por el primer Constantino á su madre Santa Elena.

Tres dias despues hizo Mahomet II su entrada triunfal en Constantinopla.

CUARTO PERÍODO.

HISTORIA DE LA EDAD MODERNA.

DESDE LA TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS EN 1453, HASTA EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCION FRANCESA DE 1793).

DUODÉCIMATERCERA ÉPOCA.

LOS DESCUBRIMIENTOS (1453 A 1517).

LECCION LXVII.

LAS GRANDES NACIONALIDADES.—LA IMPRENTA, LA PÓLVORA, LA BRÚJULA.—HISTORIA DE RUSIA, SUECIA, NORUEGA Y DINAMARCA.

Las nacionalidades.—Los descubrimientos. Distingue á la Edad Moderna el afan de constituirse las naciones, encerrándose en límites geográficos marcados por la misma naturaleza, formando grandes agrupaciones y centros de resistencia, contra la ambicion de vecinos poderosos.

Caracterizan á la vez á esta Edad los grandes descubrimientos; la invencion, ó más bien la aplicacion de descubrimientos antiguos, como la imprenta, la pólvora y la brújula.

¿Deberáse la invencion de la imprenta á Juan Guttemberg ó solo la perfeccion de este descubrimiento de los chinos? ¿Qué hubiera sido de esta invencion, sin la perfeccion de la industria del papel, sin la aplicacion de

los metales á la fundicion de los caracteres movibles y sus demás accesorios?

¿Es la pólvora, inmenso agente de la industria y de la guerra, invencion de los indios, que los árabes propagaron, ó se debe al monge aleman Sohwartz que la encontró por acaso?

La brújula, que permitió á las naves apartarse de las costas haciendo posibles los viajes lejanos, fué inventada por los franceses, como estos afirman, por Flavio Guioja, ciudadano de Amalfi, como los italianos quieren, ó era ya conocida y aplicada en la más remota antigüedad por los chinos?

¿A quién toca la gloria de la aplicacion del vapor como prepotente fuerza? ¿A los españoles ó á los ingleses? ¿A quién la industria de los anteojos? ¿A Salviano de Armato? ¿A Alejandro de Spina?

¿A quién la invencion de los globos areostáticos? ¿A quién su definitiva direccion, cuando se logre?

Preguntas son estas á que no es posible contestar satisfactoriamente.

Lo que sí puede asegurarse, como nueva prueba de la intervencion de la Providencia en las cosas humanas, es que los grandes descubrimientos llegan siempre en el momento mismo en que el hombre necesita de ellos: así la imprenta se desarrolla en los precisos dias en que se difunde el gusto del clasicismo y el amor al estudio con la caida de Constantinopla y la subsiguiente emigracion de los hombres de letras; aplicánse el vapor y la electricidad en el instante en que nuestra nerviosa sociedad ansía viajar con rapidez vertiginosa y satisfacer su delirante curiosidad; el carbon de piedra se explota cuando los combustibles conocidos no pueden satisfacer las exigencias de la industria; el petróleo (tal vez el fuego griego), cuando las grasas animales y los aceites no bastan para las necesidades de la alimentacion de las máquinas.

¿Qué acontecerá, por ejemplo, cuando se consuman los incalculables depósitos de hulla que guarda en su seno la naturaleza?

La Providencia, siempre la Providencia, se encargará entonces de suministrar los medios de satisfacer las necesidades humanas.

Rusia. Entre los diversos estados fundados por los bárbaros que siguieron á Atila en sus espediciones, debemos mencionar dos; uno á la parte de acá del Dnieper, en Kiew, y otro, en la márgen opuesta del mismo rio, en Novogorod. Varias otras tribus que poblaban las orillas del Volga, se trasladaron al Danubio y fundaron la Bulgaria.

Rurik, es tenido por fundador del imperio ruso.

Los descendientes de este, se vieron atacados por los tártaros mogoles (1224) que dominaron el país, hasta que en tiempo de Juan III (1462), recobró su independencia.

Juan III dominó á los tártaros: fué venturoso el mando de Basilio IV: Juan IV, fué conquistador, mereció el sobrenombre del Terrible, y dejó dos hijos, Fedor y Dimitry, de los cuales este fué asesinado, y aquel (1598) anulado por su tio Boris Gudonof.

Tras de varias revoluciones, fué electo Miguel Federovitz (1613), tronco de la dinastía Romanow.

Á Miguel III, sucedieron Alejo, Fedor III y Pedro (1689).

Pedro I se propuso engrandecer á su patria por medio de la civilizacion, á cuyo efecto creó un ejército regular, abrió caminos, canales y puertos, se preparó con el conocimiento de varios idiomas, y cuando ya se creyó suficientemente instruido, se encaminó al extranjero para estudiar los progresos de las naciones más adelantadas.

Á este efecto visitó la Alemania, Inglaterra y Holanda. En Saardan ingresó en el gremio de los carpinteros de ribera para aprender el arte de las construcciones navales; en Inglaterra las manufacturas, y en Alemania la

organizacion de los ejércitos.

Cuando pensaba continuar en sus espediciones, una revolucion de los strelitzes le obligó á regresar á sus estados.

Organizado su ejército, tomó parte en la liga de Polonia y de Dinamarca contra Cárlos XII de Suecia que derrotó á su ejército cerca de Narva (1700).

Pedro I, poseia el arte de conocer á las personas que podian serle útiles; así se unió (1711) á Catalina, hija de padres oscuros, y concedió su favor al pastelero Mentcicof, gran diplomático y general.

Provocado por Cárlos XII, aniquiló al ejército sueco en Pultawa (1709) y obligó á Cárlos á refugiarse en Bender.

En la guerra que sostuvo contra Turquía, en las riberas del Pruth, hallábase encerrado y sin esperanza de salvacion, cuando su mujer, Catalina, ganó con dinero al Visir que dejó al Czar ponerse en salvo (1711).

Pedro I conquistó la Livonia, la Estonia y la Finlandia; triunfó de los suecos en el mar (1715); adquirió la Hungria y la Carelia; extendió su dominacion hasta el Mar Negro y el Caspio, y murió (1725) á la edad de cincuenta y dos años.

Á Pedro I sucedió su viuda Catalina y á esta Pedro II, que murió jóven, extinguiéndose con él la descendencia masculina de los Romanow. Despues imperó Ana (1730); tras de esta el niño Juan VI, y, más tarde (1741), Isabel, sobrina de Pedro el Grande, que compartió el trono con su marido Pedro Holtein (Pedro III) á quien más adelante hizo degollar.

En 1762, ocupó el imperio Catalina II que engrandeció la Rusia á costa de la Polonia y de la Turquía, estableciendo el Mar Negro como límite de sus estados. Esta célebre Czarina murió en 1796.

Suecia, Noruega y Dinamarca se hacen notables en

el siglo IX de la era cristiana, en que los daneses eran ya señores de la Noruega.

En el siglo X reinaba en Suecia Olao, y en Noruega y Dinamarca Magno el Bueno: en el siglo XIV, uniéronse Noruega y Suecia bajo Magno VIII, y así permanecieron estos dos pueblos hasta que despues de varios sucesos, se concertaron los tres estados por medio de la Union de Calmar (1388) bajo Margarita de Valdemar; union que se rompió á la muerte de Margarita (1412) permaneciendo unidas Dinamarca y Noruega bajo Cristian I y separándose Suecia bajo Cárlos VIII.

Fujitivo Cárlos y retirado en Alemania, vióse devorada Suecia por la anarquía, hasta que Gustavo I Wasa, fué colocado en el trono (1523). Muerto Gustavo I, reinaron sucesivamente los hermanos Erico XIX y Juan III, Segismundo, hijo de este, depuesto por Cárlos IX, y su hijo Gustavo Adolfo II (1611) que tomó parte en la guerra de los treinta años como jefe del partido protestante, y murió en la batalla de Lutzen (1632), dejando el trono á su hija Cristina que continuó afortunadamente la guerra contra Dinamarca y los imperiales y engrandeció la Suecia con sus adquisiciones en el tratado de Westfalia (1648).

Cristina abdicó la corona y abandonó sus estados, muriendo en Roma despues de abjurar el protestantismo.

Al terminar los reinados de Cárlos-Gustavo y de Cárlos XI, ocupó el trono Cárlos XII, que despues de vencer á los dinamarqueses, polacos y rusos, fué derrotado en Pultawa y muerto en Frederisckshall (1718) á la edad de treinta y seis años.

Ulrica Leonor, hija de Cárlos XII, compartió el trono con su marido Federico I.

No teniendo hijos Ulrica, fué electo Adolfo Federico, antecesor de Gustavo III, que murió (1792) en medio de grandes agitaciones.

Dinamarca fué gobernada por los reyes Cristian I,

Juan II (1513), Cristian II, Federico I y Cristian III, en cuyo tiempo la Noruega se unió á Dinamarca (1559).

Federico II aseguró el derecho de pasaje en el estrecho del Sund, (1588): Cristian IV fué desgraciado en la guerra de los treinta años; y Federico III contrató con los suecos una paz humillante. Entre sus sucesores se distinguió Cristian V.

Las discordias suscitadas por las dos ramas de la familia real, en tiempo de Federico IV, dieron lugar á una sangrienta guerra.

La Dinamarca vivió próspera y feliz bajo los reinados de Cristian VI (1730) y Federico V (1746).

Cristian VII (1786) vivió sometido á Struensee, reformador peligroso, arrogante, ligero y vil: Federico VI (1786) introdujo prudentes reformas.

LECCION LXVIII.

POLONIA.—HUNGRIA Y BOHEMIA.

En tiempo de Micislao I, los polacos, abandonando la idolatria, abrazaron el cristianismo. Boleslao I hizo varias conquistas y elevó la Polonia á reino que declaró electivo.

Este estado siguió engrandeciéndose bajo los sucesores de Boleslao.

Boleslao III dividió la Polonia entre sus hijos, hecho que fué causa de grandes disturbios y guerras.

Invadida la Polonia por prusianos y livonios, los polacos llamaron en su auxilio á los caballeros teutónicos (1237) concediéndoles los territorios que conquistaran.

Casimiro el Grande tuvo que luchar con los caballeros establecidos en el país y murió heredándolo Luis, rey de Hungría (1370), cuya hija, Eduvigis, por su casamiento con Jagellon (Ladislao II) unió la Lituania á la Polonia.

Húngaros y polacos fueron vencidos por Amurates, junto á Varna, donde perecieron Ladislao III y la flor de su ejército (1444).

Bajo Casimiro IV los caballeros teutónicos fueron vencidos, celebrándose el tratado de Thorn en virtud del cual la Prusia occidental se incorporó á la Polonia, quedando la oriental por la Orden.

Juan Alberto y Alejandro, hijos de Casimiro, vieron invadidos sus estados por los turcos y tártaros.

Segismundo I y Segismundo Augusto, fueron afortunados en sus guerras; pero al morir este, la Polonia quedó convertida en estado aristocrático con un jefe electivo.

Así, fué electo (1572) Enrique de Valois, hermano de Cárlos IX de Francia, que abandonó la Polonia (1575) para mandar en su país natal. Despues de Enrique reinaron Estéban Batory, Segismundo Wasa, Ladíslao Wasa y Juan Casimiro.

En guerra Polonia con la Rusia y la Suecia, tuvo que ceder gran parte de su territorio.

Afligido Juan Casimiro, último de los Wasa, por tantas desgracias, abdicó la corona (1668). Miguel, cedió territorios y fué feudatario de los tártaros. Juan Sobieski venció á los turcos cerca de Viena, salvando al Austria y á la Europa, y Federico Augusto II fué vencido por Cárlos XII de Suecia, que puso en su lugar á Estanislao Leczinski (1704).

Á la muerte de Augusto II sucedió en el trono Augusto III, y cuando este se retiró (1763), la Czarina Catalina hizo marchar cuarenta mil rusos sobre Varsovia, que impusieron á Estanislao Augusto Poniatowski (1764). Diez años de guerra y la primera division de la Polonia (1773), entre la Rusia, el Austria y la Prusia, fueron las consecuencias de este hecho.

Los polacos reformaron, aunque tarde, su funesta Constitucion; pero el partido adicto á las antiguas leyes invocó (1792) el auxilio de Catalina de Rusia que declaró la guerra á la Dieta. En su virtud, se procedió á la segunda reparticion de la Polonia que quedó reducida al territorio comprendido entre el Vístula y el Bog.

Pasado algun tiempo, Kosciusko, promovió una insurreccion que fué vencida por la Rusia (1795) que compartió con Prusia y Austria los últimos restos de la Polonia.

Hungría. Avecindados los húngaros en la Dacia, no fueron conocidos como nacion hasta el siglo IX, en que, convertidos al cristianismo, los gobernó Arpad. Estinguida esta familia (1290) en Andrés III, ofrecieron la corona al rey de Bohemia.

Despues de varias guerras y vicisitudes fué electo rey de Hungría (1437) Alberto II, emperador de Austria, á quien sucedió Ladislao el Póstumo, bajo la tutela del célebre Juan Huniades.

Muerto Ladislao, los húngaros colocaron en el trono á Matías Corvino, hijo de Huniades, que venció á Federico III, á los turcos, austriacos y polacos.

Heredó á Matías, Ladislao VII, que murió peleando contra Soliman el Grande (1526).

Bohemia. Cansado este país de las terribles depredaciones de los Husitas, se sometió á Ladislao el Póstumo, hijo del emperador Alberto II (1447).

Jorge Podiebrad, gobernador durante la menor edad del rey, ocupó el trono á la muerte de este (1458).

Por último, casado Fernando de Austria con la hija del Póstumo, adquirió la casa imperial este reino.

LECCION LXIX.

El imperio de Oriente desde Alejo I.—El imperio otomano desde Mahomet II.—El imperio de Austria desde Federico III.—La Confederacion Helvética.

Á la muerte de Alejo I (1118), ocuparon el imperio Juan II Comneno, príncipe valiente y generoso; Manuel, á quien los aduladores convirtieron en tirano; Alejo II que murió desposeido por el cruel Andronico, último de los Comnenos. Gobernando este tiránicamente, pereció á manos del pueblo (1185), que proclamó á Isaac Angelo, á quien despojó del imperio su hijo Alejo III. Habiendo logrado escaparse Alejo, hijo de Isaac, preso con su padre, se presentó á los cruzados, poniéndose bajo su amparo.

Proclamado emperador Alejo IV, los cruzados se apoderaron de Constantinopla (1203) y libraron de su prision á Isaac Angelo que volvió á reinar asociado á su hijo.

Excitado el pueblo por Murzufio, es este proclamado con el nombre de Alejo V.

Los cristianos marchan al asalto de Constantinopla, Murzufio huye, el pueblo alza á Teodoro Lascaris, yerno de Alejo III, que procura reanimar á los griegos; pero abandonado de todos, se vé en la necesidad de implorar la piedad de los latinos.

Los cruzados se apoderaron de Constantinopla, donde

eligieron emperador á Balduino, conde de Flandes, que pereció á manos de los búlgaros: sucedióle su hermano Enrique.

En tanto, Juan Ducas, sucesor de Teodoro Lascaris que habia fundado el imperio de Nicea, venció en varios encuentros á los latinos y puso sitio por tres veces á Constantinopla. Despues de éste, imperaron Teodoro Lascaris II y Juan IV, á quien despojó Miguel Paleologo, que declaró la guerra á Balduino II, emperador latino de Constantinopla, apoderándose los orientales de esta ciudad, sin encontrar resistencia.

A Miguel heredó Andrónico II, el cual se asoció á su hijo Manuel, que fué á su vez desposeido por su nieto Andrónico III (1328), como este por Juan Paleologo.

A la muerte de Juan, en 1391, Manuel, su otro hijo, que se hallaba en Prusa, se apoderó de Constantinopla y dejó el reino (1399) á Juan II Paleologo, para visitar la Europa en demanda de socorros.

Recobrando el poder á su vuelta, dividió el trono entre sus siete hijos, tocando á Juan III (segun otros VIII) la ciudad de Constantinopla (1425).

Ya hemos referido como esta capital del antiguo imperio de Oriente cayó en poder de Mahomet II, imperando el desgraciado Constantino XII, heredero de Juan III.

Despues de la victoria de Mahomet II, quedó Constantinopla convertida en capital del imperio Otomano.

Mahomet murió (1481) cuando marchaba contra los mamelucos de Egipto.

Mahomet II dejó dos hijos, Bayaceto II y Zizim, de los que, el primero ocupó el imperio despues de vencer al segundo, y acabó destronado por los genízaros que elevaron á Selim I, su hijo menor (1512). Este, despues de dar muerte á su padre y á sus hermanos, se apoderó del Diabekir, del Kurdistan y de Egipto.

Soliman el Magnífico, ocupó el imperio en 1520. Este

inolvidable príncipe, despues de reparar las injusticias de su padre y de regularizar la administracion de sus estados, sitió á Ródas (1522), de cuya isla se enseñoreó; conquistó á Belgrado; venció á los cristianos en la batalla de Mohacz; sitió á Viena, de la que se retiró, tras de haber perdido ochenta mil hombres, temeroso del emperador y rey de España Cárlos I, que se adelantaba á su encuentro (1532); ocupó gran parte de la Georgia; conquistó á Bagdad; arrebató á los venecianos sus últimas posesiones del mar Egeo; sus escuadras se hicieron temibles en el Meditèrráneo, y murió en 1566.

En tiempo de Selim II, uno de sus visires se apoderó de Chipre, victoria que pagó el turco con la derrota que sufrió su escuadra en las aguas del golfo de Lepanto, por la cristiana que mandaba D. Juan de Austria, hermano de Felipe II de España (10 de Octubre de 1571).

Intrigas de mujeres, gobierno de favoritos indignos, motines y asesinatos, he aquí el cuadro que ofrece el imperio Otomano bajo los degradados sucesores de Mahomet II y de Soliman el Magnífico.

Austria. Federico III y su hijo y sucesor Maximiliano I, son particularmente notables por las mudanzas que introdujeron en la constitucion germánica, las cuales organizaron la Alemania en una asociacion de estados federados.

Desde el siglo XV reclamaban los pueblos alemanes la creacion de una jurisdiccion suprema para todos los negocios de interés general, y en 1495, al comenzar su reinado Maximiliano I, en la Dieta de Worms, se estableció la Cámara Imperial, especialmente encargada de conservar la paz pública.

Más adelante, el Consejo Aulico se fué abrogando las atribuciones de la Cámara imperial.

Maximiliano, reglamentó la instruccion pública; es-

tableció correos en Alemania; creó ejércitos permanentes y reformó la táctica militar.

La liga Helvética, fué entre tanto, adquiriendo cada vez mayores condiciones de estabilidad.

La derrota de Cárlos el Temerario en Morat consolidó la fama de los suizos, fuertes con la reunion sucesiva (1431 á 1513) de los cantones de Appencell, de Friburgo, de Soleure, de Bale, de Schaffousa, que completaron la Confederacion de los trece cantones, dándole un lugar distinguido entre las potencias de Europa, que desearon á porfia tener á sueldo en sus ejércitos á estos montañeses leales y valientes.

LECCION LXX.

FRANCIA.—LUIS XI.—CÁRLOS VIII Y LUIS XII.

Luis, heredero de la corona de Francia, conspiró contra su padre amargando los últimos dias de la vida de Cárlos VII el Victorioso.

Refujiado el Delfin en los estados de Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, cuando vencido por su padre tuvo que huir de Francia, profesó ódio implacable al duque de Charolais, despues Cárlos el Temerario, hijo de su bienhechor.

Una de las primeras medidas de Luis XI, al ocupar el trono, fué deshacerse de los ministros de su padre, á quienes odiaba por su fidelidad á Cárlos VII, y rodearse de gentes de baja esfera que no vacilaran en ser ejecutores de su voluntad.

Conocido el carácter del nuevo monarca, sus primeras disposiciones fueron acogidas con la llamada *Liga del Bien Público* á la que siguió una guerra de dos años que terminó con los tratados de Conflans y de San Máuro, que el rey no cumplió.

La muerte libró á Luis de sus más peligrosos enemigos; de su hermano Cárlos que falleció envenenado de su órden, y de Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, que murió en el sitio de Nancy (1477) derrotado por el de Lorena.

Los últimos años de este príncipe, engrandecedor del poder personal de los monarcas, trascurrieron entre atroces remordimientos.

Retirado en el inaccesible castillo de Plessis-les Tours, rodeado de guardias, cadenas, trampas y horcas, atacado de apoplejia, vióse dominado por su médico Jacobo Cotier. Habiendo llegado á oidos del moribundo los prodigios y milagros de San Francisco de Paula, le hizo presentarse en París desde la Calabria. Luis se echó á los piés del fundador de los Mínimos, pidiéndole entre lágrimas y sollozos que lo curara.

Llorando sus faltas y devorado de crueles remordimientos, murió Luis XI en 30 de Agosto de 1483.

El reinado de Cárlos VIII se reduce á la guerra con el duque de Orleans y á su expedicion á Italia.

Extinguida la línea directa de los Valois, subió al trono el duque de Orleans con el nombre de Luis XII (1498).

Este príncipe pasó á Lombardia, se apoderó del Milanesado y venció é hizo prisionero á Ludovico el Moro, que fué trasladado á Francia donde murió al cabo de diez años.

Ambicionando Luis, como su predecesor, el reino de Nápoles y temiendo ser contrariado por el rey de España, concertóse con él, y al efecto, franceses y españoles invadieron aquellos estados; pero anhelando Luis quedarse con la Capitanata y la Basilicata, el Gran Capitan derrotó á los franceses en Ceriñola y Garellano (1503) y dió á Fernando el Católico el reino de Nápoles.

Habiendo los venecianos despojado de parte de sus estados á la Santa Sede, concertáronse el emperador Maximiliano, el rey de España y el de Francia, que alegaban respectivamente derechos sobre territorio de la república.

La liga de Cambray (1508) no fué más que la natural consecuencia de la política egoista de Venecia, que no pensando más que en su engrandecimiento, habia amontonado contra ella ódios seculares.

Arruinado el tesoro veneciano por la pérdida del monopolio del comercio de la India y por las guerras con Cárlos VIII, Venecia sostuvo la guerra; pero á pesar de sus esfuerzos, los franceses alcanzaron la decisiva victoria de Agnadello, en premio de la cual cada uno de los aliados contra la república de San Márcos, obtuvo cuanto quiso.

Concluida esta lucha, se organizó la Liga Santa, con el doble objeto de impedir el cisma y restituir la ciudad de Bolonia á la Sede Apostólica.

Despues de grandes batallas y no pocos desastres para Italia, terminó la Liga (1514) renunciando el rey de Francia al conciliábulo de Pisa, abandonándose la Navarra á D. Fernando el Católico, dándose á Maximiliano Esforcia el Milanesado, con excepcion de los ducados de Parma y Plasencia que se agregaron á los estados de la Iglesia.

Luis XII murió en medio de estos conciertos.

LECCION LXXI.

España.—Los Reyes Católicos.—Doña Juana. El Cardenal Jimenez de Cisneros.—Portugal; desde Don Juan II al Cardenal Don Enrique.

Muerto Enrique IV de Castilla, su hermana D.ª Isabel, casada con D. Fernando, heredero de Aragon y de Sicilia, es proclamada en Segovia, á la vez que el rey de Portugal, desposado con D.ª Juana la Beltraneja, invade á España con poderosa hueste: el cual, despues de varios sucesos, fué vencido en Toro (1476) y obligado á abandonar su empresa.

Este felicísimo suceso que unia en ambos cónyujes las coronas de Castilla y Leon á las de Aragon y Sicilia, dejaba adivinar que habia llegado el momento de que concluyera la dominacion de los musulmanes en España.

Pero antes, procediendo ambos monarcas con su habitual prudencia, procuraron dotar á sus estados de paz duradera.

Á este fin y para oponerse al poder de los grandes señores, recrudecido durante la debilidad de los anteriores reinados, crearon la Santa Hermandad (1476) que puso á sus órdenes una milicia permanente. Habiendo cesado la razon del gran poder y de la independencia de las órdenes

militares, que habian llegado á convertirse en peligro para la monarquía, lograron los Reyes Católicos que en ellos recayera, primero la administracion de los Maestrazgos, en tiempo de Alejandro VI y luego los Maestrazgos mismos á perpetuidad, por bula de Adriano.

Siendo la verdadera unidad política hija de la unidad religiosa, é infestada España por la pravedad de la raza judáica, ocasionada á promover motines con su insaciable avaricia, é hirviendo la península en agarenos recien sometidos que inquietaban á los cristianos, fundaron el Tribunal de la Inquisicion (1478).

Arreglados así los asuntos interiores en ambas monarquías, se prepararon los Reyes Católicos para dar digno remate á las siete veces secular guerra de la reconquista.

Del inmenso poder de los moros en España solo quedaba el reino granadino, al cual habian sido arrebatadas una á una ciudades y pueblos, hasta que por último Don Fernando y Doña Isabel se presentaron ante Granada (1491), último asilo de los infieles.

Despues de ocho meses de asedio, se rindió Granada en el dia 2 de Enero de 1492.

A la entrega de la ciudad habian precedido capitulaciones en que se prometia á los vencidos el libre ejercicio de su culto.

En el mismo año de la toma de Granada, Cristóbal Colon, tratado con menosprecio por los reyes de Portugal y de Inglaterra y cariñosamente acogido por D.ª Isabel, con auxilios de esta Señora, saliendo del puerto de Palos de Moguer (1492), en lucha incesante con las olas, y cuando ya sus compañeros se entregaban á la desesperacion, descubre las Lucayas; y encaminándose hácia el Sur, á Santo Domingo (1493), la Domínica, Guadalupe, Puerto-Rico y Jamáica, y en su tercer viaje (1496) á la isla de la Trinidad, donde al observar en la contrapuesta costa la des-

embocadura del gran rio Orinoco, comprendió que habia pisado un continente que no podia ser el Asia; que habia descubierto un Nuevo Mundo.

Los Reyes Católicos engrandecieron aun más sus estados con la conquista del reino de Nápoles, que realizó el Gran Capitan.

Doña Isabel murió en Medina del Campo (1504), nombrando heredera de sus estados á su hija Doña Juana, y muerta esta, á Don Cárlos, su nieto, ejerciendo la regencia su marido Don Fernando, hasta que Don Cárlos llegara á la edad de veinte años.

Fallecido Don Felipe el Hermoso, marido de Doña Juana, á los nueve meses de su llegada á España y vista la incapacidad de la reina, se formó un Consejo de regencia provisional compuesto de siete próceres que presidia el Arzobispo de Toledo Fray Francisco Jimenez de Cisneros.

Confirmado por las Córtes en la regencia, Don Fernando el Católico, despues de castigar (1506) á algunos espíritus turbulentos, se dedicó á desarrollar su política en el exterior.

En su consecuencia, tomó parte en la Liga de Cambray; se apoderó del reino de Navarra; auxilió los descubrimientos del Nuevo Mundo; apoyó al Cardenal Cisneros en la conquista de Orán; debeló á Bujia y á Tripoli, é hizo tributarios suyos á los reyes de Tánger y de Túnez.

Al morir D. Fernando (1516), dejó encomendada la regencia, en los asuntos de Castilla al Cardenal Jimenez de Cisneros, y en los de Aragon á su hijo natural el Arzobispo de Zaragoza.

El Cardenal, que ya alcanzaba la edad de ochenta años, rigió con mano firme y segura los destinos de España, hasta la llegada de D. Cárlos I (1517).

Portugal. Don Juan II (1481) sucedió en el trono de Portugal á su padre Alfonso V.

Una série de felices sucesos vino á engrandecer el rei-

no bajo la autoridad de este príncipe, menospreciador de Cristóbal Colon, á pesar de que el infante D. Enrique habia infundido en los portugueses el amor por los viajes ultramarinos y los descubrimientos.

Don Juan II fundó en el puerto de Mina (África) una fortaleza, con la que aseguró la estabilidad de sus posesiones.

Avanzando aun más al Sur del Cabo de Lopez, y del de Santa Catalina, se internó Diego Cano por el rio Zahiro ó Congo, donde tuvo noticia del poderoso reino de Bonza, que recibe nombre de la ciudad situada en la márgen derecha del rio Lelunda.

De las relaciones de Cano, y de los negros que este llevó consigo á Portugal, dedujo D. Juan II que habian parecido los rastros del famoso Preste Juan, y empeñado en encontrar á este héroe de los cuentos populares, mandó á Pedro de Covilhan y á Alonso de Paiva, que penetrasen en la India por tierra.

Covilhan dió las primeras noticias de la isla de la Luna (Madagascar), y aseguró al rey que navegando por la costa occidental de África, dirigiéndose al Sur, llegarian al fin de este continente, y que, cuando lo doblaran, tendrian á la siniestra las costas de África, donde avanzando aun más, encontrarian á Sofala y la isla de la Luna.

Para realizar estas noticias y convertirlas en realidad, mandó D. Juan una escuadra á las órdenes de Bartolomé Diaz, que despues de sufrir terribles contrariedades, encontrándose aun más allá de la bahía de Lorenzo Márquez, no comprendió que habia doblado el extremo Sur del África (1486).

Hecho esto, el intrépido marino regresó á Lisboa, donde dió cuenta á D. Juan de las terribles tempestades que habia sufrido al doblar el Cabo, al cual habia dado por ello, el nombre de las Tormentas, que el rey cambió por el de Buena Esperanza.

Muerto D. Juan II (1495) le sucedió D. Manuel.

Resuelto por Bartolomé Diaz el gran problema de la figura del África, faltaba quien se lanzara á traves de mares tan peligrosos para avanzar aún más en las exploraciones; empresa que D. Manuel confió con tres naves y setenta hombres á Vasco de Gama.

Este osado y experto marino, tomó rumbo para las islas de Cabo Verde (1497), fondeó en la bahía de Santa Elena, desde donde llegó al cabo de Buena Esperanza, y de aquí á Mozambique, á Mombaza y Melinda, en la costa de Zanguebar, donde encontró naves de la India, y desde Melinda á Calicut.

Terminadas estas osadas empresas, Vasco de Gama regresó á Portugal, donde dió cuenta de sus descubrimientos al rey D. Manuel el Afortunado.

Excitados por tal éxito los portugueses, prosiguieron sus expediciones, descubriendo Costa Cabral (1500), el Brasil, en la América del Sur, y apoderándose aquellos, no muchos años despues, de las Maldivias, de Ceilan y de Sumatra, y fundando la ciudad de Macao, á veinte leguas de Canton.

Para completar la historia sumarísima de las posesiones portuguesas en la India, seria preciso detenerse en el feliz gobierno de Francisco de Almeida, primero de sus vireyes: de Francisco de Alburquerque, que se apoderó de Ormuz y de Goa á la falda occidental de la cordillera del Gahates, donde estableció la sede del vireinato, y por último, de Malaca: de Juan de Castro, vencedor del belicoso rey de Cambay (1558), que espiró en los brazos del Apóstol de las Indias S. Francisco Javier: de Juan de Ataide que, rodeado por todas partes de enemigos, murió sin perder una sola pulgada de terreno, segun habia prometido.

Este gigantesco imperio que en manos de Portugal no podia conservarse, falto de socorros, se hundió, por último, al verificarse la conquista de aquel estado por el rey de España D. Felipe II.

Á Manuel el Afortunado, sucedió (1521) su hijo Don Juan III, en cuyo tiempo comenzaron á decaer las colonias portuguesas.

Don Sebastian ocupó el trono lusitano.

Muley Mohamet, emperador de Marruecos, pidió auxilio á este jóven monarca contra Abd-el-Malek que pretendia arrebatarle sus Estados. D. Sebastian voló en auxilio del marroquí, y fué vencido y muerto en Alcázar-Quivir.

Por tal desgracia, vino la corona de Portugal á ceñir las sienes del cardenal D. Enrique, de edad de setenta años.

Á la muerte del cardenal, D. Antonio, prior de Ocrato, pretendió la corona; pero en vano, pues Felipe II, rey de España, á quien de derecho pertenecia, como hijo de D.ª Isabel, hija mayor de D. Manuel el Afortunado, envió al duque de Alba que, venciendo á los partidarios de D. Antonio en Alcántara (1580), se apoderó de Lisboa, y en menos de dos meses hizo que las armas cayeran de las manos de cuantos se oponian al monarca español.

DÉCIMACUARTA ÉPOCA.

LA REFORMA, (DE 1517 HASTA LA PAZ DE WESTFALIA EN 1648).

LECCION LXXII.

HISTORIA DE INGLATERRA DESDE EDUARDO VI HASTA JACOBO I.

Enrique VII, con quien ocupó el trono de Inglaterra la casa de Tudor (1485), fué un príncipe avaro, rencoroso y déspota.

Su hijo Enrique comenzó á reinar á la edad de diez y ocho años y consagrado enteramente á los placeres, depositó su confianza en Tomás Wolsey, á quien elevó á arzobispo de York, á cardenal y á canciller.

Aficionado el rey á la teología, escribió un opúsculo contra Martin Lutero que le valió groseras réplicas del colérico reformador, y que el Papa le diera el título de *Defensor de la fé.*

Casado con Catalina de Aragon, tia del emperador Cárlos V y prometida á su hermano Arturo, apasionóse de Ana de Boleyn, y deseando obtener del Papa la nulidad de su enlace, este nombró su delegado al Cardenal Wolsey. Negándose el prelado á la pretension del rey, este le retiró su favor y lo despojó de sus inmensas riquezas.

Enrique depositó su confianza en el ilustre Tomás Moro, que al cabo fué tambien enemigo del divorcio.

Enrique VIII, aconsejado por Tomás Cranmer, se declaró jefe supremo de la iglesia anglicana y exterminó con violencias y suplicios á quienes como á tal no le reconocian.

Cranmer, elevado al arzobispado de Cantorbery, pronunció la sentencia de divorcio y el rey pudo ya satisfacer su pasion casándose con Ana Boleyn.

El Papa anuló el divorcio y excomulgó á Enrique que, en cambio, persiguió con la muerte á cuantos contrariaban su voluntad.

Enrique, pues, se lanzó resueltamente en el camino de la herejía, no por convencimiento, sino para satisfacer innobles pasiones, y la encauzó para engrandecer su despotismo. Pero como seguia titulándose *Defensor de la Fé*, castigaba á los partidarios de Lutero como herejes, y á los que negaban su supremacia en materias de religion, como reos del delito de lesa majestad.

Bien pronto, cansado el rey, envió al patíbulo á Ana Boleyn y se casó con Juana Seymour, que, muriendo al dar á luz al niño Eduardo, se libró de las manos del verdugo; unióse á Ana de Cleveris y la repudió para casarse con Catalina Howard, que desde el tálamo régio fué al cadalso; luego con Catalina Parr, que con gran trabajo escapó de la misma pena.

Al fin la Providencia libró á la tierra de mónstruo tan abominable.

Sucedióle Eduardo VI, hijo de Juana de Seymour, de edad de nueve años, bajo la direccion del Protector duque de Somerset, el cual se dedicó á propagar el luteranismo en Inglaterra, y murió á manos del verdugo, sucediéndole en el poder, el duque de Northumberland, que sospechando que la vida del rey seria muy corta, fijos sus ojos en el trono, hizo declarar heredera de la corona á

Juana Grey, á la que casó con su hijo lor Dudley.

Pero á pesar de todas las precauciones del duque, cuando murió Eduardo (1553), ocupó el trono María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, que restableció el catolicismo.

Casada María con Felipe II de España, siguió la política de este monarca y murió en 27 de Noviembre de 1558, no sin que los enemigos del catolicismo, que apellidan Grande á su hermana y sucesora Isabel, hayan intentado mancillar su memoria dándole el dictado de *Sanguinaria.*

Isabel, heredera de María, estableció definitivamente la Iglesia anglicana, segun los dogmas de Calvino, pero con la antígua gerarquía eclesiástica y el gobierno de los obispos.

Espantan los medios de que se valió Isabel para hacer guerra al catolicismo y afirmar más y más el despotismo real.

Si, como los católicos sostenian, era nulo el divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragon, Isabel, hija adulterina, detentaba el trono de Inglaterra que pertenecia á Maria Estuardo, reina de Escocia, cabeza y esperanza del partido católico en Inglaterra, como Isabel lo era del protestante.

Entre estas dos mujeres estalló pues ódio sin tregua que excitaba aun más la belleza de María.

Isabel rodeó á su prima de asechanzas: excitó al partido protestante contra la reina de Escocia: dió calor á las esperanzas del conde Murray, y ella, mujer impura, sembró de calumnias la vida privada de su hermosa enemiga.

Estallando al fin en Escocia una conjuracion se apoderaron sus enemigos de María, y esta se vió obligada á abdicar la corona en su hijo Jacobo, renuncia que revocó cuando pudo recobrar la libertad. Pero vencida de nuevo, se refugió cerca de su prima Isabel.

La vengativa reina de Inglaterra, dueña ya de la que tanto odiaba, la sujetó á un escandaloso proceso.

Rodeada por todas partes de asechanzas, se encerró á María en una prision, cuya custodia se confió á los más ardientes presbiterianos, y por último, se la condenó á muerte que sufrió (1587) con muy cristiana resignacion, rodeada de enemigos que amenazaron las últimas horas de su vida.

Europa supo con indignacion el final de esta tragedia.

Jacobo VI, mostróse horrorizado: el monarca francés reveló su ira: Sixto V publicó una bula de excomunion contra Isabel, y Felipe II armó la *Invencible* que destruyeron las tempestades.

Esta mujer licenciosa y cruel, murió á la edad de setenta años, dejando la corona á Jacobo VI de Escocia, hijo de la desventurada María Estuardo.

LECCION LXXIII.

CÁRLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA.

En 1517, D. Cárlos salió de los Países Bajos para tomar posesion de los estados de España, que desde la muerte de Fernando V, habia gobernado el cardenal Jimenez de Cisneros.

D. Cárlos reunió en Valladolid las Córtes de Castilla para la ceremonia de su coronacion (1518), y haciendo lo mismo con las de Aragon, visitó á Zaragoza.

Á poco, la muerte del emperador Maximiliano, su abuelo, llamó al rey de España á tomar posesion de la herencia de la casa de Austria.

En competencia por el imperio, el rey de Francia Francisco I y D. Cárlos, fué electo el rey de España.

Herido en su orgullo por esta preferencia el monarca francés, fué desde entonces enemigo personal é irreconciliable de D. Cárlos.

Para subvenir á los crecidos gastos que estos sucesos le imponian, convocó D. Cárlos Cortés para la ciudad de Santiago.

Oponiéndose á las pretensiones del rey, los procurado-

res de varias ciudades, vivamente irritado el monarca trasladó las Córtes á la Coruña, donde obtuvo el servicio de doscientos millones de maravedís.

El emperador, despues de confiar los asuntos de Castilla y Leon al cardenal Adriano de Utrech, asociado del Presidente y Chancillería de Valladolid; de nombrar Justicia de Aragon á D. Juan de Lanuza; Virey de Valencia á D. Diego de Mendoza, y jefe de sus ejércitos á D. Antonio de Fonseca, se embarcó para Alemania el 16 de Mayo de 1520.

Á la vuelta de los procuradores á sus casas, algunos fueron ahorcados por el pueblo, irritado con la docilidad de sus representantes; señal de una terrible sublevacion, que cundió rápidamente por Castilla y parte de Andalucía, y de la cual participaron no pocos indivíduos de la alta nobleza.

La guerra de las Comunidades tuvo diferentes jefes, siendo de entre todos el más notable Juan de Padilla, regidor de Toledo.

Despues de varios sucesos, comuneros y realistas se encontraron en los campos de Villalar, donde aquellos fueron vencidos (1521), pagando con sus vidas, en el cadalso, los principales jefes.

El emperador, recien llegado de Alemania, acabó de apaciguar los ánimos.

El profundo rencor de Francisco I, habia de producir amargos frutos.

Aprovechándose el monarca francés de la guerra de las Comunidades (1521), invadió la Navarra. Por de pronto, Pamplona fué sorprendida por el francés, que al fin se vió forzado á repasar los Pirineos, con grandes pérdidas.

El emperador, para que esta leccion fuera más ruda, provoca en Italia la restitucion del ducado de Milan á Francisco Esforcia, donde el general francés Lautrec, fué

vencido por Próspero Colonna y obligado á abandonar el ducado de Milan: varios ejércitos imperiales, invadiendo los estados de Francisco I, atacan infructuosamente á Tournai y á Mecieres: Enrique VIII de Inglaterra, desembarca en Francia, penetra en la Picardía y amenaza á París: unidos los españoles é Italianos mandados por el marqués de Pescara, el condestable de Borbon y el conde de Launoy, se encuentran en Biagrasso con el general francés Bonivet, que es derrotado con muerte de Bayardo (1524). El condestable, siguiendo el alcance de los fugitivos franceses, invade la Provenza y sitia á Marsella.

Francisco I, haciendo un inmenso esfuerzo, atraviesa los Alpes, penetra en Italia, y marcha sobre Pavía, defendida por Antonio de Leiva y los españoles, que convirtiéndose en agresores, atacan á los franceses, y matando más de diez mil, aprisionan al rey Francisco (1525).

El desdichado rey fué conducido á la fortaleza de Pizzighitone y de aquí á Madrid, donde firmó el tratado por el cual cedió la Borgoña y otros estados, renunció á toda pretension al Milanesado y á Nápoles, á todo derecho á Flandes y al Artois, y se comprometió á devolver sus bienes al condestable de Borbon.

Firmado este concierto, recobró la libertad el rey de Francia, dejando en rehenes á sus dos hijos en la línea del Bidasoa.

Lejos de ser fiel al tratado, en cuanto Francisco recobró la libertad, formó parte de la *Liga Santa.*

Viendo el emperador que eran inútiles sus esfuerzos para separar al Papa de la Liga, puso en marcha un ejército á las órdenes del condestable de Borbon, que asaltó y saqueó á Roma (1527).

Defendia á Nápoles, sitiada por los franceses, el virey Hugo de Moncada, el cual, atacada la ciudad por fuerzas superiores en número, se hubiera visto al cabo obligado á

rendirse, sin el socorro de Andrés Doria, que obligó á los franceses á levantar el asedio.

Reuniendo Francisco I sus últimos recursos hizo marchar un ejército á Italia á las órdenes del mariscal Lautrec, para librar á Clemente VII; pero la muerte del mariscal y las enfermedades hicieron que los franceses se retiraran precipitadamente.

En tal situacion comenzaron las negociaciones para la paz, que concertaron Luisa de Saboya, madre de Francisco, y Margarita de Austria, tia del emperador. Estipulóse en ella, dejar la Borgoña á la Francia, dar dos millones de escudos de oro por el rescate de los dos príncipes franceses; que Francisco renunciara á Flandes y el Artois; reconociera la independencia de Génova; consintiera la restitucion del ducado de Milan á Francisco Esforcia, y se diera Florencia á Alejandro de Médicis.

Esta paz es conocida con el nombre de paz de Cambray por la ciudad en que se contrató, y de las Damas, por las Señoras que la concertaron (1529).

Los dos hermanos Horuc y Haradin, famosísimos piratas de la isla de Lesbos, entraron al servicio del sultan de Túnez y fueron el terror de los cristianos con sus depredaciones y sus muy atrevidas empresas en el Mediterráneo.

Horuc murió peleando contra los españoles que defendian á Oran, y Haradín, despues del asesinato del Dey de Argel, se apoderó de este reino y del de Tremecen, que puso bajo la proteccion de Soliman el Magnífico, con cuyo auxilio se apoderó de Túnez, despojando á Muley-Hassan, que se refugió cerca del emperador Cárlos V.

Las súplicas de este príncipe, y las instancias de la cristiandad, decidieron al emperador, que reuniendo sus fuerzas, se embarcó en Barcelona (1535).

Los imperiales, apoderándose de Túnez, mataron treinta mil personas, hicieron diez mil esclavos, y se enri-

quecieron con grandes despojos, en el saqueo de la ciudad.

Cárlos V restableció en el trono á Muley-Hassan, como feudatario suyo, y dió libertad á veinte mil cautivos cristianos.

La paz entre Francisco y el emperador no podia ser más que una tregua que aprovechó el primero, buscando aliados y fuerzas: así instó por su amistad y auxilio á Enrique VIII de Inglaterra: pidió al Papa la mano de Catalina de Médicis para su hijo segundo: favoreció la liga de Esmalcalda, y no vaciló en aliarse á Soliman el Magnífico, enemigo del nombre cristiano.

Muerto el duque de Milan, sin hijos, el emperador se apoderó de sus estados, y como feudo vacante, los incorporó al imperio.

Francisco, por su parte, despojó á Cárlos, duque de Saboya.

Esta guerra no produjo resultados definitivos, pues Francisco tuvo necesidad de abandonar la Saboya, y los imperiales que desistir del sitio de Marsella.

En su consecuencia, y por indicacion del Papa Paulo III, se firmó la tregua de Niza (1538) que dejó las cosas como estaban al comenzar la guerra.

Sublevada Gante, con ocasion del pago de ciertos impuestos, el emperador atravesó los estados de su irreconciliable enemigo, con un salvoconducto, para reprimir á los alzados.

De Gante pasó á Alemania, celebró en Rastibona la Dieta general del Imperio, y de aquí marchó á Italia para apresurar la expedicion contra Argel (1541), que tuvo mal éxito, pues las tempestades destruyeron la escuadra.

La tregua de diez años concertada en Niza quedó al fin rota, convencido Francisco de que el emperador jamás cedería el ducado de Milan ni á él ni á sus hijos.

Con escándalo de la cristiandad vióse entonces al rey Cristianísimo aliado con los turcos y el pirata Barbarroja. Así, mientras tres ejércitos atacaban al emperador, las escuadras turcas asolaban el Mediterráneo, talaban y saqueaban los pueblos de las costas y se atrevian á sitiar á Niza.

Los ingleses y los Alemanes por su parte invadieron la Francia y marcharon sobre París.

Amenazado Francisco I de perder sus propios estados, despues de ganar la batalla de Cerenola, que dirigió el duque de Enghien (1544), firmó la paz de Crespy, por la que renunció á sus pretensiones á Sicilia y al dominio directo sobre Flandes y el Artois; se obligó á restituir sus conquistas en Saboya; concertó el casamiento del duque de Orleans, su segundo hijo, con una hija del emperador ó de su hermano Fernando, aportando al casamiento, en el primer caso, los Países Bajos, y en el segundo, el ducado de Milan.

El desgraciado Francisco I murió en Rambuillet, despues de veintiocho años de luchas imposibles con el emperador Cárlos V. Sucedióle Enrique II (1547), y, como falleciera el duque de Orleans, dejando sin efecto el más importante artículo de la paz de Crespy, se renovó la guerra.

Para esta nueva lucha sirvió de ocasion y pretexto el asesinato de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma.

Unido Enrique II con los protestantes alemanes, invadió la Lorena y se apoderó de las ciudades de Metz, Toul y Verdun. En estas contiendas se distinguió el duque de Guisa defendiendo á Metz, y pelearon en Renti imperiales y franceses sin éxito decisivo.

Hallándose el emperador en la cumbre de su gloria, pero cansado de tantas luchas y combates, quiso prepararse para mejor gloria y más perdurable vida.

Ya habia dado á su hijo D. Felipe el gobierno de Ná-

poles y de Milan, y ahora (1555), realizando su propósito, en un congreso reunido en Bruselas, abdicó la corona de España y de los Países Bajos en favor de aquel, y renunció la dignidad imperial y los estados de Alemania en su hermano D. Fernando (1556).

Despues, se retiró al monasterio de Yuste en Extremadura, donde aun vivió por espacio de dos años, consagrado á ejercicios de piedad y á trabajos corporales, muriendo en 1558.

LECCION LXXIV.

La Reforma Religiosa.

El espíritu pagano introducido en Europa por los fujitivos del Bajo Imperio, al caer Constantinopla en poder de los turcos otomanos; la satánica soberbia de un incorregible fraile agustino, y el deseo de despojar á la Iglesia de los inmensos caudales que habia acumulado en sus manos la piedad de los fieles, fueron las causas generadoras de la mal llamada Reforma.

Ocupaba la Silla de San Pedro Leon X, entusiasta amigo de las artes y de las letras y expléndido protector de los que las profesaban.

Conmovido el ánimo generoso del Pontífice con los sufrimientos de los cristianos, oprimidos por los turcos, y anhelando levantar en Roma un templo, soberbio monumento de las artes, concedió indulgencias para, con el producto de las limosnas, atender á estos nobles objetos.

El arzobispo de Maguncia comisionó al domínico Juan Tetzel para que predicara estos perdones.

Irritados ciertos agustinos de que la comision se hubiera confiado á un domínico, encontraron un eco de sus miserables celos en Martin Lutero.

Nació este futuro heresiarca en Eisleben, y falto de recursos para dedicarse al estudio, cantaba salmos por

las casas para ganarse la subsistencia, hasta que compadecida una viuda de Eisenach, lo sacó de tan miserable estado, dándole casa y habitacion.

La caida de un rayo cerca de él, produjo tan honda impresion en el estudiante, que profesó en la órden de San Agustin, donde su ardiente misticismo le atrajo el amor de su superior, que le proporcionó una cátedra de teología en la universidad de Witemberg, donde, desechando al fin el misticismo, se lanzó á la sociedad y á la vida.

Habiendo sobrevenido, no mucho tiempo despues, ciertas cuestiones en su Órden, fué comisionado para que marchara á Roma.

Á su vuelta de Italia ridiculizó á Juan Tetzel, y en la festividad de todos los Santos, presentó cuarenta y cinco tésis contra el abuso de las indulgencias.

Oponiéndose á estas tésis aparecieron otras, especialmente escritas por domínicos; Juan Eck publicó contra Lutero sus Obeliscos á que contestó él con los Asteriscos. La imprenta circuló rápidamente las tésis, los libros y los sermones de los unos y de los otros, y la liama tomó al punto jigantescas proporciones de incendio, cuestionándose ya la autoridad del Papa y su competencia en asuntos de fé.

El emperador Maximiliano puso en conocimiento de Leon X la gravedad del caso, y el cardenal de Vio procuró disuadir á Lutero, aunque sin lograr de él su sumision.

Aun insistia el Papa en los medios de atraccion, cuando Fray Martin publicó su *Libertad cristiana*, por lo que fulminó sentencia definitiva de condenacion contra él y sus parciales.

El Sumo Pontífice pidió que la Dieta de Worms condenara á Lutero, la cual asumió á sí el asunto, mandando que se presentara ante ella el innovador.

Por su parte el elector de Sajonia, mandó que nada se

resolviera sin oir antes á Lutero, le expidió un salvo conducto, provisto del cual se puso en marcha, y fué introducido en la asamblea por una puerta secreta.

Cárlos V, al verlo, con su fisonomía tosca, su boca plegada por una sonrisa de vulgar orgullo y su estatura pequeña, esclamó: *Este hombre no me hará á mi hereje.*

Tranquilo Lutero por su seguridad personal, se negó á retractarse.

Sospechando el elector de Sajonia que el emperador resolveria la cuestion con alguna airada providencia, y temiendo sobre todo á la vanidad y á la imprudencia de Lutero, lo retuvo en su castillo con la más profunda reserva.

Entonces, proclamada la omnipotencia del criterio individual, cada cual tuvo su opinion: los agustinos desertaron de sus cláustros, y todo fué excesos y desórdenes.

Las últimas clases sociales, con su terrible lógica, sacaron las consecuencias legítimas de las premisas sentadas por el maestro.

La cuestion social asomó su espantable cabeza estallando la guerra entre los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los ciudadanos y los villanos.

Nicolás Storck dió vida al iluminismo de los Anabaptistas: Pfeiffer excitaba al pueblo de Franconia prometiéndole el despojo de los ricos: Tomás Münzer sublevó á los mineros de Mansfeld, incendió aldeas y ciudades, predicó la comunidad de bienes y mató sin respetar sexo ni edad.

Lutero entonces excitó á los grandes señores para que mataran sin piedad á aquellos *perros*, y en su consecuencia, el suelo de Alemania quedó sembrado de ruinas.

En vista de tal situacion, Cárlos V convocó la Dieta del imperio.

Reunidos los Estados en Spira, se acordó que por entonces cada cual continuara en el camino emprendido,

pero que se impidieran los progresos de la Reforma; acuerdo del cual protestaron los partidarios de Lutero, por lo que tomaron el nombre de Protestantes.

Entre tanto, creciendo la osadía de los turcos, que se habian atrevido á sitiar á Viena, para buscar remedio á tantos males, se convocó la Dieta en Augsburgo.

En ella presentaron los protestantes su *Confesion,* en la que, asustado Melanchton, hizo que Lutero, modificara muchas tésis que hasta allí habia defendido; pero no fué posible la avenencia.

Los disidentes, previendo que era ya inminente la lucha material, se coligaron en Esmalcalda, á la vez que los católicos tambien aunaron sus fuerzas.

Sin embargo, se firmó el *Interim* que garantizaba la libertad religiosa y disgustó á católicos y protestantes.

Al cabo, el tan anunciado Concilio se reunió en Trento, convocado por el Papa Paulo III.

Los primeros decretos del Sínodo que declararon canónicos los libros de las Santas Escrituras, y de igual fuerza estos que la Tradicion; que sancionaron que la Iglesia es único juez para resolver asuntos de fé, y los siguientes condenando la doctrina de los protestantes sobre la Eucaristía, la confesion, el purgatorio y las indulgencias; la bula del Papa deponiendo al Arzobispo de Colonia, y ya en paz el Emperador con el turco y el francés, hicieron comprender á todos que habia llegado la hora de acudir á las armas.

El elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse juntaron por su parte un ejército poderoso, y por la suya Don Cárlos invadió la Sajonia, y en las orillas del Elba, frente á Muhlberg, atacó á los protestantes, los cuales sufrieron tan terrible derrota (1547), que tal vez se hubiera hundido para siempre la herejía, si Enrique II, heredero de Francisco I en la corona de Francia y en su ódio á Cárlos

V, no hubiera distraido las fuerzas de este, uniéndose á los protestantes.

Este suceso y otras múltiples contrariedades, decidieron al emperador á autorizar el tratado de Passau, en virtud del cual fueron puestos en libertad los electores de Sajonia y de Hesse, y se estableció que nadie fuera molestado por sus creencias religiosas.

Tres años despues, se firmó en Augsburgo le paz religiosa, cuyas principales bases fueron: conceder la libertad de cultos á los protestantes; darles el derecho de formar parte de la Cámara Imperial, y conservar la posesion de los bienes eclesiásticos adquiridos durante estas revueltas.

Al mismo tiempo que se sucedian estos acontecimientos, la Reforma se habia ido extendiendo por Europa, produciendo en todas partes desórdenes y guerras.

Ulrico Zwinglio, cura de Glaris, atacó desde luego todos los dogmas de la religion católica, pero dando á su herejía un carácter democrático, como Lutero se lo habia dado aristocrático.

Dividiéronse entonces los Cantones en dos bandos; Uri, Switz y Unterwald, cuna de la libertad helvética, permanecieron fieles á la verdadera fé, mientras otros siguieron al heresiarca.

Despues, los dos bandos vinieron á las manos en Cappel, donde murió Zwinglio.

Calvino extendió en Ginebra la herejía, convirtiendo á esta ciudad en centro de las conjuraciones democráticas.

España se libró del contagio merced al celo inquebrantable de los reyes de la casa de Austria.

Martin Lutero murió devorado de mortales angustias.

Ahora bien, ¿cuál fué la influencia de Lutero y de sus colegas y sectarios en la política, en la llamada inde-

pendencia de la razon humana, en las ciencias y en las artes?

En política careció de carácter la Reforma, que fué señorial en Alemania, democrática en Suiza y Ginebra: lejos de sostener la independencia del criterio humano, opusieron los reformadores credo á credo y mataron por medio de bárbaros suplicios á los disidentes: en ciencias hicieron muchas de sus sectas guerra implacable á los libros: las artes le debieron que no pocos monumentos fueran despedazados por el neo-iconoclastísimo de no pocos de los suyos.

Desde entonces marcha la sociedad ébria y vacilante, sin encontrar punto de reposo.

LECCION LXXV.

CRISTÓBAL COLON.

En la imposibilidad de escribir la historia de los viajes, descubrimientos y conquistas de los españoles en América, nos contentaremos con reseñar sumarísimamente las expediciones de Colon, de Cortés y de Pizarro; tres portentosas empresas que inspiradas todas ellas en el catolicismo, tiene sin embargo cada una un tinte especial y como característico.

Cristóbal Colon, nacido en Génova, de una familia noble aunque empobrecida, dedicado desde su más tierna juventud á los viajes y á la navegacion, concibió el jigantesco pensamiento de que atravesando la Mar Tenebrosa (el Océano), hácia Occidente, se encontraria nuevo rumbo para el comercio y tierras desconocidas.

En 1476, resuelto ya el problema en su mente, pasó Colon á Génova, donde fué rechazado su proyecto, así como en Venecia á donde se encaminó despues.

Desairado en ambas repúblicas, se encaminó á Lisboa, noticioso de que habia ascendido al trono de Portugal D. Juan II, que ansiaba emular las glorias del infante Don Enrique.

Tuvo Colon varias entrevistas con el nuevo monarca,

que sometió los planes del extranjero á una y otra junta de sábios, los cuales rechazaron su proyecto.

Entonces se encaminó á España para ofrecer su empresa á los Reyes Católicos.

Agotados los menguados recursos de Colon con los gastos de viajes tan dilatados, y ya en España, llegó, llevando de la mano á su hijo, á la portería del convento de Santa María de la Rábida, situado á media legua de Palos, en la actual provincia de Huelva.

Regia el convento de la Rábida Fray Juan Perez de Marchena, que se convirtió en el más decidido amigo y protector de Colon.

Tras algunos dias de descanso, provisto de una carta del P. Marchena, y dejando su hijo al cuidado de su nuevo amigo, emprendió Colon el camino de Córdoba, donde la córte se encontraba.

Sin desesperar el genovés por tanta contrariedad, logró al fin ser escuchado por el cardenal Mendoza, que obtuvo para él una audiencia de SS. AA., por los que fué benévolamente acogido, aunque sometiendo la cuestion, como era natural, al dictámen de una junta de sábios que al efecto se convocó para Salamanca.

Aunque ocupados los reyes en las guerras contra los infieles de Málaga, Baza y Granada, no dejaron de conferenciar con Colon. Mas era la empresa de Granada tan larga y difícil, que Colon decidió impetrar el auxilio del rey de Francia.

Detenido por Perez de Marchena y rendida la ciudad morisca, la magnánima D.ª Isabel proporcionó recursos á Colon, que salió del puerto de Palos con tres carabelas, para realizar su pensamiento, en 3 de Agosto de 1492.

Despues de vencer increibles dificultades y peligros y cuando ya los suyos se entregaban á la desesperacion y á la rebeldia, en la noche del 11 de Octubre, descubrió Colon una luz en el oscuro horizonte, y en el alba inme-

diata, la encantadora isla de Guanahaní, centro de la primera línea de las Lucayas, en la que desembarcó, posesionándose de ella á nombre de la corona de Castilla, dándole el nombre de San Salvador.

Acudiendo poco á poco los naturales, hasta entonces escondidos, no se cansaban de mirar y de palpar á los recien venidos, que consideraban como enviados del cielo.

Eran los isleños de estatura elevada; de color aceitunado; barbilampiños; de poblada cabellera recortada por la frente y suelta sobre las espaldas; carecian de toda vestidura con que cubrir sus carnes pintadas de diversos colores; desconocian el uso del hierro, y consistian sus armas en palos endurecidos al fuego, con una punta de pedernal ó un diente de caiman en uno de los extremos.

Colon, despues de admirar el país, se dió á la vela, asombrándose de la multitud de bellas islas que ante sus ojos se presentaban, segun avanzaban las naves.

Así descubrió sucesivamente la Concepcion, la Isabela, Fernandina, las de Arena, y por último Cuba, que avistó al anochecer del 27 de Octubre (1492).

Habiendo saltado Colon en tierra, puso á esta isla el nombre de Juana, en memoria del infante D. Juan.

Reconocido parte del litoral de Cuba, descubrió el almirante la isla Haiti, (6 de Diciembre de 1492), á la que apellidó la *Española*.

El 24 de Diciembre, con el objeto de visitar á Guacanagari, poderoso señor de la parte Noroeste, movióse la armada, en cuya noche dió la Santa María en un bagio de que no pudo sacarse la nave, cuyos restos salvaron los naturales. En este paraje edificó Colon un fuerte, aprovechando los restos del buque destrozado, primera colonia hispano-americana, á la que dió el nombre de Navidad, dotándola de treinta y nueve hombres y por capitan ó gobernador á Diego de Arana.

Encomendando á todos que sembraran las semillas,

aportadas de Europa; que guardáran la obediencia debida á sus jefes; que indagáran los criaderos del oro; que tratáran bien á los naturales; que respetáran á las mujeres; que se condujeran, en fin, como verdaderos cristianos, reembarcóse para reconocer las costas hácia el Este.

Pero la ambicion y las rivalidades de los Pinzones, el mal estado de los buques y el deseo de dar cuenta á Doña Isabel del resultado de su navegacion, para volver con nuevos auxilios, decidieron á Colon á emprender sin dilaciones la vuelta de Castilla.

En este viaje acometieron á las dos tristes carabelas tempestades terribles, en medio de las cuales se separaron; hasta que, el lunes 18 de Febrero de 1493, consiguió la Niña tomar puerto en Santa María, la más al Sur de las Azores, perteneciente á Portugal.

Espantosas tormentas volvieron á atacar á la nave que milagrosamente se libró del furor del Océano.

Por último, el viérnes 15 de Marzo, llegó la Niña al puerto de Palos, donde fué recibida con indescriptible alegria.

Tras de cumplir las promesas hechas en la mar; tras de disfrutar de la comun alegria, y de permanecer siete dias en la Rábida, al lado de su grande amigo Fray Juan Perez de Marchena, se trasladó Colon á Sevilla, donde recibió carta de los reyes invitándole á pasar á Barcelona, ciudad donde se encontraba la córte.

El viaje del Almirante desde Palos á la ciudad condal fué un verdadero triunfo, pues las gentes acudian en tropel para aclamar al héroe y contemplar su extraña comitiva.

El 15 de Abril fué recibido Colon por los reyes en la sala de ceremonias del alcázar, donde lo aguardaban con el príncipe D. Juan.

Al entrar la comitiva en la deslumbradora cámara régia, levantáronse los reyes, y D.ª Isabel, con lágrimas en

los ojos, no se sentó hasta que el Almirante se cubrió y tomó asiento de su órden.

Al terminar el revelador del Nuevo Mundo la historia de sus expediciones, todos cayeron de rodillas cantando el *Te Deum*, que repitió el pueblo hasta en las más apartadas calles de la ciudad condal.

Los reyes, despues de colmar á Colon de mercedes, de privilegios y de honores, se marcharon de Barcelona, y Colon á Sevilla, donde se aprestaba gruesa armada, para encaminarse á las Antillas, provista de medios de colonizacion.

Tres naos de gavia, entre las cuales, la mayor (Marigalante), que hacia veces de capitana, aguardaban á los expedicionarios en la bahía de Cádiz.

Antes del amanecer del miércoles 25 de Setiembre de 1493, dióse á la vela la escuadra, con gran concierto y precauciones, atendida la sospechosa conducta del rey de Portugal.

Despues de un viaje próspero, en la mañana del 3 de Noviembre, avistóse una isla en la mitad de la seccion del círculo que forman las pequeñas Antillas. Colon desembarcó en esta isla á que llamó Domínica, y en otra más cercana (Marigalante), en la que tomó posesion por Castilla de aquel archipiélago. Á poco fué descubierta la Guadalupe, en la cual, con espanto de los expedicionarios, vieron estos, entre las vituallas, cabezas y otros miembros de hombres recien muertos, cociéndose sus carnes con las de otros animales, y los cascos de los cráneos sirviendo de vasijas.

Alzadas las velas, el 10 de Noviembre fueron descubiertas las islas de Monserrate, Sta. María, la Rotunda, Sta. María la Antígua, S. Martin y Sta. Cruz. En la tarde siguiente divisóse un archipiélago, la mayor de cuyas islas recibió el nombre de Sta. Ursula y el resto el de las Once mil Vírgenes. Al Oeste de este archipiélago pareció

la tan buscada Boriquen, patria de casi todos los infelices libertados del poder de los caribes que poblaban las anteriores islas. El Almirante dió á Boriquen el nombre de S. Juan Bautista (Puerto Rico).

No siendo posible detenerse, salió la armada, en la madrugada del 22, y antes de anochecer, se avistó la Española. En las cercanías del rio del Oro desembarcó alguna gente que encontró dos hombres muertos, y al dia siguiente otros dos, con señales ciertas de ser españoles. El 27 llega la flota á cabo Santo; dispara algunos cañonazos y nadie responde.

¿Qué habia pasado en la colonia de la Navidad durante la ausencia de Colon?

LECCION LXXIII.

CRISTOBAL COLON.

(CONTINUACION.)

Á la mañana siguiente, al desembarcar el Almirante se presentó ante sus ojos un terrible espectáculo: el fuerte de la Navidad ya no existia.

Habian sobrevenido entre los colonos querellas sobre el cambio del oro y sobre las mujeres; la insurreccion de los tenientes contra su capitan Arana; la separacion de no pocos y su marcha á los estados de Caonabo que los hizo degollar en el acto; la division en pequeñísimos grupos asesinados por los indios; vejados y saqueados estos; Diego de Arana habia sido muerto con los suyos por el feroz Caonabo.

Navegando hácia el Este, en los primeros dias de Diciembre, desembarcaron los españoles en paraje convenientemente elegido, donde el Almirante puso la primera piedra de la ciudad á que dió el nombre de Isabela.

Vuelta gran parte de la flota á España, la nostalgia se apoderó de los expedicionarios, y Colon visitó la isla, en cuya expedicion admiró la vega Real y fundó á Santo Tomás.

De vuelta á la Isabela, se vió forzado el Almirante á disminuir las raciones y á obligar á todos en el trabajo de la edificacion de la ciudad, medidas que aumentaron el descontento.

En medio de estas desavenencias, salió el Almirante en 24 de Abril de 1493 con tres carabelas, para proseguir los descubrimientos.

Despues de recorrer la costa boreal de la Española, llegó á Cuba que principió á visitar por la parte del Sur. Desde aquí se encamina á Jamáica; vuelve á Cuba á mediados de Mayo; llega al cabo de Santa Cruz; reconoce el peligroso archipiélago llamado Jardin de la Reina y la isla de Pinos; vuelve á Jamáica; retrocede; visita á Amona, y enfermo y perdidas sus fuerzas, regresa á la Isabela en 29 de Setiembre de 1494.

Repuesto Colon, restablece en parte el órden, y auxiliado del fiel Guacanagari, acomete á los indios que lo esperaban en número de más de cien mil; los derrota y Caonabo deja libre la fortaleza de Santo Tomás que habia tenido asediada por espacio de treinta dias.

En tanto habian llegado á España el P. Boil, Margarit y otros descontentos, sembrando por todas partes calumnias contra el Almirante; por lo que y para que depurara la verdad, fué nombrado, como juez pesquisidor, Juan Aguado, que en cuanto llegó á la Española, lejos de cumplir con su cargo, trató desabridamente al mismo Almirante y alentó á los descontentos y rebeldes.

Disgustado Colon con la conducta de Aguado, resolvió venir á España para desvanecer las calumnias de sus enemigos, como lo hizo, llegando á Cádiz el 11 de Junio de 1496.

Colon marchó á Búrgos, residencia entonces de la córte, produciendo en todos gran entusiasmo.

En 30 de Mayo de 1498, zarpó el Almirante del puerto de S. Lúcar, con una nave de gavia y cinco carabelas; y de-

seando hacer nuevos descubrimientos, en las inmediaciones de la isla de Hierro, despachó tres carabelas, y él con las otras tres naves, en la noche del 31 de Julio, descubrió la isla de la Trinidad. Prosiguiendo adelante en sus investigaciones, sin sospechar que habia descubierto un nuevo continente, recorrió el golfo de Paria. Pero una terrible oftalmia le obligó á encaminarse á la Española, llegando á Santo Domingo, que Bartolomé Colon habia fundado en la márgen izquierda del Ozama.

Durante su ausencia, habian ocurrido terribles guerras y luchas entre los colonos, que el Almirante procuró calmar con su acostumbrada bondad.

Pero la cólera y la saña de Fonseca contra Cristóbal Colon, como la gota de agua cayendo de contínuo sobre la piedra, habia de producir sus efectos.

Así, cuantos regresaban de los españoles, pobres, enfermos y malcontentos, eran acogidos por el obispo y sus parciales, excitándolos más y más contra Colon; negábase á todos el pago de sus atrasos, y por tal manera se les encaminaba hacia Granada, para que expusieran á los reyes sus quejas contra el extranjero.

Fueron estas quejas tales y tan redobladas, que Doña Isabel nombró al comendador D. Francisco de Bobadilla con comision especial de informar acerca de las turbulencias ocurridas en la Española, de proceder contra los que se hubieran levantado contra el Almirante, de reducirlos á prision, de secuestrar sus bienes y de juzgarlos con todo el rigor de las leyes.

Mientras esta nube se preparaba en España, renacia la paz en la isla, merced á las victorias alcanzadas sobre los indios y á la sumision de los rebeldes.

Ocupado el Almirante en el engrandecimiento del fuerte de la Concepcion, gobernaba en Santo Domingo su hermano D. Diego, cuando se distinguieron desde la ciudad dos carabelas que pugnaban por ganar la embocadura del

Ozama, las cuales conducian al comendador Bobadilla y su séquito.

Enviada una embarcacion para informarse, apoyándose el comendador en la borda, contestó con palabras arrogantes y amenazadoras.

Al desembarcar, mostró el recien llegado su ira contra el Almirante, y á poco penetró en la propia casa de este y se apoderó de cuanto encontró en ella, inclusos los papeles y notas del mismo, atrayéndose á la vez con grandes mercedes á los rebeldes.

Lejos de oponer resistencia al arrogante comisionado, Colon se presentó ante él, inerme, y fué preso lo mismo que sus hermanos D. Diego y D. Bartolomé.

Entonces, el feroz Bobadilla, alhagando á unos y amenazando á otros, comenzó la sumaria contra los tres hermanos, y cuando la hubo terminado, mandó á los tres presos, siempre sujetos con grillos, á bordo de la carabela Gorda, que partiendo para España, llegó á la bahía de Cádiz felicísimamente.

Llena de indignacion la Reina Católica con semejante noticia, mandó un correo con órden de poner en libertad á los tres hermanos y una libranza de dos mil ducados de oro para que se trasladaran á la córte.

Bobadilla fué depuesto y nombrado en su lugar un gobernador interino, para que aplacara los ánimos en la Española, antes del regreso de Colon, cargo que se confió á Ovando, el cual salió al frente de una flota de treinta y dos velas.

Provisto de los necesarios recursos, salió otra vez Colon, rigiendo cuatro naves, y á una legua de Santo Domingo, queriendo cambiar la pesadísima Gallega por una de las naves que se volvian á España, despues de dejar á Ovando, formuló á este su peticion que le fué negada.

La escuadra, menospreciando el huracan predicho por Colon, se encaminó á España y en ella los principales

enemigos del Almirante, y el feroz Bobadilla, todos hartos de oro y de despojos; los cuales perecieron en la tormenta adivinada por Colon, en tanto que este se salvaba en Puerto Escondido.

Desde la Española tocó el Almirante en Jamáica, y gobernando hácia el Sur en busca del estrecho, que segun él, separaba en dos partes al continente americano, descubrió la isla de Guanaja, centinela del golfo de Honduras, en cuyas cercanías sorprendió un gran barco cargado de mercancias, procedente de la península de Yucatan.

Enfermo Colon y combatido por recias tempestades, avanzó ante las costas de Guatemala; llegó al cabo de Gracias á Dios y á Nombre de Dios, desde donde retrocedió á Puerto Bello y aun todavia, explorando el país, llegó al cabo de San Blas y á diez leguas más al Oeste.

Al fin, las tempestades lo arrojaron á la costa Norte de la Jamáica, en la que estuvo á punto de perecer, intencionalmente abandonado por Ovando, moribundo y entre las asechanzas de los que con él escaparon de la muerte en esta isla.

Á salvo en Santo Domingo, y entristecido por las perfidias de Ovando, partió para España, llegando al puerto de San Lúcar en 7 de Octubre de 1504, desde donde se trasladó á Sevilla, enfermo y agitado el ánimo por las terribles nuevas que hasta él llegaban.

La vida de su gran protectora, la Reina Católica, eclipsábase rápidamente, víctima de una terrible enferdad que arrebató su noble alma á los cielos á las 12 de la mañana del 26 de Noviembre de 1504.

Un tanto mejorado de sus dolencias, en Mayo de 1505, tomó Colon el camino de Segovia, ciudad en que el Rey residia, donde lo recibió cariñosamenten D. Fernando; pero sin resolver nada, esperando la próxima llegada de su hija D.ª Juana y de su esposo D. Felipe.

Así siguió el Almirante á la córte hasta Valladolid.

Cuando los nuevos reyes de Castilla desembarcaron en España, recibieron una carta de Colon que les entregó el Adelantado, al que acogieron con gran benevolencia prometiéndole hacer justicia.

Empero la hora de la verdadera justicia se acercaba ya para el Almirante.

En 19 de Mayo de 1506, conociendo que se acercaba su última hora, despues de sancionar su codicilo de 1505 y su testamento de 1501, habiendo concluido con las cosas del mundo, ya no pensó más que en Dios.

Al efecto, hízose vestir el hábito de la Orden Tercera, el mismo con el que su augusta protectora quiso devolver su alma al Criador, y pidió el Viático.

Esta grandiosa excena tenia lugar en el cuarto de una posada de Valladolid, adornado con las cadenas que sujetaron los piés de Colon, por órden del infame Bobadilla.

Agonizaba el descubridor del Nuevo Mundo en aquella triste mansion destinada á recojer su último aliento, ante sus dos hijos, sus oficiales y algunos Padres Franciscanos, clara la inteligencia y firme la voluntad en Dios.

Poco despues de recibir la Estremauncion, pronunciando las postreras palabras del Salvador, al morir en la cruz, espiró.

Eran las doce de la mañana del dia de la Ascension, 20 de Mayo de 1506.

Unos pocos servidores leales y sus inquebrantables amigos los frailes franciscos, condujeron piadosamente el cadáver á la catedral, y despues de celebrar un funeral modesto en Santa María de la Antigua, lo depositaron en el panteon del convento de la Observancia.

La muerte del descubridor de las Indias pasó desapercibida para todos; exclusivamente ocupados en el viaje de la Reina Doña Juana y de su esposo el archiduque; en el aborrecimiento entre este y su suegro; en que la llama

de la razon de la jóven reina, como que vacilaba, próxima á extinguirse y en las intrigas y partidos que traian dividida á la córte.

El Almirante pues, quedó relegado al olvido, hasta que en 1513, dispuso D. Fernando que los restos del grande hombre, fueran llevados á Sevilla, y que por su alma se celebraran honras ostentosas; hecho lo cual, fueron trasladados á la Cartuja de Santa María, y depositados en la cripta de la capilla del Santo Cristo.

Despues, en 1506, los restos de Colon fueron conducidos á Santo Domingo, y colocados en una bóveda, sita al lado del Evangelio, en la capilla mayor de la Catedral.

Como dos siglos y medio más adelante, cuando en 1795 abandonamos la Española en manos de los franceses, nuestras autoridades, con grande solemnidad, recogieron los restos del inmortal virey, y los condujeron á la Habana, donde los depositaron en el lado derecho del presbiterio de su basílica.

¡Triste destino el de Colon cuyos despojos parecen destinados á no descansar jamás!

Así, no ha faltado quien, en el año pasado de 1877 (¡agravio de ultratumba!) haya supuesto que habian parecido los restos del Almirante, en la catedral de Santo Domingo, negando la certeza de su solemne traslacion á la Habana, queriendo impíamente, hasta sembrar la duda sobre sus despojos sagrados!

Cristóbal Colon, que apareció en el momento en que espiraba la Edad Media, y comenzaba la moderna, pertenece por entero á la fé católica que lo sostuvo siempre; á la religion que lo amparó en los primeros pasos de su gloriosa historia; que cerró sus ojos en el oscuro meson de Valladolid.

Con razon, pues, ha dicho el ilustre P. Ventura de Raulica.

COLON ES EL HOMBRE DE LA IGLESIA.

LECCION LXXVI.

HERNAN CORTÉS.

Despues de la muerte de D. Fernando V, gobernaba á Cuba Diego Velazquez, y, pacífica y poblada la isla, como corrieran entre los españoles noticias de ricas tierras por descubrir, concertáronse hasta ciento diez soldados, y puestos á las órdenes de Francisco Hernandez de Córdoba, saliendo en tres naves del puerto de la Habana, en 8 de Febrero de 1517, dieron en la península de Yucatan y en diversos pueblos de ella, donde les hicieron cruelísima guerra, especialmente en Potonchan, donde mataron más de cincuenta de los invasores, y cautivaron á dos, salvándose el resto en las naves, aunque con doce heridas de flecha el caudillo Hernandez de Córdoba.

Heridos todos los expedicionarios, con excepcion de uno solo, resolvieron volverse á Cuba, como lo ejecutaron.

Á pesar de tal contratiempo, corrieron tan acreditadas las noticias de estos descubrimientos, que á la fama de ellos, se juntaron doscientos hombres, entre soldados, pilotos y marineros, que á las órdenes de Juan de Grijalva, en un bergantin y tres barcos menores, salieron del puerto de Matanzas, en 5 de Abril de 1518, y arribaron á la isla de Cozumel.

Doblada la punta de Cotoche, y despues de pelear vic-

toriosamente en Champoton, desembarcaron en Boca de Términos y en el rio de Banderas, donde tuvieron noticia de Moctezuma y del imperio mejicano, y cambiaron por oro objetos insignificantes.

Prosiguiendo en su navegacion, llegaron los españoles á S. Juan de Ulúa, y á varios pueblos del territorio de Panuco.

Los expedicionarios, en vista de lo poblado de la tierra, resolvieron volverse á Cuba, para reforzarse y avanzar en sus descubrimientos, como lo hicieron, desembarcando en Santiago en 15 de Noviembre de 1518.

Con el oro aportado antes y ahora por los españoles, creció más y más en Cuba el crédito de los países descubiertos; tanto, que el mismo gobernador Diego Velazquez, preparó nueva armada, que puso á las órdenes de Hernan Cortés, caballero extremeño que residia entonces en Cuba, con más crédito de valeroso que de adinerado.

Arrepentido despues el gobernador, retiró el mando á Cortés, cuando este habia hecho crecidos gastos para la empresa; por lo cual, desentendiéndose este de las veleidades de Velazquez, marchó con sus naves en demanda de la isla de Cozumel, donde, hecho alarde de sus recursos, se halló con quinientos soldados, ciento nueve hombres de mar, entre maestres pilotos y marineros, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, diez y seis caballos, un tiro de bronce y cuatro falconetes.

Insistiendo en el rumbo de los anteriores viajes, sostuvieron los españoles terribles encuentros con los valerosos indios de Tabasco y de los pueblos cercanos, ajustando al cabo la paz con ellos, en la cual presentaron á Cortés veinte indias, entre las que se contaba D.ª Marina, que tan útil fué á los expedicionarios como intérprete.

En Jueves Santo de 1519, llegaron las naves á San Juan de Ulúa, donde los españoles fueron recibidos y re-

galados por varios caudillos, de órden de Moctezuma, su señor.

Aquí resolvieron poblar los españoles, como lo hicieron, fundando la Villa Rica de la Vera Cruz y aclamando á Cortés Capitan General y Justicia Mayor.

En Zempoala fueron los nuestros acogidos con grande agasajo por su cacique, que les manifestó, así como los de Quivistlan, su profundo rencor á los mejicanos.

Fuerte ya Cortés con la alianza de más de treinta pueblos comarcanos, acordó trasladar la colonia de Vera Cruz á paraje más conveniente; dedicándose todos á la edificacion de este pueblo que creció rápidamente.

Comprendiendo el caudillo cristiano que mientras las naves estuvieran á la vista, no faltaria entre los suyos quien promoviera conspiraciones para volverse á Cuba, con ánimo heróico, destruyó su escuadra.

Hecho esto, decidieron los españoles encaminarse á Méjico, como lo hicieron, tomando la via de Tlascala, república enemiga de los mejicanos, con los cuales partia límites.

El caballeresco caudillo español salió de Zempoala con quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, y dejando ciento veinte hombres y dos caballos, mandados por Juan de Escalante, en defensa de Vera Cruz, tomó el camino de Tlascala, república valerosa aunque pobre, á la cual contaba Cortés convertir en su auxiliar.

Pero los tlascaltecas, sabedores de las relaciones de Cortés con Moctezuma, temerosos de alguna traicion, hicieron cruda guerra á los españoles, guerra en que estos alcanzaron repetidas victorias, no sin correr grave riesgo de perderse.

Ajustadas al cabo las paces, los cristianos fueron cordialmente recibidos y agasajados en Tlascala, donde entraron solemnemente en 3 de Setiembre de 1519.

Á pesar de los consejos de los tlascaltecas que hablaban con espanto del incontrastable poder de Moctezuma y de la fortaleza de su capital, fundada sobre una gran laguna, Cortés decidió emprender el camino de esta ciudad, recibiendo durante su marcha, contradictorias embajadas de Moctezuma, que se oponia siempre con buenas palabras á que los españoles penetraran en la sede de su imperio.

En Cholula los cristianos castigaron rudamente las asechanzas que les tenia preparadas Moctezuma, y entraron en Méjico en 8 de Noviembre de 1519.

La fortaleza de esta ciudad; la grandeza de sus templos, donde se celebraban incesantes sacrificios humanos; la riqueza y la generosidad de Moctezuma, asombraron á los españoles que fueron expléndidamente alojados.

Cuando los cristianos gozaban más á su sabor de estas prosperidades, penetraron en Méjico dos tlascaltecas, disfrazados de mejicanos, portadores de una carta en la que se daba cuenta á Cortés de que Qualpopoca, general de Moctezuma, habia tratado duramente á ciertos pueblos confederados de los españoles, los cuales habian pedido auxilio á Juan de Escalante, que castigó á los mejicanos, aunque muriendo él y otros siete soldados, y quedando aprisionado otro, cuya cabeza habia sido presentada á Moctezuma.

Hecha informacion por los españoles, se demostró el concierto y resolucion de los mejicanos de romper los puentes de su ciudad, de encerrarlos dentro de ella y de no dejar uno con vida.

Ya no era posible que Cortés retrocediera; y así, con acuerdo de los suyos, seguido de cinco de sus capitanes, marchó al palacio de Moctezuma, y en él, parte con el consejo, parte con las amenazas, lo llevó á su alojamiento, donde permaneció preso en realidad, pero con apariencias de libre.

En medio de estos cuidados, recibiéronse tristes noticias de Vera Cruz.

Irritado Diego Velazquez contra lo que llamaba la rebeldía de Cortés, juntó diez y ocho naves y en ellas ochocientos infantes, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, que puso bajo las órdenes de Pánfilo de Narvaez, el cual, despues de un próspero viaje, se preparaba para desembarcar en las costas de S. Juan de Ulúa, resuelto á hacer á sus compatriotas guerra implacable.

En vano fué que Cortés propusiera á Narvaez medios de conciliacion, que este rechazó con menosprecio.

Dejando entonces á Pedro de Alvarado, con ochenta soldados, en defensa de su alojamiento, marcha rápido á Zempoala; cae sobre el desapercibido Narvaez; lo aprisiona; incorpora las tropas de este á las suyas, y vuelve á Méjico, noticioso de que Alvarado se encuentra en gran peligro.

Reforzado así, y auxiliado por dos mil tlascaltecas, entra en la ciudad imperial, donde es combatido por innumerables mejicanos que hieren y matan el mismo Moctezuma, cuando los exhortaba para que se retiraran.

En semejante situacion, resuelve Cortés abandonar á Méjico, como lo ejecutó, no sin perder grandísima parte de los suyos, al atravesar los canales, y de esta manera encuentra en los llanos de Otumba á todo el poder mejicano que vence en desigual batalla.

Habia llevado á Méjico Cortés, despues de vencer á Narvaez, más de mil trescientos soldados, noventa y siete de á caballo, ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros, de los cuales solo entraron en Tlascala cuatrocientos noventa infantes, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros, heridos todos y maltratados.

Descansados y curados los españoles, y auxiliados con algunos soldados que mandaba Velazqnez, en refuerzo de Narvaez, y con otros que Francisco de Garay enviaba á

Panuco, y especialmente ayudados por sus fieles amigos de Tlascala, fueron sucesivamente conquistando las ciudades mejicanas, y atrayéndose á otros pueblos con su generosa conducta.

Enseñoreado Cortés de Tezcuco, hizo construir trece bergantines, para combatir á los mejicanos en la laguna, y, despues de apoderarse de las ciudades cercanas, puso sitio á Méjico.

En tanto, habiendo muerto el Sr. de Iztapalapa, que habia sucedido en el imperio á Moctezuma, fué electo Guatimocin, mozo de hasta 25 años, casado con una hija de aquel monarca, y esforzado sobre toda ponderacion.

Duró esta empresa de Méjico por espacio de noventa y tres dias, sin que cesaran un momento las batallas, asaltos y escaramuzas, con trances diversos de muy grande peligro, en que, peleaban los mejicanos con ánimo heróico, hasta que reducido Guatimocin al último extremo, fué preso, cuando huia á través de la laguna, seguido de su familia y amigos; suceso que aconteció en la tarde del 13 de Agosto de 1521.

Así acabó esta verdadera epopeya, una de las más brillantes páginas de la gloriosa historia de España.

LECCION LXXVII.

El Perú.—Los Pizarros.

El espíritu navegante que despertaron en todas las naciones los descubrimientos de los españoles y portugueses, hizo que en menos de treinta años, se descubriera el inmenso territorio comprendido desde el Labrador á la Tierra del Fuego; pero aún no se habian despejado las nieblas que ocultaban las doradas playas del Pacífico, empresa reservada á Vasco Núñez de Balboa.

Todos los esfuerzos de los gobernadores del Darien se dirigian hácia la América Central, hasta que se encontraron en Honduras con los capitanes de Cortés, que avanzaban desde Guatemala.

Con esta ocasion, los aventureros de Castilla del Oro, pusieron sus ojos, con más empeño que nunca, en las costas del Pacífico, cuyas expléndidas tradiciones tenian soliviantados los ánimos en Panamá, ciudad donde se pusieron en contacto (1524) tres hombres, destinados á descubrir la América Meridional.

Eran estos Francisco Pizarro y Diego de Almagro; dos soldados de fortuna, y el opulento cura de Panamá, Hernando de Luque.

Convenidos los tres, Pizarro quedó encargado del man-

do de la expedicion; Almagro, de armar y surtir los buques, y Luque de proporcionar la mayor parte del dinero.

En consecuencia de este acuerdo, á mediados de Noviembre de 1524, salió Pizarro de Panamá, con cien hombres en dos pequeños barcos.

Desgraciado fué este viaje, durante el cual solo fueron encontrados países desolados y guerras y miserias, de los que tuvieron que regresar los españoles, para reparar sus fuerzas y curar sus heridos.

Vencidas las dificultades que opuso el gobernador para una nueva empresa, compraron los tres socios dos buques, y embarcados en ellos Pizarro y Almagro con ciento sesenta hombres y algunos caballos, se dirigieron hácia el rio de S. Juan, en cuyas cercanías recogieron gran cantidad de oro.

Aquí resolvieron que en una nave regresara Almagro á Panamá, para tentar con la presencia del oro á los habitantes de Tierra Firme y volver con nuevos auxilios; que con la otra nave marchara el piloto Bartolomé Ruiz para descubrir en la costa, y que Pizarro se quedara en espera.

Hallábanse este y sus desgraciados compañeros en situacion tan crítica, mermados por las enfermedades y las asechanzas de los astutos indios, cuando llegó Ruiz con deslumbradoras noticias de los países por él descubiertos, y poco despues Almagro con provisiones y un refuerzo de voluntarios.

Alentados así los españoles, prosiguieron su navegacion hácia el Sur, en cuyas costas vieron pueblos numerosos, alguno de los cuales opuso tantos guerreros á su desembarco, que comprendiendo la escasez de sus fuerzas para empresa tan gigantesca, resolvieron que Almagro volviera á Panamá en busca de auxilios, y que en tanto permaneciera Pizarro en la pequeña isla del Gallo.

El descontento de los que se quedaron fué indescrip-

tible, y, llegando sus quejas hasta el nuevo gobernador D. Pedro de los Rios, se opuso este á nuevas empresas, y mandó dos buques á la isla para que sin escusa se trajeran á los tristes españoles.

En semejantes circunstancias y ante tales órdenes, el heróico Pizarro, sacando su puñal, trazó una línea en la arena, de Oriente á Occidente, y volviéndose luego á los suyos, exclamó: *Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez y de los desamparos; la otra, la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser pobres; por allá, al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano, lo que más le estuviere.* Dichas estas palabras, saltó él la valla. Trece solo imitaron la accion de Pizarro.

Ante semejante heroismo, que el mal éxito hubiera convertido en locura, embarcóse el capitan del Gobernador con los aventureros, y Pizarro y sus trece compañeros, se trasladaron á la isla Gorgona, contando solo con la proteccion de Dios.

Por espacio de siete meses permanecieron en esta situacion Pizarro y los suyos, hasta que llegando un barco enviado por Luque y Almagro, doblaron la línea Equinoccial, navegaron en el golfo de Guayaquil y llegaron á la bahía de Tumbez, donde desembarcaron, y visitando la ciudad, quedaron asombrados del lujo, del oro y de la plata que brillaba en los templos, las casas y los jardines.

Reembarcados los españoles, doblaron el cabo Blanco, y entraron en Payta y en Santos.

Rico Pizarro de noticias sobre el poderoso imperio de los Incas, y harto de regalos y de preciadas alhajas, volvió la proa para el Norte.

Á su vuelta, recogió en Tumbez al indio Felipillo que tan fatal habia de ser al desventurado Atahuallpa, y despues de una ausencia de más de diez y ocho meses, desembarcó en Panamá.

Vista la resistencia del gobernador á nuevas expediciones, decidieron Pizarro y sus tres socios, que este fuera á España para impetrar el auxilio del monarca. Viaje que realizó.

En su consecuencia, celebróse la capitulacion de 26 de Julio de 1529, mediante la cual fué concedida á Pizarro tal autoridad, que casi lo equiparaba á la de un virey; Almagro obtuvo el nombramiento de comandante de Tumbez, con rango de hidalgo; Luque el obispado de Tumbez, y los trece que acompañaron á Pizarro en su soledad, grandes mercedes.

Hecho esto, se dirigió Pizarro á Trugillo, su patria, donde se le reunieron sus hermanos y algunos otros deudos y amigos, y en Enero de 1530, en tres buques, emprendió la via de América.

En Nombre de Dios se avistaron los tres antiguos socios, manifestando Almagro su disgusto por no haber obtenido el título de Adelantado.

Á pesar de todo, solo pudieron reunirse ciento ochenta infantes y ventisiete caballos, con los que, embarcados en tres buques, salió Pizarro de Panamá en Enero de 1531.

Habiendo desembarcado en S. Mateo, continuaron su expedicion por tierra, sufriendo todo género de privaciones, aunque adquiriendo en cambio grandes riquezas.

En Tumbez recibió Pizarro la para él agradable nueva de que el imperio peruano estaba profundamente agitado por las contiendas entre Atahuallpa y Huascar, hijos del último monarca, que aspiraban al trono.

Vencedor de su hermano, hallábase Atahuallpa con su ejército á unas diez ó doce leguas de S. Miguel, donde Pizarro se encontraba, por lo que este, al frente de 177 hombres, se internó audazmente en el país y atravesó la asperísima cordillera de los Andes, recibiendo frecuentes pruebas de que el Inca se apercibia para esterminarlos.

Vencidas estas inaccesibles cumbres, entraron los españoles en Caxamalca, al caer de la tarde del 15 de Noviembre de 1532, encontrando la ciudad completamente desierta.

Alojados los españoles en un vasto edificio situado en la plaza principal, en el acto mandó Pizarro á Soto y á su hermano Hernando con 35 caballos, para que notificaran al Inca su presencia y sondearan sus intenciones.

Este los recibió friamente en su gran campamento, y solo contestó á las instancias de D. Hernando, que al dia siguiente iria él á Caxamalca y mandaria lo que se habia de hacer.

Estas severas palabras y el muy extraordinario número de las tropas peruanas, hicieron que los españoles volvieran tristemente impresionados; emocion deque participaron todos en la ciudad, cuando, despues de anochecido, vieron encenderse los fuegos en las tiendas que formaban el campamento indio, que, segun un contemporáneo, *no parecian sino las estrellas del cielo.*

Pizarro reanimó el espíritu de los suyos; llamó á sus oficiales; les expuso lo extremo de la situacion; díjoles que ya no era tiempo de retroceder, y que solo la audacia podia salvarlos; les recordó la proverbial crueldad de Atahuallpa, y entonces les expuso su pensamiento, que no hubieran realizado otros que no fueran sus españoles, ni aun estos mismos, á tener otro en que escoger.

Reducíase este proyecto á apoderarse de la persona del Inca, en medio de su ejército, cuando á otro dia viniera á visitarlos, y asustar á los peruanos con este golpe de temeridad.

Prevenidos los españoles, y cada cual en su puesto, amaneció el 16 de Noviembre de 1532.

Ya habia mediado el dia cuando el Inca se puso en movimiento con sus tropas, que dejó á media milla de Caxamalca.

El pensamiento de Francisco Pizarro se realizó por completo, apoderándose de la persona de Atahullpa y dispersándose su ejército.

El Inca ofreció á los españoles, en cambio de su libertad, llenar de oro la habitacion donde se encontraba, hasta la altura á que sus manos alcanzaran; al efecto mandó emisarios á las ciudades de su imperio para recoger el precioso metal; y noticioso de que los españoles andaban en tratos con su hermano Huascar, hizo ahogar á este en el rio de Andamarca.

Entre tanto seguia preso Atahuallpa, tratado con la mayor consideracion por los españoles, y, aunque habian llegado inmensas cantidades de oro y de plata, no alcanzaban á la suma ofrecida por el rescate del Inca.

Desgraciadamente, corrian cada vez más, los rumores de que en Quito se reunian numerosas tropas para libertar al cautivo; rumores que corrian con mayor crédito entre los soldados de Almagro, ansiosos de aventuras. Ya no fué posible á Pizarro seguir negándose á la formacion del proceso contra Atahuallpa.

El principal enemigo del Inca era el intérprete Felipillo, que, habiendo sido sorprendido en una intriga con cierta concubina del monarca, concibió contra este ódio inextinguible; y que, como las declaraciones tenian que pasar por su interpretacion, hizo que aparecieran justificados, por confesion propia, los crímenes que contra él se imputaban.

En su consecuencia, Atahullpa fué sentenciado y muerto en la gran plaza de Caxamalca.

Al morir Atahullpa, recibió de manos de Pizarro la borla imperial su hermano Toparca; el cual se encaminó hácia el Cuzco con el ejército de los conquistadores, que ascendia á cerca de quinientos hombres; en cuyo camino hallaron ya pruebas materiales de la sublevacion del país.

Muerto Toparca, Pizarro colocó en su lugar al jóven

príncipe Manco, y entró en el Cuzco, cuya riqueza y magnificencia dejaron mudos de asombro á los españoles.

Pizarro, dueño ya del Cuzco, fundó en el valle de Rimac, la ciudad de los Reyes (Lima).

Asi las cosas, Almagro emprendió la conquista de Chile, circunstancia que aprovechó el Inca Manco, fugándose de la capital y convocando á los suyos que pusieron sitio al Cuzco, defendido por Hernando Pizarro, en número de más de doscientos mil hombres.

En el prolongado asedio de esta ciudad, murió Juan Pizarro y dieron los indios grandes pruebas de valor; pero se dispersaron al llegar la estacion de las siembras.

LECCION LXXVIII.

El Perú.—Los Pizarros.

(CONTINUACION.)

Definitivamente desavenidos Pizarro y Almagro por la gobernacion del Cuzco, á que los dos creian tener derecho, vinieron ambos partidos á las manos en Salinas.

Vencedor Pizarro y aprisionado su antiguo socio, fué este juzgado y sentenciado á muerte, que sufrió dentro de su prision.

En tanto, Gonzalo Pizarro, al frente de trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios, salió para su memorable expedicion de Quito, en la que, despues de sufrir hambres, frios horribles y todo género de contrariedades, perecieron casi todos, regresando solo á Quito menos de la mitad de los indios, y solo ochenta españoles, víctimas muchos de ellos de enfermedades incurables.

¡En qué estado halló Gonzalo Pizarro los asuntos del Perú!

Su hermano Hernando habia marchado á Castilla, donde fué aprisionado, en el castillo de la Mota (Medina del Campo), de órden del Rey.

Francisco Pizarro, despues de la ejecucion de Alma-

gro, habia permitido que Diego, hijo de este, permaneciera en Lima, despreciándolo, lo mismo que á los partidarios de su antiguo colega; los cuales, reducidos á la desesperacion, se conjuraron bajo la direccion de Juan de la Rada. Denunciado el complot á Pizarro, lo menospreció tambien, contentándose con no salir de su casa en el dia en que le avisaron que iba á estallar.

Alarmados los conjurados con esta novedad, y demasiado tarde para retroceder, se lanzaron á la calle, gritando *¡viva el Rey* y *muera el tirano!* y así entraron en la casa de Pizarro.

Sin tiempo ni para armarse, á pesar de su defensa heróica, cayó al suelo Francisco, herido en la garganta: esclamó: *¡Jesús!* trazó con su ensangrentada mano una cruz en el suelo, y espiró.

En seguida fué proclamada la autoridad del jóven Diego de Almagro, y presos ó proscritos los partidarios de los Pizarros.

Entre tanto, Vaca de Castro se habia dirigido á Quito, donde recibido, en ausencia de su jefe, por el segundo de Gonzalo Pizarro, presentó su cédula, asumió el gobierno, y se encaminó al Sur.

Por su parte salió Almagro del Cuzco, al frente de sus tropas, al mediar el Estío de 1542, y encontrándose los dos ejércitos en los llanos de Chupas, peleando ambos partidos con la característica furia de las contiendas civiles, Vaca de Castro obtuvo completa victoria. El heróico Almagro, que logró refugiarse en el Cuzco, fué entregado por los mismos que él habia puesto al frente de la ciudad, y juzgado y condenado á muerte, que sufrió valerosamente, desapareciendo con él la llamada faccion de Chile.

Pacificado el país, Vaca de Castro, se consagró á organizarlo, atendiendo con especial cuidado á la poblacion india; creando escuelas para enseñar á estos desdichados

la doctrina católica; tomando otras diversas medidas, encaminadas á aquel fin, á la vez que en España el emperador dedicaba toda su atencion á aquel mismo objeto, convocando una junta de sábios en Valladolid, cuyas consecuencias fueron numerosas leyes para el gobierno de las colonias.

Para ejecutar estas leyes, tan favorables á los indios como perjudiciales á los conquistadores, nombró virey á Blasco Núñez Vela, el cual, llegado á Nombre de Dios, á mediados de Enero de 1544, dió claras muestras de su intransigencia.

Heridos en sus derechos los conquistadores, irritáronse profundamente, y pusieron sus ojos en Gonzalo Pizarro.

El virey, lejos de transigir, como le aconsejaba Vaca de Castro, se mantuvo firme; por lo que, la Audiencia, haciendo causa comun con los sediciosos, lo mandó prender, lo declaró depuesto de su cargo y suspendió las nuevas ordenanzas.

Gonzalo Pizarro, jefe ya del alzamiento, entró triunfalmente en Lima, en 28 de Octubre de 1544.

Habiendo el virey recobrado su libertad, al solo nombre del emperador, juntó un ejército y peleó con Gonzalo Pizarro y los suyos, en las cercanias de Quito (18 de Enero de 1546) donde este, obteniendo señaladísima victoria, mandó cortar la cabeza al virey.

Llegaron á España estas terribles nuevas en ocasion que, ausente el emperador, gobernaba el Estado el infante D. Felipe, que puso sus ojos para apagar estos tumultos en el clérigo Pedro de la Gasca, que ya habia mostrado su alta capacidad en muy árduas empresas. El emperador confirmó el nombramiento, invistiendo á Gasca de las más omnímodas facultades.

El nuevo Presidente, á su llegada á América, tuvo

noticia de la muerte del virey y del poder absoluto de Gonzalo Pizarro.

Preocupado su ánimo, desembarcó en Nombre de Dios, puerto vigilado por una fuerte guarnicion mandada por Hernan Megía, á quien, mereciendo su entera confianza, habia confiado Gonzalo este importante puerto del Perú.

Pedro de la Gasca, falto de séquito militar y de acompañamiento, pues así lo habia exigido él mismo, pareció á Megia un clérigo insignificante, del cual no se podia esperar más que indulgencia y perdon.

Gasca manifestó, con efecto, al capitan de Pizarro que su mision era de conciliacion y de paz; que estaba dispuesto á perdonar á todos y á revocar las ordenanzas, y que, cumplido así el objeto de la revolucion, seguir adelante, era luchar abiertamente con la corona; palabras racionales á que se sometió resueltamente el pundonoroso oficial.

Á seguida, Gasca se dirigió á Panamá, donde estaba la poderosa escuadra de Pizarro, que tambien se le sometió, como Aldana, Presidente de la Audiencia.

La Gasca mandó á Pizarro, desde Panamá, una afectuosa carta del emperador, y otra suya en el mismo sentido.

Ni Pizarro ni sus parciales podian sospechar que bajo el exterior sencillo del clérigo La Gasca, se ocultaba un poder moral más fuerte que sus soldados; el cual, minando calladamente la opinion pública, iba socavando su poder, tanto más seguro, cuanto más inadvertido.

Gonzalo Pizarro, negándose á todo, se declaró en abierta rebeldía; pero el contagio de las defecciones siguió propagándose por todas partes. Centeno se apoderó del Cuzco, y los habitantes de Lima abrieron las puertas á Aldana por el emperador.

Pero, cuando Gonzalo se preparaba para retirarse á Chile, encontrándose en las cercanías de Huarinas sus

tropas con las de Centeno, aquel, despues de una cruel batalla, obtuvo señaladísima victoria, gracias á la habilidad del valiente Carbajal, que manchó su fama con grandes crueldades sobre los vencidos.

No se descorazonó por este desastre La Gasca, antes bien, reuniendo sus fuerzas, se encaminó hácia el Cuzco, y pasó con sus tropas el Apurimac; ante cuya noticia, Gonzalo Pizarro salió del Cuzco con su ejército y se dirigió al valle de Xaquixaguana, donde esperó á sus contrarios.

Todavía La Gasca despachó un emisario á Pizarro, ofreciéndole el perdon del rey con tal de que depusiera las armas, proposicion que este rechazó.

Al cabo, en la mañana del 8 de Abril de 1548, avistáronse ambos ejércitos.

Al irse á comenzar la batalla, Cepeda, el génio del mal de Pizarro, se pasó al enemigo á la vista de todos, ejemplo que siguieron muchos, pues antes de que se disparara el primer tiro, una columna de arcabuceros y un escuadron de caballería se unieron al Presidente.

Toda resistencia era ya imposible; así pues, varios huyeron y otros rindieron las armas.

Confundido Pizarro, preguntó á Acosta, uno de los pocos que le habian permanecido fieles:

—*¿Qué haremos?*

—*Arremeter al enemigo y morir como romanos,* obtuvo por respuesta.

—*Mejor es morir como cristianos,* repuso Gonzalo, y adelantándose algunos pasos, se rindió prisionero.

Pizarro y Carbajal fueron juzgados, y como su crímen no podia discutirse, ambos fueron condenados, el primero á ser decapitado, y el segundo á ser arrastrado y descuartizado.

Nada pudo hacer cambiar al indomable Carbajal, á pesar de sus ochenta y cuatro años, el cual sufrió la muer-

te con su eterna sonrisa sarcástica y burlona.

Gonzalo Pizarro murió como soldado valiente y cristiano.

El Presidente, despues de recompensar á cuantos le habian auxiliado; de dictar disposiciones altamente favorables á los indios; de mejorar la situacion del país, pensó en regresar á España.

Antes de partir, noticiosos los caciques indios de su marcha, le ofrecieron una gran cantidad de plata que La Gasca rehusó; los principales colonos le enviaron, despues de embarcado, cincuenta mil castellanos de oro, que igualmente no aceptó; no obstante, lograron poner secretamente en su buque veinte mil castellanos, con la idea de que, encontrándolos despues de su partida, no pudiera rechazarlos. La Gasca, en cuanto llegó á España, averiguó quiénes eran los más necesitados entre los parientes de los donantes y se los distribuyó.

El previsor é incorruptible Presidente entró en Sevilla con gran tesoro para la corona; cumplida su dificilísima comision, al cabo de poco más de cuatro años de su salida de la misma ciudad, murió pacíficamente en Valladolid, respetado y admirado de todos, á fines de Noviembre de 1567.

LECCION LXXIX.

FELIPE II DE ESPAÑA.

El martes 21 de Mayo de 1527, nació en Valladolid el infante D. Felipe, hijo del gran César Cárlos V, y de la noble emperatriz D.ª Isabel.

Acostumbrados á conocer á Felipe II por los relatos de escritores extranjeros y protestantes, ó de dramaturgos, generalmente reñidos con la verdad, tenemos una idea harto equivocada del carácter y hasta de la figura de este gran príncipe.

Los contemporáneos pintan á D. Felipe, bajo de estatura; de tez delicada y pálida; de ojos azules y cabello rubio; la nariz corta y algo levantada; el labio inferior característico de la familia de Austria; el espíritu aptísimo para las ciencias y artes; distinguido en la lengua del Lacio, en las matemáticas y en la arquitectura.

Cumplidos los diez y seis años, casó este príncipe con D.ª María, hija de D. Juan III de Portugal y de D.ª Catalina, hermana del emperador Cárlos V, que recordaba por su figura y carácter á la Reina Católica su bisabuela; y murió prematuramente en Valladolid, despues de dar á luz al príncipe D. Cárlos, sembrando de eterna tristeza el alma de su esposo.

Don Felipe visitó en 1548 los Países Bajos; en 1550

acompañó á su padre á la Dieta de Augburgo, y en 1551 regresó á España, de donde volvió á salir, en 1554. con rumbo á Inglaterra, para contraer matrimonio con María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon.

El infante español usó con suma prudencia de su carácter de rey consorte sobre el ánimo de la católica Doña María, y salvó tres veces la vida á Isabel, futura reina de Inglaterra é hija adulterina de Enrique VIII, comprometida en diversas conspiraciones.

Llamado D. Felipe por su padre, tuvo que encaminarse á Flandes, donde (1555) recibió el gobierno de los Países Bajos, y en 1556, el trono de la monarquía española.

Dolor profundísimo debió sentir el piadoso D. Felipe cuando vió que, lejos de concertarse las fuerzas todas del catolicismo para combatir la hidra de la herejía, era el mismo soberano Pontífice Paulo IV, concertado con el rey de Francia, quien más procuraba romper la paz de Voucelles.

Don Felipe, despues de ensayar inútilmente toda clase de medios para contener al Papa, dió órden al duque de Alba, para que avanzara sobre Roma, á la vez que los franceses se presentaban en Italia, mandados por el duque de Guisa, los cuales fueron derrotados por los españoles.

En tanto, D. Felipe, hace penetrar en Francia un ejército, á las órdenes de Manuel Filiberto, duque de Saboya, que venció completamente á las tropas de Enrique II en la sangrienta batalla de S. Quintin (10 de Agosto de 1557), en memoria de la cual el monarca español mandó construir el famosísimo templo y monasterio del Escorial.

Solo el Papa frente á las tropas españolas, por haberse tenido que retirar el de Guisa en defensa de su propia patria, se vió obligado á ajustar la paz con los españoles, en cuyas generosas condiciones, mostró D. Felipe su amor

á los derechos de España y su respeto al equivocado Pontífice.

Los franceses se consolaron de la derrota de S. Quintin, apoderándose de la plaza de Calais, única que conservaban los ingleses de sus conquistas en la guerra de los cien años; pero la derrota de Gravelinas, les hizo pedir la paz, reconociendo la superioridad de los invencibles tercios españoles.

En su consecuencia se ajustó el tratado de Chateau-Cambresis (1559), concertándose el matrimonio de Don Felipe, viudo de la reina de Inglaterra, con la princesa D.ª Isabel de Francia.

Habiendo regresado D. Felipe á España, desde los Países Bajos, supo con espanto que, mientras él sostenia en todas partes con mano vigorosa la religion católica, el protestantismo se habia introducido traidoramente en España.

Preparóse pues para reprimirlo con mano vigorosa; deber que le imponian la seguridad de sus propios dominios y el triste ejemplo del estado en que los demás se hallaban.

Los ataques de Erasmo contra la Iglesia Romana, habian producido efecto en los Países Bajos, algunas de cuyas provincias habian admitido la Reforma.

Inquietos los protestantes flamencos ante la actitud severa de Felipe II, con motivo de la publicacion del Concilio de Trento, se unieron para sostener sus pretensiones por medio del célebre compromiso de Breda (1566), y bajo las órdenes de Guillermo, príncipe de Orange, traidor á España, cuyas tropas mandaba, como gobernador de Holanda, y de Zelanda, y de los condes de Egmond y de Horn, recorrieron el país, proclamando la rebelion contra los españoles.

En tan críticas circunstancias, Felipe II envió á Flandes á D. Fernando Alvarez de Toledo, segundo duque de

Alba, que desentendiéndose de las inútiles contemplaciones de la gobernadora D.ª Margarita de Parma, venció á los rebeldes y mandó degollar á los condes de Egmond y de Horn, estableciendo fuerte política de represion.

Auxiliado el príncipe de Orange por las potencias del Norte, y sobre todo, por Inglaterra y por Francia, las provincias de Holanda, Zelanda, Frisia y Utrech, le confirieron el título de Statouder (1572), y antes de que pudiera producir sus efectos finales la política del duque de Alba, fué este sustituido por Requesens, cuyo gobierno débil y conciliador alentó á los rebeldes.

Á Requesens sucedió D. Juan de Austria, á quien engañaron los alzados con falsas esperanzas; y á este, Alejandro Farnesio duque de Parma, durante cuyo gobierno las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Gueldres y Groninga se declararon en república independiente por medio del acta de Utrecht (26 de Enero de 1579), á la que se adhirieron, cinco meses despues, Frisia y Over Isel, quedando así constituida la república de Holanda que aceptó el culto de Calvino.

Asesinado Guillermo de Orange y habiendo sido elegido Statouder su hijo Mauricio, vió este sus tropas derrotadas por el gran duque de Parma y caer Amberes en poder del caudillo de los españoles.

Acobardados con tales desastres los confederados, ofrecieron la soberanía de la nueva república á Francia que no se atrevió á aceptarla, y despues á Isabel de Inglaterra que envió á los Países Bajos á su favorito Leicester, en tanto que el almirante Drake inquietaba las costas de España con sus escuadras y que los piratas ingleses dificultaban la comunicacion de nuestro país con sus colonias.

Esta lucha jigantesca se hizo ya imposible ante la guerra con Francia y la muerte del invencible duque de Parma á quien sucedieron en el mando el archiduque Ernesto y el conde de Fuentes.

Oportunamente cedió D. Felipe estos estados, con el Franco Condado y el Charolais, á su hija Isabel Clara (1598), prometida del archiduque Alberto, hermano del Emperador de Alemania.

Sin el feroz rencor de Isabel de Inglaterra y el ódio tradicional de la Francia, seguramente la Reforma habria sucumbido; D. Felipe, volviendo sus fuerzas contra las costas de Africa, hubiera librado á la Europa civilizada de la tiranía de los feroces piratas berberiscos y turcos. Pero contra la voluntad del Rey de España, sus esfuerzos contra los pueblos africanos fueron relativamente pequeños, limitándose á las tres expediciones contra Trípoli (1559, 60 y 61); á la toma de Gelves; á la defensa de Mazalquivir y de Oran, sitiadas por el Dey de Argel, y á la conquista del Peñon de la Gomera.

Irritado Felipe II contra Isabel de Inglaterra, armó la escuadra *Invencible,* que salió de Lisboa en 20 de Mayo de 1588 y fué destruida por las tempestades; desastre que consolidó la independencia de la Confederacion de las siete provincias de Holanda.

Á los gravísimos cuidados que imponia á D. Felipe la gobernacion de España, rodeada por todas partes de enemigos, se agregaban otros, dentro de la misma península y aun de su propia casa y familia, que aflijieron profundamente su alma.

Su hijo D. Cárlos, que habia nacido débil de cuerpo, mostró desde su primera niñez la perversidad de su alma, martirizando á sus nodrizas y á cuantos lo rodeaban. Mozo ya, insultó á los procuradores del reino; amenazó con una daga al duque de Alba, y el ministro de Estado Espinosa estuvo á punto de morir ahogado entre sus manos.

En vano el infeliz padre rodeó á su hijo de los honores más apetecidos, y en vano lo colmó de distinciones.

El desdichado príncipe llegó á conspirar contra la vida del autor de sus dias, y proyectó huir de España, para lo

cual pidió su auxilio á D. Juan de Austria á quien prometió, en cambio, el reino de Nápoles ó el de Sicilia.

Puesto así el colmo á la paciencia del padre y del rey, este prendió á su propio hijo (18 de Enero de 1568) y lo sugetó á un proceso, cuya prosecucion impidió la muerte del príncipe, víctima de su glotoneria.

Granada, último baluarte de los musulmanes en España, habia capitulado con los Reyes Católicos y estos habian prometido conservar á los vencidos su religion, sus usos y costumbres.

Así sucedió en efecto; pero los infieles pagaban esta generosidad conspirando contra los vencedores.

Era pues necesario unificar las razas vencedora y vencida, propósito que fué causa de la rebelion de los moriscos de Granada que comenzó en 1568.

En esta guerra, cruelísima como toda guerra de razas y de religion, eligieron los moriscos, por su rey, primero, á Aben-Humeya y luego á Aben-Abó, é intervinieron en ella, por D. Felipe, el marqués de Mondéjar y el de los Vélez, el duque de Sesa, D. Pedro Deza y D. Juan de Austria, que la terminó (1570), vencidos los moriscos.

Desde que los turcos se habian apoderado de Constantinopla no podia haber para los cristianos punto de reposo. Amenazados los venecianos por Selin II, la escuadra cristiana, mandada por D. Juan de Austria, encontró á la de los turcos en el golfo de Lepanto (1 de Octubre de 1571), donde D. Juan alcanzó memorable victoria, salvando á la cristiandad y postrando para siempre á la media luna.

Formada causa á Antonio Perez, Secretario de Estado, quedaron en ella de manifiesto las depredaciones del astuto ministro, que fugándose y acogiéndose en Zaragoza al fuero de los Manifestados, fué causa de grandes tumultos y muertes y de la egecucion del Justicia mayor D. Juan de Lanuza.

Ya hemos dicho, en su lugar oportuno, que el duque

de Alba conquistó á Portugal para España, haciendo valer los indudables derechos de Felipe II á esta corona.

Firmada la paz de Vervins, que terminó por entonces (1598) las guerras entre España y Francia, y atacado gravemente por la gota, Felipe II se retiró al Escorial (30 de Junio de 1598), entre cuyas monumentales bóvedas queria acabar su agitada existencia.

Una fiebre violentísima y un abceso en la rodilla derecha, lo postraron en el lecho, donde espiró en 13 de Setiembre de 1598, dando pruebas de admirable resignacion cristiana.

Los reinados de Cárlos I y de Felipe II que llenaron el siglo XVI, son los reinados de la grandeza de España, durante los cuales, impusimos nuestra voluntad á Europa.

Sobresalieron entonces por su virtud, S. Francisco Javier, S. Ignacio de Loyola, S. Francisco de Borja, S. Luis Beltran, S. Pedro de Alcántara: por sus escritos, Fray Luis de Granada, S. Juan de la Cruz, Sta. Teresa de Jesús, Fray Luis de Leon, Antonio Agustin, Arias Montano, Luis Vives, Hurtado de Mendoza, Ocampo, Zurita, Morales, Oviedo, Herrera, Ercilla, y como famosísimos capitanes y políticos, el duque de Alba, Farnesio, Granvela y otros mil.

LECCION LXXX.

España bajo Felipe III, Felipe IV y Cárlos II.

Como ha dispuesto la Providencia que la civilizacion no se vincule perpétuamente en un país, así, cada pueblo como cada indivíduo, tienen sus épocas de desarrollo, de virilidad, de decadencia y de muerte.

¡Desgraciado del monarca á quien toca regir un pueblo que, como la España de 1598, habiendo cumplido un gran destino, decae por ley natural!

Nuestros padres habíanse impuesto en todas partes con sus armas, con su política, con sus descubrimientos marítimos; despertando por doquiera envidias y rencores que habian de producir sus consecuencias.

Así vemos en el reinado del sucesor de Felipe II, atacada la monarquía española en todos los mares por turcos y berberiscos, holandeses é ingleses, y á Felipe III, dotado de todas las virtudes privadas, señalando el principio de la decadencia de España.

Ascendió al trono este príncipe, de edad de veinte años, y depositó su confianza en el marqués de Denia, despues duque de Lerma.

Dijimos que el archiduque Alberto se habia casado con D.ª Isabel, hija de Felipe II, á quien este habia cedido los Países Bajos. El archiduque inauguró su mando apode-

rándose de varias plazas fuertes, y derrotando á sus contrarios, mandados por el conde de Lippe.

La empresa más notable de esta guerra, fué el sitio de Ostende, plaza situada en las orillas del mar, circulada de terrenos pantanosos y de canales, que los rebeldes habian convertido casi en inexpugnable, y que al cabo de cuatro años de escaramuzas, de ataques y de estratagemas, cayó en poder del marqués de Espínola.

Despues de varios sucesos, terminó esta lucha con el tratado de la Haya (1609).

En 1604 se habian firmado las paces con Inglaterra, al inaugurarse el reinado de Jorge I, sucesor de Isabel; como la muerte de María de Médicis paralizó los preparativos de guerra con España, y lejos de emprenderse esta, pronto quedó concertado el matrimonio del príncipe de Asturias D. Felipe (Felipe IV), con la infanta D.ª Isabel de Borbon, y el de la infanta de España D.ª Ana de Austria con el príncipe D. Luis de Francia (Luis XIII).

Los moriscos, despues de una y otra rebeldía, y de una y otra expulsion, seguian formando como una raza aparte, gérmen de eternas inquietudes para el Estado.

En 1610 se decretó su definitiva expulsion del reino, consultado el asunto con las personas más graves, observándose con ellos la misma conducta que los árabes, sus padres, observaron con los pobres mozárabes españoles.

Al duque de Lerma, sucedió en el favor del rey el duque de Uceda.

Atacada la salud de Felipe III por una fiebre lenta, marchóse á Lisboa para recobrarla, y vuelto sin mejoría, murió en 1618.

Diez y seis años de edad contaba Felipe IV cuando ocupó el trono, vacante por la muerte de su padre.

Su favorito D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, aconsejándose más de su presuncion que de la prudencia, proyectó sojuzgar las Provincias Unidas, adqui-

rir el dominio de la Valtelina y restablecer la autoridad de la casa de Austria sobre todas las potencias de Europa.

La guerra contra Holanda se señaló con hechos varios, prósperos y adversos, y complicándose con la de los treinta años, terminó con el tratado de Munster (1648), en que Felipe IV confirmó la independencia de las Provincias Unidas.

Fué causa ocasional de la guerra con Francia la muerte del duque de Mántua, sin sucesion legítima, y la herencia de sus dominios por el duque de Nevers, contra la voluntad de España; guerra en la cual los franceses se apoderaron de la Valtelina.

Muerto el archiduque Alberto sin hijos, debian sus estados volver á la corona de España; los flamencos se opusieron, negándose á reconocer á Isabel Clara, viuda del archiduque, como gobernadora, á nombre de Felipe IV, é intentaron constituirse en república, como Holanda. Espínola y el cardenal infante D. Fernando impidieron por entonces estos propósitos.

Habiéndose mandado á Cataluña que armara seis mil hombres para que pasaran á Italia, que pagara ciertos tributos, y habiendo sido presos dos enviados que pasaron á la córte para suplicar contra ambas medidas, por haberse expresado con demasiada violencia, Barcelona contestó declarándose en abierta y sangrienta rebeldía.

En tal situacion, los catalanes, para buscar el apoyo de alguna potencia, se ofrecieron como vasallos al Rey de Francia; pero, como tardara este en resolverse, se constituyeron en república independiente.

Once años duró esta fratricida guerra, con varia fortuna, hasta la rendicion de Barcelona (1625) al marqués de Mortara y á D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV.

El ejemplo de la insurreccion de Cataluña cundió en Portugal, donde se tramó calladamente una conspiracion

para colocar en el trono al duque de Braganza; la cual estalló con motivo de cierta órden en que se mandaba que un crecido número de tropas portuguesas marcháran á operar contra la rebelde Barcelona: así fué proclamado el duque (1640) con el nombre de Juan IV.

La guerra á que estos hechos dieron orígen terminó con la batalla de Villaviciosa y el tratado de Lisboa (1668) por el cual quedó separado Portugal de la monarquía castellana.

Al fin, entre el general aplauso, cayó el conde-duque de la real privanza, sucediéndole D. Luis de Haro.

Para colmo de desgracias sublevároнse tambien Nápoles y Sicilia.

El alzamiento de Sicilia se sosegó luego; no así el de Nápoles, que tuvo consecuencias, dirigido por Tomás Aniello, generalmente conocido por Masanielo, que estableció una república, ofreciendo su presidencia, con título de dux, al duque de Guisa; el cual, á pesar de estar fuertemente sostenido por Francia, fué vencido y hecho prisionero por el virey duque de Arcos y por D. Juan de Austria.

Terminada por este tiempo la guerra de los treinta años con la paz de Westfalia, España, sin embargo, continuó la lucha con Francia, hasta la paz de los Pirineos (1659), en virtud de la cual se estipuló que Francia conservaria la posesion de la Alsacia y del Rosellon: que Luis XIV se casaria con la infanta María Teresa, renunciando á la sucesion eventual de la corona de España, mediante la dote de quinientos mil ducados: que Francia restituyera las conquistas hechas en Cataluña, en el Milanesado y en los Países Bajos, y no auxiliara á los portugueses.

Felipe IV, devorado de mortal tristeza, sobrevivió cinco años al tratado de los Pirineos.

Sucedióle su hijo Cárlos II (1665), de edad de cuatro años, bajo la tutela de su madre María Ana de Austria,

que depositando su confianza en el jesuita aleman Nithard y obligando á D. Juan de Austria á salir de la córte para Consuegra, produjo en el pueblo hondo descontento.

Luis XIV de Francia, aprovechando estas circunstancias, se apoderó de varias plazas en Flandes y conquistó, en ménos de un mes, el Franco-Condado.

Pero la triple alianza de Inglaterra, Suecia y las Provincias Unidas, para poner coto á las ambiciones de la Francia, arregló estas discordias, asegurando á Luis XIV, por el tratado de Aix la Chapelle, sus conquistas en los Países Bajos, aunque restituyendo el Franco-Condado.

La desaprobacion de este tratado por D. Juan de Austria y la sublevacion de Aragon y Cataluña, forzaron á la reina á separar de su lado al padre Nithard.

Durante este reinado tuvo lugar el último período de guerra europea contra Luis XIV.

Al P. Nithard siguió en el favor de la Reina D. Fernando Valenzuela; á este D. Juan de Austria, despues de alejada de la córte la reina madre, y á D. Juan el duque de Medinaceli.

Terminada la guerra con Francia comenzó en palacio una lucha verdaderamente vergonzosa.

Enfermo y sin hijos el rey, pensando en su sucesion, se formaron dos bandos en la córte.

Al frente del partido austriaco, que tenia como candidato para la corona de España al archiduque Cárlos, se hallaban la reina María Ana de Neobourg, el conde de Oropesa, primer ministro, y el de Harach embajador de Alemania. El partido francés estaba capitaneado por el Inquisidor General Rocabertí, el cardenal Portocarrero y el conde de Harcourt embajador de Luis XIV.

Entre tanto, por medio de los tratados de la Haya (1698) y de Lóndres (1700), acordaban las potencias extranjeras repartirse los dominios españoles.

Este último ultraje decidió al vacilante Cárlos II que

otorgó testamento en 21 de Octubre de 1700, nombrando heredero de sus estados á Felipe de Anjou.

Ocho dias despues, espiró el infeliz Cárlos II el Hechizado, acabando con él la dinastia austriaca.

Durante los tres anteriores reinados sobresalieron, Velazquez, Murillo, Alonso Cano, Zurbaran, Claudio Coello, Rivera, el doctor Eximio, Aguirre, Cervantes, Nicolás Antonio, el P. Mariana, Melo, Góngora, Solis, Quevedo, los Argensolas, Calderon, Lope de Vega, Tirso, Alarcon, Moreto y otros muchos, gloria de las artes y de la literatura española.

LECCION LXXXI.

Escocia.—Inglaterra, desde Jacobo I á Cárlos II.

La historia de Escocia, en tiempo de los Stuardos, desde Jacobo I al V y la reina María, se resúme en las guerras con Inglaterra y en las luchas del poder real con la aristocracia, clase que quedó aniquilada en la batalla de Flodden-Field.

Casado Jacobo V con María de Guisa, muerto Jacobo, entró á reinar su hija María Stuard, que apenas contaba algunos dias de edad, ocupando un trono agitado por las doctrinas de la Reforma.

Presa su desgraciada madre por Isabel de Inglaterra, Jacobo VI contrajo alianza ofensiva y defensiva con la cruel enemiga de María, sacrificando los sagrados deberes de hijo á la ambicion de reinar en Inglaterra; lo que logró ocupando este trono (1603), por designacion de la misma Isabel, con el nombre de Jacobo I.

Jacobo I no consiguió unir las tres coronas de Inglaterra, Escocia é Irlanda, pues á ello se opusieron los respectivos parlamentos, y vió agitado su largo reinado con ardientes polémicas religiosas. Los calvinistas austeros desecharon la profesion de fé dada por el rey, y combatieron la gerarquía eclesiástica, entre tanto que tronaba en

la Cámara la oposicion, acusando al duque de Buckingham.

En el reinado de Cárlos I, sucesor de Jacobo, los Comunes exigieron el juicio de Buckingham, y el rey disolvió tres Cámaras, que se negaron á concederle los subsidios que pedia.

Resuelto el rey á gobernar prescindiendo del Parlamento, estuvo sin convocarlo desde 1637 á 1640.

Rebelados los Puritanos escoceses (1637), las tropas que el rey mandó para combatirlos, en las que dominaban los presbiterianos, se negaron á ello; el rey convocó el Parlamento, que tuvo que disolver, y habiendo mandado otro ejército á Escocia, este fué derrotado.

En situacion semejante fué convocado el *Parlamento Largo,* que empezó condenando á los ministros del rey y acabó por hacerle oposicion personal.

Cárlos se retiró de Lóndres, y reunió á sus parciales que fueron vencidos en Naseby (1645), refujiándose el monarca entre sus escoceses, que lo entregaron á los agentes del Parlamento (1647).

Hallábanse ya los autores de estos trastornos, que únicamente convenian en su ódio á la monarquía, divididos en facciones que se hacian implacable guerra.

Constituian estos partidos los Presbiterianos propiamente dichos, que combatian la gerarquía episcopal y querian que sus Pastores fueran elegidos por el pueblo; los Independientes que desechaban todo sacerdocio, secta que contaba con pocos adeptos en el Parlamento, pero con inmensa mayoría entre el pueblo y el ejército, y los Niveladores que combatian toda distincion social.

Apoderado Oliverio Cromwell de la persona del rey, espurgó la Cámara, prendiendo á doscientos uno de los indivíduos de la mayoría presbiteriana.

Reducido el Parlamento á cincuenta y tres miembros, estos nombraron una comision de ciento treinta y tres

jueces, escogidos entre sus más decididos partidarios, de los cuales, solo setenta se atrevieron á sentarse en el tribunal para juzgar al rey. Previendo su fin Cárlos I, no quiso defenderse y fué condenado á muerte, que sufrió con firme resignacion (1649) frente á su palacio, Witte-Hall.

Cromwell marchó contra los escoceses que se habian alzado por Cárlos II, y despues de vencerlos en Dumbar y Worcester, se encaminó á Lóndres, y penetrando en la Cámara de los Comunes, que desalojó cerrando sus puertas, los soldados le aclamaron con título de Protector, confiriéndole la autoridad soberana.

Los últimos años de la vida de Cromwell, pasaron entre indecibles terrores y así murió el Protector, en 3 de Setiembre de 1658.

Los partidos comenzaron entonces á agitarse con mayor violencia, y Ricardo Cromwell, que habia sucedido á su padre en el título de Protector, no sintiéndose con fuerzas para combatirlos, abdicó á los pocos meses.

Con esta ocasion el general escoces Monch se apoderó con sus tropas de Lóndres, procurando alhagar á todos los partidos.

Convocadas nuevas elecciones, y favorables estas á la causa de la monarquía, se presentó al nuevo Parlamento un enviado de Cárlos II, ofreciendo amnistía general, libertad de conciencia, y sobre todo, la conservacion de las posiciones sociales adquiridas durante la revolucion.

Declarado Monch en favor del rey, lo mismo hizo el Parlamento, que votó la restauracion de los Stuardos.

Cárlos II entró en la capital de sus estados (1660) en medio de indescriptible entusiasmo.

LECCION LXXXII.

FRANCIA DESDE FRANCISCO I Á LUIS XIV.

Francisco I, conde de Angulema, ocupó el trono de Francia (1515) á la muerte de su primo Luis XII, y gastó la vida en imposibles luchas con Cárlos I de España y V de Alemania.

Sucedióle Enrique II (1547), que igualmente luchó con España, perdiendo las memorables batallas de San Quintin y de Gravelinas, á la que siguió la paz de Chateau-Cambresis (1559) y su muerte, de resultas de un bote de lanza que recibió en un torneo con que se celebraban las bodas de la princesa Isabel con Felipe II de España.

Diez y seis años de edad contaba Francisco II cuando ocupó el trono, bajo la direccion de su madre Catalina de Médicis.

La Reforma, empezando á adquirir prosélitos en Francia, merced á *la Cautividad de Babilonia* de Luis Berquin, á *Los Coloquios* de Erasmo de Roterdam y á *La Institucion cristiana* de Juan Calvino, habia de producir sus naturales consecuencias en el órden político. En vano fueron las persecuciones contra los innovadores durante los reinados de Francisco I (1535) y de Enrique II (1559), pues el mal habia echado ya hondísimas raíces.

Casado Francisco II con María Stuard, hija de María de Lorena, depositó el jóven rey toda su confianza en sus tios el cardenal de Lorena y el duque de Guisa. Resentidos los Borbones de esta preferencia, hicieron causa comun con los protestantes.

Bajo pretexto de sustraer al rey de la influencia de los Guisas, tramaron los descontentos una conspiracion que estalló en Amboise (1560). El duque de Guisa, que poseia los hilos del complot, destrozó á los conjurados.

Muerto Francisco II (1569), entró á reinar Cárlos IX, de edad de diez años, bajo la tutela de su madre la astuta Catalina de Médicis, que procuró sostener la rivalidad de las casas de Borbon y de Lorena, para reinar entre sus enemistades.

Indultó pues al príncipe de Condé; alhagó al Condestable de Montmorency; despojó al duque de Guisa de la tenencia del reino, que dió al rey de Navarra, y convocó *el Coloquio de Poissy*.

Alarmados los católicos, uniéronse el duque de Guisa el mariscal Saint André y Montmorency; union de que fué consecuencia la matanza de los hugonotes en Vasy.

Iniciada así la guerra civil (1562), la reina madre, forzada á declararse entre ambos partidos, despues de largas vacilaciones, favoreció á los católicos.

El príncipe de Condé, con auxilios de ingleses y alemanes, se apoderó de Orleans y de otras plazas.

Viniendo ambos partidos á las manos, Antonio de Borbon quedó mortalmente herido en Ruan; el mariscal Saint-André falleció en Dreux; el Condestable fué hecho prisionero por los protestantes, y Condé por los católicos, y el duque de Guisa fué asesinado.

Condé y Coligny sitiaron á París y dieron muerte á Montmorency, que habia derrotado á los protestantes, los cuales sufrieron igual suerte en Jarnac, donde murió Condé; Coligny, fué vencido en Montcontour.

Cansada la Francia de guerra tan sangrienta, se celebró la paz de S. German (1570), en la que se concedió á los protestantes el ejercicio de su culto en dos ciudades por cada provincia, y que conservaran en su poder la Rochela, Montauban, La Caridad y Cognac; acordándose el casamiento de Enrique de Borbon, jefe de los protestantes, con Margarita de Valois, hermana del rey Cárlos IX.

El duque de Guisa, que habia jurado vengar el asesinato de su padre, no pudiendo sufrir el orgullo del almirante Coligni, apostó á uno de sus parciales que hirió gravemente al almirante de un tiro de arcabuz.

Preparados ambos partidos para una lucha desesperada, se celebró un consejo en el Louvre, donde quedó acordado sostener á Guisa contra los protestantes.

Á este fin, en la noche del veintitres al veinticuatro de Agosto de 1572, al toque de las campanas de S. German, los Guisas degollaron á los protestantes en París (la S. Bartolomé), ejemplo que siguieron otras ciudades, en las que murieron setenta mil protestantes. Los que pudieron salvarse de estas horribles matanzas, se encerraron en sus plazas fuertes.

Aterrada la reina madre, propuso la paz, en virtud de la cual obtuvieron los disidentes ser tolerados en todo el reino, y poder ejercer libremente su culto en la Rochela, Nevers y Montauban.

Cárlos IX murió á la temprana edad de veinticuatro años, en 1574.

Enrique, hermano de Cárlos IX, al tener noticia de la muerte de este, abandonando la Polonia, donde reinaba, se presentó en Francia y ocupó el trono.

Queriendo Enrique III contentar á los protestantes, contrató con ellos la paz de Beaulieu (1576) por la que les hizo grandes concesiones, que, sin satisfacerlos, irritaron á los católicos.

Nueva tea de discordia fué en este tiempo (1584) la muerte del duque de Anjou, postrer hermano del rey; pues, no esperándose sucesion de este, cada partido preparó su candidato y estalló la *guerra de los tres Enriques*, entre el rey Enrique III, Enrique de Guisa y Enrique de Navarra.

Los Guisas se apoderaron de París que tuvo que abandonar el rey; Enrique III hizo asesinar á los Guisas en Blois (1588), y á su vez, fué el rey muerto por Santiago Clemente, acabando con él la casa de Valois.

Con Enrique IV comienza á reinar en Francia (1589) la dinastía de Borbon.

La corona pertenecia á este príncipe, como más próximo pariente del rey difunto; pero rechazado como hereje por el partido católico que apoyaba á Isabel Clara, hija de Felipe II de España y de Isabel, hermana del último monarca, tenia además otro rival en el duque de Mayena.

La declaracion del Parlamento, en pró de la ley sálica, que destruyó las pretensiones del rey de España; las batallas de Arques y de Ivry, ganadas al duque de Mayena, y la abjuracion del protestantismo hecha por Enrique en manos del arzobispo de Bourges, abrieron á este príncipe las puertas de París (1594), donde entró triunfante.

Dos años despues, el Sumo Pontífice Clemente VIII, levantó al nuevo monarca la excomunion que sobre él pesaba, á condicion de sostener los derechos de la Iglesia Católica.

La guerra con España acabó mediante el tratado de Werwins; pero, á seguida, Enrique faltó á sus más solemnes promesas publicando el edicto de Nantes, mediante el cual concedia á los protestantes el libre ejercicio de su culto.

Enrique IV, apellidado el Grande, se preparaba para atacar á la casa de Austria, cuando Ravaillac lo asesinó en la calle de la Ferroniere (14 de Mayo de 1640).

LECCION LXXXIV.

Guerra de los treinta años.

En virtud de la renuncia del imperio, que en su favor hizo su hermano Cárlos V, entró á acuparlo (1558) Fernando I que fué reconocido por los electores en la dieta de Augsburgo de 1558, y al que sucedió (1564) Maximiliano II, su hijo.

Adoptando ambos príncipes una política egoista, otorgaron grandes concesiones á los protestantes, no auxiliaron á los reyes de España en sus luchas, y Maximiliano, acogió en sus estados al fugitivo príncipe de Orange.

Esta mal entendida política de imposible atraccion, produjo sus lógicas consecuencias, en el inmediato reinado de Rodolfo II (1576), cuando ya el partido protestante se sintió fuerte para la lucha.

Consagrado el nuevo emperador al estudio de las ciencias naturales, con Klepler y Ticho-Brahe, no vió que á su alrededor se organizaban dos grandes partidos: la Liga Católica, capitaneada por el duque de Baviera, y la Union Protestante ó Evangélica que reconocia como jefe al elector palatino Federico IV.

Hallándose sin hijos el emperador, para preparar la sucesion en el imperio á su hermano el archiduque Matias, cedió á este la corona de Hungria y por último logró

que los bohemios le proclamaran su rey.

Al ocupar Matías el imperio, por muerte de Rodolfo, hallándose tambien sin sucesion, cedió la Bohemia á su sobrino Fernando, duque de Estiria, lo que alteró vivamente á los electores protestantes, que supusieron herido su derecho electoral; pero, en realidad, alarmados, porque Fernando se habia mostrado ferviente católico, correspondiendo á la educacion que habia recibido de los Jesuitas.

Esta terrible guerra puede dividirse en cuatro períodos. Primero: *Palatino,* del elector palatino Federico V que lo dirigió. Segundo: *Dinamarqués,* de Cristian IV rey de Dinamarca. Tercero: *Sueco,* de Gustavo Adolfo rey de Suecia; y cuarto: *Francés,* de la Francia que se puso al frente de él.

Período Palatino. Al morir el emperador Matías (1619), los luteranos de Bohemia convocaron la Asamblea general de los Estados; arrojaron por una ventana, en Praga, á los Comisarios del emperador, y de acuerdo con los diputados de la Silesia, la Moravia y el Austria Superior, exigieron la absoluta libertad de conciencia y el restablecimiento de sus antíguos privilegios; ofrecieron la corona al elector palatino, Federico V, jefe del partido protestante, y rompieron las hostilidades.

Este primer período de la guerra de los treinta años fué un continuado desastre para los protestantes, vencidos por el marqués de Espínola y los españoles que se apoderaron del Palatinado; por el elector de Baviera que derrotó al ejército de Federico en Praga (1620); por Tylly que venció igualmente al elector y á su general Ernesto de Mansfield.

El emperador dió los estados del elector palatino, refugiado en Dinamarca, al duque de Baviera y desterró á los ministros protestantes.

Período Dinamarqués. Cristian IV, rey de Dinamarca y jefe del Círculo de la Baja Sajonia, en cuyos estados

se habia refugiado el elector palatino, renovó la guerra.

Fernando II confió la direccion de la lucha al célebre Waldstein.

Tilly, general de la liga, venció en repetidos encuentros á los protestantes, y Waldstein ganó la batalla de Lutter (1625) que le permitió invadir el Mecklemburgo, la Pomerania, el Holstein y la Jutlandia y sitiar á Stralsund.

Aterrado Cristian IV contrató la paz de Lubek (1629) por consecuencia de la cual se obligó á no ayudar, directa ni indirectamente, á los enemigos del emperador.

Período Sueco. El emperador, fuerte con estas victorias, publicó el *Edicto de Restitucion,* en consecuencia del cual debian ser devueltos á los católicos los bienes que les habian sido arrebatados desde el tratado de Pasau, y los protestantes de los estados de Alemania, volver á la Iglesia Católica; cuya ejecucion fué confiada á Waldstein.

Careciendo de carácter el emperador para llevar este decreto hasta sus últimas consecuencias, privó á Waldstein del mando de las tropas encargadas de su ejecucion (1629).

Esta concesion animó á los enemigos de Fernando II, que formaron una liga, á la cabeza de la cual se puso Gustavo Adolfo rey de Suecia.

Habiendo desembarcado este con diez y siete mil hombres, se apoderó de la Pomerania y de Brandenburgo, forzó á varios estados á aliársele, y en las cercanías de Leipcig, hizo sufrir á Tilly una gran derrota.

Asustado el emperador de los progresos del sueco, llamó á Waldstein que se encargó del mando de los soldados imperiales, no sin imponer fuertes condiciones.

Waldstein y Gustavo Adolfo se encontraron en Lutzen (1632), muriendo el segundo de estos caudillos, aunque perdiendo la accion los imperiales.

Vilmente asesinado Waldstein, fué sustituido por el archiduque Fernando, y muerto Gustavo Adolfo, le sucedió su hijo Cristian, que continuó la guerra, conquistando la Alsacia y el Palatinado, la Baja Sajonia, Westfalia y parte de la Silesia.

Sin embargo, la victoria de Nordlinga, alcanzada por los imperiales, obligó á los suecos á firmar la paz de Praga (1635), con la que terminó esta tercera parte de la guerra de los treinta años.

Período francés. Á Enrique IV sucedió en el trono de Francia (1610) su hijo Luis XIII, de edad de diez años, bajo la tutela de su madre María de Médicis, que se señaló por guerras y disturbios, especialmente bajo el débil ministerio del duque de Luines, causa de una guerra civil que terminó por el tratado de Montpeller, en virtud del cual el rey confirmó el célebre edicto de Nantes y cedió á los reformados las importantes plazas de la Rochela y Montauban.

Á la caida de Luines siguió la elevacion del cardenal Francisco Armando de Richelieu.

Este gran ministro, alma de colosales pensamientos, pensó primero en el partido protestante, gérmen de eternas guerras, al cual quiso, ante todo, destruir como partido político.

Eran dueños los reformados de la importantísima plaza de la Rochela, perpétuo centro de agitaciones en Francia, la cual habia resistido los esfuerzos del mismo monarca.

El cardenal se apoderó de esta fortísima ciudad, que desmanteló, y arrojó á los protestantes de las demás fortalezas que poseian.

Á seguida puso sus ojos en la nobleza, que conspiraba con María de Médicis, para derribarlo.

Descubierta la conjuracion de Cinc-Mars, el suplicio de este y de los principales nobles que en ella habian to-

mado parte, mostró á todos que nada ni nadie podia afrontar al célebre ministro.

Tranquila ya la Francia en el interior, Richelieu recogió la bandera de la guerra de los treinta años, que habia caido de las manos de los suecos, para satisfacer el ódio tradicional de Francisco I y Enrique II contra la casa de Austria, en sus dos ramas austriaca y española.

Fuerte con la alianza de los dinamarqueses y suecos contra el Austria, y de los duques de Saboya, Mántua y Parma, contra los españoles, comenzó la guerra con la muerte de Fernando II á quien sucedió su hijo Fernando III (1637).

El duque de Sajonia Weimar, auxiliado por Turena y Guebriant, ganó ocho batallas, y habiendo muerto los dos mariscales franceses, los sostituyeron Turena y Condé que lograron una gran victoria, recuperando diversas plazas fuertes. La epidemia que diezmaba á los imperiales, y por último, los osados movimientos de Torstenson y Wrangel, coincidiendo con la sublevacion de los húngaros, hicieron temblar al emperador.

El tratado de Westfalia, que puso fin á estas guerras, fué firmado por los protestantes en Osnabruk en 6 de Agosto, y por los católicos en Munster en 34 de Octubre de 1648.

En virtud de esta paz, Francia y Suecia aumentaron su territorio; obtuvieron compensaciones diversos estados alemanes; se creó el octavo Electorado del Bajo Palatinado del Rin en favor de la Casa Palatina; todas las confiscaciones y proscripciones quedaron anuladas y se decretaron ciento cuarenta restituciones; se confirmó el reconocimiento de los Cantones suizos y de las siete Provincias Unidas; la paz de Augsburgo de 1555, fué confirmada, y se decretó que la Cámara Imperial se habia de componer de veinticuatro miembros protestantes y ventiseis católicos.

DÉCIMAQUINTA ÉPOCA.

DESDE LA PAZ DE WESTFALIA HASTA EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCION FRANCESA (1648 Á 1789.)

LECCION LXXXV.

FRANCIA.—LUIS XIV.—ESPAÑA.—LA GUERRA DE SUCESION.

Cinco años de edad contaba Luis XIV, cuando ocupó el trono de Francia (1643) por muerte de su padre Luis XIII, bajo la regencia de su madre Ana de Austria, la cual confió la direccion de los negocios al cardenal Mazarino que ya se habia distinguido como experto diplomático en la paz de Cherasco.

Corriendo la menor edad de Luis XIV, prosiguió la guerra entre España y Francia, que terminó con la paz de los Pirineos (1559), en la que se estipuló el matrimonio del monarca francés con María Teresa infanta de España; y se alteró gravemente la tranquilidad de la Francia con la sedicion de la Fronda, promovida por el Parlamento y alimentada por el cardenal de Retz, por los príncipes de Condé y de Conti y por otros próceres no menos famosos.

Durante esta guerra lucharon en las mismas calles de París, en el arrabal de S. Antonio, Turena por la causa del rey y Condé á la cabeza de los revoltosos.

Mazarino, aunque obligado á retirarse dos veces, triunfó por último, y continuó gobernando la Francia hasta su muerte (1661) en que el rey fué declarado mayor de edad y comenzó á gobernar por sí mismo.

Richelieu y Mazarino habian colocado á la Francia en las mejores condiciones, cuando Luis se encargó de regirla.

Redondeado el territorio por la Paz de los Pirineos, vencedora de sus enemigos interiores y exteriores, hallábanse todos los poderes del Reino sumisos á la autoridad real; los Estados generales se habian como olvidado; el Parlamento carecia de intervencion en los negocios públicos; el feudalismo habia desaparecido, y los antes altivos próceres, convertidos ahora en sumisos cortesanos, adulaban al monarca.

Mazarino tuvo un gran sucesor en el célebre Colbert, que, ejerciendo bajo Luis XIV funciones análogas á las que hoy desempeñan los ministros de Hacienda, Gobernacion, Comercio y Marina, aumentó la fortuna pública; engrandeció la marina; construyó puertos, arsenales y fortalezas; creó el observatorio; fundó academias y bibliotecas, y premiando á los sábios y á los artistas nacionales y atrayendo á todos con crecidas recompensas, convirtió á Francia en centro de la cultura europea.

Tan fuerte se encontraba ya Luis XIV en 1667, que no temió abusar de su poder y de la ajena debilidad.

Habiendo muerto Felipe IV de España, Luis, pretestando los derechos de su mujer, reclamó los Paises Bajos, y como España se negára, Turena se apoderó de Flandes y Condé del Franco-Condado.

Alarmada Europa ante la ambicion de Luis XIV, se unieron Holanda, Inglaterra y Suecia, que obligaron al

rey de Francia á aceptar la paz de Aquisgram, en virtud de la cual devolvió el Franco-Condado, aunque quedándose con parte de Flandes.

Resentido el monarca francés, especialmente contra Holanda que tanto lo habia contrariado en la anterior lucha, aliado con Suecia y contando con Inglaterra, se apercibió para destruirla.

Puesto Luis XIV (1672) al frente de un ejército de cien mil hombres, y acompañado de Turena, Condé y Luxemburgo, se arrojó sobre Holanda, y en el espacio de cuatro semanas, llegó victorioso á cuatro leguas de Amsterdam.

En situacion tan grave, Guillermo III mandó romper los diques, é invadiendo el país con las aguas del Océano, detuvo á los franceses, y ganando tiempo, aunque á costa de tan grande sacrificio, se proporcinó la alianza de España, Austria, Dinamarca y no pocos príncipes del imperio, contra Luis XIV, que se halló solo frente á la Europa armada.

En su vista, abandonando la Holanda, conquistó el Franco-Condado; Condé peleó, aunque sin éxito, con el príncipe de Orange, en Senef, y Turena murió en Salsvach (1675), luchando con los imperiales.

En 1677 puso Luis en campaña cuatro ejércitos, que alcanzaron grandes victorias, al mismo tiempo que su almirante Duchuesne vencia en dos grandes combates á las escuadras española é irlandesa.

Despues de luchas tan sangrientas y sintiendo todos la necesidad de la paz, esta se firmó en Nimega, durante cuyos preliminares los plenipotenciarios franceses tubieron habilidad bastante para aislar á las partes interesadas, tratando con cada una de ellas en particular.

España perdió el Franco-Condado y algunos pueblos en los Países Bajos: Dinamarca y Brandemburgo restituyeron á Suecia las plazas de que habian despojado á esta

nacion durante la guerra, y Holanda se obligó á abandonar á sus aliados.

Luis XIV llegó á ser entonces el monarca más poderoso de Europa, y no conociendo límites á su autoridad en Francia, no vaciló en publicar la declaracion del Clero Galicano que redactó Bosuet; ni en la revocacion del Edicto de Nantes, al mismo tiempo que en el exterior provocaba á las potencias abrogándose el derecho de interpretar el tratado de Nimega, atendiendo solo á sus intereses.

Añadiéndose á estas causas de guerra las pretensiones de Luis al Palatinado, se formó contra él la Liga de Ausgburgo (1687 constituida por el emperador Leopoldo, el rey de España, el duque de Saboya, el Papa, el rey de Suecia, casi todos los príncipes alemanes, y más tarde, Guillermo de Orange que sucedió en el trono á Jacobo II de Inglaterra.

En esta contienda, que duró diez años, fueron notables, entre muchas otras, la batalla de Fleurus (1690) ganada por el mariscal de Luxemburgo á los imperiales; la derrota de las escuadras de Luis XIV cerca del cabo de la Hogue (1692), y el sitio de Barcelona (1697), plaza de que al fin se apoderaron los franceses.

Cansados los beligerantes de esta lucha, abriéronse las confereucias de paz que se firmó en el castillo de Riswich, en Holanda (20 de Setiembre de 1697).

Convínose en ella que Luis XIV evacuaria á Cataluña, los Países Bajos y algunas otras plazas: con respecto á Holanda se estipuló que quedaran en vigor los tratados de Munster y de Nimega, con devolucion mútua de las conquistas hechas durante la guerra: recuperó Alemania diversos distritos que le habian sido arebatados y perdió la Alsacia y Strasburgo: Inglaterra impuso á Luis la vergüenza de reconocer á Guillermo de Orange y de abandonar á Jacobo II.

Triunfante la política francesa en la córte de España, á la muerte de Cárlos II, este habia instituido heredero de sus estados á Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, causa de la *Guerra de Sucesion*, que se complicó con la de Inglatera.

Esta lucha, que habia comenzado en Italia, estalló en el Palatinado, donde Villars ganó á los confederados varias batallas; pero, separado este jefe del mando de las tropas, el príncipe Eugénio y Malborough hicieron sufrir una terrible derrota á los franceses (1704) en Hochstedt, que fueron tambien vencidos en Italia por el príncipe Eugénio.

En el norte, mostrose igualmente adversa la fortuna á Luis XIV, pues sus tropas fueron derrotodas en Ramilliers (1706), y vencido en Oudenarde (1708) el duque de Borgoña, nieto del monarca.

Pero, cambiado el ministerio de Inglaterra, fué separado del mando Malborough y acogidas las proposisiones de paz de la Francia.

Resentido el príncipe Eugénio y queriendo mostrar que podia vencer sin el auxilio de los ingleses, acometió á Landrecies, llave del camino de la Champaña á París.

Desesperado el anciano monarca francés, quiso montar á caballo para morir con su fiel nobleza: reunió sus últimos recursos; sorprendió el campo atrincherado de Denain (1712) y libró la capital de sus estados.

Guerra de Sucesion de España. Aceptado por Luis XIV el testamento de Cárlos II en favor de su nieto Felipe de Anjou, este se encaminó á Madrid (1701) donde fué recibido con inmensas muestras de júbilo y reconocido por las Córtes de Castilla, Cataluña y Aragon.

Por su parte, unido el emperador Leopoldo á Inglaterra, á Holanda, al elector de Brandemburgo, al duque de Saboya, y despues el rey de Portugal, celebró en la Haya el tratado conocido con el nombre de Grande Ali-

anza, para sostener al Archiduque Cárlos, su hijo, contra Felipe de Anjou y España y Francia.

Ya hemos indicado los trances de esta guerra en Italia. En España, la escuadra inglesa, que cruzaba las aguas de Cádiz, apresó á la flota española que venia de América y sorprendió á Gibraltar (1704): el archiduque Cárlos penetró en España y se hizo proclamar con el título de Cárlos III; pero muy en breve, un ejército francés le obligó á reembarcarse, habiendo desembarcado otra vez en Valencia y sublevados por él Aragon y Cataluña (1706), los ejércitos combinados llevaron al archiduque á Madrid, que hubo de abandonar Felipe V, aunque volviendo brevemente (1707).

Llegóse por fin á una accion decisiva en los campos de Almansa, donde fueron vencidos los imperiales.

El inmenso desastre de Malplaquet, trocando el aspecto de las cosas, obligó á Luis XIV á pedir la paz; pero como los aliados impusieran al monarca francés la cruel obligacion de despojar él mismo de la corona de España á su propio nieto Felipe V, tal inhumanidad, exaltando el espíritu público, así en Francia como en España, hizo cambiar la suerte de la guerra.

Dirigidas las tropas de Felipe por el duque de Vendome, marcharon ambos caudillos en busca del enemigo que capitaneaba Staremberg, al que encontraron y vencieron en Villaviciosa.

Esta gran victoria, la de Denain y la muerte del emperador José I, que, colocando la dignidad imperial en las manos del archiduque Cárlos, volvia con mayor razon contra los aliados la ley del equilibrio europeo que ellos habian invocado contra Felipe V, fueron las causas de la paz de Utrecht (1713).

Este célebre convenio fué el resultado de cinco tratados entre Francia y las potencias coaligadas, y de otros dos referentes á la sucesion de España, y afirmó la corona en la sienes de Felipe V.

Felipe de Anjou, digno tronco de la noble casa de Borbon en España, por sus elevadas prendas de carácter, por su constancia inquebrantable en la adversidad, mereció el título de El Animoso, con que le distingue la Historia.

Dos años despues de celebrarse el tratado de Utrecht, murió Luis XIV el Grande (1715), á la edad de setenta y siete años.

LECCION LXXXVI.

ALEMANIA DESDE LEOPOLDO I Á JOSÉ II. — PRUSIA, HASTA FEDERICO II.

Heredó en el imperio de Alemania á Fernando III su hijo Leopoldo (1658) que tomó parte en la guerra contra Luis XIV (1697) y en la de sucesion de España por muerte de Cárlos II.

En lucha con los turcos alcanzó Leopoldo la memorable victoria de Viena, y se apoderó de Buda y de Belgrado.

José I (1705) continuó la guerra de sucesion de España sosteniendo á su hermano el archiduque Cárlos; y su muerte, sin dejar hijos, fué una de las causas que se alegaron para la paz de Utrecht.

Á José I heredó Cárlos VI, rival de Felipe V por la corona de España, á quien no reconoció sino despues de muchos tratados y de grandes sacrificios.

No teniendo Cárlos heredero varon que le sucediera en el imperio, todos los esfuerzos de su vida se dedicaron á conseguir que pudiera heredarlo su hija María Teresa.

Á este fin, publicó la Pragmática Sancion, en virtud de la cual podia adquirir la dignidad imperial su hija, casada con el duque de Lorena.

Sosteniendo Cárlos las pretensiones del elector de Sa-

jonia, en la guerra de sucesion de Polonia, perdió el Milanesado.

Cárlos VI fué el último representante varon de la gloriosa casa de Habsburgo.

Al morir Cárlos VI, tomó posesion de sus Estados su hija María Teresa; pero, á pesar de que habia logrado el emperador difunto que todas las naciones garantizaran la Pragmática Sancion, los electores de Sajonia y de Baviera y los reyes de España y Prusia protestaron, alegando diversos derechos; orígen de la célebre guerra de la Pragmática, en que Inglaterra, Holanda, Saboya y Rusia defendieron á María Teresa, y pelearon contra ella España, Prusia, Francia, Baviera y Nápoles.

Federico de Prusia invadió los estados de Silesia, que disputaba, y ganando dos batallas á los imperiales, obligó á María Teresa á que le cediera, por el tratado de Breslau, la Alta Silesia y el condado de Glatz.

El elector de Baviera, entrando en campaña (1741), se hizo proclamar en Praga rey de Bohemia, y elegir emperador en la Dieta de Franfort, con el nombre de Cárlos VII. Pero desembarazada ya María Teresa de la guerra con el prusiano, despejó al elector de Baviera, hasta de sus propios Estados.

El rey de Inglaterra se presentó entonces en liza contra la Francia, que sostuvo la lucha con varia fortuna, hasta que, interviniendo el rey de Prusia con ochenta mil hombres, cambió la suerte de las armas.

Muerto el titulado Cárlos VII (1745), su hijo conservó sus Estados patrimoniales reconociendo la Pragmática Sancion. Federico II, por su parte, acabó la guerra en breve tiempo, obligando á María Teresa á pedirle la paz, que se firmó en Dresde (1745), con una nueva renuncia de la Silesia, reconociendo por su parte como emperador á Francisco de Lorena, esposo de la heróica hija de Cárlos VI.

Luchando la Francia contra la coalicion, el ejército francés ganó las batallas de Fontenoy (1745) y de Rancoux, y se apoderó de Maestrich, suceso que apresuró la paz de Aquisgram, que puso fin á esta guerra (1748). En ella quedaron confirmadas la ocupacion de la Silesia por el rey de Prusia; la de una parte del Milanesado por el de Cerdeña; la Pragmática Sancion; la eleccion de emperador en el esposo de María Teresa, y la sucesion de la casa de Hannover en el trono de Inglaterra. España obtuvo los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla; Inglaterra, Francia y Holanda se devolvieron las conquistas hechas durante la contienda.

Los siete años que mediaron entre esta guerra y la de los siete años, solo fueron una tregua.

Dió motivo á esta nueva lucha la tantas veces renovada cuestion de la Silesia, y en ella hubiera perecido la Prusia, por consecuencia de la batalla de Kunersdorf (1759), sin la desunion de los aliados.

En estas querellas dió Inglaterra pruebas de su proverbial mala fé, apoderándose, sin prévia declaracion de guerra, de los buques franceses esparcidos en todos los mares.

La muerte de Isabel, emperatriz de Rusia, debilitó al partido austriaco, pues su sucesor Pedro III, entusiasta admirador de Federico de Prusia, se apartó de la guerra por medio del tratado de S. Petersburgo, al que se adhirió Suecia.

La guerra de los Siete Años terminó en 1763 por los tratados de Hubertsburgo y de París, en virtud de los cuales ganó Inglaterra el dominio de los mares, y Prusia el primer puesto entre las naciones.

Á la muerte de Francisco I de Lorena, esposo de María Teresa, ocupó el imperio su hijo José II que gobernó con su madre, hasta la muerte de esta señora en 1780, y solo, desde esta fecha en adelante.

José I fué un innovador peligroso, inspirado por la filosofía volteriana.

La constitucion de sus estados, la industria y el comercio, los códigos civil y criminal, la religion, las órdenes monásticas y hasta las fiestas y procesiones, todo lo reglamentó á su manera.

Prusia. Al abandonar los cristianos la Tierra Santa, despues de las Cruzadas, los caballeros alemanes fundadores de la órden Teutónica, se volvieron á su patria (1183), donde emplearon su celo religioso en convertir á los idólatras habitantes de Prusia.

Así prosiguió engrandeciéndose la Órden, obteniendo su Gran Maestre el título de duque feudatario de Polonia.

Habiendo abrazado la Reforma el Gran Maestre, Alberto de Brandemburgo, celebró un tratado con el emperador y rey de Polonia, Segismundo, por el cual, el territorio de la órden quedó convertido en ducado secular y hereditario, aunque prestando homenaje á los monarcas polacos.

Federico I (1688), que heredó á su padre Federico Guillermo el Grande en el electorado de Brandemburgo y en el ducado de Prusia, tomó parte en la guerra contra Luis XIV, y en 1700, auxilió al emperador en la de Sucesion contra Francia y España, siendo por tal conducta reconocido por Leopoldo como rey de Prusia; título que le fué confirmado por las potencias en el tratado de Utrecht que le dió el Alto Güeldres.

Sucedióle (1713) su hijo Federico Guillermo I, conocido con el nombre de *El rey Sargento,* por su afan de educar á sus soldados, cuyos ejercicios él mismo dirigía.

Federico II (1740), fué uno de los mejores generales de Europa, como lo demostró en la guerra de Sucesion de Alemania y en la de los *Siete Años.*

En esta última guerra, las batallas de Luowosit, de

Rosbach y de Kunersdorf, luchando contra cinco potencias, y reducido á sus solos esfuerzos, excitaron la admiracion de Europa.

Al par que hábil general, fué Federico diestro administrador; pero admirador frenético de los falsos filósofos que prepararon la revolucion francesa, fueron su córte y su palacio el asilo de las funestas doctrinas generadoras de tantas desgracias, á fines del siglo pasado y en lo que va del presente.

LECCION LXXXVII.

INGLATERRA DESDE CÁRLOS II Á JORGE III.

La alegria producida en Inglaterra por la restauracion de Cárlos II en el trono, fué verdaderamente pasajera.

Siempre vacilante el nuevo rey, hoy luchaba con los católicos irlandeses ó los puritanos escoceses: mañana condenaba á los regicidas al último suplicio: despues sacrificaba á su primer ministro y fiel compañero de destierro lord Clarendon, como nombraba el ministerio de la Cabala, compuesto de hombres de distintos partidos, sembrando en todos desconfianzas y sin contentar á ninguno.

La conversion al catolicismo del duque de York, presunto heredero de la corona, irritó á los revolucionarios de todos los colores, que consiguieron el bill de Test, por el que se excluia á los católicos de los cargos públicos.

En este tiempo comenzaron á oirse (1680) los nombres de Wigs y Torys, señalándose con el primero á los presbiterianos escoceses, y con el segundo á los católicos de Irlanda.

Cárlos II tomó parte en las guerras contra Holanda y Luis XIV.

La oposicion al rey en el Parlamento (1679), llegó hasta aprobar, por mayoría de 71 votos, el bill de exclusion

por el que se declaraba traidor al duque de York, hermano de Cárlos II; bill que confirmaron despues los Parlamentos, á los cuales no volvió á reunir Cárlos II, que murió en 6 de Febrero de 1685.

A Cárlos II, sucedió su hermano Jacobo II, á pesar del bill de exclusion.

Empeñado este príncipe en restablecer la religion católica y engrandecer el poder real, fué contrariado por su mismo yerno el Statouder de Holanda, Guillermo de Orange, que, al fin publicó un manifiesto contra su suegro, desembarcó en Inglaterra y despojando al rey, ciñó la corona con su esposa María.

Guillermo III venció á los escoceses é irlandeses, y tomó parte en las guerras contra Luis XIV y en la de Sucesion de España.

Ana, hija de Jacobo II y cuñada de Guillermo, heredó á este en el trono (1702). En su tiempo los Parlamentos inglés y escocés aceptaron el tratado en virtud del cual constituyeron Inglaterra y Escocia un solo reino, con el nombre de Gran Bretaña, á cuyo estado quedaron agregadas Menorca y Gibraltar.

Muerta Ana sin hijos (1714), un acta del Parlamento llamó al trono á Jorge I de Brunswik-Luneburgo, elector de Hannover y nieto segundo de Jacobo I; en cuyo tiempo, perseguido el partido Tory, conspiró inútilmente en favor del Caballero de S. Jorge, hijo de Jacobo II.

Jorge II (1727) gobernó pacíficamente durante los doce primeros años de su reinado; pero al fin, tomó parte por Austria en la guerra de la Pragmática, en cuya sazon el jóven Cárlos Eduardo, hijo del Pretendiente Jacobo III, hizo un esfuerzo en favor de su padre, y despues de varios sucesos felicísimos, quedó derrotado en los llanos de Culloden.

Durante el ministerio de Pitt, jefe del partido Tory, obtuvo Inglaterra grandes ventajas y aumentos de territorio, especialmente en América.

En el reinado de Jorge III (1760), Inglaterra luchó con España y se apoderó de las islas de S. Vicente y la Martinica, pertenecientes á Francia y de la Habana y Filipinas. Esta guerra terminó con la paz de París de 1763, por la que Inglaterra conservó varias de sus conquistas, aunque devolviendo otras.

Aumentada la deuda pública, por consecuencia de estas empresas, el Parlamento votó ciertos impuestos que debian satisfacer las colonias de América. Estas se negaron al pago (1766), declarándose al fin en abierta rebelion, auxiliadas por Francia y España.

El alzamiento fué coronado por el éxito, en la decisiva batalla de York-Town, ganada contra el general inglés Cornwallis (1781), y en el tratado de 1783 fué reconocida la independencia de los *Estados Unidos*.

LECCION LXXXVIII.

España, Felipe V, y Fernando VI.—Portugal desde Juan V á María I.

Terminada la guerra de Sucesion, pudo Felipe V consagrarse á evitar luchas análogas; á vindicar la religion ofendida por los soldados extranjeros en los templos, y á reparar las pérdidas sufridas por España, y los sacrificios territoriales hechos en aras de la paz de Utrech.

Para el logro de estos fines, declaró vigente en sus estados la Ley Sálica, no sin fuerte oposicion del Consejo de Castilla y de las Córtes; reedificó y restauró las Iglesias, y estableció funciones de Desagravios que aún se celebran en las Catedrales, el 10 de Diciembre, aniversario de la batalla de Villaviciosa; se apoderó de Barcelona (1714), que perdió sus antiguos fueros, y recobró á Mallorca, Ibiza y Formentera.

Consolado del profundo dolor que le produjo la muerte de su primera mujer, María Luisa de Saboya, se casó con Isabel de Farnesio, heredera de Parma y Plasencia.

Este matrimonio fué causa de la salida de la princesa

de los Ursinos, del ministro francés Orry, del cardenal Giudice con otros sus amigos, y de la elevacion del abate parmesano Julio Alberoni, hábil negociador de esta boda, que fué ascendido al ministerio de Estado.

Soñando Alberoni en restablecer á España en su antigua grandeza, juntó una poderosa escuadra, que, bajo las órdenes de Vera, marqués de Leyde, en menos de dos meses, se apoderó de Cerdeña y marchó á invadir la Sicilia.

En vista de esto, el emperador, despues de contratar la paz con los turcos, tomó parte en la triple alianza contra España, formada por Inglaterra, Francia y Holanda.

Por este tiempo se descubrió en Francia una conjuracion para despojar de la regencia al duque de Orleans, la cual se atribuyó al cardenal Alberoni, y como su agente, al embajador español príncipe de Cellamare.

Amenazado así Felipe V por la coalicion europea, tuvo que firmar la paz de la Haya (1720), por la que hubo de restituir Sicilia y Cerdeña, que se dieron con título de rey al duque de Saboya, aunque asegurando al infante D. Cárlos la sucesion inmediata de los estados de Parma y Toscana. Por exigencia absoluta de los coligados, Alberoni tuvo que abandonar á España.

Atacado Felipe V de invencible melancolía, abdicó en su primogénito D. Luis, y se retiró al Real Sitio de S. Ildefonso, donde habia fundado un palacio y amenísimos jardines, recuerdo de los de Versalles; pero muerto Don Luis en aquel mismo año, D. Felipe volvió á ceñir la corona.

Residia entonces en España el baron de Riperdá, embajador que habia sido de Holanda, destituido de su cargo por haber abrazado la religion católica, y que, amigo del príncipe Eugenio, logró que el emperador Cárlos accediera al tratado de Viena (1725), en virtud del cual reconoció este á D. Felipe como rey de España, y al infante

D. Cárlos como heredero de Parma y Toscana. Este suceso valió al holandés ser nombrado duque y ministro, favor que perdió al fin, y de que no se mostró digno en la desgracia.

España tomó parte en la guerra que sobrevino con ocasion de la muerte de Augusto rey de Polonia. En ella ganó á los imperiales, el duque de Montemar, la batalla de Bitonto, y por consecuencia, fueron conquistadas Nápoles y Sicilia, que, en el tratado de Viena de 1735, se dieron al infante D. Cárlos, con el título de rey de las Dos Sicilias, aunque cediendo Parma, Plasencia y Guastalla al emperador.

Felipe V murió en el Buen Retiro, en 9 de Julio de 1746.

En los últimos tiempos de Cárlos V, asistimos á la decadencia de España, que parecia agonizar. Inmortal nuestra patria, volvió á renacer bajo el primero de los Borbones.

Felipe V recobró la influencia de España en Italia; sometió á Barcelona y á las Baleares; reconquistó á Oran, y defendió á Céuta; sostuvo nuestras colonias; favoreció á los literatos y artistas; creó el Seminario de Nobles, la Universidad de Cervera y las Reales Academias de la Historia y de la Lengua.

Fernando VI (1756) heredó á su padre Felipe V, y señaló su advenimiento al trono con actos de beneficencia, poniendo en libertad á los presos é indultando á los contrabandistas y desertores.

Empeñada España, durante el anterior reinado, en la guerra de la Pragmática contra María Teresa, aprovechó Fernando la gran victoria de Fontenoy para firmar la paz de Aquisgran que puso fin á esta lucha en 1748, logrando ventajas en Italia para el infante D. Felipe; pero rechazó el Pacto de Familia y las solicitudes de Francia para renovar la contienda contra Inglaterra.

Tranquila España, mientras ardian las demás potencias en empeñadas guerras, pudo el bondadoso Fernando VI dedicarse á labrar la felicidad de sus vasallos.

Este inolvidable príncipe fué gran protector de la industria y del comercio; amó las letras y las artes y corrigió los abusos de la administracion.

Para ello, puso en comunicacion ambas Castillas abriendo la carretera de Guadarrama; creó el observatorio de Cádiz, y los estudios náuticos en esta plaza y en el Ferrol; las Academias de S. Fernando y de Buenas Letras de Sevilla; el Jardin Botánico; las obras del nuevo palacio real. A su muerte dejó una poderosa escuadra compuesta de cuarenta y nueve navíos de línea y ventiuna fragatas, y cuando todos los pueblos se hallaban faltos de recursos, fruto de guerras asoladoras, el tesoro español, vacío á su advenimiento al trono, contaba con quince millones de duros.

En tiempo de Fernando VI se firmó el célebre Concordato de 1753 con la córte de Roma, que puso fin á las empeñadas cuestiones sobre el Real Patronato.

Naturalmente melancólico este monarca, no pudo vencer la profundísima tristeza que le produjo la muerte de su virtuosa consorte.

Así, pues, en cuanto ocurrió esta desgracia, se retiró á Villaviciosa, y negándose á todo consuelo, falleció en 10 de Agosto de 1759, un año despues que su esposa, á la edad de cuarenta y seis años.

Portugal. Separado Portugal de España, en tiempo de Felipe IV, á Juan IV, de la casa de Braganza (1640), sucedió su hijo Alfonso VI (1653), el cual fué depuesto (1667), egerciendo la regencia el infante D. Pedro su hermano, que entró á reinar (Pedro II) á la muerte de D. Alfonso (1683) y tomó parte por el archiduque Cárlos en la guerra de Sucesion de España.

Juan V (1706), que heredó á su padre, Pedro II, con-

tinuó la guerra contra Felipe V; celebró con Inglaterra el tratado de Methuen, y obtuvo del Sumo Pontífice, para los monarcas de Portugal, el título de Fidelísimos.

José I (1750) vivió sometido al marqués de Pombal, autor de grandes trastornos y de peligrosas innovaciones que fué preciso anular á la muerte de este monarca (1777).

Doña María 1.ª sucedió á José I su padre.

LECCION LXXXIX.

España. Cárlos III y Cárlos IV.

Á Fernando VI, que murió sin hijos, heredó su hermano D. Cárlos, rey de las Dos Sicilias, cuya corona trasmitió á su tercer hijo Fernando.

Salió D. Cárlos de Nápoles acompañado de su segundo hijo Cárlos Antonio, destinado á heredarlo en los dominios de España, por imbecilidad declarada del primogénito D. Felipe.

Participando este monarca del carácter benéfico de su predecesor, inauguró su reinado con muchas mercedes; compró grandes cantidades de granos que repartió en las Castillas, Andalucía y Murcia, afligidas por extraordinarias sequías y escaseces, y condonó á los pueblos gruesas cantidades que adeudaban al Tesoro público.

Irritado Cárlos III por el apresamiento de unos barcos con bandera española, hecho por los ingleses, y sobre la construccion de ciertas fortificaciones en la bahía de Honduras, firmó el famoso Pacto de Familia (1661).

Las tropas españolas invadieron á Portugal que auxiliaron los ingleses, los cuales se apoderaron en América de la isla de Cuba y de Manila en el Asia, mientras que los españoles conquistaban en el Brasil la colonia del Sacramento, y que Inglaterra perdia su escuadra en una

expedicion contra Buenos Aires (1762).

Las partes beligerantes, ansiando el término de la guerra, firmaron la paz de Fontainebleau (1763), en virtud de la cual, los ingleses demolieron sus fortificaciones de Honduras, y España renunció al derecho de pesca en Terranova; nuestra patria recobró la Habana y Manila, en cambio de la Florida Occidental que adquirió en 1783, devolviendo á Portugal la colonia del Sacramento y recibiendo de Francia la Luisiana Meridional.

En 1766 ocurrió el motin contra el ministro Esquilache, por la prohibicion de usar ciertos sombreros y la subida del precio del pan; cuestion que apaciguó por medio de oportunas providencias, el conde de Aranda, Presidente de Castilla.

Cárlos III decretó en 1767 la expulsion de la Compañía de Jesús que tantos servicios habia prestado á la religion, al Estado y á la ciencia, medida que se llevó á cabo con extraño rigor; siendo muy notable que los mismos que censuran tan duramente á nuestros predecesores, por la expulsion de los judíos y moriscos, como no recuerdan la expulsion de los mozárabes, no tengan una palabra de censura para este notorio atropello.

Don Cárlos libró (1774) á Melilla y al Peñon de la Gomera, sitiados por los marroquíes; ordenó una expedicion contra Argel (1775) que obtuvo éxito desgraciado; castigó rudamente la invasion de los portugueses en el Rio de la Plata (1676), sojuzgando por medio de Ceballos y de Casa-Tilly, los fuertes de que aquellos se habian apoderado, recobrando la colonia del Sacramento, y conquistando la isla de Sta. Catalina; tomó parte en la guerra de la emancipacion de las Colonias inglesas de América (1779), con varia fortuna; y acometió á Gibraltar (1782) con éxito desgraciado, desastre que apresuró los conciertos de paz (1783), por medio de la cual ganó España Menorca y la Florida, concediendo á Inglaterra el privilegio

de la corta del palo de Campeche en ciertos distritos, y restituyéndole la Providencia y Panamá.

Renovada la empresa contra Argel en 1787, obtuvo tambien éxito desgraciado.

Cárlos III fué, como su hermano Fernando VI, protector de las ciencias, de las letras y de las artes; en cuya empresa le auxilió su célebre ministro, el conde de Floridablanca.

Á este monarca se debe la fundacion de las Sociedades Económicas de Amigos del País; de las Academias militares de Barcelona, Cádiz, Orán y Céuta; del Colegio de artillería en el Alcázar de Segovia; de las fábricas de S. Fernando, Guadalajara y Brihuega; del canal de Aragon; de la Compañía de Filipinas; del gabinete de Historia Natural.

La muerte del infante D. Gabriel, ilustre traductor de Salustio, alteró profundamente la salud de Cárlos III, que espiró en 14 de Diciembre de 1788, á la edad de setenta y dos años.

Á este inolvidable monarca sucedió su hijo Cárlos IV, en cuyo tiempo ocurrió la Revolucion francesa de 1793.

LECCION XC.

Francia.—Luis XV y Luis XVI.

Luis XIV, oscureciéndolo todo con el explendor de sus victorias, derribó cuantos obstáculos hubieran podido oponerse á su omnipotente voluntad, y estableció un gobierno en el que todo dependia del capricho del monarca.

Era pues de esperar, que llegando un tiempo en que al empequeñecerse las condiciones personales del rey, la monarquía de Carlomagno y de S. Luis, rodara en el más hondo de los abismos.

Así sucedió en efecto.

Al morir Luis el Grande, recayó la corona en su nieto Luis XV, de edad de cinco años y medio, bajo la tutela de Felipe, duque de Orleans.

Reunido el Parlamento, se atrevió ya á contrariar la voluntad del rey muerto, anulando el Consejo de Regencia que este habia instituido en su testamento, como precaucion contra la proverbial inmoralidad del duque, y á dictar otras medidas en ódio á Luis XIV.

Era el Regente inclinado al bien por su naturaleza; de elevada inteligencia; de seductora conversacion; poseia el conocimiento intuitivo de los hombres; pero por desgracia, el abate Dubois, su preceptor, habia depra-

vado estas ingénitas dotes, enseñándole á considerar la moral como una preocupacion vulgar y embarazosa, y la religion cual una invencion hija de la conveniencia.

Dotado de tales condiciones de talento y de seductoras exterioridades, que la educacion puso al servicio del mal, fué el duque de Orleans un mónstruo de disolucion y de libertinaje, con el que solo podia rivalizar su hija la célebre duquesa de Berry.

¡Desgraciado el país en que la corrupcion desciende desde la cumbre del poder, pues que muy en breve, aquella con rapidez vertiginosa, se comunica á las últimas clases y envenena hasta la médula de la sociedad!

El abate Dubois, autor y cómplice de esta corrupcion, crecia cada vez más en el favor del Regente, recibiendo en cambio empleos y pensiones hasta de los enemigos de la Francia, entre ellas, el arzobispado de Cambray, que habian ilustrado el talento y las virtudes del inmortal Fenelon.

Luis XIV legó á la Francia una inmensa herencia de gloria; pero á la vez un deplorable estado financiero que agravaban cada vez más los desórdenes de la córte.

Para remediar este mal, acudióse á medios empíricos, que dieron menguado fruto, y hasta se llegó á nombrar una Cámara Ardiente para juzgar las prevaricaciones y los cohechos, que fué nuevo foco de inmoralidad, de escándalo y de ruina.

Entonces, Dubois presentó al Regente al escocés Juan Law, el cual prometia milagros, creando un valor ficticio que supliera al valor real, con el papel moneda.

Al principio, los planes del escocés produjeron maravillosos resultados; pero muy en breve la bancarrota y la ruina pública y privada cayeron sobre el país comprometido en locas especulaciones.

Á estos males se agregaron los horrores de una epidemia que asoló la Francia.

Así llegó Luis XV á la mayor edad, desarrollándose entre estos ejemplos.

Francia tomó parte en la guerra de Sucesion de Polonia, para sostener las pretensiones de Estanislao Lescinski, con cuya hija estaba casado Luis XV; guerra que terminó con el tratado de Viena de 1737, en el que Luis obtuvo la Lorena, á la cual se añadió Córcega, en virtud del tratado de Compiegne, fuente de tantas desgracias para la monarquía, que igualmente tomó parte en la guerra de la Pragmática, por el duque de Baviera contra el Austria, en la de los Siete años por María Teresa, y en la del Canadá.

Entre tanto, dominado el rey por mujeres perdidas que rejian la Francia á su antojo, atentas solo á distraer al monarca entre la seduccion de los vicios, era cada vez más hondo el abismo del mal.

De esta manera se redoblaban los desórdenes; mostrábase osada la incredulidad creciente, con nombre de libre exámen, y dictando el gobierno mismo disposiciones contrarias á la religion, abrogándose atribuciones de notoria incompetencia en el poder civil, el cual no comprendia en su ceguedad, que atacar la religion era minar su más sólido fundamento.

Ahora, como siempre, se cumplieron las inflexibles reglas de la lógica en la persona del rey á quien intentó asesinar (1757) el fanático Francisco Damiens.

Las dilapidaciones y las guerras produjeron la necesidad de establecer odiosos tributos, y con ellos el acrecentamiento de la miseria y el ódio del pueblo.

Al cabo, despues de sembrar tantas tempestades, murió Luis XV, en 10 de Mayo de 1774.

Luis XVI, que heredó á su abuelo, estaba casado con María Antonieta, y era príncipe dotado de todas las condiciones que constituyen un excelente padre de familia.

Al comenzar su imperio, la impiedad y el libertinaje

escondieron su faz repugnante: todo parecia anunciar un feliz reinado.

¡Vana esperanza!

En una sociedad, cual la francesa de fines del siglo XVIII, en que se ha borrado el sentimiento religioso, todo es imposible é infecundo, como la mejor de las semillas, arrojada á los arenales.

Á tantos males hacinados por el tiempo, se añadió la pérdida de las cosechas, y con ella la siempre pavorosa carestía de los artículos de primera necesidad y el hambre del pueblo.

Á Turgot sucedió en el ministerio Clugni, y á este el protestante Necker que creyó remediar los males del erario por medio de empréstitos, y cayó del poder conquistándose la opinion pública.

Calonne, que lo sustituyó, deslumbró á todos en los primeros momentos, é indujo al rey á la convocacion de la Asamblea de los Notables, que fué preciso disolver, sin producir favorables resultados.

Entonces Luis XVI llamó á los Estados Generales, y volvió á encargar á Necker la direccion de la Hacienda pública.

La reunion de los Estados Generales en Versalles el 5 de Mayo de 1789, es la primera página de la revolucion.

Al comenzar el triste reinado del feroz Saturno, eterno devorador de sus propios hijos, debemos terminar estas NOCIONES DE HISTORIA UNIVERSAL, retrocediendo ante ese lago de sangre, á traves del cual no puede caminar con paso seguro *la testigo de los tiempos.*

FIN.

Es propiedad de su autor.

ÍNDICE.

		Páginas.
DEDICATORIA.		5
LECCION PRELIMINAR.		9
LECCION 1.	La Creacion.—Adan y Eva.—Cain y Abel.—Seth.—El Diluvio Universal.—Dispersion de los descendientes de Noé.	17
LECCION 2.	Historia del Pueblo de Dios, desde Abrahan hasta la incorporacion de la Judea y de la Samaria al imperio Romano.	25
LECCION 3.	Los grandes imperios asiáticos.—La Grande y la Pequeña Frigia.—La Lidia.—La Armenia, la Colquida, la Iberia.—Los fenicios y sus colonias.	29
LECCION 4.	Nociones geográficas de la India.—Períodos históricos.—Supuesta antigüedad de los monumentos indios.	34
LECCION 5.	La China.—Primera, segunda y tercera época.	39
LECCION 6.	El Egipto.	43
LECCION 7.	Límites de Europa y de Grecia.—Invasiones.—Tiempos heróicos.	47
LECCION 8.	Invasion de la Grecia.—Sus consecuencias.—Atenas y Esparta.—Pisistrato.—Hipias é Hiparco.	52
LECCION 9.	Guerras médicas.	56
LECCION 10.	Guerra del Peloponeso.—Los treinta	

Págs.

tiranos.—Retirada de los diez mil.—Batalla de Mantinea. 62
LECCION 11. Macedonia. — Filipo. — Alejandro el Grande. 67
LECCION 12. Desmembracion del imperio macedonio.—Principales estados en que se fraccionó. 73
LECCION 13. Nociones geográficas de la Italia antigua. 79
LECCION 14. El consulado. — Guerras. — El Monte Sacro.—Creacion del Tribunado. . . 83
LECCION 15. Luchas entre patricios y plebeyos.—Guerras con diferentes pueblos.—Colonias.—Coriolano.—La ley Terentila.—El Decenvirato.—Triunfo de la plebe. 89
LECCION 16. Los Galos en Roma.—Guerras contra los samnitas y etruscos.—Pirro, rey de Epiro. 96
LECCION 17. Cartago.—Primera guerra púnica. . 100
LECCION 18. Primera guerra púnica (Continuacion). 103
LECCION 19. Primitivos pobladores de España. . . 108
LECCION 20. Primitivos pobladores de España (Continuacion). 113
LECCION 21. Segunda guerra púnica. 117
LECCION 22. Segunda guerra púnica (Continuacion). 121
LECCION 23. Guerras contra Filipo III y Perseo.—Derrota de Antíoco.—Guerras de Viriato y de Numancia. 127
LECCION 24. Tercera guerra púnica. 131
LECCION 25. Tiberio y Cayo Graco.—Guerras civiles. 135
LECCION 26. Iugurta.—Los cimbrios y los teuto-

Págs.

nes.—Guerra social.—Mario y Sila.—Guerra contra Mitridates.—Fuga y regreso de Mario. 139
LECCION 27. Crueldades de Mario.—Regreso de Sila. — Proscripciones. — Dictadura y muerte de Sila. 144
LECCION 28. Sertorio en España. 148
LECCION 29. Los gladiadores.—Los Piratas.—Mitridates y Tigranes. 153
LECCION 30. Catilina.—Ciceron.—Primer triunvirato.—Muerte de César. 158
LECCION 31. Segundo triunvirato. — Combate de Actium. 164
LECCION 32. Octavio emperador.—Muerte de Octavio. 169
LECCION 33. Tiberio. —Calígula. — Cláudio.—Neron.. 173
LECCION 34. Galba. —Oton.— Vitelio.—Vespasiano. — Tito. — Domiciano. —Nerva.—Trajano.— Adriano. — Antonino Pio —Marco Aurelio. —Cómodo. . . . 179
LECCION 35. Pertinax.—De Didio Juliano á Alejandro Severo. 186
LECCION 36. De Alejandro Severo á Diocleciano. . 189
LECCION 37. Desde Diocleciano á la muerte de Licinio. 193
LECCION 38. Constantino.—Constancio II.—Juliano el Apóstata. —Joviano. — Valentiniano y Valente.—Graciano.—Valentiniano II. 197
LECCION 39. Teodosio el Grande.—Honorio. —Desde Honorio á Rómulo Augústulo.—Fin del imperio de Occidente. 202
LECCION 40. El Cristianismo.—Las persecuciones. 209

Págs.

LECCION 41. Filiacion y costumbres de los pueblos bárbaros. 217
LECCION 42. Sucesos del imperio de Oriente, desde Teodosio II, hasta la muerte de Teodosio III. 222
LECCION 43. Los Ostrogodos y los Lombardos en Italia. 226
LECCION 44. Los francos desde su establecimiento en las orillas del Rin, hasta el fin de la dinastía Merovingia. 229
LECCION 45. España, desde la invasion de los bárbaros, hasta la ruina de la monarquía visigoda. 232
LECCION 46. La Britania, desde su abandono por los romanos, hasta Alfredo el Grande. 237
LECCION 47. Mahoma.—Los Califas, hasta la toma de Bagdad, por los mogoles. . . . 241
LECCION 48. Los árabes en España, desde la batalla de Guadalete á la fundacion del califato de Córdoba. 245
LECCION 49. El Bajo Imperio.—Emperadores desde Leon III á Alejo I. 248
LECCION 50. Los francos desde Pipino el Breve has- Carlomagno.—La Iglesia cristiana. . 253
LECCION 51. Sucesores de Carlomagno. 259
LECCION 52. El Califato de Córdoba. 262
LECCION 53. Principios de la reconquista.—Reinos de Asturias y Leon. 265
LECCION 54. Los reinos de Navarra y de Aragon.— Los condados de Barcelona y Castilla. 271
LECCION 55. Castilla y Leon reunidos. — Castilla desde D. Sancho III, á D. Fernando VI. 277
LECCION 56. Reyes de Castilla y de Leon desde Don Alfonso XI, hasta D. Enrique IV. . . 283

		Págs.
LECCION 57.	Portugal hasta Alfonso V.	288
LECCION 58.	Los daneses y los normandos en Inglaterra.	291
LECCION 59.	Los normandos en Italia.	294
LECCION 60.	Alemania desde Conrado I á Enrique V.—Las investiduras..	298
LECCION 61.	Francia desde Hugo Capeto á S. Luis.	304
LECCION 62.	Las Cruzadas.	307
LECCION 63.	Alemania desde Lotario II á Federico III.—La Confederacion Helvética. .	314
LECCION 64.	Los Estados italianos. — Inglaterra desde Guillermo el Conquistador hasta Eduardo II.	318
LECCION 65.	Francia desde Felipe III hasta Cárlos IV. —Francia é Inglaterra. —Guerra de los cien años. —Guerra de las dos rosas.	323
LECCION 66.	El Imperio otomano.—Ruina del Imperio de Oriente.	329
LECCION 67.	Las grandes nacionalidades.—La imprenta, la pólvora, la brújula.—Historia de Rusia, Suecia, Noruega y Dinamarca..	335
LECCION 68.	Polonia.—Hungría y Bohemia. . .	341
LECCION 69.	El Imperio de Oriente desde Alejo I.—El Imperio Otomano desde Mahomet II. —El Imperio de Austria desde Federico III.—La Confederacion Helvética.	344
LECCION 70.	Francia.—Luis XI.—Cárlos VIII y Luis XII.	348
LECCION 71.	España.—Los Reyes Católicos.—Doña Juana.—El Cárdenal Jimenez de Cisneros.—Portugal, desde D. Juan II al Cardenal D. Enrique.	351

Págs.

LECCION 72. Historia de Inglaterra desde Eduardo VI hasta Jacobo I. 357
LECCION 73. Cárlos I de España y V de Alemania. 361
LECCION 74. La reforma religiosa. 368
LECCION 75. Cristóbal Colon. 374
LECCION 76. Cristóbal Colon (Continuacion). . . 380
LECCION 77. Hernan Cortés. 387
LECCION 78. El Perú.—Los Pizarros. 393
LECCION 79. El Perú.—Los Pizarros (Continuacion). 400
LECCION 80. Felipe II de España. 406
LECCION 81. España bajo Felipe III, Felipe IV y Cárlos II. 413
LECCION 82. Escocia. —Inglaterra desde Jacobo I á Cárlos II. 419
LECCION 83. Francia desde Francisco I á Luis XIV. 422
LECCION 84. Guerra de los treinta años. . . . 423
LECCION 85. Francia.—Luis XIV.—España.—La guerra de Sucesion. 431
LECCION 86. Alemania desde Leopoldo I á José II. Prusia hasta Federico II. 438
LECCION 87. Inglaterra desde Cárlos II á Jorge III. 443
LECCION 88. España.—Felipe V y Fernando VI.—Portugal desde Juan IV á María I. . 446
LECCION 89. España.—Cárlos III y Cárlos IV. . . 451
LECCION 90. Francia.—Luis XV y Luis XVI. . . 454

Esta obra se vende en Granada, en casa del Autor, plaza de la Universidad, número 2, al precio de 30 rs. Los ejemplares que desde fuera de Granada se pidan al mismo, serán puntualmente servidos, con solo el aumento de 4 rs. para el certificado.